

JUAN ESLAVA
GALÁN

TEMPLARIOS,
GRIALES, VÍRGENES NEGRAS
Y OTROS ENIGMAS DE LA HISTORIA



Lectulandia

Templarios, Atlántida, cátaros, vírgenes negras, Santos Griaes, Tablas Redondas, Mesas de Salomón, Rennes-le-Château... ¿qué hay en ellos de verdad y de mentira?

Este libro lo explica y desvela otros misterios históricos: ¿Por qué los vikingos remontaron con sus naves el Guadalquivir y el Ebro? ¿Es cierto que los moros invadieron España como venganza por la violación de una muchacha? ¿Por colección qué se sospecha que los palacios de Creta eran, en realidad, tumbas? ¿Por qué contrató Felipe II a un equipo de alquimistas? ¿Quién fue el misterioso marino que le confió a Colón el pasillo de los alisios que lo llevaría a América? ¿Quién perpetra esos fraudes arqueológicos que ni los mejores museos detectan?

Lectulandia

Juan Eslava Galán

Templarios, griales, vírgenes negras y otros enigmas de la Historia

ePub r1.0
casc 25.01.17

Juan Eslava Galán, 2011

Ilustraciones: AGA, AESA, © Ana Miralles, Archivo del autor, © Burne Jones, EFE, Eyewitness Encyclopedia, © Francisco Cerezo, © ICastro, © Jimena Jurado, © Juan Sol, © Karl Briullov, Muy especial, Oronoz

Diseño: María Soler

Editor digital: casc
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los enigmas templarios

En el siglo X, el mapa político del mundo alcanzó cierta estabilidad. Después de las conquistas islámicas, el Mediterráneo quedaba escindido en dos bloques: al sur, los musulmanes que ocupaban Oriente Medio, el norte de África y parte de la península Ibérica; al norte, los cristianos, que se extendían por el resto de la península Ibérica, Europa y Asia Menor.

La economía se recuperaba. Crecían las ciudades, aumentaba la población, se roturaban nuevas tierras para cultivo, se abrían mercados, había más dinero para adquirir bienes de consumo y mercancías de lujo...

Los ricos armadores y comerciantes de Venecia, Génova y Pisa fletaban sus naves para traer productos exóticos procedentes de Oriente. Las caravanas que cruzaban la antigua ruta de la seda, desde China, y las rutas de las especias, por mares y desiertos, eran cada vez más numerosas.

Con el dinero nació el turismo. En el siglo XI se pusieron de moda las peregrinaciones a lugares sagrados, especialmente a Roma, a Santiago de Compostela y a los Santos Lugares en los que transcurrió la vida, pasión y muerte de Jesucristo. Algunos peregrinos emprendían el camino como penitencia, para expiar grandes pecados; otros, por simple devoción, que a menudo disimulaba un anhelo de ver mundo. El viaje duraba meses, pero era relativamente cómodo puesto que discurría por itinerarios en los que el peregrino encontraba hospederías, hospitales y lugares de acogida.

Los Santos Lugares estaban en tierras musulmanas, pero los califas abasíes de Bagdad respetaban y protegían a los peregrinos cristianos, que les proporcionaban saneados ingresos, comparables a los que algunos Estados actuales obtienen de la explotación turística de un santuario famoso.

Las tornas cambiaron cuando, mediado el siglo, los intolerantes turcos selyúcidas se apoderaron del califato y dejaron de proteger a los peregrinos cristianos. Por toda la cristiandad se divulgaron noticias, a menudo exageradas, de los sufrimientos padecidos por pacíficos peregrinos cristianos a manos de aquellos bárbaros.

¿Por qué no rescatamos Tierra Santa de manos de los infieles y restablecemos la seguridad en las rutas de peregrinación? Ésa fue la excusa religiosa de las Cruzadas. Las causas verdaderas de las Cruzadas fueron económicas (abrir las rutas de comercio, especialmente a las grandes ciudades mercantiles italianas) y sociales (emplear lejos de sus países de origen la excesiva fuerza militar que la Europa feudal generaba).

Una muchedumbre de personas de toda condición social se sintió fascinada por la empresa de ganar para la fe de Cristo los Santos Lugares.

El 18 de noviembre de 1095 comenzaron las sesiones del concilio que el papa urbano II había convocado en Clermont (Francia). Asistieron tantos prelados y miembros de la alta nobleza que, como no cabían en la catedral, hubo que trasladar la asamblea al aire libre. El papa prometió remisión de los pecados a aquellos que se alistaran en una peregrinación armada para rescatar los Santos Lugares. Legados pontificios recorrieron los reinos cristianos informando a prelados y gobernantes. Los púlpitos divulgaron la noticia. El pueblo acogió el proyecto con entusiasmo. Al grito de *Deus volt, Deus volt* («Dios lo quiere, Dios lo quiere»), una muchedumbre de personas de toda condición se puso en camino. Los peregrinos cosían sobre el hombro derecho de sus mantos o túnicas el distintivo de una cruz de trapo rojo. Por este motivo se los llamó *cruzados* y a las expediciones que los condujeron a Oriente, Cruzadas.

El lugar del Templo de Jerusalén

El 15 de julio de 1099, tres años después de la partida, los cruzados conquistaban Jerusalén tras cruento asedio. «Entrados en la ciudad, nuestros peregrinos persiguieron y aniquilaron a los musulmanes hasta el Templo de Salomón, donde se habían congregado y donde se libró el combate más encarnizado de la jornada hasta el punto de que todo el lugar estaba encharcado de sangre», anota el cronista. Un testigo precisa: «La sangre les llegaba a los nuestros hasta los tobillos».

Con Jerusalén convertida en capital de un reino cristiano, el camino quedaba libre para los peregrinos que acudían al Santo Sepulcro y para los mercaderes que ambicionaban la ruta de Oriente por la que afluían a Europa especias, seda, lino, pieles, camelotes, tapices, orfebrería y otros productos.

El dominio cristiano sobre los Santos Lugares era bastante precario. Tras la conquista de Jerusalén, la mayoría de los cruzados habían regresado a sus lugares de origen. Solamente unos trescientos caballeros y algunos miles de peones decidieron establecerse en Tierra Santa para defender las conquistas cristianas o para medrar en nueva tierra. Aquella estrecha franja de terreno se fragmentó, como la Europa feudal de la que procedían sus nuevos ocupantes, en diminutos reinos y condados unidos por tenues relaciones de vasallaje y separados por ambiciones personales, rencillas étnicas y enfrentados intereses. Por otra parte, los *pulanos*, o cristianos nacidos en Tierra Santa, lejos de mantener el ímpetu combativo de sus antepasados europeos, prefirieron acomodarse a las relajadas costumbres de Oriente.

El mantenimiento de los Estados latinos en Tierra Santa, rodeados por un océano de musulmanes hostiles que se encontraban en su propia tierra y contaban con recursos humanos aparentemente inagotables, resultó problemático. Los cristianos nunca dejaron de ser ocupantes de territorio hostil. Si mantuvieron aquellos dominios durante ciento setenta y cinco años fue gracias a la desunión de los musulmanes, enzarzados siempre en rencillas internas, y al constante apoyo militar europeo.

Cuando la situación era apurada, los papas predicaban nuevas Cruzadas (hasta ocho) que reforzaban la presencia cristiana en Tierra Santa.

Podríamos establecer un cierto paralelismo entre la situación política que propició las Cruzadas y la creación del moderno Estado de Israel. En los dos casos resultaba vital para los intereses económicos de Occidente el dominio de aquella región geoestratégica. En la Edad Media estos intereses se cifraban, principalmente, en las rutas del comercio; hoy se trata de controlar el petróleo y sus dividendos que los países productores invierten en el mercado de armas de Occidente. En los dos casos, curiosamente, la solución ha consistido en implantar un país occidental (por su mentalidad, instituciones, costumbres y modo de vida) en el sensible flanco de un mundo musulmán hostil a Occidente.

Esta situación tampoco se daba por vez primera en tiempos de los cruzados, puesto que en aquella franja de tierra se han sucedido, desde el comienzo de la historia, judíos, romanos, bizantinos, árabes, turcos, cruzados y nuevamente turcos, hasta la conquista por los ingleses durante la primera guerra mundial. Por más que protesten los palestinos, aquel territorio jamás ha tenido entidad política propia, exceptuando los reinos y condados cristianos de las Cruzadas y el primitivo Estado de Israel.

Las órdenes militares

Los cristianos se mantuvieron en Tierra Santa solamente gracias al esfuerzo de las órdenes monásticas creadas expresamente para combatir: los hospitalarios, los templarios y los teutónicos.

Vayamos ahora a la historia de los templarios. El último tramo del itinerario de los peregrinos, entre el puerto de Jaffa y Jerusalén, discurría por una desolada comarca infestada de bandoleros. En 1115, dos caballeros, Hugo de Payens, francés, y Godofredo de Saint-Adhemar, flamenco, fundaron, con otros siete nobles franceses, una orden monástica, la «de los pobres soldados de Cristo», consagrada a la defensa y custodia de los peregrinos.

Los nuevos freires, o monjes guerreros, juraron los votos monásticos, castidad, pobreza y obediencia, ante el patriarca de la Ciudad Santa. El rey de Jerusalén, Balduino II, les concedió cuarteles en las antiguas mezquitas de Koubet al-Sakhara y Koubet al-Aksa, situadas sobre el solar del antiguo Templo de Salomón. Por este motivo la orden comenzó a denominarse «Orden del Temple» (en español debería ser «del Templo») y sus miembros, «templarios».

La otra gran orden de Tierra Santa, rival de la templaria, fue la Hospitalaria^[1]. En algún momento, las dos órdenes se definieron como «dos gemelos que se degüellan en el seno de su madre». Su rivalidad malogró algunas empresas militares en las que rehusaron unir sus fuerzas, pero en otras ocasiones colaboraron lealmente.

Uno de los eclesiásticos más prestigiosos de la cristiandad, san Bernardo de

Claraval, el reformador del Císter, se había opuesto a la institución caballeresca convencional, a la que apostrofaba de «gran error» y de «locura intolerable» de unos hombres que luchan «a costa de grandes gastos y trabajos sin otra recompensa que la muerte».

La institución de una orden monástica que, al propio tiempo, fuera militar planteaba problemas de conciencia ya que el derecho canónico prohibía a los clérigos verter sangre humana, aunque fuera la de los infieles. Sin embargo, san Bernardo allanó el camino ante una asamblea de teólogos en Troyes: lo ideal sería no verter sangre de paganos, razonó, si hubiese un medio de defenderse de ellos sin recurrir a la violencia, pero como desgraciadamente no existe tal medio, el caballero cristiano se ve obligado a recurrir a la violencia. Las órdenes militares santificaban la violencia del caballero, ponían su valor y su capacidad de sacrificio al servicio de la religión, lo convertían en instrumento de salvación. Además, Tierra Santa es propiedad de Jesucristo; la cristiandad no puede tolerar que vuelva a manos paganas.

Con el apoyo de san Bernardo, la Orden del Temple se fortaleció y atrajo a muchos aspirantes a freires. Los nobles desheredados por las leyes del mayorazgo se sentían atraídos por el ideal del monje guerrero: «Ellos pueden librar los combates del Señor y pueden estar seguros de que son los soldados de Cristo... pues maten al enemigo o mueran, no tienen por qué sentir miedo. Aceptar la muerte por Cristo o dársela a sus enemigos no es delito, sino gloria. El soldado de Cristo tiene un motivo para ceñir la espada. La lleva para castigo de los malvados y para gloria de los justos. Si da muerte al malvado, el soldado no es homicida. Reconozcamos en él al vengador que está al servicio de Cristo y al liberador de los cristianos^[2]».

La imagen del templario se hizo muy popular en la cristiandad: se les diseñó un hábito que no entorpeciera sus deberes militares. La cruz bermeja sobre el hombro derecho fue una concesión del papa Eugenio III, en 1147, para que «este signo triunfante les sirva de broquel y haga que jamás vuelvan la espalda a ningún infiel». Como insignia de la orden y portador de la cruz, el manto templario era reverenciado hasta el punto de que se despojaban de él cuando tenían que cumplir una necesidad fisiológica. Esta cruz se marcaba también sobre el ganado, los carros y las otras posesiones de la orden. En combate, debajo del manto blanco, los freires llevaban una loriga tejida con mallas de hierro. No podían rehusar el combate aunque el enemigo fuese tres veces más numeroso. Si caían prisioneros no se les podía rescatar, lo que motivó que normalmente los ejecutaran. Cuando morían se les sepultaba boca abajo, sin ataúd, en una fosa anónima.

Tras la aprobación del Temple por el concilio de Troyes, Hugo de Payens recorrió Francia e Inglaterra, se entrevistó con reyes y magnates, visitó monasterios, se hospedó en castillos... Por todas partes su entusiasmo contagioso le permitió reclutar caballeros y jóvenes aspirantes a serlo. Antes de regresar a Tierra Santa encomendó a dos freires la organización del Temple europeo: Payen de Montdidier en Francia y Hugo Rigaud en Aragón y Languedoc. Es posible que enviase otro a Castilla.

La nueva orden monástico-militar concitó grandes simpatías entre los príncipes de la cristiandad. Donativos y limosnas afluyeron sobre los todavía escasos conventos regionales encargados del reclutamiento y de la colecta de fondos.

Los efectivos humanos del Temple crecieron. A los caballeros profesos, que constituían una minoría, se sumaban capellanes, hermanos de oficio, sargentos de armas, artesanos, visitantes e incluso asociados temporales. A la cabeza de todos ellos estaba la autoridad superior, el Gran Maestre, elegido por concilio general en la casa madre de Tierra Santa y asistido por una cohorte de administradores, contables y secretarios.

El Gran Maestre sólo se sometía al papa. La orden escapaba a las jurisdicciones civiles y eclesiásticas ordinarias. Acabó convirtiéndose, en cierto sentido, en un Estado dentro del Estado y una Iglesia dentro de la Iglesia, una multinacional que abarcaba Europa y Tierra Santa.

Atendiendo a sus funciones, el Temple era, en Oriente, una organización guerrera y en Occidente, una organización casi exclusivamente monacal (exceptuando la península Ibérica, donde también se combatía contra el islam).

La célula base de la organización templaria era la encomienda o priorato, una finca, castillo o villa, adquirida por la orden o donada a ella. Solía constar de capilla, sala capitular, alojamiento, sótanos, bodegas, caballerizas, almacenes y otras instalaciones, dependiendo del carácter de la explotación. Al frente de cada encomienda había un comendador que asignaba los cargos. Las encomiendas o prioratos se agrupaban en bailías, que a su vez se reunían en casas regionales y éstas, en provincias. En las bailías se reunían los capítulos regionales y se recibía a los nuevos hermanos.

Los territorios de las nueve provincias occidentales del Temple coincidían con divisiones geopolíticas importantes: Alemania, Hungría, Inglaterra, Irlanda, Francia, Auvernia, Italia, Portugal, Castilla, León, Aragón, Mallorca, Apulia y Sicilia. Al frente de cada provincia había un Maestre provincial sometido al general, residente en Tierra Santa.

En un principio, los templarios estuvieron sometidos a la autoridad del patriarca de Jerusalén, pero años después, bajo el maestrazgo de Roberto de Craon, el excelente diplomático y administrador que sucedió a Payens, el Temple consiguió del papa una autonomía casi completa (bula *Omne datum optimum*, 1139). En adelante, el Temple contaría con sus propios capellanes para el servicio religioso de las encomiendas y se independizaría de las jurisdicciones episcopales. Ello implicaba sustanciosas ventajas económicas: se les eximía de pagar diezmos a los obispos, y se les permitía cobrar impuestos a la población asentada en sus territorios. Por otra parte, quedaban facultados para construir sus propias capillas y cementerios. En muchos casos tal medida suponía la virtual desaparición del antiguo monopolio episcopal que regulaba la vida de la población: los fieles podrían recibir los auxilios espirituales e incluso sepultura en las capillas del Temple. De nada sirvió que los

obispos protestaran airadamente contra este recorte de su autoridad y privilegios. La orden escapaba tanto a las jurisdicciones civiles como a las eclesiásticas.

Regla y costumbres del Temple

La primera regla templaria, inspirada en la cisterciense, constaba de sesenta y ocho artículos por los que se regía cada encomienda o convento. Se puede reconstruir con bastante fidelidad desde su versión más primitiva, dictada por el concilio de Troyes (1128), hasta la más evolucionada, compuesta hacia 1257, que incluye consideraciones sobre disciplina y faltas. En los estatutos jerárquicos (redactados en 1230) se contiene lo referente a ceremonias. La regla reprime la indisciplina y vanagloria del caballero y canaliza su agresividad para que sirva sólo a los intereses de la Iglesia. Cualquier hombre libre puede aspirar al hábito templario si está limpio de lepra, epilepsia o enfermedad contagiosa y no ha sido expulsado de otra orden monástica. Los candidatos renuncian a su nombre familiar (aunque los altos dignatarios y maestros fueron conocidos a veces por sus apellidos seculares) y juran los votos monásticos (pobreza, castidad y obediencia) tras someterse a un noviciado. En la ceremonia de admisión, se advierte al caballero de la dureza e incomodidad de aquella nueva vida que libremente acepta:

Pocas veces haréis lo que deseáis: si queréis estar en la tierra de allende los mares se os enviará a la de aquende; o, si queréis estar en Acre se os mandará a la tierra de Trípoli o de Antioquía o de Armenia, o se os enviará a Pouille o a Sicilia, o a Lombardía o a Francia o a Borgoña o a Inglaterra o a muchas otras tierras donde tenemos casas o posesiones. Y si queréis dormir se os hará velar y si alguna vez deseáis velar, se os mandará a reposar a vuestro lecho. Cuando estéis sentado a la mesa y deseéis comer, se os mandará ir donde se tenga a bien, y jamás sabréis adónde. Tendréis que soportar a menudo palabras malsonantes. Considerad, gentil y dulce hermano, si estáis dispuesto a sufrir de buen grado tales rigores.

Fiel al espíritu cisterciense de su fundador, la orden rechazaba lo superfluo: el pelo, cortado a cero; la barba, descuidada; sin adornos innecesarios. Estaban prohibidos el ocio y las distracciones, así como las apuestas y los juegos de ajedrez o dados, a los que tan aficionados eran los caballeros de aquel tiempo. No obstante, se toleraban la rayuela y las tabas, considerados juegos inocentes. También estaba prohibido mirar de frente a una mujer, aunque se la reverenciaba por influencia de la moda caballerisca del tiempo.

El templario no poseía nada. Le estaba prohibido hacer regalos o aceptarlos. Una descripción coetánea sugiere cierta rudeza monacal: «Llevan los hábitos que sus superiores les han dado y no ambicionan otros vestidos ni mejor alimento; viven juntos sin mujeres ni hijos, bajo el mismo techo y sin nada que les sea propio, ni siquiera la voluntad. Ninguno es inferior entre ellos. Honran al mejor, no al más noble. Cortan sus cabellos, no se les ve nunca peinados; apenas se lavan, llevan la barba hirsuta, apestando a polvo, sudados y manchados por el orín de sus armas». Esta última apreciación parece exagerada puesto que la regla insiste en que el

caballero debe extremar su higiene y cuidados corporales.

La orden suministraba a cada freire un ajuar que debía cuidar esmeradamente: dos camisas, dos pares de calzas, dos calzones, un sayón, una pelliza (que solamente podía estar forrada de cordero o de oveja y en ningún caso de otra piel más lujosa), una capa, un manto de invierno y otro de verano, una túnica, un cinturón, un bonete de algodón y otro de fieltro, una servilleta para la mesa, dos copas, una cuchara, un cuchillo de mesa, una navaja, un caldero, un cuenco para cebada, tres pares de alforjas, una toalla, un jergón, una manta ligera y otra gruesa. Estas mantas solían ser rayadas, en blanco y negro, como la bandera de la orden.

El equipo militar no era menos completo: loriga, brafoneras (calzas de malla), yelmo con protección nasal, espada, puñal, lanza adornada de gallardete blanco, escudo largo y triangular, cota de armas blanca y gualdrapa para el caballo. La cruz paté de la orden figuraba en el gallardete de la lanza, en el extremo superior izquierdo del escudo y en la cota. En campaña eran también reglamentarios un caldero, una hacha para cortar leña, un rallador y un juego de escudillas y frascos.

La rutina diaria de un templario en un castillo de Tierra Santa o en su encomienda de Europa se ceñía a las severas costumbres monásticas del Císter. El freire no podía abandonar la encomienda sin permiso de su superior ni comer o beber fuera del refectorio comunal. Debía en todo momento conducirse con humildad y cortesía, sin grosería o envanecimiento. Estaban prohibidas las conversaciones fútiles y las risas. Se dormía tres o cuatro horas, sin despojarse de la camisa, calzones, calzas y cinturón. A la hora de maitines, sobre las cuatro de la madrugada en invierno, dos horas antes en verano, una campana convocaba a los hermanos a la capilla para rezar trece padrenuestros. «Cada cual debe vestirse y desvestirse, calzarse y descalzarse rápidamente», señala la regla. Terminados los rezos, bajaban a las cuadras para echar un pienso a los caballos, regresaban al dormitorio y, antes de acostarse, rezaban un padrenuestro. Al alba los despertaba nuevamente la campana de prima. Se vestían y regresaban a la capilla para oír misa. Después rezaban treinta padrenuestros por los vivos y otros treinta por los muertos. Cumplida esta devoción, cada cual comenzaba su jornada de trabajo, consistente, según su situación o empleo, en tareas administrativas o entrenamiento militar. Cada hora se hacía un alto para rezar otra tanda de padrenuestros.

Los hermanos consumían carne tres veces por semana (los enfermos diariamente, exceptuando los viernes): una dieta simple pero sustanciosa que los mantenía robustos para el servicio de las armas. En el refectorio, el capellán bendecía la mesa y dirigía el rezo. Los hermanos comían en silencio, aunque podían comunicarse por signos. En algunas ocasiones dos hermanos compartían la misma escudilla como signo de humildad. Nadie podía levantarse de la mesa sin permiso expreso del comendador, salvo en caso de hemorragia nasal. Terminada la comida se dirigían a la capilla por parejas para dar gracias a Dios.

Los templarios observaban tres cuaresmas, comulgaban y daban limosna tres

veces por semana. En todo momento debían hacer honor a la divisa de la orden: *Non nobis, Domine, non nobis sed Nomini tuo da gloriam* («Nada para nosotros, Señor, sino para dar gloria a tu nombre»).

Los miembros de una encomienda o convento se reunían en capítulo periódicamente, en sesiones secretas. Era preceptivo llevar la cabeza descubierta, aunque en lo crudo del invierno se hacía una excepción con los calvos. Después de rezar un padrenuestro, el presidente del capítulo pronunciaba un sermón exhortando a perseverar en la virtud. A continuación, los hermanos se alzaban por orden de antigüedad y cada uno relatava las faltas que había cometido desde la última reunión. Cuando un hermano observaba que otro incurría en alguna falta, era su obligación amonestarlo «con severidad no exenta de dulzura», pero si el amonestado persistía en su error tenía que denunciarlo al capítulo. Este tipo de delación no se consideraba reprochable puesto que su fin era la salvación del alma del pecador.

La disciplina era rigurosa. Se consideraban faltas graves la simonía, la violación del secreto, la muerte de un cristiano, la sodomía («pecado hediondo y brutal»), el motín, la cobardía, la herejía, la traición y el hurto. Por hurto hemos de entender cualquier imprudencia o temeridad. Si las faltas confesadas requerían deliberación de la asamblea, el inculpado abandonaba la sala mientras sus hermanos discutían sobre el castigo que merecía y votaban democráticamente. Todas las penas eran ejecutorias y sin apelación. Podían entrañar expulsión de la orden, pérdida temporal o definitiva del hábito, penitencia o castigo corporal público. En este caso, el culpable comparecía ante la asamblea con el torso desnudo y llevando en torno al cuello una correa con la que otro hermano le propinaba la tanda de azotes convenida. Si el castigo implicaba una penitencia especial, durante ese periodo el hermano trabajaba como mozo de cuerda, pinche, barrendero, arriero o cualquier otro menester considerado vil. Si la falta entrañaba pérdida temporal de hábito, el hermano quedaba excluido de los actos comunitarios. Cuando le devolvían el hábito, ya cumplida la penitencia, en su primera comida en el refectorio consumía sus alimentos en el suelo, sobre un pliegue del manto.

El capítulo terminaba con una absolución dada por el capellán de la encomienda. El Jueves Santo, el limosnero de la encomienda escogía a trece pobres para que los hermanos les lavaran los pies. Después de la ceremonia, el comendador entregaba a cada pobre dos panes, dos monedas y un par de zapatos. El Viernes Santo se consagraba a la adoración de la cruz y los hermanos que no estuvieran enfermos andaban descalzos y ayunaban a pan y agua. También eran de ayuno obligatorio todos los viernes desde la fiesta de Todos los Santos hasta Pascua, con la sola excepción del día de Navidad. La orden profesó especial devoción a la Virgen María, a san Jorge y a san Juan. Su reliquia más preciada fue una Santa Espina que cada Viernes Santo florecía al ser elevada por el capellán.

Cruzada en Oriente

Como dijimos al principio, el mantenimiento de las conquistas cristianas de Tierra Santa sólo resultó posible gracias al esfuerzo económico y militar de las órdenes militares (hospitalarios y templarios).

El rey de Jerusalén, atribulado por su crónica escasez de tropas, tuvo que delegar en las órdenes militares la defensa de sus inseguras fronteras. A lo largo del siglo XII los hospitalarios y los templarios acrecentaron sin cesar sus fuerzas y se involucraron progresivamente en la defensa del reino latino. Las dos órdenes llegaron a constituir pequeños ejércitos de élite. El Temple mantenía unos seiscientos caballeros y doble número de sargentos. Además existían forzados y condenados a muerte, que expiaban su pena guerreando contra los sarracenos. A éstos habría que sumar algunos miles de mercenarios turcos, distribuidos en unidades de infantería y de caballería ligera. Pero todo este esfuerzo era insuficiente para contener la presión constante de los ejércitos musulmanes. Hubo que recurrir a la guerra defensiva, ya ensayada por los bizantinos con algún éxito, es decir, a la construcción de fortalezas. Los templarios poseían dieciocho plazas fuertes, cada una de ellas rodeada y protegida por sus correspondientes castillos. El mantenimiento de esta línea fronteriza comportaba un considerable esfuerzo económico y humano. ¿De dónde salía aquel dinero?

De las encomiendas de la orden en Europa, naturalmente.

Las riquezas del Temple

Una cuestión debatida, y que ha hecho correr mucha tinta, es la de las riquezas reales o imaginarias amasadas por los templarios, a las que, según muchas opiniones, debe atribuirse la caída y ruina de la orden.

Está fuera de duda que la orden del Temple se enriqueció rápidamente gracias a la protección que recibía de papas y reyes y a las cuantiosas donaciones de los devotos. Existía incluso el acto de donarse al Temple, similar al moderno *leasing* que practican ciertas entidades financieras. El donado disfrutaba en vida de una serie de beneficios fiscales y espirituales así como de la protección de la orden. A cambio, la orden heredaba sus propiedades cuando fallecía.

Buenos administradores, los templarios medraron con sabias actividades mercantiles. Cada encomienda constituía una unidad de gestión autosuficiente y generadora de excedentes. Estos excedentes iban a parar a la casa provincial, que a su vez los reexpedía a la central para el sostenimiento de tropas y castillos en Tierra Santa.

Sobre la base de estas actividades económicas, los freires emprendieron además remuneradoras actividades bancarias. Su riqueza material constituía una garantía de formalidad y solvencia. Muchos particulares les confiaron la custodia de grandes sumas de dinero. Además, consiguieron que el papa les encargara las colectas de la

cruzada, una especie de impuesto religioso. En una época en que la moneda acuñada escaseaba y estaba sujeta a frecuentes oscilaciones y mermas, la orden estaba en condiciones de prestar dinero a reyes o señores en apuros a cuenta de la cobranza de impuestos.

El tesorero del Temple se convirtió en consejero financiero del rey de Francia y miembro de la comisión de cuentas que controlaba la hacienda real. La casa del Temple en París, convertida en casa madre tras la caída de Tierra Santa, fiscalizaba las operaciones de la orden en Francia y mantenía estrechas relaciones con las otras provincias europeas. Su imponente aspecto exterior le confería sin duda esa sensación de solidez y seguridad que también transmiten los bancos actuales. Estaba enclavada en el centro de un barrio amurallado, en el corazón de París, «el recinto del Temple», en cuyo castillo radicaba el banco de reserva de la orden. En esta casa estaban depositados no sólo el tesoro real de Francia, sino las piezas de oro y plata de los grandes magnates. Como vemos, las cajas de seguridad de los bancos actuales no son invento reciente. Naturalmente, los templarios no se limitaron a atesorar el dinero en cofres sino que lo hicieron circular para que produjera beneficios, si bien, a diferencia de la banca moderna, prestaban al rey sin interés ni recargo alguno.

La prosperidad del Temple no se debió solamente a sus actividades bancarias. Los frailes eran excelentes administradores de sus encomiendas y competentes agricultores y ganaderos que mejoraban sus explotaciones recurriendo a técnicas modernas como el drenaje de charcas o la construcción de pantanos. También aprovecharon su privilegiada situación en Tierra Santa para comerciar con productos orientales. Actuando con el criterio de una multinacional, crearon industrias y servicios para diversificar sus actividades y evitar ajenas dependencias. No vacilaron en construir y armar su propia flota, imprescindible para sostener su activo comercio con Tierra Santa y para el transporte de tropas y pasajeros. Puertos templarios muy activos fueron La Rochelle, en el Atlántico, y Colliure y Marsella, en el Mediterráneo.

De las cuentas de las encomiendas templarias se deduce que los freires fueron excelentes gestores. Cuando les era posible explotaban directamente sus recursos, pero no vacilaban en arrendarlos si les resultaba más ventajoso. Consiguieron dominar los secretos de la banca tan profesionalmente como los banqueros genoveses y pisanos; con la diferencia de que su red de establecimientos, en los que una letra de cambio podía canjearse por su valor en cualquier moneda, era mucho más extensa y fiable que la de aquéllos. Además, debido a su condición de religiosos, inspiraban mayor confianza que los banqueros seculares.

Sobre estas sólidas bases, los templarios amasaron un poder económico que muchos creían sin parangón en toda la cristiandad.

Se ha especulado mucho con el fabuloso tesoro que los templarios debieron acumular a lo largo de dos siglos de prósperas actividades financieras pues, por otra parte, a pesar de su holgada posición económica, nunca se apartaron del voto de

pobreza que les imponía la regla. Del examen de los detallados inventarios redactados por los agentes reales que los arrestaron, se deduce que vivían austeramente. No se encontraron depósitos de oro amonedado ni objetos de gran valor. Al parecer no conocían más lujo que el de algunos cálices y relicarios de sus capillas. ¿Dónde estaba entonces el tesoro de los templarios? La explicación es relativamente simple: gastaban sus ganancias en Tierra Santa, en construir y mantener castillos y hospitales, y en pagar las soldadas de los mercenarios turcópulos con los que suplían su escasez de efectivos. Los gastos militares de la orden no cesaban de aumentar a medida que el reino de Jerusalén se debilitaba y la amenaza islámica crecía.

La pesadilla de los arqueros turcos

La disciplina de los templarios en Tierra Santa se refleja minuciosamente en su regla. Los cruzados tuvieron que modificar profundamente las tácticas de combate al uso en Europa para adaptarlas al modo de combatir de sus enemigos. Los arqueros musulmanes, provistos de un arco potente y de rapidísimo ritmo de tiro, podían desencadenar, literalmente, una lluvia de flechas. Además, eran capaces de disparar desde el caballo a galope. Su terrible eficacia era el resultado de la combinación de armamento ligero y movilidad. Desprovistos de las pesadas lorigas y montados en caballos veloces, esquivaban fácilmente las cargas de la caballería pesada de los cristianos. La capacidad de maniobra que implicaban sus tácticas les permitía también hostigar eficazmente al enemigo en marcha y presentar batalla en terreno quebrado y desigual, desfavorable a las líneas cristianas.

Estas tácticas exasperaban a los caballeros cristianos, acostumbrados al enfrentamiento expeditivo y directo, y minaban su moral. No obstante, después de las primeras derrotas, los cristianos adoptaron las contramedidas oportunas. El ejército debía contar con una protección natural que cubriese su retaguardia y sus flancos, preferentemente en arroyos o montañas. Además, lo más selecto de la tropa se destacaba como cuerpo de reserva destinado a estorbar las maniobras envolventes del enemigo. En cada línea de la caballería cristiana se formaban los escuadrones en perfecto orden, como de costumbre, pero contando con la protección de infantería y arqueros capaces de devolver el fuego a las tropas ligeras enemigas evitando que éstas hostigasen directamente a la caballería pesada. Éste era el principal cometido de los mercenarios turcópulos contratados masivamente por los templarios.

Mantener la formación compacta y la disciplina de un ejército feudal, compuesto por decenas de combatientes deseosos de destacar individualmente, era una empresa difícil. Pero cuando estos mismos caballeros eran hermanos de las órdenes militares voluntariamente sometidos a una rigurosa disciplina, el conjunto funcionaba con precisión asombrosa. En el campo de batalla, los templarios se agrupaban por escuadrones al mando de sus respectivos comendadores, detrás del *beauseant* (Beau Seant), la bandera blanca y negra de la orden que señalaría el punto de concentración

del combate a lo largo de la batalla. El *beauseant* era un objeto santo, depositario del honor de la orden, y por lo tanto especialmente protegido en la pelea por una élite de expertos caballeros. Si a pesar de ello caía en manos del enemigo, el alférez llevaba enrollado en una lanza un gonfalon de repuesto. Los escuadrones seguían ciegamente el estandarte, se desplazaban con él, se detenían cuando se detenía y avanzaban si avanzaba. En medio de la espesa polvareda de las cargas y del griterío y el estruendo de la batalla, el estandarte actuaba como un poderoso imán capaz de mantener el empuje de las filas templarias. Mientras el *beauseant* flameara, el combate no debía detenerse; si desaparecía, el templario debía obedecer a la bandera de los hospitalarios, sus colegas y rivales, y en caso de que también ésta sucumbiera, a la de cualquier otro príncipe cristiano. En cualquier caso, el templario no podía rendirse ni dar cuartel al enemigo. Como teóricamente no podía caer prisionero, tampoco debía esperar ser rescatado por la orden. Los sarracenos solían decapitar a los prisioneros templarios, a menudo después de torturarlos.

En la historia de la orden en Tierra Santa se dan algunos casos de cobardías y traiciones individuales; también de errores tan mayúsculos como la elección del Maestre Gerardo de Ridfort, un intrigante aventurero escasamente capacitado para el mando que había ascendido valiéndose de muñidores sin escrúpulos. Durante su mandato ocurrió el desastre de los Cuernos de Hattin (1187), una batalla adversa tras la cual los doscientos treinta templarios prisioneros fueron decapitados. Si exceptuamos estas sombras, la ejecutoria de la orden fue limpia y honorable y sus episodios heroicos aventajan con gran diferencia a los deshonorosos. Cuando los musulmanes conquistaron Safeto, los ochenta templarios capturados rechazaron unánimemente la libertad que se les ofrecía si apostataban y prefirieron morir.

Los templarios observaban una rígida disciplina en campaña, que incluía eficaces contramedidas contra las tácticas sarracenas. Patrullas de reconocimiento se adelantaban a la vanguardia y flanqueaban al ejército para prevenir celadas. Las tropas en marcha se ordenaban de manera que, en caso de peligro, pudieran adoptar rápidamente la formación de combate. Cuidaban hasta el más mínimo detalle. Por ejemplo, cuando un emisario volvía en sentido inverso al de la marcha, para transmitir un aviso a los de la zaga, era preceptivo que cabalgara a sotavento para que la polvareda levantada por su caballo no cayera sobre la columna.

Al declinar el sol, el aposentador buscaba un lugar fortificado o fácilmente defendible para pernoctar. Allí se levantaban las tiendas en su orden preciso, la del vocero, o pregonero, junto a la del alférez. Cuando la tropa se encontraba acampada, ningún templario podía alejarse más allá del alcance de una voz. En las plazas fuertes el límite se ampliaba hasta el perímetro de una legua. Antes de anochecer se pregonaban las entregas de víveres y los caballeros concurrían al reparto. El comendador de la carne distribuía los víveres equitativamente, según las minuciosas ordenanzas, cuidando de que «no caigan dos jamones o dos paletillas juntos». Después del reparto, cada cual regresaba a su tienda y los escuderos se afanaban con

trébedes y espetones preparando la comida.

Los templarios estuvieron activamente presentes en las principales empresas militares del siglo. En 1147, durante la segunda cruzada, se distinguieron en la expedición de Luis VII por Asia Menor. En esta ocasión, la autoridad del Maestre del Temple se igualó a la del propio rey. Bien puede decirse que la afortunada intervención de los templarios salvó del desastre a todo el ejército cristiano en la jornada llamada de «la Montaña Execrable». Seis años más tarde, los freires volvían a llevar la iniciativa en el asedio de Ascalón.

Fue por entonces, en 1171, cuando se proclamó sultán Saladino, un excelente estratega y un inteligente estadista que derrotaría repetidamente a los cristianos. Consciente de que la supervivencia del enclave cristiano en Tierra Santa dependía del esfuerzo de templarios y hospitalarios había prometido: «Purificaré la tierra de esas órdenes inmundas». Pero los templarios demostraron ser un cumplido enemigo para Saladino. En 1177 ayudaron decisivamente a Balduino IV a derrotarlo en Monte Gisard.

Aunque las órdenes militares alcanzaron merecida fama como estrategas, hay que consignar, también, algunos sonados fracasos de sus generales. Al deficiente planeamiento de los Maestres del Temple se achacaron las derrotas cristianas de Marj Ayyun (1179) y Ain Gozeh (1187). Esta inculpación prueba la importancia que los estrategas templarios habían adquirido después de un siglo de milicia.

Finalmente Saladino aplastó a las fuerzas cristianas en la decisiva batalla de los Cuernos de Hattin. A continuación, el 2 de octubre de 1187, ocupó Jerusalén. Dos años más tarde casi todo el reino latino estaba en su poder.

La caída de Jerusalén conmocionó a la cristiandad. Inmediatamente se predicó una nueva cruzada, la tercera, para reconquistar la Ciudad Santa. Esta expedición falló en su principal objetivo, pero logró otros secundarios como la conquista de Chipre, que fue cedida a Guido de Lusignan para compensarlo por la pérdida de su reino. Chipre, réplica del malogrado reino de Jerusalén, sería el único territorio que se mantendría en manos de los cruzados en 1291, cuando la pérdida de San Juan de Acre liquidase las últimas posesiones cristianas en Tierra Santa.

El siglo XIII marcó el declive de las órdenes militares, que se vieron obligadas a contribuir con aproximadamente la mitad de los combatientes al esfuerzo cristiano en Tierra Santa. De los desvelos del Temple por contener lo incontenible hablan elocuentemente sus bajas. Trece de los veintitrés Maestres de la orden perecieron en combate. Los templarios tan sólo se mantuvieron al margen de la cuarta cruzada, predicada por el papa Inocencio III y dirigida contra Egipto. La mayor parte de la fuerza implicada en esta expedición era francesa pero los comerciantes venecianos condicionaron la cesión de sus barcos de transporte al compromiso, por parte de los cruzados, de entregar Constantinopla a Venecia. Los cruzados saquearon despiadadamente la antigua capital bizantina y fundaron sobre ella el Imperio latino.

En 1212, el mismo año en que una cruzada casi exclusivamente española derrotó

a los almohades en la batalla de las Navas de Tolosa (Jaén), la llamada «cruzada de los niños» partió de Francia. Un grupo de desaprensivos armadores embaucaron a miles de adolescentes de uno y otro sexo con la promesa de trasladarlos a Tierra Santa, pero una vez embarcados pusieron rumbo a Alejandría, donde los subastaron en los mercados de esclavos.

La reconquista de Jerusalén, durante la quinta cruzada (1228-1229), capitaneada por el emperador Federico II, fue fugaz. Quince años más tarde volvería a manos musulmanas. A partir de entonces, la historia de los cristianos en Tierra Santa es una sucesión casi ininterrumpida de desastres. A principios de 1265, cayeron Cesarea y Arsuf; al año siguiente, Safeto (donde toda la guarnición templaria fue decapitada), y poco después, un rosario de posiciones templarias, entre ellas Jaffa, Beaufort^[3], Bangas y Antioquía.

El Temple en España

Aragón fue, junto con Portugal, el primer reino peninsular en el que hay constancia del establecimiento de los templarios, hacia 1130. En este año, Raimundo Rogelio, de Barcelona, donó a la Orden del Temple la plaza de Granera. Dos años más tarde, el conde de Urgel les cedió el castillo de Barberá «porque han venido y se han mantenido con la fuerza de las armas en Grayana, para la defensa de los cristianos». Los templarios llegaron a poseer hasta treinta y seis castillos en el reino de Aragón.

En 1134, Alfonso el Batallador, rey que, haciendo honor a su título, murió combatiendo al moro, dispuso en su testamento que las órdenes de Tierra Santa heredaran sus reinos de Aragón y Navarra. Esta disparatada voluntad real no se cumplió, probablemente porque ni siquiera a sus sorprendidos herederos les interesaba hacerse cargo de estos reinos. No obstante, los templarios negociaron sus derechos con el nuevo rey, Ramón Berenguer IV, y obtuvieron de él, como compensación, un conjunto de villas y castillos: Monzón, Mongay, Chalamera, Barberá, Belchite, Remolins y Corbins.

A partir de entonces, la orden desarrolló una actividad militar más intensa. Durante el reinado de Alfonso II el Casto los templarios participaron activamente en la expedición contra Mertín, Alhambra y Caspe. En recompensa por estos servicios obtuvieron la tercera parte de Tortosa, la quinta de Lérida y algunas villas menores. Paralelamente a estas actividades guerreras, la orden desarrolló otras mercantiles, como el monopolio del entonces importantísimo comercio de la sal.

El prestigio de la orden aumentaba. En 1198 medió en el pleito entre Pedro II y su madre doña Sancha por la posesión de Ariza. Doce años más tarde, los templarios apoyaron a Pedro II contra los musulmanes de Valencia en la toma de los castillos de Adamuz, Castelfabib y Sertella. Guillén de Montredón, Maestre de los templarios de la provincia de Aragón, custodió al rey Jaime I durante su minoría. Jaime I contaría después con los templarios en la conquista de Valencia y Mallorca.

El Temple de Castilla y León se interesó al principio por el establecimiento de encomiendas al norte del Tajo, donde las posibilidades mercantiles eran mayores, principalmente en Montalbán. La preferencia por estos lugares, lejos de la frontera musulmana, pudiera deberse a que la orden, escasa de efectivos humanos, no se sentía en condiciones de emprender acciones bélicas.

La Orden de Calatrava

En 1147, Alfonso VII quiso empeñar a los templarios en la ambiciosa empresa de su reinado, la recuperación de todos los territorios del antiguo reino goda, y les entregó la ciudad de Calatrava, estratégicamente situada en el nudo de comunicaciones más importante de al-Ándalus, en medio de la llanura manchega, a medio camino entre Córdoba y Toledo y en el cruce de las vías de Mérida a Calatayud y a Cartagena. El lugar disfrutaba, además, de una formidable defensa natural porque el río Guadiana se derramaba por la llanura y producía una zona pantanosa que actuaba como foso, además de suministrar el agua necesaria. No obstante, aquella posición avanzada les resultó a los templarios imposible de sostener frente al creciente poderío almohade y optaron por devolvérsela al rey en 1158. Lo supo el abad cisterciense de Fitero, que casualmente se encontraba de visita en la corte, y se ofreció para guardarla con sus freires si se le concedían las franquicias propias de una orden militar. Ése fue el origen de la Orden de Calatrava (1164), una de las cuatro hispánicas (con Santiago, Alcántara y Montesa).

Las ruinas de Calatrava (hoy llamada «la Vieja» para distinguirla de Calatrava la Nueva), en el término de la localidad de Carrión de Calatrava, provincia de Ciudad Real, constituyen hoy una visita obligada para el que quiera hacerse una idea de lo que era una ciudad medieval. La antigua Qal't Rabah, en un amesetado cerro elíptico de cinco hectáreas de superficie que se levanta apenas unos metros sobre la llanura, presenta una fuerte muralla con cuarenta y cuatro torres de flanqueo, dos de ellas albarranas, y un foso de diez metros de profundidad excavado en la roca y alimentado con aguas del Guadiana.

En Calatrava la Vieja se distinguen las dos partes típicas de la ciudad islámica: la alcazaba y la medina o ciudad. La entrada monumental que comunica la alcazaba con la ciudad, el foso, los torreones pentagonales, con su proyección esquinada y agresiva... constituyen una disuasoria exhibición de poder de los califas frente a las presiones de los reinos cristianos. En el castillo propiamente dicho, situado en un extremo de la ciudad, se superponen las ruinas de dos iglesias, la templaria, una sala espaciosa que remata en un ábside circular, a un nivel inferior, y la calatrava, más amplia, encima. Son admirables el espacioso aljibe, las airosas albarranas y la coracha tendida hasta el centro del río que sostenía la noria de la que se alimentaba una torre depósito o *castellum aquae*.

Tras la batalla de las Navas de Tolosa, la frontera entre moros y cristianos

descendió cien kilómetros y los calatravos abandonaron la ciudad para fundar una nueva casa-sede en Calatrava la Nueva.

En 1176, los templarios auxiliaron a Alfonso VII en la toma de Cuenca. En 1212 tuvieron una destacada actuación en la batalla de las Navas de Tolosa, donde pereció el Maestre Provincial, Gómez Ramírez. En este tiempo, las propiedades del Temple en Castilla-León se habían acrecentado e incluían los lugares de Coria, Benavente, Limia y Ponferrada, las salinas de Lampreana y la estratégica villa de Alcañices, en el camino de Braganza a Zamora.

A partir de 1216, la orden intensificó sus acciones guerreras apoyando a las huestes leonesas contra los moros.

Seguramente circulaban ya rumores sobre las riquezas acumuladas por los templarios. Honorio III pidió a los prelados que no prestasen oído a tales calumnias y justificó las riquezas de la orden por los cuantiosos gastos que le causaba el mantenimiento de caballeros y pobres en Damietta. Los templarios eran, además, los recaudadores del impuesto de la cruzada. Quizá esta circunstancia explique su impopularidad entre los contribuyentes hispánicos, siempre recelosos de Hacienda.

Los templarios tenían planteados algunos pleitos por cuestiones económicas con la Orden de Alcántara y con la de Santiago (este último por la villa de Alcañices). Estas fricciones fueron consecuencia de la rápida expansión económica de las órdenes, que ambicionaban el control de cañadas ganaderas y pasos. En ocasiones tuvo que mediar el papa.

Parte de las propiedades del Temple procedían de donaciones particulares, como la de los Griegos, que les fue entregada por Teresa Gil, la amante del rey de León. Otras eran consecuencia de sus actividades militares. Así el castillo de Capilla y sus extensos términos, otorgados por Fernando III al Maestre Esteban de Bellomonte después de la conquista de Córdoba.

En las empresas conquistadoras de Fernando III participaron a menudo contingentes templarios. Después de la toma de Sevilla, el rey les otorgó la villa de Fregenal (1248), cabeza de un extenso territorio. Los templarios llegaron a poseer en Castilla más de treinta encomiendas.

El crepúsculo de los dioses

En 1291 los musulmanes conquistaron San Juan de Acre, última ciudad cristiana de Tierra Santa. La cristiandad se conmocionó ante esta noticia, pero esta vez nadie movió un dedo para organizar una nueva Cruzada. Corrían tiempos menos heroicos y el comercio internacional, cada vez más complejo, había hallado fórmulas para controlar los más distantes mercados sin necesidad de presencia militar.

La caída del último bastión cristiano en Tierra Santa acarreó cierto desprestigio a las órdenes militares, particularmente a la del Temple. Si la función primordial de las órdenes consistía en proteger a los peregrinos en Tierra Santa, ¿qué necesidad había

de mantener aquellas poderosas y ricas organizaciones?

Los hospitalarios quedaban en una situación menos incómoda. Se habían establecido firmemente en Chipre desde tiempo atrás y casi todos los peregrinos que seguían la vía marítima hacían escala en su isla, y debían reponerse en los hospitales de la orden tras la prolongada travesía en naves insalubres. Precisamente, la función primordial de los hospitalarios había sido ofrecer asistencia médica y albergue. Descartada la actividad militar, los hospitalarios justificaban su supervivencia por la labor asistencial.

La situación de los templarios era mucho más delicada. El Temple se fundó para escoltar a los peregrinos entre Jaffa y Jerusalén. Perdido el dominio de aquella ruta, no quedaba función alguna que justificara el mantenimiento de la orden. Las altas jerarquías debieron de considerar la posibilidad de derivar el esfuerzo de su organización hacia misiones de asistencia en Chipre, pero ¿acaso no quedaban éstas suficientemente atendidas por los hospitalarios? Por otra parte, la potencia naval de éstos cubría con creces los requerimientos de los peregrinos que escogieran la vía marítima (la terrestre había sido virtualmente abandonada). Los templarios tuvieron que aceptar la realidad: no tenían nada que hacer en Oriente.

En Occidente, el magno edificio de la orden parecía sólido a pesar de que la disciplina y el celo de los hermanos se habían relajado bastante.

Reinaba en Francia Felipe IV el Hermoso, «el rey de hierro». Este hombre inteligente y astuto, ambicioso y maquiavélico, estaba sin blanca. Había sometido a sus barones, a la nobleza flamenca y al papa (al que domesticó y obligó a trasladar la Santa Sede a Avignon), pero estaba comido de deudas. Lo había intentado todo: limitar los beneficios de la Iglesia, expoliar a los judíos, exprimir a la banca lombarda, devaluar la moneda... Soberano absoluto, sólo escapaba de su dominio, y lo limitaba, la soberana Orden del Temple, rica, poderosa e independiente.

Controlar el poder y los bienes de la Orden del Temple era difícil pero no imposible, puesto que los templarios estaban subordinados al papa y éste lo estaba, virtualmente, a Felipe el Hermoso.

Felipe IV se aplicó a la tarea. Primero intentó introducir a uno de sus hijos en la orden, pero no consiguió que ascendiese a Gran Maestro. Tampoco fue afortunado en su intento de que el papa fusionara el Temple y el Hospital, que Felipe hubiese querido realizar bajo la magistratura suprema de uno de sus hijos.

Así estaban las cosas cuando, en 1305, Esquin de Floyrano o Floyran, antiguo prior templario de Montfaucon, resentido porque lo habían expulsado de la orden, compareció ante Jaime II de Aragón en Lérida para acusar a los templarios de graves delitos. Como el rey aragonés no le concedió el menor crédito, marchó a Francia y repitió las acusaciones ante los juristas del consejo real. Felipe el Hermoso y su canciller Guillermo de Nogaret escucharon interesados. No les fue difícil encontrar a otros antiguos templarios expulsados dispuestos a difamar a sus antiguos hermanos de orden. Los oficiales reales redactaron las acusaciones y las sometieron a la

aprobación del papa Clemente V, débil marioneta en manos del rey, que las admitió a trámite.

El 14 de septiembre de 1307 circuló la orden de arrestar y entregar a la Inquisición a todos los templarios de Francia. La requisitoria, enviada a los oficiales de la justicia, decía así:

Gracias al informe de varias personas dignas de fe, hemos sabido una cosa amarga, una cosa deplorable, una cosa que seguramente horroriza pensar y aterroriza escuchar, un crimen detestable, una execrable fechoría, un acto abominable, una espantosa infamia, una cosa completamente inhumana o más bien ajena a toda humanidad, ha golpeado nuestros oídos conmoviéndonos con gran estupor y horrorizándonos. Al sopesar la gravedad, un inmenso dolor va creciendo en nosotros, más cruel todavía desde el momento en que no cabe duda que la enormidad del crimen desborda hasta convertirse en una ofensa para la majestad divina, una vergüenza para la humanidad, un pernicioso ejemplo del mal y un escándalo universal. [...] Hemos sabido recientemente, gracias al informe de personas dignas de fe, que los hermanos de la Orden de la Milicia del Temple, ocultando al lobo bajo la apariencia del cordero, y bajo el hábito de la orden, insultando miserablemente a la religión de nuestra fe, crucificando una vez más en nuestros días a Nuestro Señor Jesucristo, ya crucificado para la redención del género humano, y colmándolo de injurias más graves que las que sufrió en la cruz [...] Esta gente inmunda ha renunciado a la fuente del agua viva, reemplazando su gloria por la estatua del becerro de oro e inmolando a los ídolos. [...] Aquel a quien se recibe pide —en primer lugar— el pan y el agua de la orden, luego el comendador o el Maestre encargado de su recepción lo conduce secretamente detrás del altar, a la sacristía o a otra parte y le muestra la cruz y la figura de Nuestro Señor Jesucristo y le hace renegar tres veces del profeta, es decir de la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, y escupir tres veces sobre la cruz; luego le hace despojarse de sus ropas y el receptor lo besa al final de la espina dorsal, debajo de la cintura, luego en el ombligo y luego en la boca, y le dice que si un hermano de la orden quiere acostarse con él carnalmente, tendrá que sobrellevarlo porque debe y está obligado a consentirlo, según el estatuto de la orden, y que por eso, varios de ellos por afectación de sodomía, se acuestan el uno con el otro carnalmente y cada uno ciñe un cordel en torno a su camisa que el hermano debe llevar siempre sobre sí todo el tiempo que viva; y se dice que estos cordeles se colocan y se disponen en torno al cuello de un ídolo que tiene la forma de una cabeza de hombre con una gran barba y que esta cabeza se besa y se adora en los capítulos provinciales, pero esto no lo saben los hermanos, excepto el Gran Maestre y los ancianos. Además, los sacerdotes de la orden no consagran el cuerpo de Nuestro Señor. Después de ésta, se abrirá una investigación especial sobre los sacerdotes de la orden. [...]

Llama la atención que en la misma requisitoria de detención de los templarios se establezcan y delimiten los delitos de los que son acusados. Es un modo indirecto de orientar a los interrogadores para que ellos mismos sugieran estas confesiones a sus reos quebrantados por la tortura.

Con las primeras luces del viernes 13 de octubre de 1307, un vasto dispositivo policial se puso en marcha en toda Francia. El recinto del Temple en París fue ocupado por las tropas reales capitaneadas por el propio Nogaret. Los templarios fueron arrestados en sus conventos, castillos y encomiendas. En todas partes se dejaron prender sin oponer la menor resistencia. ¿Por qué estos hombres entrenados en el manejo de las armas optaron por entregarse a los oficiales del rey? Éste es uno de los muchos interrogantes que surgen del proceso. Quizá tuvieron en cuenta que la regla prohíbe esgrimir la espada contra otro cristiano o quizá la sorpresa fue tan completa que impidió toda reacción. Pero, por otra parte, es difícil creer que la vasta operación policial fuese preparada tan en secreto que no llegase a oídos de la poderosa orden. Quizá todo el asunto resultaba tan desmesurado que los dirigentes templarios nunca creyeron que verdaderamente pudiera suceder. Algo parecido a lo

que ocurrió a los judíos bajo dominio nazi: se rumoreaba la existencia de campos de exterminio, pero ellos se resistían a creer que fuera cierto y que aquello pudiese ocurrir en un país tan civilizado y en pleno siglo xx.

Comenzó el proceso. Los inquisidores de los distintos tribunales provinciales llenaron pliegos con las confesiones de los hermanos, unas espontáneas y otras forzadas por la tortura. El cuestionario inquisitorial constaba de los siguientes puntos:

1. Que renegaban de Cristo y escupían sobre la cruz en la ceremonia de admisión en la orden.
2. Que en esta ceremonia se intercambiaban besos obscenos.
3. Que los sacerdotes de la orden omitían las palabras de la consagración en la misa.
4. Que practicaban la sodomía.
5. Que adoraban ídolos.
6. Que se confesaban mutuamente y que el presidente del capítulo perdonaba los pecados.

Todas estas acusaciones parecen infundadas y calumniosas, exceptuando, quizá, la última de ellas, que pudiera responder a una confusión entre el perdón por las faltas a la regla templaria, otorgado por el presidente de cada capítulo, y la sacramental absolución de los pecados que sólo administraba el capellán. Algunos de los delitos tenidos como norma común entre los templarios se señalaban como pecados abominables en la regla de la orden. Los estatutos establecen que «aquel de nuestros hermanos que cometa pecado de sodomía perderá el hábito de nuestra orden; con grillos en los pies, cadena al cuello y esposas en las manos será arrojado a prisión perpetua, para que se alimente allí del pan de la aflicción y beba el agua de la tribulación por el resto de su vida».

En las actas de interrogatorio afloran otras acusaciones no menos peregrinas. A Bartolomé de la Tour, capellán templario, le preguntan sus interrogadores:

—¿Acaso no rodean las cabezas de los ídolos con un cordel que se ciñen a continuación sobre la camisa y el cuerpo?

—No —responde el templario—, los hermanos sólo llevan un cinturón de lino sobre la camisa.

—¿Por qué llevan ese cinturón?

—Creo que lo llevan, y yo también lo llevo, porque está escrito en el Evangelio de Lucas: *Sin lumbi vestri precinti*, etcétera. Es observancia de la orden y los hermanos lo llevan noche y día, pero no tocan ninguno de los ídolos que decís.

Muchos templarios resistieron a pesar de las torturas, pero otros sucumbieron al dolor y firmaron lo que los inquisidores les exigían, entre ellos los mayores dignatarios de la orden, incluido su Gran Maestre, Jacques de Molay, quien se acusó y acusó a la orden ante la universidad de París y animó a sus correligionarios a imitar su ejemplo.

Es evidente que, en su hora más difícil, la orden no contó con un Maestre valeroso y firme capaz de estar a la altura de las circunstancias. Quizá este hombre mediocre y cobarde se aferró a la posibilidad de salvar la vida y asegurarse un futuro desahogado y se dejó persuadir por los enviados del rey. Da la impresión de que

muchas de sus acciones son producto de unas negociaciones secretas con agentes reales, aunque después, evidentemente, el rey incumpliera sus compromisos. El memorial que Jacques de Molay dirigió al papa es un ejemplo de pobreza intelectual y egoísmo: da la impresión de que lo único que lo preocupa es la posibilidad de perder sus privilegios si el Temple se une al Hospital.

El rey de Francia había apresado a los templarios en nombre de la Iglesia. No le quedó más remedio que transferir a sus prisioneros a los tribunales eclesiásticos cuando éstos los reclamaron. En cuanto se vieron en poder de la Iglesia, los dignatarios templarios se retractaron de sus primeras declaraciones alegando que eran fruto de la coacción. Consecuentemente, el papa impugnó su validez, lo que concitó una controversia jurídica entre la justicia civil y la eclesiástica, con el arbitraje de la universidad de París. Felipe el Hermoso sabía que sus argumentos estaban de antemano condenados al fracaso puesto que, desde el punto de vista estrictamente canónico, solamente al papa correspondía juzgar a los templarios. Entonces intentó socavar la autoridad del pontífice divulgando libelos contra su persona. Lo acusaba, muy razonablemente por otra parte, de nepotismo puesto que, desde que accedió al pontificado, había elevado a la púrpura cardenalicia a algunos parientes, sin respetar escalafón, en perjuicio de muchos doctores. Otros libelos anónimos, igualmente inspirados por el rey, exhortaban al poder civil a imponerse al eclesiástico y a castigar a los templarios. Evocaba el ejemplo del severo Moisés bíblico, el que castigó a los idólatras incluso contra el parecer del sumo sacerdote Aarón.

Finamente se impuso una solución de compromiso que, en realidad, entrañaba la subordinación de los tribunales eclesiásticos a los civiles. A partir de 1309 se aceptó que los templarios presos fueran interrogados independientemente por tribunales civiles o eclesiásticos. Sobre el papel parecía una medida tendente a favorecer la imparcialidad del proceso, pero en realidad ocultaba una turbia maniobra de Felipe puesto que muchos de estos tribunales estaban en manos de obispos que le debían sus diócesis.

Los templarios volvieron al confinamiento y a los interrogatorios en la cámara de tormento, en la que realizaron algunas confesiones esclarecedoras. El comendador de Payens, Ponsaro de Gizy, declaró que sus hermanos no se atrevían a defenderse porque sabían que sólo en París habían muerto treinta y seis de ellos en el potro de tortura. La situación era, en realidad, mucho más grave: en toda Francia habían perecido ya varios centenares de templarios debilitados por la tortura, las enfermedades y las condiciones insalubres de sus calabozos. El declarante está dispuesto a morir, pero hace constar su inocencia aunque se acuse de lo que sus interrogadores quieran si lo someten a tormento.

Los procesos se prolongaron durante meses. Muchos de los que al principio habían suscrito las acusaciones presentadas, quizá desconcertados al conocer que su Maestre y altos dignatarios las admitían, se retractaban de cuanto habían afirmado anteriormente. Pero los astutos juristas del rey remediaron esta eventualidad

declarando relapsos y enviando a la hoguera a medio centenar de templarios. Las impugnationes de los declarantes disminuyeron drásticamente.

El papa convocó un concilio en Vienne (1311) para decidir sobre la suerte de la orden. Mientras se desarrollaban sus sesiones, el rey francés reunía Estados Generales para presionar sobre las deliberaciones conciliares y arreciaba su ofensiva diplomática sobre el papa. El concilio entendió el mensaje y aprobó la disolución del Temple y la confiscación de sus bienes. Oficialmente las posesiones de los templarios pasarían al Hospital, excepto en Mallorca, Portugal, Aragón y Castilla-León.

La suerte de la orden varió dependiendo de los países. Desde el comienzo del conflicto, Francia había desencadenado una ofensiva diplomática internacional contra el Temple. Felipe el Hermoso exhortaba a sus colegas para que procesaran a los templarios establecidos en sus dominios, pero los monarcas europeos, todos ellos en buenas relaciones con el Temple, se mostraron renuentes hasta que el propio papa solicitó el proceso y ulterior disolución de la orden. En cualquier caso, fuera de Francia los templarios resultaron absueltos en todos los procesos.

El primer reino de la península Ibérica que detuvo a los templarios fue Navarra, que estaba ligada a Francia. El rey de Aragón manifestó que no apresaría a los templarios hasta que se lo ordenase el papa, especificando de qué delitos los acusaba. No obstante, en diciembre de 1307, mandó prenderlos adelantándose a la orden pontificia. Seguramente fue una maniobra para poder disponer de los bienes requisados antes de que la justicia eclesiástica se pronunciase sobre ellos. Luego encomendó al inquisidor general y a los obispos de Valencia y Zaragoza que incoasen el proceso.

Algunos templarios se acogieron a sus castillos y hubo que reducirlos por las armas. El de Castellote resistió once meses; Miravet, un año. Cuando las tropas reales consiguieron irrumpir en el castillo, encontraron a su alcaide, el hermano Ramón de Guardia, orando en la solitaria capilla.

El Maestre provincial, Bartolomé Belbir, había solicitado la convocatoria de un concilio. En los interrogatorios no aparecieron confesiones de culpabilidad. El 4 de noviembre de 1312 se les declaró inocentes, lo que no evitó la disolución de la orden. El rey de Aragón y la Santa Sede pleitearon por los bienes confiscados, de los que una parte se destinó a las órdenes de Montesa y Hospital y el rey retuvo el resto. En 1331 se permitiría ingresar en otras comunidades a los antiguos templarios aragoneses.

En Castilla y León el proceso discurrió de modo parecido. Después de la información, por un tribunal de Medina del Campo, el concilio de Salamanca declaró unánimemente la inocencia de los templarios de Portugal, Castilla y León. No obstante, quedaba al arbitrio del papa y del Concilio de Vienne la última decisión sobre la libertad de los encarcelados y el destino de los bienes de la orden. Cuando Clemente V suprimió la orden, sus posesiones se entregaron a los hospitalarios. En Castilla las heredó la corona; en Portugal, la Orden de Cristo (1320), y en Valencia, la

de Montesa (1317), estas dos últimas fundadas con este propósito.

El Gran Maestro en la hoguera

Después de prolijas deliberaciones, el Concilio de Vienne acordó la suerte de los templarios procesados. El 18 de marzo de 1314 el Gran Maestro, Jacques de Molay, y otros treinta y seis templarios ardieron en la hoguera, en una isla del Sena. Un testigo presencial lo cuenta así: «El Gran Maestro, cuando vio la hoguera dispuesta, se desnudó sin titubear quedándose en camisa. Maniatado, lo llevaron al poste: “Al menos dejadme que junte un poco las manos para orar a Dios, ya que voy a morir — solicitó de los verdugos—. Dios sabe que muero injustamente. Estoy convencido de que Él vengará nuestra muerte. A vos, Señor, os ruego que miréis a la Virgen María, Madre de Jesucristo”. Se le concedió lo que pedía y murió dulcemente en esta actitud, dejando maravillado a todo el mundo».

El papa Clemente V falleció apenas transcurrido un mes de la muerte del Gran Maestro. Ocho meses más tarde lo seguía a la tumba Felipe IV el Hermoso, a consecuencia de una caída del caballo. La misma oscura suerte corrió el canciller Nogaret, ejecutor del proceso a los templarios. Esquin de Floyran, el traidor, murió apuñalado. De un modo u otro todos los actores del drama desaparecieron del escenario en cuanto cayó el telón, lo que alentó la leyenda de su emplazamiento por Jacques de Molay a comparecer ante el tribunal de Dios en el plazo de un año.

Los misterios templarios

Acaba la historia y, después de siglos de silencio, surgen las leyendas. Pocas instituciones del pasado han despertado tanta fascinación en el hombre moderno como la Orden del Temple. Esta morbosa fascinación procede del desastrado y romántico final de los freires, del sonado proceso y de las extrañas acusaciones por las que los condenaron.

Algunos autores creen que los templarios eran inocentes de las acusaciones que se les imputaron y que fueron víctimas de una farsa legal orquestada por el rey de Francia, que codiciaba sus riquezas, con el beneplácito del papa. Otros admiten un fondo de verdad en ciertas acusaciones, pero sugieren una explicación que absuelve igualmente a los templarios: la negación de Cristo pudo ser una remembranza de las negaciones de san Pedro o una extrema prueba de obediencia. Abundando en este tipo de explicaciones se ha sugerido que quizá se escupiría a la cruz para despreciarla en lo que tiene de instrumento de muerte y no en su valor como símbolo cristiano; los besos dados en las partes vergonzosas y las invitaciones a la sodomía pudieron ser calumnias inspiradas por inocentes novatadas cuarteleras...

Son explicaciones excesivamente rebuscadas para lo que parece reducirse a

simples calumnias inspiradas por los sicarios del rey de Francia.

Las circunstancias misteriosas que rodearon el proceso y ruina de los templarios han estimulado durante siglos, y particularmente a partir del XVII, la fértil imaginación de autores y novelistas. Hoy es posible aclarar el origen de los mitos templarios gracias a las investigaciones de algunos historiadores^[4].

La asociación de los templarios con el ocultismo se produjo en el siglo XVIII, es decir, cuatro siglos después de la disolución de la orden^[5].

En el Renacimiento algunos teóricos políticos señalaron la supresión de los templarios como ejemplo de las terribles consecuencias que se derivan del despotismo y arbitrariedad de los gobernantes. Abundando en el mismo pensamiento, el humanista Jean Bodin (1529-1596) señaló a los templarios y a los gnósticos como ejemplo de los grupos perseguidos calumniosamente. Esta asociación, meramente fortuita, es el origen de la relación de gnosticismo y templarios en autores posteriores.

La corriente de simpatía de humanistas y reformadores hacia el Temple decreció algo después de 1654, cuando se publicaron algunos documentos del proceso tendenciosamente seleccionados para alentar sospechas sobre la orden. Sería un siglo después, ya en el Romanticismo dieciochesco, cuando nacieran los mitos templarios que perduran hasta hoy. Las causas de este fenómeno fueron varias y complejas. Por una parte, la nostalgia literaria por la Edad Media y sus imaginados misterios, por la novela gótica y el esplendor de lo oculto. Por otra, la humana fascinación por la decadencia y las causas perdidas y la solidaridad de los espíritus ilustrados hacia toda minoría perseguida por razones doctrinales.

El mito templario no hubiese arraigado y crecido con fuerza en el siglo XVIII sin la entusiasta colaboración de francmasones que propugnaban una interpretación del universo basada en un conocimiento oculto y secreto. En el siglo XVIII, además de la Razón y las Luces, surgió una legión de charlatanes, embaucadores y magos que gozó de amable acogida entre la aburrida nobleza de las cortes europeas. Sectas y agrupaciones masónicas florecían en un ambiente de credulidad y devoción científica propenso a admitir cualquier formulación espiritual, por descabellada que fuera, con tal de que molestara a los obispos.

Algunas sectas masónicas buscaron la legitimación histórica proclamándose sucesoras de los templarios y transmisoras de un supuesto legado iniciático heredado de la orden. Los templarios habrían recibido, a su vez, este legado por una áurea cadena que arrancaba de los gnósticos, de los cultos místicos egipcios y griegos, e incluso de los canteros del Templo de Salomón, y llegaba a los cruzados medievales pasando por los misteriosos esenios y los no menos misteriosos canónigos del Santo Sepulcro. Incluso se especulaba que la adopción del manto blanco era influencia de los sufíes o místicos musulmanes con los que los templarios se relacionaron en Tierra Santa. Pronto se aceptó, incluso en círculos académicos, que los templarios transmitieron a Europa el conocimiento iniciático de Oriente. A ellos cabía atribuir incluso el arte gótico que floreció por toda la cristiandad.

Estas invenciones tuvieron seguramente un origen anónimo y, en cierto modo, colectivo, pero su primera sistematización es mérito de tres hombres singulares: el inglés George Frederick Johnson y los alemanes Karl Gotthelf von Hund y el pastor Samuel Rosa.

Johnson concibió la idea de extraer de los románticos templarios inventados por sus colegas los ritos de las logias masónicas. Von Hund, un adinerado y extravagante visionario, iba más allá: estaba deslumbrado por la posibilidad de crear una religión de la Razón que recogiese las enseñanzas tradicionales de los filósofos y alquimistas antiguos. Aseguraba que él era un mero divulgador de ciertos conocimientos secretos que le eran transmitidos por unos misteriosos «superiores desconocidos».

Muchos charlatanes e impostores copiaron las ideas de estos precursores y las divulgaron con aumentos de cosecha propia. Para que el conjunto cobrase más fuerza literaria ascendieron a la categoría de héroe al pacato Jacques de Molay. La sabiduría secreta de los templarios procedería de las escrituras secretas de la orden custodiadas en un cofre que algunos templarios fugitivos pusieron a salvo en Escocia. También se especulaba con la posesión de objetos mágicos pretendidamente templarios, entre ellos el candelabro del Templo de Jerusalén, la Mesa de Salomón, las columnas del Templo (Jakim y Boaz) y la corona del reino de Jerusalén, que ocuparían un lugar fundamental en la simbología masónica.

El mito templario, vertido en los moldes espiritualistas de la masonería y ataviado con sus románticas galas, fascinó a las clases ilustradas y burguesas de Europa. Surgieron por doquier logias masónicas que, en un ambiente de rivalidad y descarada competencia, no vacilaron en multiplicar las jerarquías y grados ni en idear unos rituales cada vez más espectaculares y complejos. Todo ello produjo sustanciosos beneficios a varios charlatanes entre los que destaca Samuel Rosa, pastor luterano y rector de la catedral de Berlín en 1757, que viajó por diversos países de Europa predicando la buena nueva templaria y vendiendo supuestos títulos de la orden a comerciantes pudientes deseosos de ennoblecerse.

A medida que se divulgaban los pretendidos secretos iniciáticos entre un círculo cada vez mayor de adeptos, se detecta también una incidencia mayor en los aspectos meramente históricos de la orden. Se incorporaron rituales en los que se maldecía la memoria de los «tres abominables»: a saber, el papa Clemente V, el rey Felipe el Hermoso y el templario traidor, rebautizado como Noffodei.

Las implicaciones revolucionarias y republicanas de ciertas logias masónicas no tardaron en involucrar la historia templaria en sus aspiraciones por derrocar a la monarquía francesa. Se inventó la leyenda de que la dinastía reinante arrastraba la maldición que el último Maestre templario emitió desde la hoguera.

Los masones, como legítimos continuadores de los templarios, se consideraban destinados a vengar a la orden y divulgaban y reforzaban la leyenda haciendo notar que los personajes implicados en el proceso del Temple, el papa, el rey francés y su canciller, habían fallecido antes de cumplirse un año desde la ejecución de Molay. El

célebre médico y ocultista Alessandro di Cagliostro (1743-1795) denunció a la Inquisición una conjura templaria para destruir la monarquía francesa y la religión católica en venganza por la disolución de la orden. En la misma línea están los escritos de Charles Louis Cadet de Gassicourt (1769-1821), un farmacéutico y publicista persuadido de que los templarios fueron la versión occidental de la secta de los asesinos de Hasan-i Sabbah, más conocido como «el viejo de la montaña^[6]». El derrocamiento de la monarquía francesa era la prueba palpable de la existencia de esta conspiración. Después de la ejecución de Luis XVI en la guillotina, se difundió el bulo de que un misterioso espectador había roto la cadena de guardias que protegían el cadalso, para mojar los dedos en la sangre y salpicarla sobre la muchedumbre mientras gritaba: «¡yo te bautizo, pueblo, en nombre de la libertad y de Jacques de Molay!».

En este ambiente florecen los grandes templaristas de la segunda generación entre los que destaca Johann August Starck (a veces escrito Stark, 1741-1816), creador de un nuevo rito templario alemán cuya simbología incorporaba los recientes descubrimientos arqueológicos de Persia, Mesopotamia y Egipto. De él partió la reinterpretación del Bafomet como vínculo de la orden con antiguas sectas satánicas o satanizadas. Contó con la colaboración de otro masón templarista, Christoph Friedrich Nicolai (1733-1811), que defendía el carácter gnóstico de la orden, lo que enriquecía considerablemente su acervo oculto. Para Nicolai, el ídolo Bafomet era herencia de los gnósticos del siglo III y simbolizaba el bautismo espiritual.

Los seguidores de Starck se enzarzaron en agria polémica con los de Von Hund hasta que comprendieron que el negocio menguaba con el mutuo descrédito y se amistaron en el concilio templario de Kohlow (Prusia) en 1772. Von Hund, cansado y viejo, admitió la supremacía del grupo rival a cambio de un puesto honorífico. Cuatro años después moriría autoproclamándose Gran Maestro del Temple y sería amortajado con las insignias y uniforme que había ideado para su personaje.

En toda Europa surgían logias masónicas integradas por tenderos, funcionarios y militares que proponían descabelladas teorías templarias. El templarismo acrecía su caudal con los más pintorescos aportes de la arqueología y del esoterismo ocultista. Tanta exuberancia los desacreditó incluso a los ojos de los mismos que contribuían a sustentar la comedia. Por otra parte, las ideas románticas pasaron de moda y con ellas la atracción por el esoterismo medieval y la transmisión oculta del conocimiento. El teórico político Joseph de Maistre (1753-1821) despachó todo el mito templario de un plumazo: «El fanatismo los creó, la avaricia los destruyó; eso fue todo». Incluso el propio Starck, después de muchas controversias con otros supuestos templarios, acabaría satirizando sus propias imposturas en su novela *Saint Nicaise* (1785).

Estos movimientos neotemplarios habrían pasado inadvertidos si un estudioso serio no se hubiera dejado vencer por la tentación de utilizarlos —posiblemente sin creer firmemente en ellos— para reforzar sus teorías políticas. El jesuita Agustín de Barruel (1741-1820), en su monumental *Memoria para servir a la historia del*

jacobinismo (cuatro volúmenes aparecidos entre 1797 y 1799), propuso la teoría de la conspiración histórica de las sectas ocultistas estableciendo entre ellas una continuidad desde, al menos, los maniqueos persas hasta los masones, pasando por los cátaros y los templarios. En este caldo de cultivo nacerán notables falsificaciones, algunas de las cuales todavía coleean, entre ellas *Los protocolos de los sabios ancianos de Sión*, que comenzó siendo un panfleto antizarista, plagiado a su vez de un panfleto de Maurice Joly contra Napoleón III, y acabó avalando una supuesta conspiración satánica judía, calcada del esquema del satanismo templario.

En el siglo XIX templarios franceses de nuevo cuño relevaron a los alemanes con nuevas sectas nacidas de sus desacreditadas cenizas.

Mientras tanto, la exploración sistemática de los archivos reveló documentos del proceso contra los templarios aún inéditos que en nada avalaban tradición esotérica alguna. Los neotemplarios no se amilanaron ante esta contrariedad: ya que los documentos no existían, los fabricaron. Testamentos iniciáticos, tratados secretos y rituales iniciáticos surgieron de los gabinetes del podólogo y antiguo seminarista Raymond Fabré-Palaprat (1773-1838) y de su colega Nicholas Philippe Ledru (1731-1807). Fabré-Palaprat retomó la historia «secreta» de los templarios en el punto donde la habían abandonado los alemanes y supo sortear el rigorismo doctrinal teutón que los había conducido a un callejón sin salida. Nuestro hombre puso nuevamente en circulación el mito templario remozado con las nuevas ideas científicas. Su gran creación fue el *Levitikon*, un supuesto manuscrito que demostraba la fundación del Temple por el propio Jesucristo. El *Levitikon* intentaba ser el nuevo evangelio de una religión basada en el progreso y la ciencia, una religión iniciática similar a las sugeridas por masones y teósofos. Sus fundamentos eran simples: Dios había dispuesto una jerarquía de inteligencias y permitía que el hombre ascendiera a la posesión de lo divino mediante la iniciación. Jesús confió a Juan las claves del conocimiento secreto transmitido por una *aurea catena* de iniciados que empezaba en los patriarcas de Jerusalén y alcanzaba a los templarios. Los Grandes Maestros de la orden habían preservado esta enseñanza iniciática no sólo en los tiempos de prosperidad, sino también en la clandestinidad que siguió al proceso y supresión del Temple.

LOS INVENTORES DEL MITO TEMPLARIO (I)



Karl Gotthelf von Hund.



Charles Louis Cadet de Gassicourt.



Johann August Starck.



Christoph Friedrich Nicolai.



Agustín de Barruel.



Raymond Fabré-Palaprat.

Ledru aportó su granito de arena inventando lo ocurrido entre la disolución de la orden y la constitución de las logias masónicas a partir de 1717. A tal efecto ideó la existencia de un tal John Mark Larmenius, sucesor de Jacques de Molay en la clandestinidad, y le atribuyó un diploma fechado en 1324.

Hacia 1870 Theodor Merzdorf (1812-1877) divulgó otra impostura templaria: un códice del siglo XIII que contenía las dos reglas de la orden, una más restringida para la cúpula dirigente, entre cuyos rituales secretos figuraba el beso en el miembro viril del superior, y la regla de los hermanos consolados. Del examen de estas reglas se infería que los templarios habían estado relacionados con los cátaros y que la masonería operativa descendía de ellos.

La nueva orden fundada por Fabré-Palaprat gozó de cierta popularidad entre la aristocracia revolucionaria que procedía en su mayor parte de una burguesía a la que deslumbraban los títulos, la pompa, las ceremonias y los vistosos uniformes. Su presentación, el día 18 de marzo de 1808, aniversario de la ejecución de De Molay, en la iglesia de San Pablo de París constituyó el acontecimiento mundano más sonado de la corte de Napoleón. Los oficiales de la flamante orden, tenderos y menestrales venidos a m s que habían adquirido sus flamantes títulos al avispado Fabré-Palaprat, comparecieron ataviados con sus blancas capas de cruzados y engalanados con arneses militares e imaginativas condecoraciones. Después, pasada la euforia de estos brillantes inicios, la orden languideci  y nunca alcanzó la relevancia de sus predecesoras alemanas ni llegó a contar con un número significativo de adeptos fuera del círculo parisino. Por Fabré-Palaprat no quedó la cosa, ya que se proclamó sucesor del apóstol Juan, sumo pontífice, patriarca y Gran Maestro de la Orden del Temple restaurada en una vistosa ceremonia a la que compareció armado con el yelmo y la espada que, según él, habían pertenecido a Jacques de Molay. En el mismo acto se expuso a la veneración de los asistentes una artística urna de plata decorada con cruces pat  que contenía las presuntas cenizas del último Maestro.

Los nuevos templarios franceses prolongaron su lánguida existencia durante más de medio siglo, independientes de las logias masónicas. Se reunían, en número cada vez más reducido, en una antigua bodega de la Cour des Miracles, cerca de la Puerta de Saint-D nis. En 1828 Fabré-Palaprat se asoció con un sacerdote católico disidente, Ferdinand François Chatel (1795-1857), e intentó relanzar la orden bajo el nombre Alta Iniciación o Santa Iglesia de Cristo o Iglesia de los Cristianos Primitivos. Pero el número de socios no aumentó significativamente ni siquiera cuando admitieron «templarias», o sea chicas, en la secta, una notable concesión de carácter feminista^[7]. Corri n tiempos difíciles para las elevadas creencias y los misterios. La asociación de los dos visionarios resultó efímera. Fabré-Palaprat falleció en 1838 y bien puede decirse que la iglesia johannita falleció con él. Lo sucedió William Sidney Smith (1764-1840), excéntrico almirante británico retirado, cuya única acción notable fue la de extender el certificado de defunción de la secta. Las presuntas reliquias de Jacques de Molay quedaron depositadas en el altillo de un polvoriento armario de los archivos nacionales.

Entre los siguientes francmasones neotemplarios que continuaron la obra de Fabré-Palaprat destaca el orientalista vienés Joseph von Hammer-Purgstall (1774-1856), un mit mano que había acompañado al almirante William Sidney Smith en algunas misiones diplomáticas.

Como falsificador de pruebas arqueológicas, Hammer-Purgstall demostró ser más experto que sus colegas franceses. Desde ando los pergaminos y códices, cuya falsedad es fácilmente detectable, se inclin  por la fabricación de objetos arqueológicos que pudieran servir de sustento a las más peregrinas teorías. Entre sus «descubrimientos» se cuentan unos exóticos ataúdes templarios cubiertos de extraños

garabatos que presentó como la escritura secreta de la orden.

Hammer-Purgstall publicó en 1818 el opúsculo *Mysterium Baphometis revelatum* (Revelación del misterio de Baphomet), la obra divulgadora del presunto satanismo del Temple que crearía escuela en el mundo de los mitos templarios. En ella Hammer-Purgstall se aparta de las desprestigiadas pretensiones masónicas y procura ahondar en los orígenes míticos de los templarios reinventando su historia sobre el patrón de los mitómanos alemanes del siglo anterior. Para Hammer-Purgstall, los templarios fueron «culpables de apostasía, idolatría e impureza, así como de profesar las doctrinas gnósticas e incluso las ofitas». La secta ofita, vigente en los primeros siglos del cristianismo, obligaba a sus miembros a maldecir a Jesús. Esto explicaría que los templarios, sucesores suyos, renegaran de la cruz. También habían adoptado una forma de adoración fálica que se reflejaría en el simbolismo de la cruz tau. Finalmente sostuvieron que el Bafomet es un *Achamoth*, mitad hembra, o Sophia, la que sostiene el tau, es decir, el falo, o la serpiente. Era el eco medieval de las antiguas religiones matriarcales y cultos precristianos de la naturaleza divulgados entonces por Johann Jakob Bachofen (1815-1887) y otros historiadores de las religiones. Hammer-Purgstall estaba convencido de que esta religión matriarcal había coexistido con el cristianismo y que todas estas extrañas sectas ancestrales, incluido el Temple, la transmitían. Los templarios —explicaba— veneraban a Juan el Bautista por una mera cuestión de cábala fonética pues Janbetif (Juan Bautista) significaba en árabe *ano*.

Hammer-Purgstall relaciona entre ellas, con admirable sincretismo, a todas las sectas conocidas de la antigüedad. En su cajón de sastre caben todos los mitos templarios desarrollados hasta entonces en un siglo de desbordada imaginación: gnósticos, druidas, albigenses, asesinos, y, finalmente, los caballeros de la Tabla Redonda y los buscadores del Grial, una orden de origen gnóstico, y los canónigos del Santo Sepulcro.

Al margen de la cuestión meramente religiosa y ocultista, los templarios ganaron popularidad en círculos más amplios de la sociedad ajenos al ocultismo. Algunos propagandistas liberales los consideraron mártires de la libertad que habían padecido persecución a causa de sus avanzadas ideas sociales y del conocimiento oculto con el que pretendieron redimir a la humanidad. La vinculación de los templarios con los maniqueos y los cátaros se daba por establecida. Solamente cabía discutir si el maniqueísmo era una promesa de redención de la humanidad o un credo perverso destinado a perderla. Los lectores de Gabriele Rossetti, Hammer-Purgstall y los otros divulgadores de estas teorías aceptaron una Edad Media esquemática en la que dos grandes religiones se debatían en una lucha sin cuartel: por una parte, la oficial y represora, representada por los papas y las cómplices monarquías; por otra, la secreta y liberadora de los maniqueos en sus distintas versiones. Por maniqueos eran tenidos templarios, albigenses, caballeros del Grial, valdenses y el largo etcétera de las sectas y herejías medievales. Se suponía que los templarios constituyeron una asamblea de sabios cuyo objetivo era la sinarquía, el gobierno del mundo por una minoría de

iniciados destinada a implantar la justicia. La instauración de una era de paz y concordia justificaba la vasta conspiración urdida por los templarios y sus acólitos, pero, para que esta dorada utopía triunfara, había que derrocar previamente a los poderes reaccionarios que sojuzgaban a las naciones del planeta.

A mediados de siglo, el mago y ocultista Alphonse-Louis Constant (1810-1875), más conocido por su seudónimo Eliphas Lévi, escribió diversas obras de divulgación en las que sistematizaba los mitos templarios tal como los habían divulgado Barruel y Fabré-Palaprat pero aderezándolos con añadidos iluministas y cabalísticos de su propia cosecha. Para Eliphas Lévi, los templarios eran johannitas que habían heredado el evangelio de los sacerdotes de Osiris a través de Jesús y el apóstol Juan (siguiendo el *Levitikon*). En el seno de la orden esta doctrina había degenerado en una especie de panteísmo filantrópico que incurrió en el error de desviar los secretos de la iniciación a la masonería con la esperanza de que ésta derrocaria al papado. El tan citado Bafomet, el ídolo templario, era un símbolo de la sabiduría, de Azoth, de la piedra filosofal. Los templarios habían intentado establecer el reino de la armonía, de la fraternidad y de la paz, el sueño de todo tecnócrata.

LOS INVENTORES DEL MITO TEMPLARIO (II)



Ferdinand François Châtel.



William Sidney Smith.



Joseph von Hammer-Purgstall.



Eliphas Lévi.



Gérard Encausse en la logia martinista.



Aleister Crowley.

La exaltación templaria, que en Francia no dejaba de revestir ciertos ribetes nacionalistas, influyó incluso en el arquitecto Viollet-le-Duc (1814-1879), quien creyó observar que las construcciones de la orden se inspiraban en una numerología mística^[8].

La nueva visión de los templarios gozó de crédito entre los intelectuales liberales de fin de siglo, todos ellos furibundos anticlericales que de este modo explicaban la persecución de la orden por los tradicionales poderes represivos de su tiempo, la Iglesia y la monarquía. La sinarquía constituiría el reconocido ideal de muchas sectas masónicas del siglo xx.

Las logias masónicas brotaron como hongos en el primer tercio del siglo xx en

toda Europa, España incluida. La disputa por el mercado las arrastró a multiplicar las jerarquías y grados y a idear unos rituales cada vez más espectaculares y complejos y unas doctrinas cada vez más descabelladas, y, a menudo, contradictorias, que se enriquecieron con los más pintorescos aportes de la arqueología y del esoterismo ocultista.

Dentro de la diversidad de las sectas templarias que florecieron en la Restauración hubo una logia española de carácter cristiano, los «Doce Apóstoles», vigente hasta la primera guerra mundial, acontecimiento histórico que, al parecer, provocó el desánimo y la disolución del grupo. El objetivo de los Doce Apóstoles consistía en la búsqueda o en la custodia del cabalístico Nombre Secreto de Dios impreso en la Mesa de Salomón. Los Doce Apóstoles solían reunirse en las capillas de algunos castillos andaluces (Aracena, en Huelva; La Iruela, en Jaén) que, desde entonces, se tienen popularmente por templarios. Uno de sus miembros, don Fernando Ruano Prieto, barón de Velasco, rico terrateniente y senador por Huesca entre 1921 y 1932, labró un panteón subterráneo de estilo bizantino en Arjona (Jaén) del que procede la única copia conocida de la Mesa de Salomón hoy custodiada en el Ayuntamiento de Arjona. Más adelante le dedicaremos un capítulo especial^[9].

A lo largo del siglo xx, nuevas aportaciones de historiadores de las religiones y antropólogos suministraron material inédito para enriquecer el bulo templario. Seguidores de la folclorista Jessie Laidlay Weston (1850-1928) profundizaron en el gnosticismo de los templarios y los relacionaron con los caballeros del Grial, otorgando legitimidad histórica a una leyenda de origen puramente literario, como veremos en otro lugar de este libro. Weston era discípula del antropólogo James George Frazer (1854-1941), autor del influyente estudio sobre magia y religión *La rama dorada* (1922, en su versión definitiva).

La tercera gran generación de templarios redivivos surge ya en pleno siglo xx de la mano de Theodor Reuss (1855-1923), un polifacético personaje mitad inglés, mitad alemán. Esta alhaja de persona se ganaba la vida en una variedad de ocupaciones: ocultista, cantante, estafador, periodista, anarquista, promotor del movimiento de Liberación de la Mujer y delator de la policía. En 1895 fundó la Ordo Templi Orientis (Orden del Temple Oriental) con el vienés Carl Kellner (1851-1905), y a la muerte de éste, lo sucedió como Gran Maestro de la orden. Como Dios los cría y ellos se juntan, intercambió ideas templarias con otros famosos ocultistas de la época, principalmente con el teósofo y médico francés Gérard Encausse (más conocido por el seudónimo Papus con el que firmaba sus obras)^[10] y con el ocultista británico Edward Alexander Crowley (1875-1947^[11]), más conocido como Aleister Crowley, quien, al parecer, introdujo prácticas de magia sexual en el ritual del grupo, es decir, que el Gran Maestro sodomizaba a los aspirantes durante la ceremonia de iniciación. Ya se ve que ser templario nunca fue fácil; al que algo quiere, algo le cuesta.

Existe todavía una cuarta generación: la actual. En nuestro tiempo, unas trescientas organizaciones distintas se proclaman legítimas sucesoras de los

templarios. Una de estas organizaciones se hace llamar *Ordo Supremus Militari Templi Hierosolymitani*. Fundada en los años treinta del pasado siglo (aunque ellos se remontan al Temple histórico), se escindió en los años cincuenta en dos ramas, la portuguesa y la francesa, que andan a la gresca. En 1971 el capítulo reunido en Chicago decidió que la orden debe ser cristiana y universal, declaró el latín lengua oficial y decidió la búsqueda de una persona de sangre real para Gran Maestro. En 1999 la facción de la IFA (International Federative Alliance) nombró Gran Maestro al Gran Prior de España, don Fernando de Toro-Garland, en un congreso celebrado en Alcalá de Henares.

Las organizaciones templarias actuales suelen ser inofensivos clubes sociales de aficionados a lo medieval, que se disfrazan de caballeros y damas (!!!) templarias y organizan vistosas ceremonias y banquetes inspirados en las producciones de Hollywood. Algunas peregrinan a la célebre capilla escocesa de Rosslyn, el supuesto y turistizado santuario templario^[12].

Después de la segunda guerra mundial, el interés popular por los templarios ha producido un aluvión de material impreso que responde a la demanda de los aficionados a los temas esotéricos y a los misterios de la historia. Ya se sabe que la gente que no cree en nada (el mal de nuestro tiempo) está dispuesta a creer en cualquier cosa. Lo templario ocupa la posición más relevante de la corriente que podríamos denominar «historia-ficción» o «ficción histórica» y sus correlatos novelados. Entre los autores que han explotado (y en ocasiones acrecentado) el bulo destaca el misterioso Louis Charpentier, probable seudónimo de un estudioso de las «ciencias tradicionales», o sea, de la «sabiduría iniciática». Charpentier, cuya identidad nadie parece conocer y del que ni siquiera existen fotografías, es autor del celebrado libro *El misterio de los templarios* (Barcelona, 1970)^[13] en el que asevera que los templarios buscaron (y hallaron) el Arca de la Alianza y las Tablas de la Ley, que codificaban los conocimientos transmitidos por los egipcios a Moisés y, sirviéndose de ellos, inspiraron el renacimiento cultural de la Europa del siglo XII, descubrieron América tres siglos antes de Colón e impulsaron la construcción de las catedrales góticas (que financiaban con la plata americana)^[14]. Otros han supuesto que los templarios adoptaron mitos y creencias místicos todavía vigentes entre las comunidades que poblaban el Mediterráneo oriental e incluso han concretado que los recibieron a través de la secta islámica de los asesinos, anteriormente mencionada, cuyos dominios se extendían en la vecindad de dos importantes castillos templarios, el de Tortosa y Castel Blanc.

Algunos autores centran su atención en las fabulosas riquezas del Temple. Entre ellos, Gérard de Sède (1921-2004), quien después de unos penosos inicios como escritor surrealista triunfó con un par de ensayos histórico-ficcionales, *El oro de Rennes*, del que trataremos más adelante, y *Los templarios están entre nosotros o el enigma de Gisors* (1962), en el que asegura que, debajo de la monumental torre del homenaje del castillo de Gisors, existe una amplia cripta subterránea en la que los

templarios depositaron sus más preciados secretos la víspera de su caída: «En el momento en que la Iglesia oficial se disponía a hacer brotar hacia el cielo los maravillosos bajeles de las primeras catedrales, destinadas a inmensas muchedumbres —se pregunta Gérard de Sède—, ¿nos ocultaron furtivamente los constructores del subsuelo de Gisors un santuario destinado a los iniciados, a los amantes de Isis, a los alquimistas que habían tomado como emblema la blanca nave de los argonautas?». Para otros, los templarios habían descubierto el secreto de la piedra filosofal buscado por los alquimistas y eran capaces de fabricar oro y plata, lo que explica el misterioso origen de sus riquezas y la ambición que despertaron en los reyes, lo que, a la postre, acarrearía su ruina.

Siguiendo el ejemplo de los autores franceses, florecen en España, desde hace medio siglo, múltiples ensayos de historia-ficción templaria que toman como objeto de estudio a nuestra península^[15].

En cuanto a las novelas españolas de templarios, otro filón inagotable que tiene un ilustre precedente en Enrique Gil y Carrasco (*El señor de Bembibre*, 1844), citaremos a Nicholas Wilcox (seudónimo de un servidor) con *La lápida templaria* (1996) y a Javier Sierra con *Las puertas templarias* (2000).

En fin, digamos, para terminar, que el sueño romántico de los ilustrados alemanes inventó una Orden del Temple al gusto de la novela gótica de moda en su tiempo. Después, fervorosos continuadores del género han mantenido y acrecentado ese engendro, extrayendo renovados argumentos de la ciencia histórica, de las lucubraciones religiosas y filosóficas de los dos últimos siglos y de la arqueología. También han tergiversado datos ciertos para que se hermanasen y sirviesen de apoyatura a los imaginados, y no han vacilado en falsificar documentos. Por estas tortuosas sendas han conducido al fantasma de la desafortunada orden allá donde algo misterioso y singular podía servir para el refuerzo de una vasta literatura.

Por otra parte, historiadores serios se han esforzado en estudiar el Temple ciñéndose a los documentos de la época y han despreciado toda consideración ajena a la que puede deducirse del atento examen y cotejo de los venerables legajos. Los imaginativos quisiéramos pensar que a lo mejor estos historiadores no están en posesión de la única completa verdad y que cuando la ciencia histórica se atreva a emprender estudios interdisciplinarios, y a tener en cuenta las conclusiones de la antropología y la historia de las religiones, puede que se descubra que los templarios pudieron ser algo más que monjes guerreros consagrados a proteger a los peregrinos que se aventuraban por el camino de Jerusalén. Soñar no cuesta nada, pero hoy por hoy no hay más cera que la que arde y a su luz no aparece ningún misterio templario.

El misterio de la Atlántida

Un sacerdote egipcio le contó esta historia al griego Solón y él la transmitió a sus descendientes en Grecia. Una vez, hace muchas generaciones, existió una isla enorme llamada «la Atlántida». Era un paraíso en la Tierra: clima apacible, espesos bosques, fértiles campos, variedad de frutos, fauna abundante, subsuelo rico en metales...

Los atlantes, así llamamos a los habitantes de la isla, residían en ciudades bien urbanizadas y dotadas de cómodas viviendas y baños. Su capital, Atlantis, estaba diseñada de manera que participaba tanto de la tierra como del mar: anillos de tierra y agua alternos se disponían concéntricamente en torno a una isla central que comunicaba con el mar a través de un ancho canal navegable. La muralla exterior, blanca y negra, encerraba otros tres recintos murados: uno de piedra roja, otro de bronce por fuera y estaño por dentro, y el último, que rodeaba la acrópolis, revestido de oricalco, un metal precioso brillante como el fuego, que sólo se encontraba en la isla.

El palacio real de Atlántida, en la cima de la colina central, estaba rodeado por un muro de oro. Era, al propio tiempo, el santuario en el que Poseidón había engendrado en su amada Cleito las cinco parejas de gemelos de las que descendían diez estirpes reales que gobernaban los reinos de la confederación atlante.

Los primeros reyes atlantes, en la Edad de Oro, fueron pacíficos y piadosos. No conocían las guerras. Reinaban sobre una sociedad perfecta en la que cada individuo ocupaba el lugar que le correspondía según su mérito. Lástima que sus sucesores se volvieran tiránicos y codiciosos y decidieran conquistar el resto del mundo. Al principio les fue bien. Sometieron fácilmente el norte de África y Europa, pero cuando se disponían a invadir Egipto y Grecia, los griegos los derrotaron. Al propio tiempo, Zeus, el padre de los dioses, decidió castigar su soberbia. En solamente un día y una noche un violento terremoto, seguido de devastadoras inundaciones, sumergió la Atlántida en el océano y aniquiló su brillante civilización.

«Por este motivo —terminó su relato el sacerdote egipcio—, el océano es desde entonces innavegable, porque todavía subsiste la capa de fango que produjo el hundimiento de la isla».

El filósofo Platón, en sus tratados *Timeo* y *Critias*, relató la historia de la Atlántida tal como se había transmitido desde Solón. Algunos autores prestaron crédito a la historia, a pesar de que Aristóteles (-384), el gran discípulo de Platón, la consideraba una fábula ideada por el maestro para exponer sus tesis sobre la sociedad ideal^[1].

En el siglo VI, el historiador y viajero bizantino Kosmas Indicopleustes, autor de *Topografía cristiana* (hacia 550), identificó la Atlántida con el Paraíso del Génesis y

a las diez estirpes reales nacidas de Poseidón con las diez generaciones humanas que median entre Adán y Noé. El hundimiento de la Atlántida en el océano no sería sino el eco paganizado del Diluvio universal.

A partir del siglo xv, coincidiendo con el inicio de las grandes exploraciones europeas, arreciaron las especulaciones sobre la Atlántida, como si hubiera una urgencia por situarla en el mapamundi. En 1592, el padre Juan de Mariana identificó la Atlántida con la península Ibérica; el filósofo inglés Francis Bacon, con América (en su obra *Nova Atlantis*, 1638). John Swan, en *Speculum Mundi* (1644), y el jesuita alemán Athanasius Kircher, en *Mundus Subterraneus* (1655), la creyeron hundida en medio del Atlántico. En 1675, el filólogo aragonés, y cronista mayor de Felipe IV, José Pellicer Ossau y Tovar se adhirió a la opinión del padre Mariana e identificó la Atlántida con la península Ibérica. Incluso señaló Tartessos como origen del mito y situó el templo atlante en la desembocadura del Guadalquivir^[2]. Por su parte, el naturalista sueco Olaus Rudbeck inauguró, en su obra *Atlantica* (1675), la larga serie de los que intentan ubicar la Atlántida lo más cerca posible de su gabinete de trabajo. Para Rudbeck la ciudad sumergida estaba al sur de Suecia, justo enfrente de Upsala. Jean Bailly, en sus *Lettres sur l'Atlantide de Platon* (1779), propuso una localización al norte de la península Escandinava.

En 1801, el ocultista Antoine Fabre d'Olivet (1762-1825), uno de los especialistas en lenguas orientales que acompañó la expedición napoleónica a Egipto, propuso una Atlántida mediterránea primero entre España y Marruecos y después en el Cáucaso^[3]. El naturalista Bory de Saint-Vincent precisó, en su *Carte conjecturale de l'Atlantide* (1803), que los archipiélagos de las Canarias y las Azores son restos de la Atlántida sumergida^[4].

Estas tesis atlantistas, que cautivaron a tantos autores hasta el siglo xx^[5], compiten hoy con las mediterráneas. Algunos atlantólogos actuales (Collina-Girard, Marc-André Gutscher, Johan Van de Velde, entre otros) creen que la misteriosa isla está inmersa en el estrecho de Gibraltar, en la zona de Spartel, a unos sesenta metros de profundidad. El físico Axel Hausmann asevera, en su libro *Atlantis* (2000), que la isla platónica estaba entre Sicilia y Malta, a unos cien metros de profundidad. El periodista italiano Sergio Frau, en *Le Colonne d'Ercole* (2002), la sitúa en Cerdeña y relaciona con los atlantes la cultura de las nuragas, supuestamente barrida por un tsunami. Algunos supervivientes del desastre emigrarían a Italia y fundarían el pueblo etrusco; otros, se dispersarían por el Mediterráneo y serían los Pueblos del Mar que desembarcaron y guerrearon en Egipto y otros lugares. Frau identifica las famosas Columnas de Hércules con dos promontorios a uno y otro lado del estrecho de Sicilia.

Mu, el continente sumergido

En 1864, Charles Étienne Brasseur de Bourbourg (1814-1874), un obispo belga que

había ejercido su santa misión entre los indígenas mejicanos, encontró en la Biblioteca de la Sociedad Histórica de Madrid un manuscrito titulado *Relación de las cosas del Yucatán*, obra de su colega fray Diego de Landa (1524-1579), destinado en México poco después de su conquista por Hernán Cortés. En el fervor de su juventud, Landa había arrojado al fuego decenas de libros mayas supuestamente depositarios de doctrinas idolátricas, pero cuando creció en edad y sabiduría atemperó su celo y, dejándose llevar por una tardía vocación científica, intentó descifrar la escritura de aquel pueblo.

Resulta irónico que el inquisidor que condenó a las llamas los tesoros inestimables de los archivos mayas sea hoy la principal fuente de lo poco que conocemos de la escritura maya. Fray Diego de Landa aplicó a su estudio las convenciones propias de las escrituras fonéticas del español y otras lenguas europeas, una labor absolutamente improductiva porque la escritura maya era ideográfica (como el jeroglífico egipcio) y no fonética. No obstante, el esforzado obispo identificó como letras veintisiete signos que se lo parecieron y plasmó sus conclusiones en su informe citado que quedó inédito y olvidado hasta que Brasseur de Bourbourg dio con él, lo editó, resumido, en Francia e Inglaterra y puso en circulación la idea, hoy muy arraigada entre muchos pseudohistoriadores, de que las culturas precolombinas olmeca, tolteca, maya y azteca son producto de algunos atlantes supervivientes del hundimiento de su isla que llegaron al continente americano.

En el curso de sus investigaciones, fray Diego de Landa había oído decir a los indios que descendían de los supervivientes de una tierra hundida en el mar. El fraile, más familiarizado con la Biblia que con los escritos del pagano Platón, pensó que se referían a las míticas Diez Tribus perdidas de Israel, la descabellada idea propuesta siglos atrás por el bizantino Kosmas Indicopleustes.

Brasseur de Bourbourg, armado con el disparatado alfabeto maya de Landa, se lanzó a traducir, a su manera, el manuscrito maya conocido como *Códice Troano*. El texto resultante describía una catástrofe volcánica en una tierra que Brasseur denominó, arbitrariamente, «Mu», simplemente porque en el código aparecían dos signos levemente parecidos a estas letras del alfabeto latino propuesto por Landa. Brasseur, ni corto ni perezoso, decidió que fueran el nombre de aquella tierra imaginaria^[6].

La historia de la catástrofe que Brasseur creyó encontrar en el *Códice Troano* se parecía tanto a la de la Atlántida que acabó relacionándola con ella. En estos textos supuestamente traducidos por Brasseur se basan todas las especulaciones sobre Mu, el continente perdido en el Pacífico, que hoy compiten con las de la Atlántida.

La obra de Brasseur creó una escuela con destacados discípulos tan disparatados como el maestro, entre los que cabe mencionar al médico francés Augustus Le Plongeon (1825-1908), fotógrafo y arqueólogo aficionado, quien, tras hurgar en las ruinas mayas del yucatán, llegó a la conclusión de que los mayas fueron la cuna de la

civilización a través de la Atlántida primero y de Egipto después.

El supuesto continente sumergido Mu inspiró, por su parte, una subliteratura atlántida bastante notable. Hacia 1926, el inventor y mitógrafo James Churchward (1851-1936) publicó *El continente perdido de Mu, cuna de la humanidad*^[7], en el que aseguraba haber descifrado los anales de Mu en unas tabletas hasta entonces celosamente guardadas por los sacerdotes de un monasterio de la India. El paralelo con el sabio Solón de los diálogos platónicos es evidente. De la lectura de estas tabletas se deducía que el Paraíso Terrenal no estuvo en Asia sino en Mu, el continente hundido en el océano Pacífico. «La historia bíblica de la Creación, el relato de los siete días y las siete noches en que Dios creó el mundo, no se originó, por lo tanto, en los pueblos del Nilo y el Éufrates sino en este continente sumergido, la verdadera cuna de la humanidad».

James Churchward es un notable precursor de la historia-ficción, este ingenuo subgénero literario que florece en nuestro tiempo y que no hay motivo para rechazar siempre que no pretenda sustituir a la Historia con mayúscula. Churchward se oponía a la teoría darwinista de la evolución y publicó una serie de libros sobre el origen del hombre en aquel continente perdido^[8]. Sus textos abruman al lector con multitud de datos arqueológicos o procedentes de la tradición ocultista, de la especulación y de la pura fantasía, con mucha nota a pie de página que remite al lector a libros desconocidos o a códices que solamente Churchward parece haber consultado. Leemos, por ejemplo: «En aquel tiempo las gentes de Mu eran civilizadas y cultas. No existía la violencia en la faz de la tierra, puesto que todos los pueblos eran hijos de Mu y acataban la soberanía de su tierra de origen». Naturalmente, los habitantes de Mu eran «blancos y notablemente hermosos, con ojos grandes y de mirada suave y cabello negro y lacio. Había también otras razas con la piel negra, amarilla o tostada, pero éstas no dominaban».

Advertimos cierto tufillo racista, ¿no?

El mismo que advertimos en Karl Zschaetzsch, quien, en 1922, cuando ya Hitler estaba incubando su serpiente, imaginó en su libro *Atlántida, patria primitiva de los arios* una isla poblada por germanos rubios y vegetarianos a los que corrompió una especie de Eva llegada del mundo exterior con la fórmula de la fermentación de las bebidas alcohólicas. Después de esta caída, la Atlántida fue aniquilada por la cola de un cometa que pasó demasiado cerca de la Tierra.

Según las ensoñaciones de Churchward, Mu decayó debido a una catástrofe natural: «El subsuelo estaba minado de cavernas en las que se había acumulado gas volcánico. Estos depósitos letales fueron los asesinos de Mu: el gas escapó a través de los volcanes, y las grutas se hundieron al descender la presión interna sobre la corteza, lo que provocó la inmersión en el mar de todo el continente de Mu. Sus hijos supervivientes, desperdigados por toda la Tierra, originaron las civilizaciones conocidas».

Donnelly irrumpe en la Atlántida

Parecía que los argumentos históricos y geográficos en pro o en contra de la existencia de la Atlántida se estaban agotando cuando los avances en la geología revitalizaron la discusión trasladándola a nuevos campos. Ignatius Donnelly (1831-1901), un miembro muy instruido del congreso de Estados Unidos que, en lugar de atender a las comisiones y chanchullos propios del oficio, se pasaba las horas en la estupenda biblioteca de la institución, publicó el libro *Atlantis: The Antediluvian World* (1883), en el que exploraba las coincidencias entre las culturas egipcia y americanas precolombinas: pirámides, artefactos, costumbres, etc.

Abundando en la idea expuesta por Bory de Saint-Vincent en su mapa, Donnelly pensó que las montañas más altas de la Atlántida sumergida constituían una cresta atlántica de la que despuntaban, sobre la superficie de las aguas, las islas Azores y las Canarias. Ciertamente existe una cordillera submarina, la Dorsal Mesoatlántica, que recorre el centro del Atlántico de norte a sur asomándose acá y allá en sus cumbres mayores para formar las islas de Cabo Verde, Santa Elena, Ascensión o Islandia, y en algunas de estas islas la actividad volcánica es intensa, pero los geólogos han demostrado que la Dorsal Mesoatlántica se formó bajo la superficie marina y que el océano lleva varios millones de años sin experimentar cambios sustanciales. Esta evidencia descalifica también la teoría del cataclismo expuesta por Otto Muck en 1954, según la cual el hundimiento de la Atlántida se debió al impacto de un gigantesco meteorito caído sobre el Atlántico occidental que produjo, además de inmensas olas, erupciones volcánicas y alteraciones del fondo marino. Muck estaba convencido de que los mitos del diluvio transmitidos por diversas culturas constituyen el desvaído recuerdo de esta catástrofe.

La explicación del meteorito gigantesco ha creado escuela entre algunos atlantólogos que sitúan el mítico continente en el océano Índico basándose en que algunos pueblos ribereños conservan la memoria legendaria de una Tierra de Gondwana desaparecida en un cataclismo^[9].

Los esotéricos enriquecieron la teoría pseudoarqueológica de Donnelly con originales aportaciones. La famosa impostora *madame* Helena Blavatsky (1831-1891), fundadora de la teosofía y autora de *La Doctrina Secreta* (1888), un indigesto potaje de doctrinas religiosas y filosóficas (Zoroastro, los gnósticos, los platónicos, el hinduismo, cábala...), habla de siete razas primigenias, la tercera de las cuales se estableció en Lemuria y la cuarta en la Atlántida. No queda claro dónde estuvo la pretendida Lemuria, si en el océano Índico o en el Pacífico.

Madame Blavatsky citaba en sus obras un manuscrito tibetano, *El Libro de Dzyan*, receptáculo de sabidurías atlantes, para defender la idea, no exenta de cierto tufillo racista, de un pueblo atlante física y espiritualmente superior a las miserables razas humanas que hoy pueblan el planeta. El eco de esta raza superior sonó a música celestial en los oídos de los tenderos alemanes que impulsaron el misticismo racista

nazi. De hecho, Heinrich Himmler envió al Tíbet, en 1938, una expedición de sabios alemanes para indagar sobre los orígenes atlantes de la superior raza aria a la que él, estrecho de pecho, miope y enclenque, creía pertenecer^[10].

Después de Donnelly, la Atlántida se convirtió en un mito popular y muchos otros autores se ocuparon de él, casi siempre situando la isla sumergida en el Atlántico, como parece desprenderse del relato platónico, aunque en las más variadas localizaciones que abarcan desde la costa de Marruecos hasta la de Venezuela, incluyendo las islas Canarias y Azores y el mar de los Sargazos.

La isla que voló por los aires

Entre los años 1900 y 1906, el arqueólogo británico Arthur Evans excavó, en la isla mediterránea de Creta, los palacios de la civilización minoica que había florecido hacia el año -2000. Su influencia se extendía por las islas Cícladas, por el sur de Grecia e incluso por muchas otras riberas mediterráneas con las que mantenía activo comercio. De manera aparentemente inexplicable, hacia el -1500 le sobrevino una súbita decadencia y su resplandor se apagó.

¿No resultaba este hecho sospechosamente parecido a la abrupta desaparición de la Atlántida? Ya en 1872 el científico Louis Figuier (1819-1894) había sugerido la explosión del volcán de Thera como origen del mito atlante. El arqueólogo e historiador Auguste Nicaise (1828-1900) recogió y divulgó la idea en una conferencia titulada *Les Terres disparues: l'Atlantide, Théra, Krakatoa* (1885). La explicación de Nicaise obtuvo amplio eco en la prensa porque el público estaba muy sensibilizado tras la gigantesca explosión, en 1883, del cono volcánico del Krakatoa, una isla indonesia situada entre Sumatra y Java^[11].

Tras las excavaciones de Evans, que divulgaron inéditos aspectos de la cultura minoica, el historiador K. T. Frost desarrolló la idea en varios artículos aparecidos entre 1907 y 1913: la Atlántida no fue otra cosa que el imperio marítimo de la Creta minoica que dominó el mar Egeo en la Edad del Bronce, ya que «toda la descripción de la Atlántida contenida en el *Timeo* y en el *Critias* tiene características tan perfectamente minoicas que ni siquiera Platón pudo haber inventado tantos hechos insospechados [...] cuando leemos cómo el toro es cazado en el Templo de Poseidón sin armas, pero con varas y lazos corredizos, tenemos una inequívoca descripción de la plaza de toros de Cnosos, aquello que tanto sorprendía a los extranjeros y que dio origen a la leyenda del Minotauro». La tesis de Frost, reforzada por los nuevos testimonios arqueológicos, constituye hoy la más comúnmente aceptada por los historiadores.

Los defensores de esta teoría disculpan ciertas discrepancias entre el texto platónico y la realidad del imperio minoico (principalmente en lo tocante a la localización de la isla, sus dimensiones continentales y la fecha de su destrucción).

Luce ha señalado que el nombre antiguo de Creta era *Keftiu*, que significa «columna» o «soporte». En la mitología egipcia de la Edad del Bronce, la cúpula del cielo se apoya precisamente en una roca que brota del centro de una isla. Pudo ocurrir que los griegos, conocedores de esa leyenda egipcia, la relacionaran con su propia leyenda de Atlas, el gigante que sostiene el mundo sobre su cerviz, y tradujeran el nombre de Creta, Keftiu, como Isla de Atlas, es decir, Atlántida.

La ubicación de la mítica Atlántida en medio del océano pudiera derivar de un despiste de Platón causado por la lectura defectuosa de algún texto. La palabra griega «a medio camino» se parece bastante a la que significa «más grande que». Es posible que donde Platón leyó «más grande que Libia y Asia juntas», pusiera en realidad «a medio camino entre Asia y Libia».

En cuanto a la localización de la tierra de los atlantes «más allá de las Columnas de Hércules», quizá Platón se dejó llevar por una tendencia griega a situar todas las historias míticas más allá de los confines del Mediterráneo o quizá identificaba, como muchos griegos, las Columnas de Hércules con el estrecho de los Dardanelos.

Más dificultad entraña concordar las fechas platónicas con las minoicas. Según el relato de Platón, la Atlántida existió hacia el -9600, época que, en términos arqueológicos, correspondería al Mesolítico. Sin embargo, la sociedad atlante descrita por Platón se inscribe claramente en una cultura mediterránea de la Edad del Bronce, en torno al -1500. Si aceptamos la posibilidad de que el relato griego utilizado por Platón provenga de una fuente egipcia, el desfase de fechas pudiera deberse a una lectura defectuosa del pictograma egipcio de la cifra cien, que se confunde fácilmente con el de mil. Aplicando la corrección pertinente resulta que la Atlántida habría sucumbido nueve siglos antes de Solón, fecha bastante razonable que vendría a coincidir con la liquidación del imperio minoico, hacia el -1500. En el ambiente histórico mediterráneo de este tiempo es plausible que un poder marítimo egeo rivalizara con Atenas y Egipto. Otros datos corroboran esta teoría: si, como asegura Platón, el ejército ateniense sucumbió en la catástrofe que destruyó la Atlántida, es evidente que el desastre tuvo que ocurrir relativamente cerca de Grecia porque es impensable que en época tan remota un ejército griego estuviese operando más allá del estrecho de Gibraltar. Tampoco es plausible que la fuente de la Acrópolis ateniense que se secó como consecuencia del cataclismo resultara afectada si la catástrofe hubiera sucedido en medio del Atlántico, a muchos miles de kilómetros de distancia.

Las pruebas históricas apuntaban a una abrupta decadencia del imperio minoico, pero faltaba encontrar sus causas. En 1932, el arqueólogo Spyridon Marinatos encontró en Amissos, cerca de Heraclion, un potente muro desplomado que asoció al impacto de una ola gigantesca provocada por la explosión de la isla de Thera, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia. Era sólo una hipótesis, pero si lograba probarla quedaría demostrado que la leyenda de la Atlántida se había inspirado en el fin del imperio minoico. El asunto era tan complejo que no dudó en recabar la ayuda

de un equipo interdisciplinar que incluía a los geólogos B. C. Heenen y Ninkovitch y, a partir de 1966, a Christos A. Galanopoulos, jefe del gabinete sismológico de la universidad de Atenas. La geología confirmó que la súbita destrucción del imperio minoico «en un día y una noche», como la Atlántida de Platón, se debió a la explosión volcánica de la isla de Thera, conocida también en la Antigüedad como Kalliste («la más perfecta») y Strongyle («la redonda»). Hoy se llama Santorini y dista, lo que quedó de ella, ochenta millas de Creta.

El interés científico por la explosión de Thera comienza en el año 1879, cuando apareció el libro de F. Fouqué *Santorin et ses éruptions*, que describe el volcán peleano de la isla. Estos volcanes manan una lava tan espesa que tiende a taponar la chimenea de manera que la erupción se produce por una violenta explosión de los gases y sustancias comprimidos en la caldera. A la explosión sigue un diluvio de rocas o pumitas de piedra pómez, y un flujo de lava.

¿Qué ocurrió en Thera? Antes de la erupción que la destruyó, era una isla de unos dieciséis kilómetros de diámetro en cuyo centro se erguía una montaña volcánica de lava solidificada de un kilómetro y medio de altura. Hacia el año -1470 (la fecha se deduce del análisis por radiocarbono de un trozo de madera que quedó engastado en la lava), la montaña estalló, sometida a enorme presión, lanzando por los aires más de veintidós kilómetros cúbicos de rocas. Ciento diez kilómetros cuadrados, unos dos tercios de la isla, desaparecieron. El estampido se percibió en Escandinavia.

La ola que levantó la explosión de Thera, de unos cien metros de altura, pudo ser el «toro venido del mar» que derrotó a los reyes minoicos.

La materia expulsada por el volcán, en forma de chorro de magma incandescente, piedra pómez y ceniza, cubrió la parte restante de la isla. Casas y cultivos quedaron sepultados debajo de un enorme sedimento de sesenta metros de espesor.

Después de la catástrofe, lo que quedaba de la isla volvió a poblarse y aprendió a convivir con el volcán e incluso a vivir de él, del turismo, y de la cantera inagotable de puzolana formada por los materiales volcánicos.

Hoy la boca del volcán está sumergida y la parte visible de su boca forma el semicírculo de las islas Thera y Thirasia, amén de Aspronisi, que es sólo un islote desierto^[12]. Las islas presentan un característico paisaje de roca volcánica roja, ocre y blanca. No hay en ellas manantiales: sus cinco mil habitantes dependen del agua que les traen en barco desde Grecia y de la que recogen en cisternas cuando llueve. La vegetación se reduce a pocos árboles y algunos arbustos.

El arqueólogo Spyridon Marinatos visitó Thera en 1960. Lo que vio le confirmó sus presentimientos. Dos años después, tras una prospección aérea, desde un helicóptero, de la zona de Bronos, junto a la aldea de Akrotiri, comenzó a excavar. En sucesivas campañas, entre 1967 y 1972, salieron a la luz los restos de una ciudad importante que yacían sepultados bajo veinte metros de escoria volcánica. La pasión de Marinatos por Thera acabó costándole la vida cuando, en 1974, se despeñó desde una altura de veinte metros en un talud de las excavaciones.

La arqueología ha reconstruido el pasado de una rica comunidad que, desde el segundo milenio antes de nuestra era, construía edificios de hasta tres plantas, y los decoraba con suntuosos frescos. No aparecieron esqueletos ni tesoros como en Pompeya, también destruida por un volcán, seguramente porque los habitantes de Thera advirtieron a tiempo la inminencia de la erupción y pudieron abandonar la isla y ponerse a salvo en Creta.

El puerto de Thera, probablemente uno de los principales enclaves minoicos, quedó borrado de la faz de la tierra. El tsunami destruyó la flota, las instalaciones portuarias y hasta los pueblos de la costa oriental cretense. Potentes niveles de cenizas volcánicas cubren restos de poblados con sus muros aplastados por la gigantesca ola. Solamente se salvó del desastre el palacio de Cnosos, cinco kilómetros tierra adentro.

La catástrofe ocurrió hacia el -1470. Después de esta fecha, la actividad política y comercial de los minoicos se tornó insignificante, lo que confirma que la explosión de Thera diezmó a los minoicos y las cosechas devastadas y los campos improductivos a causa de las cenizas condenaron al hambre a los supervivientes. La isla quedó indefensa. Las ciudades carecían de murallas pues confiaban en su potente marina para defenderse de agresores exteriores. Desprovista de su flota, Creta sucumbió fácilmente ante los griegos micénicos.

El recuerdo de la catástrofe de Thera persistió en las tradiciones y mitologías del mar Egeo: la lluvia de piedras que se desencadena sobre los argonautas cuando penetran en las tinieblas que rodean Creta; la inundación de la leyenda de Deucalión, etc. El historiador Plutarco menciona una ola gigante que Poseidón envió contra la isla Lycia. En Samotracia se mantuvo durante siglos la costumbre de sacrificar cada año un animal en los altares que señalaban el máximo avance de la ola en una mítica inundación.

La identificación del imperio minoico con la Atlántida parece sensata y sólidamente fundamentada, pero el mundo está lleno de soñadores, algunos de ellos atlantólogos que defienden su derecho a imaginar una Atlántida sumergida, inmensos palacios e inescrutables misterios que esperan que un arqueólogo afortunado, a lo mejor un loco como Schliemann, venga a desvelarlos.

S. C. Fredericks cree que «la relación entre Thera y los diálogos platónicos es artificial e innecesaria» y señala que Platón nunca relacionó su Atlántida con Creta ni habló de volcán alguno. Además, Platón se refirió a una inmersión total de la isla y es evidente que un tercio del territorio de Thera quedó a flote, y aún queda, en la isla de Santorini. Otros argumentan que quizá la explosión de Thera y el aniquilamiento del imperio minoico se parezcan mucho al fin de la Atlántida, pero esto no demuestra necesariamente que no existiera otra Atlántida, la verdadera, en el océano, o que Thera, una ciudad de treinta mil habitantes emplazada en una islita del Egeo, no pudo ser la cabeza de un imperio tan poderoso. Por otra parte, si buscamos en el océano, encontramos también islas volcánicas como Tristan da Cunha o el Peñón de San

Pablo, si bien tampoco son suficientemente grandes como para albergar poblaciones importantes.

J. Rufus Fears señala que «no existe ninguna fuente egipcia antigua que hable de un imperio insular marítimo identificable con la Atlántida o con la Creta minoica y el mito de la Atlántida no aparece en otros autores griegos, ni siquiera en los contemporáneos de Platón». Incluso pudo ocurrir que Platón urdiera la fábula inspirándose en un terremoto que ocurrió en su tiempo y que levantó una ola tal que barrió la islita griega de Atalante (topónimo bastante parecido a Atlántida). Quizá Platón conocía el texto de Tucídides, en su *Guerra del Peloponeso*, que narra el suceso en términos bastante similares a los que luego él usaría para referirse a la destrucción de la Atlántida: «En las proximidades de la isla de Atalante se produjo una inundación de tal magnitud que arrasó parte del fuerte ateniense que allí había y echó a pique uno de los dos barcos que estaban en la playa».



Situación de Thera en el mar Egeo.



La isla de Thera, moderna Santorini.



La Atlántida, según una ilustración de la primera edición de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne.

Sin salir del ámbito egeo, el español Paulino Zamarro expone en *Del estrecho de Gibraltar a la Atlántida* (2004) una sugerente teoría —con la que coincide el griego Diamantis Pastras—: el archipiélago de las Cícladas no es más que un conjunto de cumbres de una gran isla de unos 5300 km² que existió 7500 años antes de nuestra era. Entonces existía una barrera en el estrecho de Gibraltar que aislaba el Mediterráneo del Atlántico. Cuando esta barrera se rompió, las aguas se comunicaron y el Mediterráneo subió bruscamente de nivel. La Atlántida quedó reducida a las Cícladas y Creta.

El arqueólogo alemán Eberhard Zangger (nacido en 1958), autor de *El diluvio del cielo: descifrando la leyenda de la Atlántida*^[13], cree, por su parte, que el mito de la Atlántida se inspiró en la caída y destrucción de Troya, cantada por Homero en la *Ilíada*. Argumenta el teutón que, en la Antigüedad, también se denominó «Columnas

de Hércules» al estrecho del Bósforo, entre Europa y Asia^[14]. Más allá de las Columnas de Hércules del mar Negro, en la actual Turquía, estaba Troya, la inspiradora de la Atlántida. Zangger se esfuerza en probar su teoría con el exhaustivo recuento de las características físicas de la antigua Troya y el territorio circundante y comparándolas con las de la Atlántida, que, según él, se inspiró en ella: una llanura rodeada de montañas donde el viento dominante sopla del norte; dos manantiales, de agua fría y caliente, respectivamente, que también menciona Homero. Además, la estirpe troyana descendía de Electra, hija de Atlas. Una de las Troyas superpuestas fue, según Zangger, destruida por las inundaciones de ríos desbordados, y ello motivaría el mito.

En los años cuarenta, el historiador turco Hasan umur (1880-1977) propuso la localización de la Atlántida en el mar Negro, teoría que retoman los alemanes Siegfried y Christian Schoppe en *La Atlántida en el mar Negro y La Atlántida y el diluvio* (2004^[15]), donde intentan demostrar que el mar Negro era un gran lago de agua dulce antes del -5500, cuando desapareció la barrera del Bósforo y el mar salado inundó su cuenca originando también la leyenda del diluvio universal^[16].

Un Schliemann entra en escena

Muchos buscadores de la Atlántida en el siglo xx tienen a Heinrich Schliemann (1822-1890) por patrón y santo popular. Recordemos que el millonario alemán, mero aficionado a la arqueología, descubrió Troya siguiendo las pistas de la *Ilíada* contra la autorizada opinión de muchos historiadores y académicos que lo menospreciaban. Este soberbio patinazo de la ciencia oficial suministra un poderoso argumento a los atlantistas porque demuestra que los historiadores también yerran y que un visionario puede acertar. ¿Por qué no había de repetirse el caso de Troya con la Atlántida?

El terreno parecía abonado para que Paul Schliemann, nieto del famoso descubridor, explotara el prestigio de su abuelo anunciando al mundo, en 1912, que, además de Troya y de las tumbas micénicas, su abuelo había descubierto la Atlántida y legaba el secreto de su descubrimiento al miembro de su familia que se comprometiera a estudiarlo, o sea a él. Abierto el informe apareció un nuevo pliego de instrucciones. La cosa se ponía más emocionante que una película de Indiana Jones. Lo primero que el abuelo ordenaba desde el otro mundo era romper cierto recipiente de su colección, el que tenía dibujada una cabeza de lechuza. En su interior aparecieron algunas monedas de platino, aluminio y plata y una placa de metal cuya inscripción en fenicio decía «Acuñada en el Templo de los Muertos Transparentes». Paul mostró a la prensa las monedas y el medallón. La noticia apareció en los diarios de medio mundo y dio tema para charlas de casino durante unos días, pero era tan fantástica que poca gente la tomó en serio. Paul Schliemann volvió a la carga y prometió dar a la luz, muy pronto, el resultado de nuevas investigaciones. Luego, en

vista de que su patraña no obtenía el eco esperado, se olvidó del tema.

La Atlántida mediterránea no acalló las voces que la reclamaban en diferentes predios del viejo mundo. Geoffrey Ashe (1923), autor del libro *La Atlántida*^[17], defendía la identificación de la Atlántida con Gran Bretaña a consecuencia de fecundos contactos entre las islas Británicas y el Egeo en la Edad del Bronce, cuando se construyó Stonehenge. Después, proclama Ashe, los lazos entre las dos regiones se aflojaron y los recuerdos cada vez más deformados de aquella tierra originaron la leyenda en la que se mezclan las confusas noticias de Gran Bretaña, una isla cercana a un continente, con su gran templo a Apolo (Stonehenge) y su raza de hombres cultos y civilizados, quizá los hiperbóreos. Son demasiados quizá, podríamos objetar, sólo por arrimar el ascua atlántida a la sardina británica.

La Atlántida en España

Antes mencionamos a los venerables autores que situaron la Atlántida en España, más concretamente en Tartessos, el reino del mítico rey Argantonios, que floreció hace dos mil quinientos años en la actual Andalucía. El erudito Juan Fernández Amador de los Ríos retomó el tema en 1911 y relacionó a los atlantes de la leyenda platónica con los misteriosos Pueblos del Mar. Poco después, el arqueólogo alemán Adolf Schulten, que buscaba Tartessos obsesivamente en el Coto de Doñana (Huelva), declaró que la Atlántida no era más que la huella legendaria de su Tartessos, naturalmente sin citar que la idea no era suya sino de varios autores españoles^[18].

El caso es que, bien mirado, existen muchas similitudes entre la mítica Atlántida y la histórica Tartessos: la situación, en el extremo de las Columnas de Hércules, las fabulosas riquezas en metales y productos agrícolas, la intensa actividad comercial y hasta el templo central con dos fuentes de agua, caliente una y fría la otra, que podría identificarse con el santuario gaditano de Hércules. El mar de barro que amenazaba a los navegantes en aguas atlántidas podría aludir a las barras arenosas de la desembocadura del Guadalquivir que tantos naufragios han provocado. La arqueología no desmiente el paralelismo, puesto que la cronología de las industrias micénicas del Bronce, en cuyo ambiente parece inspirarse la Atlántida, vienen a coincidir con la cultura mastiena del Algar en la península Ibérica. Otras similitudes no son menos sorprendentes. Los tartesios retratados en los mitos griegos de Hércules (el jardín de las Hespérides, los bueyes de Gerión...) son gigantes.

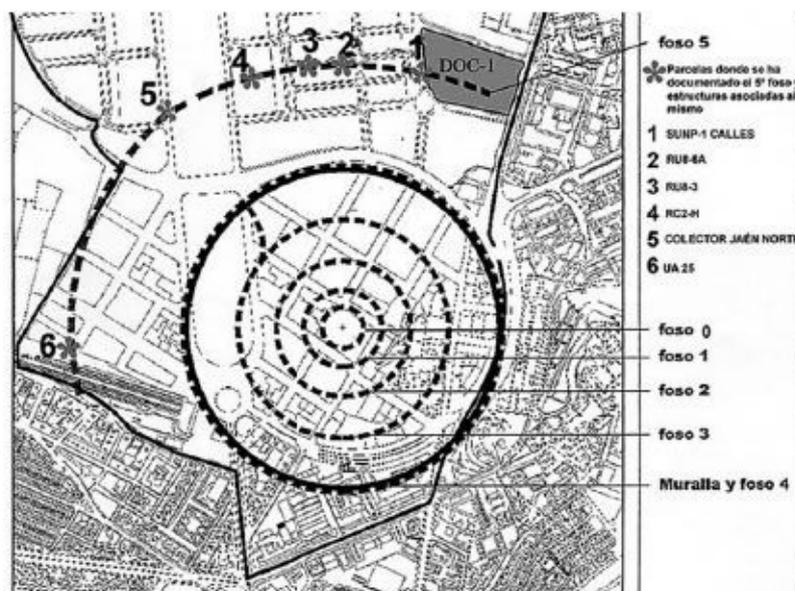
Lo más sorprendente es que las similitudes entre Tartessos y la Atlántida no se limitan al mito. El diseño de la capital atlante, en anillos concéntricos de agua y tierra, se corresponde, con sorprendente exactitud, con un poblado formado por un núcleo principal rodeado de cinco anillos concéntricos de tierra y canales de agua encontrado en las afueras de la ciudad de Jaén, en el pago de Marroquíes Bajos. El

sugerente paralelismo se refuerza si tenemos en cuenta que el Guadalquivir tartesio era navegable aguas arriba de Córdoba, que una antigua calzada discurría paralela al curso fluvial y que las tierras del Alto Guadalquivir fueron muy ricas en metales.

El investigador hispanocubano Georgeos Díaz-Montexano, muy refutado desde el mundo académico, defiende la identificación atlante del poblado jiennense. «El diámetro del anillo exterior —señala— alcanza unos 1900 metros, medida bastante similar a la sugerida por Platón para su mítica ciudad, 1953 metros. [...] Creo que la existencia de la primitiva ciudad concéntrica de Jaén —tan similar a la acrópolis de Atlantis— podría demostrar que éste era el patrón arquitectónico usado por determinados pueblos de Iberia durante el Calcolítico y la Edad del Bronce, pueblos que serían los mismos que Platón describe bajo el nombre de atlánticos, es decir, pueblos de las costas atlánticas. La ciudad de Marroquíes Bajos fue edificada por estos pueblos que podríamos llamar (como lo hizo Platón) “atlantes” o “atlánticos”, que no sólo habitaron en Andalucía, según se deduce de los últimos hallazgos en otros lugares de Iberia como en la propia capital de España, Madrid...».

Schulten nunca halló su Tartessos-Atlántida, y esa pena se llevó a la tumba, porque su mayor ilusión, aparte de la de ser condecorado por Alfonso XIII y recibir libros gratis, era emular a Schliemann, el descubridor de Troya.

Unos años después de Schulten, la esposa de un arqueólogo inglés, Elena M. Whishaw, teósofa y masona, quedó tan impresionada del recinto murado de la cercana localidad de Niebla, que se empeñó en que era obra de atlantes. ¿Tenía la cabeza a pájaros la señora Whishaw? Cabe dentro de lo posible. Hemos de imaginarla como una dama algo aburrída en la colonia minera inglesa de Riotinto que, después de leer algunos papeles de los arqueólogos de la zona (Schulten, Bonsor, entre otros), hace excursiones por los pueblos del entorno, se interesa por las costumbres de los nativos y sueña, en sus horas libres, que son casi todas, con labrarse un huequito entre los descubridores de las grandes civilizaciones del pasado (Schliemann, Evans, Petrie, Carter, reciente descubridor de la tumba de Tutankamon, y toda la panda). El resultado fue la obra *La Atlántida en España, un estudio de los antiguos reinos del sol de España* (1928), en la que argumenta que la capital de los atlantes yace delante de Cádiz, no muy lejos de la costa, cubierta de arenas y sedimentos acumulados por las corrientes marinas, que Tartessos era una colonia atlante, no el origen del mito de la Atlántida (como pretendía Schulten) y que los doce esqueletos en círculo hallados en la cueva de los Murciélagos no eran sino la familia real tartesia que se había suicidado ;mediante ingestión de opio^[19]! La misma validez científica encierran los estudios del teósofo, masón y esoterista español Mario Roso de Luna (1872-1931), que encontraba firmes vestigios de colonias atlantes en Extremadura y el sur de Portugal.



El poblado circular excavado en los alrededores de Jaén.



La Atlántida aria

El historiador y etnólogo holandés Herman Wirth (1885-1981), relacionado con el instituto de investigaciones raciales nazi Ahnenerbe, señaló en 1929 el Atlántico norte como probable emplazamiento de la Atlántida. La idea de la Atlántida nórdica, fundamento de la superior raza aria, se repite en autores posteriores como el clérigo alemán Jürgen Spanuth, que en *Atlantis: the Mystery Unravelled* (1956) la identifica con la Atland de las sagas nórdicas, frente a las tierras de los vikingos, hogar de los Pueblos del Mar^[20]. Otras posibles localizaciones, sin salirnos de la zona, son las del francés Jean Deruelle (1990), que encaja la Atlántida entre Inglaterra y Dinamarca, y la del geógrafo ulf Erlingsson, quien, en 2004, sugirió que la Atlántida fue la Irlanda neolítica (y su hundimiento aludiría a las tierras del banco de Dogger sumergidas en

el mar del Norte hacia el año -6100).

Los paleontólogos rusos Suskin y Ferov sitúan el mítico continente aún más al norte, bajo los hielos del Ártico, en Beringia, el puente de unión entre América y Asia a través del estrecho de Bering.

En el extremo opuesto del globo terráqueo, bajo los hielos de la Antártida, yace la Atlántida propuesta en los años sesenta por diversos autores bastante fantasiosos, pero muy populares (Charles Berlitz, Erich Von Daniken y Peter Kolosimo) que se basan en una lectura acrítica del famoso mapa del almirante turco Piri Reis.

Menos remotas, aunque también en el hemisferio sur, tenemos las Atlántidas de Georg Kaspar Kirchmaier, sumergida frente a Sudáfrica, y la del etnólogo, explorador y arqueólogo alemán Leo Frobenius (1873-1938), autor de *Atlantis* (1921-1928), quien declaró haber hallado descendientes de atlantes en Benín, los yoruba, una pequeña tribu completamente distinta a las del entorno, cuyo dios, Olokun, procedía de una gran isla. Entre los yoruba son objetos sagrados ciertas tablillas con signos astronómicos cuya utilidad desconocen. Además, practican ritos típicamente mediterráneos tales como la adivinación por las entrañas de los animales. Lo cierto es que las peculiaridades culturales de la comunidad podrían tener una explicación más plausible, aunque igualmente fabulosa. Podrían ser descendientes de fenicios o cartagineses que exploraron las costas de África en la antigüedad.

Las pretensiones de los ocultistas empeñados en fabricar mitologías atlánticas reciben a veces el inesperado refuerzo de observaciones procedentes de la comunidad científica. En 1979 la prensa sensacionalista difundió la noticia de que los rusos habían descubierto la Atlántida. Cinco años antes, un buque oceanográfico soviético había captado imágenes submarinas de una muralla ciclópea y tres terrazas escalonadas en el archipiélago de la Herradura, a unos quinientos kilómetros al oeste de Gibraltar. El descubrimiento fue divulgado por Andrei Aksynov, director del Instituto Soviético de Oceanografía. Otra expedición rusa exploró la misma zona y descubrió unas estructuras «que pueden ser ruinas sumergidas». Las potencias occidentales comenzaron a sospechar que el súbito interés arqueológico de los soviéticos no era más que una coartada para disimular exploraciones en busca de refugios naturales para sus submarinos nucleares.

Hoy la geología no toma en cuenta estas especulaciones y da por sentado que las tierras que emergen del mapamundi constituyen un puzle natural donde no faltan piezas que justifiquen la invención de islas perdidas y continentes sumergidos. Hace más de trescientos millones de años sólo existía un continente (denominado «Pangea» por los geólogos), rodeado por un único océano, al que llaman Pantalasa. Esta masa terrestre se dividió, hace unos ciento cincuenta millones de años, en dos núcleos: Laurasia y Tierra de Gondwana (que toma el nombre de la leyenda índica). Los continentes e islas que hoy aparecen en el globo terráqueo son fragmentos resultantes de sucesivas particiones de aquellas tierras. Estas particiones ocurren porque el interior de la Tierra es una masa incandescente sobre la que flotan los continentes y

mares, aunque lo hacen muy lentamente, unos cinco metros por siglo. Los volcanes y los terremotos son consecuencia de ese movimiento.

La ciencia parece descartar la teoría del cataclismo y ahora los atlantólogos partidarios de la inmersión del mítico continente se aferran a la teoría de Vladimir Scherbajov, quien, a finales de los ochenta, señaló que la Atlántida no se sumergió por un cataclismo geológico propiamente dicho sino que fue simplemente inundada por las aguas cuando la fusión de los casquetes polares elevó el nivel de los océanos. Los restos de aquel naufragio siguen siendo las islas Azores, Canarias, Madeira, Cabo Verde y Bermudas.

La Atlántida semita

El chileno Jaime Manushevich, en su libro *La Atlántida: el mito descifrado* (2002), señala que los atlantes eran semitas, no indoeuropeos, como generalmente se piensa por la influencia de Platón. Según este autor, la isla atlante correspondería a la placa geológica que hoy ocupan Israel y el Sinaí, que formó una isla hasta hace 7600 años. «Platón se equivocó al interpretar geográficamente las coordenadas dadas por los egipcios, confundiendo el Mediterráneo con el mar Rojo y el Mediterráneo con el Atlántico, el Punt con Tirrenia, y Arabia con Europa, Gibraltar con Bab el-Mandeb, girando en la práctica la geografía regional en 90°». Esta isla fue la cuna del primer pueblo productor de alimentos, los naturitas o natufienses que tuvieron el primer puerto en Jericó, y originó las culturas neolíticas de su entorno: Egipto, Anatolia, Mesopotamia, Arabia, Creta y Chipre. El choque cultural de estos atlantes con los indoeuropeos antepasados de los griegos, asentados al norte, se reflejaría en la leyenda de la guerra entre atlantes y griegos, con la victoria final de éstos. La civilización atlante acabó bruscamente con el cataclismo geológico que hacia el -5600 alteró el Mediterráneo oriental: «Al descender el mar, comienza el fin del mar Muerto y se aísla la región por grandes pantanos por un largo tiempo. Luego, las colonias esparcidas hacia los cuatro puntos cardinales darán inicio a las primeras civilizaciones reconocidas».

La geología se muestra adversa a los devotos de la Atlántida pero ellos, lejos de darse por vencidos, trasladan su batalla a los terrenos mucho más agradecidos de la arqueología, la antropología, la etnología y las religiones comparadas. Parten de la hipótesis de que la Atlántida, cuando estaba en la cumbre de su grandeza, irradió su cultura sobre las tierras del entorno, a uno y otro lado del Atlántico, o bien de que algunos atlantes supervivientes del cataclismo final arribaron a otras tierras llevando la luz de la civilización a los atrasados nativos. En cualquier caso, se intenta demostrar que las más brillantes culturas del viejo mundo y del nuevo —el Egipto faraónico, los mayas y los incas americanos— derivan de la civilización atlante.

El procedimiento seguido por los atlantólogos para llegar a tales conclusiones es relativamente simple y se repite constantemente en los libros de ficción histórica. Se

trata de ir rastreando datos arqueológicos o etnológicos y seleccionar aquellos que coincidan con los de una cultura distinta desechando el resto. También procuran hacer hincapié en aquellos datos para los que la ciencia oficial, con su proverbial falta de imaginación, no haya encontrado todavía una explicación satisfactoria. Al final, el lector crédulo queda convencido, abrumado por la avalancha de argumentos del atlantólogo. Se señala, por ejemplo, que a uno y otro lado del Atlántico existen antiguas leyendas que hablan de un gran cataclismo marino y del hundimiento de una pujante civilización. Se señala, también, la presencia de pirámides o monumentos similares a uno y otro lado del Atlántico, desde los zigurats mesopotámicos y los monumentos egipcios de la llanura de Gizeh hasta los americanos del yucatán, Guatemala y El Salvador pasando por las estructuras piramidales tinerfeñas de Güímar, en las islas Canarias, a las mismas orillas del mar atlante.

Luego están las extrañas coincidencias entre las culturas incaica y egipcia. Tanto el calendario egipcio como el peruano constan de dieciocho meses de veinte días, a los que se añaden otros cinco festivos. Por si esto fuera poco, las dos culturas adoran al Sol y tanto el inca peruano como el faraón egipcio son considerados hijos del Sol.

Rastreando indicios comparables entre antiguas culturas a uno y otro lado del Atlántico se puede llegar muy lejos. Los atlantólogos son especialmente aficionados a indagar en los historiadores antiguos dado que los datos que ofrecen raramente pueden ser contrastados por los modernos. De este modo, y añadiendo la necesaria dosis de imaginación, se encuentran huellas atlantes en el Sahara partiendo de la mención que hace Herodoto de cierta tribu del desierto. Los indígenas que plasmaron las pinturas de Tassili serían los faramantes descendientes de los atlantes, de los que a su vez procederían los actuales tuaregs.

Por este camino, y teniendo en cuenta que las fantasías de los atlantólogos son acumulativas y crecen cuando se transmiten de unos a otros, se puede atribuir a los atlantes cualquier civilización conocida o por conocer. El informático Albert Slosman, autor de *Le Grand Cataclysm* (1976^[21]), encuentra menciones de la Atlántida en las inscripciones egipcias de los templos de Karnak, Abu Simbel y Dendera. Cree Slosman que algunos atlantes desembarcaron en Marruecos y dibujaron las figuras de Tassili (que, según él, representan las luchas fratricidas de los clanes atlantes) y después de un exilio de quince siglos, siempre guiados por una especie de brújula sagrada (sin duda hubieran tardado menos si hubieran prescindido de ella), llegaron al Nilo, la tierra prometida.

Thor Heyerdahl y las Canarias atlantes

¿Recuerdan a Thor Heyerdahl (1914-2002), el arqueólogo y aventurero noruego que en 1947 cruzó el Pacífico en la balsa *Kon Tiki* para demostrar que la población de la Polinesia era de origen amerindio, y en 1970 cruzó el Atlántico en una embarcación de papiro, la *Ra II*, para demostrar que los egipcios pudieron llegar a América? Pues

bien, para Heyerdahl «existe una memoria humana común a todas las culturas y esa memoria se inicia precisamente en la Atlántida». No le parece casual al intrépido noruego que sea precisamente hacia el año -3100 cuando «se inició el primer imperio faraónico, la primera cultura sumeria, la de Mohenjo Daro, en el valle del Indo, y algunos calendarios mesoamericanos, entre ellos el maya, más preciso que el nuestro, que se inicia exactamente en el -3113». Para Heyerdahl «hacia el año -3100 se ha producido un gran cataclismo que ha dado origen a nuevos calendarios, ha creado migraciones marinas y cambios de centros de cultura [...]. Creo que hubo un diluvio, una catástrofe biológica y geológica que cambió el mundo y el clima en esa fecha».

Hemos visto, en nuestro vagabundeo por las teorías sobre la Atlántida, que algunos autores creen que las islas Canarias formaron parte de la tierra atlante o, al menos, recibieron su influencia directa. Stephanie Dinkins señala que los indígenas guanches que poblaban las islas en 1402, cuando llegaron los conquistadores europeos, eran descendientes de los atlantes, a los que la inundación no afectó porque vivían en las montañas dedicados al pastoreo. Esto explica que los guanches desconocieran la navegación y que, teniendo una cultura propia del Neolítico, estuvieran, al propio tiempo, dotados de una organización social inusitadamente compleja. Además, sugiere Dinkins, hay que tener en cuenta sus sorprendentes similitudes con la cultura egipcia: la momificación de los muertos, la práctica de la lucha canaria, similar a la egipcia, y la construcción de pirámides.

¿Pirámides en las Canarias?

Pues sí. En los años ochenta, los cuatro entusiastas miembros del grupo local autodenominado «Confederación Internacional Atlántida» recorrían la isla de Tenerife en busca de asentamientos templarios, cuando observaron, a las afueras del pueblo de Güímar, unas extrañas pirámides escalonadas, construidas con mampuestos de origen volcánico, que recordaban vagamente a las pirámides egipcias.

¡Pirámides en las Canarias! ¿Eran el eslabón perdido que permitiría a los atlantistas vincular las pirámides egipcias y mesoamericanas con la desaparecida Atlántida^[22]? Los habitantes del pueblo de Güímar no mostraron entusiasmo alguno por las supuestas pirámides:

—Son majanos —decían.

—¿Majanos?

—Sí, hombre, las piedras que se sacan del campo y se acumulan en montones cuando se despiedra para cultivarlo.

—De majanos, nada: aquí hay un misterio atlante.

El alcalde no se mostró nada propicio a colaborar: «Incluso nos acusa de querer hacer del municipio un cachondeo», se quejaba uno de los descubridores. Inasequible a los cantos de sirena, el escéptico edil insistía en que las pretendidas pirámides no eran sino majanos contruidos en el siglo XIX cuando el auge del cultivo de la cochinilla aconsejó despiedrar aquellos campos hasta entonces yermos, pero esta explicación, aunque emanada de la máxima autoridad local, no convenció a los

entusiasmados descubridores: a nadie se le ocurre disponer tan cuidadosamente miles de piedras en forma escalonada, con desagües y todo.

Todo comenzó por aquellos cuatro amigos que, convencidos de haber realizado un importante descubrimiento, se entregaron al estudio científico de las insólitas estructuras. Hoy existe una extensa bibliografía sobre las pirámides de Güímar que concede al conjunto una antigüedad de doce mil años y lo atribuye a supervivientes de la Atlántida «que habrían arribado a las islas llevando consigo sus conocimientos sobre temas solares, astrales, mágicos y telúricos».

Las pirámides escalonadas de Güímar son tres y se inscriben en una área de cien metros de largo por cuarenta de ancho. Dos de ellas están alineadas frente al mar, dejando un espacio rectangular intermedio, y la tercera situada sobre una colina. Toscas y desgastadas escaleras acceden a la terraza superior. Hay además otra pirámide en Icod, en el interior de la isla, en un lugar denominado «La Mancha», y otra más en El Paso, isla de La Palma.

Los entusiasmados miembros de la Confederación Internacional Atlántida prepararon un detallado informe que incluía planos, fotografías y dibujos, y lo enviaron a Thor Heyerdahl, que a la sazón andaba empeñado en la ardua tarea de probar la existencia histórica de la Atlántida y el origen atlante de las culturas más antiguas de México y Perú. El informe de los devotos atlantistas canarios lo sorprendió en el remoto valle peruano de Lambayeque, excavando un grupo de veintiséis pirámides de adobe, algunas de hasta cuarenta metros de altura, en cuyo interior encontraron momias embutidas en sacos de algodón. El noruego no dudó en abandonar sus pesquisas peruanas para trasladarse a Tenerife y reconocer *in situ* las misteriosas estructuras. Las pirámides de Güímar lo entusiasmaron tanto que convocó a algunos colaboradores y alquiló una casa en el pueblo para estudiar detalladamente aquellas piedras. Un sondeo del subsuelo con georradars ultrasónicos reveló que «allí hay algo más que lava y tierra». La imaginación se desbocó. Se hablaba de cámaras secretas y túneles, uno de los cuales conduce al cercano barranco de Badajoz, a cuya entrada existe otra pirámide escalonada, en el lugar llamado «Fuga de los Cuatro reales», donde se asegura que por la noche aparecen misteriosas luces blancas. Heyerdahl señala que el patio ceremonial existente entre las dos pirámides de Güímar que miran al mar se observa también en el conjunto arqueológico peruano de Chavín, fechado hacia el año 1000.

Para Heyerdahl, «los guanches pertenecieron posiblemente a la misma raza de gentes blancas y barbudas que aparecen en las leyendas de México y Perú, de Quetzalcóatl y viracocha. De ser así puede asegurarse que hubo en América una presencia transatlántica anterior a Colón. Y no se trata de los vikingos —asegura—, porque no tienen nada que ver con las culturas americanas, los vikingos no son los únicos blancos en el mundo, la población original preárabe de la costa norteafricana eran los bereberes, en buena parte muy blancos, rubios y barbudos, estoy convencido de que los guanches son descendientes directos de los bereberes».

Heyerdahl estaba convencido del origen común de los ritos sepulcrales guanches y egipcios así como de las técnicas de trepanación de cráneos que se observan en América y Egipto, «todo ello pone de manifiesto la existencia de un pueblo con un nivel bastante alto de cultura, que ha estado antes en alta mar. Y, por supuesto, también ha estado en las Canarias».

Más recientemente, dos investigadores del instituto astrofísico de Canarias, J. A. Belmonte y A. Aparicio, han sugerido que estas construcciones fueron «utilizadas como estación astronómica para la predicción de fechas clave del ciclo agrícola y, en consecuencia, para establecer un calendario» dado que «el eje principal del complejo en el que las pirámides se hallan insertas, así como la mayor de ellas, se encuentran orientados, con extrema precisión, a la puesta del sol en el solsticio de verano; además, un segundo eje apunta hacia la salida del sol, seis meses más tarde, en el solsticio de invierno». Por lo tanto las pirámides se construyeron «con una maravillosa y perfecta orientación astronómica, tan bien definida que resulta difícil creer que sea debida a la mera casualidad».

José León Cano, otro estudioso de las pirámides tinerfeñas, apunta sus «relaciones directas con la situación en el firmamento de la luna, venus y la osa mayor».

La Atlántida de Bimini

Bimini es una isla del archipiélago de las Bahamas, a ciento cincuenta kilómetros de las costas de Florida. En 1968, los pilotos Robert Brush y Trigg Adams declararon haber descubierto, frente a las playas de la vecina isleta de Andros, en aguas poco profundas, las ruinas submarinas de un edificio formado con grandes sillares cuadrangulares que era perfectamente visible desde el aire porque las acumulaciones de algas y esponjas lo contorneaban. Los dos pilotos eran discípulos de Edgar Cayce (1877-1945), quien, en 1933, estando en estado de trance, profetizó que los templos atlantes yacen bajo el fango del mar en Bimini, a lo largo de Florida, y que la Atlántida se descubriría cerca de este lugar en 1968.

Como es natural, la noticia del hallazgo causó un tremendo impacto. El piloto Brush rechazó varias ofertas de universidades deseosas de explorar el lugar y se reservó el derecho de hacerlo personalmente. Sus conclusiones concitaron la atención de otros fanáticos atlantistas y finalmente la de la prensa sensacionalista: las ruinas de Bimini son los muros del templo de la legendaria Atlántida. El resto se encuentra sepultado en la arena que las mareas han ido acumulando.

Atlantólogos y arqueólogos aficionados se lanzaron a la exploración de la zona, lo que inevitablemente condujo a nuevos descubrimientos. Tengamos en cuenta que en las costas de Florida abundan los buscadores de tesoros^[23]. Incluso un arqueólogo profesional, Mason Valentine, del Museo de Miami, declaró la existencia de una formación submarina parecida a la sección de un muro de mampostería y un tramo de calzada de medio kilómetro de largo al noroeste de Bimini Norte.

Los estudios sobre Bimini no tardaron en aparecer. Se hablaba de templos y puertos sumergidos, de caminos construidos con enormes losas, e incluso de ciudades cubiertas por las aguas hace ocho o diez mil años. Borrosas fotografías y claros diagramas de muros, arcos y columnas lo atestiguaban. ¿Yacía la Atlántida bajo las aguas del Caribe o pertenecían aquellos vestigios a una civilización distinta que existió incluso antes de que se formara el estrecho de Florida?

La comunidad científica reaccionó con el previsible escepticismo, ignorando los presuntos descubrimientos o sugiriendo el origen natural de las estructuras sumergidas.

Los que aceptan que en Bimini existe una ciudad submarina no se ponen de acuerdo sobre su origen. Los cayceanos sostienen que se trata de la Atlántida, pero otros piensan que lo que se ha encontrado es un puesto avanzado de la civilización maya, una fortificación de los colonizadores españoles hundida por la erosión o incluso una corraliza construida en el mar para el cultivo de productos marinos^[24].

En 1971 un estudio menos optimista lanzó un jarro de agua fría sobre los entusiasmados atlantistas al señalar el origen natural de los bloques calizos que ellos suponían sillares ciclópeos. Lo que parecían muros y columnas eran, en realidad, formaciones rocosas naturales.

La naturaleza, como es sabido, imita al arte.

El alto contenido cálcico del agua marina combinado con la circulación y evaporación de la zona favorece la formación de este tipo de bancos de caliza con sus características fracturas rectas. Las laminaciones sedimentarias, que coinciden de un bloque a otro, siempre paralelas a la costa, demuestran que se trata de una formación natural. Además, algunos bloques calizos contienen en su interior trozos de botellas y otra basura playera de origen reciente. En cuanto a las estructuras que se habían tomado por fustes de columnas no eran sino bloques cilíndricos de cemento procedentes de barriles llenos de este material que en tiempos recientes se habían arrojado al mar cerca de la entrada del puerto^[25]. En 1978 Shinn completó la visión desmitificadora al anunciar que la llamada «carretera de Bimini» no era sino un tramo del lecho rocoso de la playa. Su disposición geométrica en forma de estrecha formación que se alarga paralelamente a la costa es consecuencia del régimen de las mareas de la zona.

Naturalmente estas explicaciones que reducen a meros fenómenos naturales las curiosas formaciones geométricas de Bimini no son tenidas en cuenta por los partidarios de la Atlántida ni por los agentes turísticos de la zona. El misterio de Bimini es un poderoso imán que atrae muchedumbres de turistas aficionados al misterio, a la arqueología y a lo exótico. ¿Por qué viajar hasta Europa u Oriente Medio en busca de civilizaciones desaparecidas si se tienen al alcance de la mano en Estados Unidos, sin salir de casa? «Bucee sobre la carretera perdida de la Atlántida», propone un folleto turístico. En las librerías de los hipermercados de Florida abundan los libros y folletos de historia-ficción que ilustran a los veraneantes sobre los

misterios de Bimini, sobre la Atlántida y sobre las navegaciones precolombinas a América, los fenicios, los vikingos, los egipcios, etc.

El triángulo de las Bermudas

Los atlantólogos que atribuyen a los atlantes las presuntas construcciones de Bimini establecen a veces cierta relación entre los secretos de la Atlántida y las misteriosas desapariciones de barcos y aviones que se supone que ocurren en el llamado «triángulo de las Bermudas», una zona comprendida entre las Bermudas, Florida y las Antillas. El submarinista buscador de tesoros Ray Brown asegura haber descubierto allí las ruinas de una ciudad sumergida cuyo centro ocupaba una gran pirámide. La noticia atrajo varias expediciones financiadas por millonarios excéntricos, que han intentado dar con estos vestigios. Un reportaje aparecido en 1978 ofrece borrosas imágenes submarinas, como captadas a gran profundidad, de una especie de perfil piramidal.

¿Estamos a punto de descubrir la Atlántida? Puestos a creerlo no hay mayor inconveniente en admitir el inminente descubrimiento del completamente fabuloso Mu. A finales de los sesenta, Robert J. Menzies, profesor del laboratorio marino de la Universidad de Duke, fotografiaba moluscos con una cámara submarina a cincuenta y cinco millas de la costa de El Callao, en Perú, cuando encontró columnas talladas e inscritas. El yacimiento se encontraba a gran profundidad y constaba de columnas de medio metro de diámetro que sobresalían del barro del fondo. También fotografió lo que parecía un sillar perfectamente tallado. Como las presuntas columnas estaban en el Pacífico supuso que pertenecían a Mu.

¿Ciudades sumergidas o simples estructuras naturales que despistan a crédulos submarinistas? ¿Existió la Atlántida? Ninguna de las pruebas aducidas por sus partidarios resiste un examen serio. Quizá fue solamente una invención de Platón para hacernos creer que la utopía política que propone en su famoso tratado *La República* se había experimentado ya con éxito. Quizá pretendía enseñarnos que la historia humana es cíclica, que las civilizaciones ascienden y luego decaen. O quizá simplemente quería contrastar atenienses y atlantes elevándolos a la categoría de símbolo, para explicar lo que sería bueno o malo para Atenas: malo si Atenas se convierte en un Estado dominado por marinos y mercaderes; bueno si continúa siendo una sociedad rural de ganaderos y agricultores.

No está a nuestro alcance desentrañar el grado de invención que Platón introdujo en su historia de los atlantes, pero desde luego tenemos que convenir, con Ramage, en que «resulta irónico que Platón, el filósofo que constituye el centro de nuestra tradición intelectual, haya apadrinado una creencia tan irracional».

Cnosos, ¿tumba o palacio?

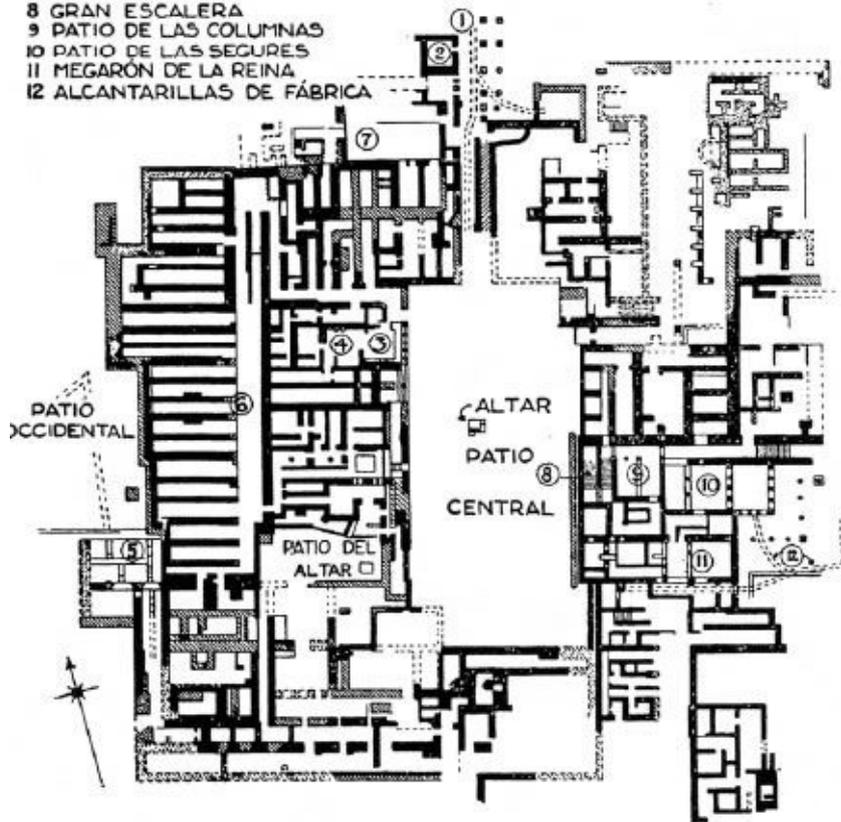
En 1967 el doctor Hans Georg Wunderlich (1928-1974), catedrático de Geología y Paleontología de la universidad de Stuttgart, visitó Creta. El profesor estaba interesado por la geología de la isla, pero incluso para un profano de la ciencia arqueológica hubiese sido imperdonable no darse una vuelta por las ruinas de los palacios minoicos, que son el cebo del turista culto en la isla. Wunderlich recorrió el palacio de Cnosos con un folleto turístico en la mano y no quedó convencido con las explicaciones oficiales sobre el monumento. Escrupulosamente germánico, el geólogo adquirió la bibliografía básica sobre Cnosos y, en la primavera de 1971, publicó sus conclusiones en un artículo titulado *El secreto de los palacios minoicos*: «Los palacios de Cnosos, Festos, Hagia Triada, Malia y Kato Zakros [...] no eran las alegres residencias de gobernantes pacíficos y aficionados al arte, como *sir* Arthur Evans y sus sucesores pretenden. En realidad eran complejas edificaciones levantadas para el culto y la sepultura de los difuntos [...] un conjunto de construcciones cuyo objeto era la veneración ritual y la conservación de miles de cadáveres de la nobleza cretense».

Tales afirmaciones causaron notable revuelo entre arqueólogos e historiadores, quienes, como era de esperar, acusaron al geólogo de ser el Von Daniken de la arqueología, e incluso de necrofilia. A pesar de ello, y en honor a la verdad, hay que apuntar que la idea de Wunderlich no era absolutamente original. Oswald Spengler había llegado a la misma conclusión en 1935, cuando escribió: «¿Eran los palacios de Cnosos y Festos templos de los muertos, santuarios de un poderoso culto del más allá? No quiero insistir en esta afirmación, puesto que no puedo probarla, pero me parece que esta posibilidad merece ser considerada seriamente». Desgraciadamente, Spengler falleció al año siguiente y su idea, solamente apuntada, pasó inadvertida. El profesor Wunderlich llegaría a la misma conclusión por medios muy distintos y sin tener noticia de su ilustre predecesor en esta nueva y revolucionaria visión de los palacios cretenses.

PALACIO DEL REY MINOS : CNOSOS. CRETA

- 1 ENTRADA NORTE Y VESTÍBULO
- 2 CUERPO DE GUARDIA
- 3 ANTECÁMARA DE LA SALA DEL TRONO
- 4 SALA DEL TRONO CON CISTERNA
- 5 PÓRTILO OCCIDENTAL
- 6 GALERÍA CON ALMACENES
- 7 BAÑO SEPTENTRIONAL
- 8 GRAN ESCALERA
- 9 PATIO DE LAS COLUMNAS
- 10 PATIO DE LAS SEGURES
- 11 MEGARÓN DE LA REINA
- 12 ALCANTARILLAS DE FÁBRICA

ESCALA EN METROS
10 5 0 10 20 30 40 50



Plano de Cnosos, 1915.

El monstruo de Creta

Según la leyenda, hace casi cuatro mil años reinó en la isla de Creta un poderoso soberano llamado Minos. El dios marino Poseidón, ofendido por Minos, hizo que Pasífae, esposa de éste, se enamorase de un toro, se ayuntase con él y diese a luz al Minotauro, un monstruo con cuerpo humano y cabeza de toro. Minos encargó al industrioso Dédalo la construcción de un laberinto donde encerrar al Minotauro. Para satisfacer la voracidad de aquel monstruo, los pueblos sometidos a Minos debían entregar cada año a siete muchachos y siete muchachas. Cuando le llegó el turno a Atenas, el joven Teseo se postuló como voluntario para el sacrificio y, antes de penetrar en el laberinto, convenció a Ariadna, hija de Minos, para que le entregase un ovillo de hilo que, convenientemente desenrollado por la maraña de pasillos y cámaras del siniestro edificio, le ayudaría a encontrar la salida. Teseo mató al Minotauro, escapó del laberinto, sedujo a la enamorada Ariadna y la abandonó después.

Si alguien hubiese tratado de reducir la fábula a su posible entramado histórico,

habría llegado a la conclusión de que en Creta existió alguna vez una poderosa civilización cuya influencia se extendía por lo menos hasta la península griega. ¿Dónde estaban los restos de aquella civilización?

En 1878, el arqueólogo griego Minos Kalokairinos comenzó a excavar un yacimiento cerca de la ciudad de Herakleion, en Creta, pero tuvo que abandonar los trabajos al poco tiempo. Nueve años más tarde Schliemann, el famoso descubridor de Troya, convencido de que en aquel lugar estaba sepultado el palacio prehistórico de los reyes de Cnosos en Creta, anduvo en tratos para comprar los terrenos a su propietario turco, pero no se pusieron de acuerdo en el precio. Pasarían otros diez años antes de que el arqueólogo británico Arthur Evans adquiriera los terrenos y excavara sistemáticamente las ruinas, adelantándose al francés Joubert, que también estaba interesado. En 1900 las excavaciones comenzaron a revelar los restos de un enorme edificio de más de mil doscientas habitaciones.

Cnosos, «Disneylandia arqueológica»

Evans consagró su vida al palacio de Cnosos y a la civilización cretense. Su monumental obra *El palacio de Minos*, publicada entre 1922 y 1935, lo revalidó como pontífice indiscutido de lo cretense que él había bautizado «minoico». Hoy conocemos la civilización minoica especialmente a través de lo que han escrito de ella Evans y sus discípulos, que, a su vez, se basaron en la interpretación de las ruinas del palacio de Cnosos. En este hecho reside quizá la debilidad de las teorías aceptadas acerca de la civilización de los antiguos habitantes de Creta, teorías que hoy comienzan a ser contestadas por algunos historiadores y arqueólogos. C. W. Ceram resume la cuestión con estas palabras: «La gente de principios de siglo vio a los cretenses como Evans los veía. Pero ¿es correcta su visión? Hoy son cada vez más numerosos los arqueólogos que rechazan las restauraciones de Evans. No cabe duda de que Evans permitió a su imaginación mayor iniciativa de la que los hallazgos justificaban». Otros críticos de Evans son menos moderados. El arqueólogo austríaco Camillo Praschniker compara Cnosos con las ciudades que Hollywood levantó para sus películas de romanos y añade: «En Cnosos caminamos a través de hipótesis de cemento armado».

Para un profano en arqueología que visita Cnosos estos fallos no son visibles. La reconstrucción de Evans fue tan radical que es prácticamente imposible distinguir lo original de lo moderno. Muchos aspectos de su labor en Cnosos podrían ilustrar lo que no debe hacerse en una excavación. En descargo de Evans cabe señalar que cuando él excavó Cnosos las técnicas arqueológicas no habían avanzado demasiado y aún se vivía en la época romántica de esta ciencia. Menos disculpa admiten otras facetas del famoso arqueólogo, quien, como apunta R. Hachmann, «siempre estaba sorprendiendo con ideas brillantes. A menudo estas ideas no coincidían con los resultados de la excavación o sólo coincidían parcialmente. Tenemos pruebas de que

alteró frecuentemente los informes de las excavaciones para que los datos coincidieran con sus teorías. Las notas de sus competentes ayudantes, que se conservan en Oxford, ponen de manifiesto estas falsificaciones. De hecho incluso los propios planos publicados por Evans difieren entre ellos».

Evans ofreció una pintura idílica de los cretenses: una familia real, cuya escuadra detentaba la indiscutible hegemonía del mar, habitaba en un hermoso palacio en una isla. Diseminadas por el campo, múltiples mansiones pertenecientes a la aristocracia. Dentro del palacio había hermosas pinturas en las que se observan —reconstruidas como están— abundantes elementos del *art nouveau* de moda en la época de Evans. Los cretenses eran cultos, civilizados y prósperos: hasta disfrutaban de artefactos tan sofisticados como bañeras y retretes con cisterna (el último avance del confort, recientemente alcanzado en la propia época de Evans). Este cuadro parece al profesor Wunderlich sospechosamente familiar: «Los arqueólogos británicos proyectaron en Cnosos su visión de la vida inglesa de finales de siglo (la Inglaterra victoriana^[1])».

El trasfondo filosófico de la Creta de Evans tributa también a las ideas de la época en que fue excavada. A principios del siglo xx, el historiador Oswald Spengler preconizaba la catástrofe como elemento decisivo en la historia de las civilizaciones. En puertas de la primera guerra mundial, el ambiente de Europa se prestaba a ello. Esta idea parecía brillantemente confirmada en el caso de los minoicos: su civilización tuvo, para Evans, un final rápido con erupciones volcánicas, terremotos, tsunamis e invasiones que borrarón del mapa, en un brevísimo espacio de tiempo, la civilización de los palacios. Cuando Evans publicó su material, la Europa de entreguerras podía ver sus tristes destinos fielmente reflejados en el espejo cretense.

El palacio de Cnosos

Hoy las ruinas de los palacios están rodeadas por fértiles tierras de cultivo y la mano del hombre ha suavizado el paisaje. Sin embargo, teniendo en cuenta las limitaciones de la agricultura en la época minoica, estos parajes debieron de ser montes sin roturar cuando los palacios se construyeron. La belleza de las vistas desde el palacio debió de ser mayor entonces. Aparentemente, sin embargo, los arquitectos de Cnosos desdeñaron la construcción de ventanas y galerías al exterior y cerraron su edificio con altos muros condenándose a vivir en tinieblas, como dentro de una cueva. Tampoco se les ocurrió levantar fortificaciones para defender el lugar, ni planear el edificio para procurarse un mínimo de comodidad: en la fachada del oeste no hay ninguna puerta. Para entrar había que dar un rodeo por el sur. Allí una puerta comunicaba con un corredor de treinta y cinco metros de largo por tres y medio de ancho, sin ventanas ni puertas (el llamado «corredor de la procesión»). El pasillo tuerce bruscamente en ángulo recto. Unas escaleras conducían al piso alto donde, según Evans, estaba la residencia. En el bajo estaría el almacén, compuesto por más

de veinte habitaciones largas y estrechas, sin luz, en las que aparecieron grandes ánforas (*pithoi*).

Parece evidente que el elemento básico en torno al que se ordena la arquitectura del palacio es el gran patio central. Como muchos edificios y ciudades antiguas, este patio se orienta a los cuatro puntos cardinales (aunque con una significativa y consciente desviación de diez grados que también se observa en otros edificios de la Antigüedad). La escasez de ventanas unida a la abundancia de presuntos pozos de luz, dudosamente eficaces en este cometido, sugiere que la ventilación del edificio era importante, pero no así su iluminación. Estas condiciones podrían, sin duda, ser las idóneas para la conservación de las momias.

En la zona de los almacenes un pasillo enfila el norte para torcer abruptamente y continuar hacia el sur. Una simple puerta en el muro habría evitado, con toda sencillez, un rodeo de más de veinticinco metros. Otro delito de lesa funcionalidad es el de las escaleras: hasta tres distintas se acumulan en un espacio inferior a diez metros. El cuarto de estar de la reina comunica con su dormitorio por otra escalera, puesto que están en planos distintos.

¿No nos parece un extraño derroche arquitectónico, impropio de una civilización avanzada y amante de la vida cómoda como se supone que fue la cretense?

Pero hay más. Los almacenes ocupan diversas partes del edificio. En algunos, los grandes recipientes (*pithoi*) son tan voluminosos y las puertas tan estrechas que forzosamente debieron colocarse antes de construirlas. ¿Qué hacer si una de las *pithoi* se rajaba o se rompía? Otro absurdo: en el palacio no se han encontrado habitaciones que pudiesen servir de cocinas, de sala de banquetes, de salas de armas ni de establos, a no ser que estuviesen en el desaparecido piso alto, lo que es improbable si aceptamos, con Evans, que las habitaciones reales estaban en la entreplanta. Por su ubicación, las habitaciones reales recibían sólo luz indirecta que en invierno debía de ser escasísima.

El megarón de la reina impresionaba por su comodidad: una habitación espaciosa con su cuarto de baño. La bañera, sin embargo, sólo mide un metro de largo y, aunque tiene agujero de desagüe, en la habitación no hay cañerías por las que pueda verterse el agua. Tenían, por tanto, que vaciarla con ayuda de un recipiente o bien llevarla fuera para volcar su contenido. Si esto era así, ¿para qué servía el desagüe?

Un estrecho pasillo conduce a una especie de nicho donde hay un agujero en el suelo. Evans no dudó de su función: el retrete. Cerca existe un patio de luz de reducidas dimensiones, poco más que un pozo, donde, según la explicación oficial, hilaban la reina y sus damas. No debió de ser un lugar agradable: estrecho, escasamente iluminado y rodeado de muros que ascendían hasta una altura de cuatro pisos.

La vida en un palacio tan oscuro debió de ser penosa. Al propio salón del trono no se llega desde el interior del edificio como parecería normal sino desde el patio central y a través de una antesala cuadrada. El salón del trono no tiene ventanas.

Recibe la luz a través de la puerta que comunica con la antesala, que a su vez la recibe del patio. Su techo es más bajo que el de la antesala.

No es alabastro sino yeso

No fueron, sin embargo, estos detalles los que inclinaron al profesor Wunderlich a formular su flamante teoría, sino uno mucho más revelador para un geólogo. El material de suntuosa apariencia que reviste suelos y paredes no es alabastro como se creía sino simple yeso. Una variedad hermosa y de buen tono que se confunde fácilmente con el alabastro, miembro noble de la familia mineral, pero yeso al fin y al cabo; un yeso que se puede marcar presionándolo con la uña. Después de un siglo de visitas turísticas, el piso de los sectores del palacio abiertos al público se ha deteriorado considerablemente. Este desgaste es más notorio en los peldaños de las escaleras. En las partes expuestas a la lluvia se han formado ya acanaladuras. A Wunderlich le pareció imposible que se construyera un palacio con un material tan frágil y deleznable, máxime cuando los prósperos cretenses tenían tan cerca los mármoles de la isla de Paros. Sólo cabe una explicación: únicamente estaban interesados en la apariencia, no en la solidez de la obra. Ya preveían que aquel edificio no se iba a usar mucho puesto que se trataba de una construcción funeraria. Incluso las pilas de abluciones de los presuntos «cuartos de baño», donde el agua corriente hubiera sido inevitable, están revestidas con una capa de yeso. ¿Es posible que los cretenses no supieran que el agua disuelve el yeso? Debieron de advertirlo en las mismas canteras de las que lo extraían.

El profesor Wunderlich rebate, además, la tesis del incendio de los palacios. El análisis mineralógico de los materiales demuestra que nunca se incendiaron. Las placas de yeso empleadas en ellos presentan unas originales vetas grises de bitumen que les prestan belleza y marmórea apariencia. El bitumen es una sustancia orgánica que comienza a escapar de la piedra a sesenta grados centígrados y la abandona por completo a unos ciento veinte grados. Por encima de esta temperatura, el yeso pierde las vetas grises y se vuelve inmaculadamente blanco. En muchos lugares de Cnosos las vetas persisten. Esto descarta la posibilidad de un gran incendio. Más bien habría que pensar en fuegos controlables localizados en algunas áreas.

Evans reconoció en el palacio cantidad de restos de «bañeras» y ánforas (*pithoi*) que se almacenaban por doquier. En la tesis de Wunderlich se trata de simples sarcófagos. Evans no pudo reconocerlos como tales porque estaban vacíos, rotos y saqueados por los ladrones de tumbas, plaga universal en la Antigüedad, que habrían sacado las momias al exterior del palacio, a la luz del día, para allí despojarlas de sus vendajes en busca de joyas y máscaras funerarias de oro. Esto explica que Evans encontrara en el palacio imágenes votivas y ofrendas mortuorias de escaso valor, pero muy pocas joyas, solamente aquellas que pasaron inadvertidas a los saqueadores. Sin embargo, alrededor de los accesos a Cnosos aparecieron abundantes huesos y trozos

de cerámica que no procedían seguramente del vertedero de las cocinas sino de los desechos de los saqueadores del lugar.

Una de las reconocidas excelencias de la artesanía cretense es la cerámica denominada «de cáscara de huevo», tan fina y frágil que muchos piensan que no es probable que fuese fabricada para sobrevivir a los azares del uso diario. La superficie de esta cerámica imita la textura, grosor y color de los objetos de bronce. Otras piezas estaban revestidas de una lámina de oro. Originalmente debieron de parecer objetos de bronce o de oro. El mundo cretense está lleno de imitaciones. ¿Serían copias funerarias de objetos valiosos usados en vida por los difuntos? En las tumbas etruscas se encuentran interesantes paralelos de estas cerámicas, y nadie discute que su papel fuera simbólico y sólo funerario. Las cisternas cretenses se parecen también a los *pozzi* etruscos de Toscana y Poggio Renzo, pozos votivos destinados a almacenar los ajuares del difunto. ¿No tendrían la misma función las ocho cisternas de Mana, laboriosamente excavadas en el rocoso suelo cuando un simple pozo en la parte opuesta, al noroeste del palacio, hubiese bastado para asegurar el suministro de agua?

Los muros de las tumbas etruscas están decorados con alegres escenas de la vida diaria. ¿Reflejan alguna tradición funeraria mediterránea, también compartida con Creta y Egipto? Las ánforas cretenses (*pithoi*) son demasiado voluminosas para permitir una manipulación normal en el estrecho ámbito de sus habitaciones. A veces el techo es tan bajo que no permitiría verter o extraer de ellas líquidos o granos con un mínimo de comodidad. Para Wunderlich estos recipientes eran sarcófagos. No faltan paralelos de tal uso, como los enterramientos premicénicos en ánforas de Aphidnai.

La diosa de los pechos desnudos

Seguramente el símbolo casi universal de la alegría de vivir y de la estética sorprendentemente moderna de los cretenses son las estatuillas de mujeres con amplia falda acampanada, cintura de avispa y corpiño apretado que realza la hermosura de los pechos desnudos. A veces estas figurillas llevan serpientes en las manos. Estos hallazgos se interpretan como representaciones de una divinidad cretense. Para Wunderlich, sin embargo, su función es completamente distinta. En muchos pueblos antiguos las mujeres se desnudaban los pechos como símbolo de luto y desesperación por la muerte de un ser querido. Herodoto lo observa en las egipcias y, además, existen pinturas funerarias que lo atestiguan. Un sarcófago romano da fe de esta costumbre, que también fue conocida entre los celtas y germanos. En el libro XXII de la *Ilíada*, cuando Héctor va a enfrentarse con Aquiles, su madre estaba «deshecha en lágrimas y descubrió su busto y con una mano se sacó un pecho».

Las cuentas de los difuntos

Evans atribuyó las tablillas encontradas en Cnosos a la contabilidad de los palacios. Wunderlich opina que, considerando el papel funerario de estas construcciones, podría tratarse de listas de las ofrendas hechas a los difuntos o por los difuntos a los dioses, listas de pagos por servicios funerarios de embalsamadores, etc. Estas explicaciones podrían despejar algunas incógnitas que el hallazgo y la lectura de las tablillas plantea: por ejemplo, el hecho de que en algunos rebaños de ovejas mencionados los machos sean mayoría. En un rebaño regular esto sería inaceptable, pero si se trata de animales destinados al sacrificio es perfectamente admisible. El hecho de que las tablillas se hayan encontrado en más de cincuenta lugares distintos del palacio parece apoyar la tesis de enterramiento colectivo de gran número de ciudadanos pudientes, cada cual con sus cuentas, más que la posibilidad de un archivo palacial tan diseminado. Los mismos errores de aritmética que presentan las tablillas serían extraños en una administración palaciega, pero justificables si se trata de cuentas relacionadas con el culto a los muertos, que no las iban a comprobar. Quizá hubo incluso una tendencia a exagerar las cifras. Los paralelos egipcios favorecen esta teoría.

Para Wunderlich, los cretenses desarrollaron un culto a los muertos tan sofisticado que sólo tiene parangón en la civilización de sus contemporáneos egipcios. Elemento central en la interpretación de estos ritos es el sarcófago de Hagia Triada, cuyas ilustraciones (que el lector encontrará reproducidas en las páginas de color) retratan claramente las ceremonias funerarias de un difunto de noble posición. Vemos un músico que tañe la lira mientras dos mujeres escancian el contenido de sendas jarras cónicas en un recipiente que hay sobre un altar. A un lado y a otro se observa la doble hacha simbólica. A la derecha de la composición aparece un cadáver vestido hasta el cuello como una momia delante de un sarcófago decorado. Tres hombres le llevan ofrendas: unos cuernos de toro y dos imágenes de animal. En otra parte del sarcófago aparece otro altar con hachas y la escena del sacrificio de un toro cuya sangre se recoge en jarras como las que llevaban las mujeres antes descritas. Esta ceremonia se produce al aire libre y en el exterior, puesto que al fondo se insinúan los palacios.

Según Wunderlich, a las ceremonias descritas por el sarcófago de Hagia Triada seguía el embalsamamiento del cadáver y su colocación definitiva en el palacio funerario. Al principio los difuntos se veneraban en posición erguida, pero luego el ritual evolucionaría hacia una posición sedente. El llamado «Trono de Cnosos» se emplearía en estas ceremonias. Las incisiones que tiene en los lados pudieron servir para afirmar las ataduras que mantendrían el cadáver erguido. El asiento, que presenta un borde prominente en la parte delantera, hubiese sido bastante incómodo para una persona viva pero adecuado para evitar que un cadáver se deslizara de su posición sedente. Las numerosas asistentes de baño que las tablillas mencionan pudieron ser las que lavaban y preparaban los cadáveres. Estas manipulaciones rituales, atestiguadas también entre los egipcios, explicarían los pozos interiores, las tuberías y

los desagües del edificio, según Wunderlich.

Para el geólogo, la arqueología cretense refleja una evolución de los usos funerarios en tres etapas: primero se entierra en cuevas naturales, después en cuevas artificiales y finalmente en tumbas cada vez más elaboradas que culminan en los palacios funerarios. Paralelamente se desarrollan tres tipos de enterramientos: en sarcófagos de cerámica, en ánforas (*pithoi*), y en el suelo.

La diferencia entre sarcófagos y ánforas podría depender del tipo de embalsamamiento que el cadáver había sufrido. En Egipto hubo tres clases, pero en Creta es posible que sólo se usaran dos: rellenando el cuerpo de aceite de cedro, o simplemente poniéndolo en escabeche. Una preparación pudo entrañar resecación por fuego para eliminar líquidos y grasas. Esto explicaría las trazas de fuego que se observan en muchas tumbas del periodo y en los propios palacios. Quizá la resecación por fuego sería la denominada «*kaiein*», distinta de *katakaiein*, que entrañaría la completa incineración del cadáver. Los cadáveres se prepararían en posición fetal, como en Asia Menor, en las islas griegas, en Sicilia, Lípari y otros lugares mediterráneos, lo que explica las reducidas proporciones de las «bañeras» cretenses. La posición fetal continuó usándose hasta el periodo griego arcaico aunque pronto perdió vigencia. En el periodo clásico ya se había impuesto la posición extendida.

El enterramiento en ánforas, típico del Neolítico, supone la existencia de un tipo de vasijas adecuadas, esto es, con la boca más ancha, que las destinadas a almacenar aceite, aunque Evans las confunde, según nuestro geólogo. Además, las *pithoi* funerarias se distinguen por las tres bandas de dibujo ondulante (serpentino) que las rodean. La serpiente sería símbolo de luto y de resurrección.

¿Por qué decayó en Grecia la costumbre de momificar? Entre los factores culturales que provocaron su abandono habría que mencionar las reiteradas violaciones de tumbas por ladrones codiciosos del ajuar funerario. Poco a poco se impuso la costumbre de incinerar el cadáver, y con él su ajuar. Al principio, durante el periodo de transición, no habría un criterio único. Herodoto nos cuenta que Periandro, tirano de Corinto, fue advertido por un oráculo de que Melisa, su difunta esposa, se quejaba de que la tenía desnuda en el otro mundo porque había quemado los vestidos de su ajuar funerario. Periandro, político enérgico y pronto de decisión, ordenó que todas las mujeres de Corinto se concentraran en el Templo de Hera y allí las hizo quedar en cueros vivos mientras los vestidos confiscados se quemaban. Esta ofrenda satisfizo al inquieto fantasma de Melisa.

La discontinuidad de las costumbres funerarias de los cretenses señala el fin del «periodo palacial» y el comienzo de la oscura época de las incineraciones. Los magníficos palacios funerarios se abandonaron cuando el culto de los muertos decayó. La cremación de los ajuares determina hoy que las pruebas arqueológicas del paréntesis entre lo minoico y lo clásico sean escasas. Sólo los pobres que no podían costear una pira funeraria debieron de enterrar a sus muertos en lugar de quemarlos.

Para Wunderlich no hubo catástrofe que arrasara los palacios. Abandonados y en desuso, no tardarían en desplomarse, particularmente si tenemos en cuenta que su construcción distaba mucho de ser sólida. El empleo de columnas de madera en los pisos bajos, prescindiendo de todo sistema de aislamiento de la humedad del suelo y recubriéndolas, además, de una capa de empaste que impedía la ventilación, favorecería la ruina. No hace falta achacar a los terremotos la destrucción de los palacios. Tal como estaban contruidos no podían durar eternamente.

Si aceptamos que los palacios eran construcciones funerarias, ¿dónde estaban los verdaderos palacios? Es lógico que éstos estuvieran en las ciudades costeras. Sus restos deben yacer debajo de las poblaciones actuales o cerca de ellas. Es posible que no fueran tan imponentes como las tumbas, tal como ocurre en el caso de los egipcios, de los que conocemos muchos enterramientos pero pocos palacios ya que, al estar contruidos en las ciudades o en sus proximidades, fatalmente fueron expoliados para aprovechar sus materiales en nuevas construcciones.

El paralelo egipcio

Creta y Egipto mantenían estrechas relaciones comerciales y culturales. Objetos manufacturados en un país abundan en yacimientos arqueológicos del otro. Procesiones cretenses de ofrendas, como la mencionada en el corredor de Cnosos, aparecen en los frescos de algunas tumbas egipcias de la dinastía XVIII. El profesor Wunderlich está convencido de que las técnicas de embalsamamiento y las ceremonias funerarias cretenses influyeron poderosamente en Egipto y aduce en su probanza múltiples testimonios.

En Medinet el Fayum, el faraón Ammenemes (o Amenemhat) III (dinastía XII, hacia -1800) construyó un laberinto que podría haber servido de modelo a los cretenses. El edificio se levantó como templo a los muertos junto a la pirámide de Hawara. Estrabón y Herodoto lo describen pormenorizadamente. Herodoto dice: «Por dentro, el edificio es de dos plantas y contiene tres mil habitaciones de las que la mitad son subterráneas y la otra mitad está sobre ellas. Me llevaron a través de las habitaciones de la planta superior, por lo tanto lo que digo de ellas procede de mis propias observaciones, pero de las subterráneas sólo puedo hablar de oídas porque los encargados egipcios no me permitieron verlas ya que contienen las tumbas de los reyes que construyeron el laberinto y también las tumbas de los cocodrilos sagrados [...], los intrincados pasillos de una habitación a otra y de un patio a otro eran una interminable sorpresa para mí, porque íbamos de patios a habitaciones, de habitaciones a pasillos, de pasillos a otras habitaciones y de allí a otros patios [...]. Cada patio está excelentemente construido en piedra blanca y rodeado por una columnata». Ésta es la cita de Herodoto. Fuera de contexto parecería que el padre de la historia está describiendo Cnosos.

Hasta aquí, expuesta a grandes rasgos, la tesis del doctor Wunderlich y algunas de las razones prácticas que la sostienen.

Como él mismo reconocía poco antes de su muerte, hay en su razonamiento muchos elementos mejorables que seguramente requerirán revisión a medida que nuevos hallazgos en Creta aconsejen modificaciones. En sus líneas generales, sin embargo, la hipótesis del geólogo demuestra consistentemente que los pretendidos palacios cretenses pudieron ser santuarios y panteones, con lo cual la civilización minoica se conjuntaría armónicamente con otras civilizaciones del periodo —la egipcia— y otras del periodo que sucederá —la etrusca— en el esquema general de unas culturas mediterráneas que observan parecidas tradiciones.

Las últimas tendencias de los especialistas en historia cretense parecen no contradecir la tesis del doctor Wunderlich. Ya hacía tiempo que la acumulación de elementos religiosos encontrada en Cnosos escamaba a muchos arqueólogos tradicionales. Algunos señalaban que el «Salón del Trono» de Cnosos parece más bien una capilla en la que el trono sería el altar donde se asienta una divinidad invisible. Luego están los otros detalles: los pozos votivos, las medidas de los patios, que podrían obedecer a causas rituales, y la orientación, siempre de norte a sur, con ligera desviación nordeste, los altares, los signos parietales, los vasos rituales y todo el utillaje religioso. Evans creía que el régulo de Cnosos era un rey-sacerdote. Sus sucesores van más allá. Algunos, como P. Faure, están convencidos de que los presuntos palacios fueron, en realidad, santuarios o monasterios, incluso panteones reales o todo ello junto, como El Escorial.

Los fraudes arqueológicos

Si usted acude a un rastro o mercadillo dominical, podrá volver a casa con un flamante denario de plata. Cinco euros le habrá costado la ganga, parece mentira. Una moneda acuñada en los tiempos de Cristo. Incluso puede soñar que se trata de una de las treinta con que pagaron la traición de Judas, una reliquia que ha dormido el tranquilo sueño de los justos durante dos mil años, en espera de que una anónima mano la rescatase de la tierra y la hiciese llegar a su bolsillo. Eso es lo que usted cree. En realidad, esa moneda que aún conserva las sucias adherencias que delatan su origen sepulcral fue acuñada anteayer a pocos metros de donde usted la compró. Es concienzudamente falsa. El vendedor lo ha timado aprovechándose de su buena fe y de su desconocimiento de la numismática. Pero, por si le sirve de consuelo, en grandes colecciones avaladas por prestigiosos peritos numismáticos también se deslizan a menudo monedas falsas.

Si usted ha comprado a precio de oro un mueble antiguo y un buen día descubre la cabeza de un clavo en un desconchón del barniz, no se apure: es que compró una imitación moderna de las muchas que circulan por el mundo, pero el mueble es bello en sí y continuará pregonando su exquisito gusto entre amigos y conocidos.

Lo que ocurre es, sencillamente, que, desde el siglo XIX, los grandes descubrimientos arqueológicos y la valoración de lo antiguo ha creado un ávido mercado en el que la demanda supera ampliamente a la oferta. Si existen cincuenta mil compradores potenciales de denarios romanos, pero las existencias de estas monedas sólo alcanzan a diez mil, es claro que pronto surgirán avispados comerciantes que fabricarán los cuarenta mil restantes para que nadie se quede sin su denario.

Claro, usted puede ser un nuevo rico que no se conforma con una monedita sino que aspira a colgar en el salón de su casa, o en el santuario que dedica a su colección privada, una joya exclusiva, un cuadro de firma famosa. Entonces le puede ocurrir lo que les sucedió a aquellos seis millonarios norteamericanos que en 1911 pagaron una fortuna por sendas Giocondas. Cada cual estaba convencido de que la suya era la buena, la que había sido robada meses antes del Museo del Louvre, pero los cuadros eran, en realidad, excelentes copias del famoso retrato ejecutadas por el hábil falsificador Yves Chaudron. Cuando, tiempo después, apareció el original y se devolvió al museo, los seis millonarios supieron por los periódicos que habían hecho el peor negocio de su vida. Algo parecido acaeció al flamante mariscal del Aire Hermann Goering, aunque su temprana muerte le evitó el disgusto de saberse estafado. Cuando estaba en la cumbre de su poder y se dedicaba a formar una espléndida pinacoteca privada con cuadros confiscados en la Europa ocupada, adquirió honradamente, por la fabulosa suma de 365 000 dólares, el lienzo de

Vermeer *La adúltera*. Después de la guerra se supo que era una obra moderna falsificada por un tal Hans Van Meegeren que se dedicaba a producir falsos Vermeer para que los críticos de arte que habían despreciado su obra original los tomaran por auténticos.

Intentar un catálogo de falsificaciones en arte y restos arqueológicos sería labor de nunca acabar. Así es que nos limitaremos a comentar las más famosas falsificaciones arqueológicas de nuestro tiempo.

El caso de la vasija rota

Durante mucho tiempo valiosos objetos arqueológicos han salido subrepticamente de los países mediterráneos rumbo a colecciones particulares o incluso a museos del extranjero. Hace medio siglo circuló en medios arqueológicos españoles la historia de un rico coleccionista nórdico que estaba adquiriendo la cerámica de una excavación clandestina localizada, vagamente, en la provincia de Almería. El coleccionista, persona de pocos escrúpulos, aceptaba las piezas aun conociendo que procedían de un expolio. Pero un buen día, al colocar una de ellas en la vitrina correspondiente, la dejó caer por descuido y la pieza se rompió. En el borde de uno de los tientos apareció un minúsculo pedacito de plástico que puso al descubierto el fraude: a sus proveedores se les había agotado el yacimiento hacía ya mucho tiempo pero eran gente industriosa, a pesar de ser analfabetos, y se las habían ingeniado para seguir suministrándole piezas cada vez más perfectas.

En 1940, en pleno idilio de Franco con Hitler, el mediocre arqueólogo y avezado falangista Julio Martínez de Santa Olalla^[1] estudió y publicó como buenas una serie de fíbulas visigodas que terminaban de salir del taller de fundición. Muchas de estas piezas siguieron su camino hacia Alemania, donde Himmler y el instituto de investigaciones raciales Das Ahnenerbe estaban interesadísimos en seguir la pista de la sangre aria a través de la expansión europea de los visigodos y otros pueblos germanos^[2].

Unos meses más tarde, en junio de 1941, la policía desmanteló el taller que producía las falsas fíbulas y detuvo a Enrique Galera Gómez, modesto anticuario, y al artesano Amable Castillo Pozo, que anteriormente había trabajado en la Fábrica de Metales de San Juan de Alcaraz (Riópar, Albacete), donde había aprendido lo necesario para fundir las joyas visigodas y darles una convincente pátina antigua.

—Y los especialistas alemanes y los laboratorios germanos ¿no notaron nada? — Se preguntará el lector.

—Nada. Amable Castillo apenas sabía leer, pero se la metió doblada a la ciencia germana. Los arios picaron como pardillos.

Descubierto el pastel se supo que Galera, que estaba en contacto con una red internacional de falsificadores, vendía las piezas falsas a anticuarios prestigiosos y a

través de éstos llegaban a coleccionistas y a museos, especialmente a los alemanes empeñados en investigar la herencia racial aria diseminada por los visigodos en la península Ibérica^[3].

Después del ridículo sufrido, Martínez Santa Olalla, el publicista de las piezas falsas, perdió interés por la arqueología visigoda y prefirió estudiar el ancestro ario de los guanches canarios, otro tema que interesaba mucho a Himmler y a los nazis del instituto Das Ahnenerbe.



Himmler contempla El Escorial mientras el solícito Santa Olalla se desvive por servirlo.

El hombre de Piltdown

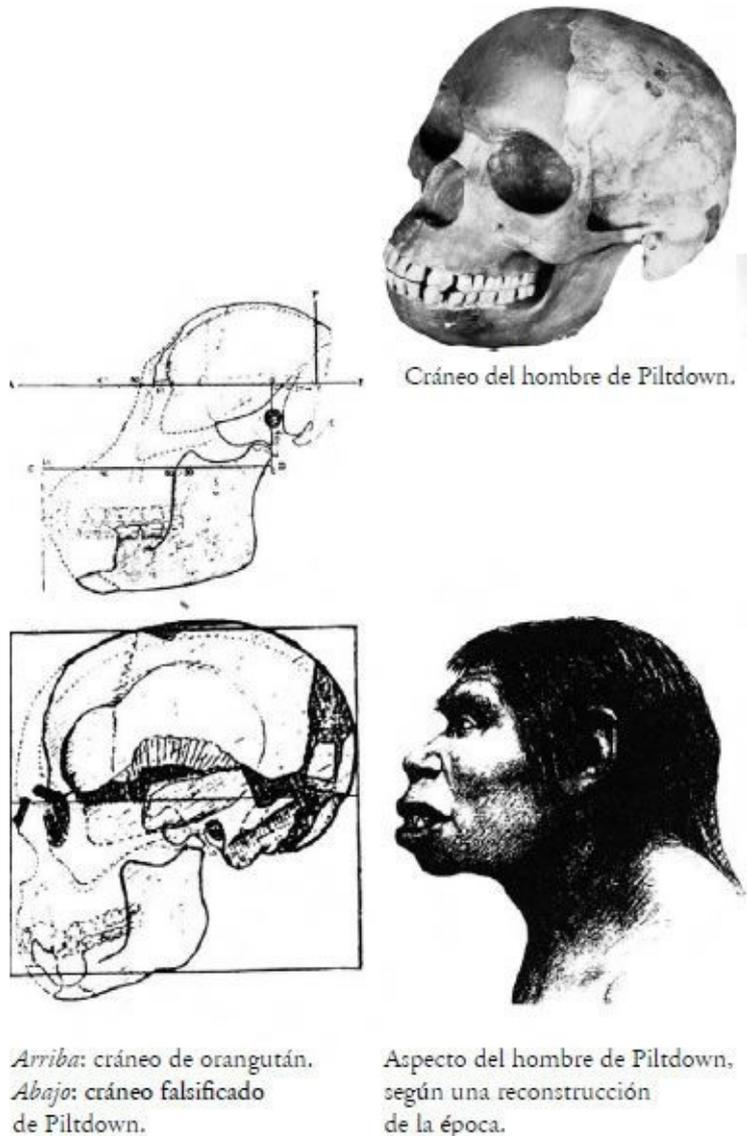
Cuando, en 1859, Charles Darwin publicó su teoría de la evolución, el mundo académico se dividió en dos bandos: los que, fieles a la Biblia, defendían que Dios creó al hombre totalmente evolucionado y los que, aceptando las teorías de Darwin, apoyaban la evolución, es decir, que el hombre desciende del mono según se enuncia en términos simplistas. Hoy tal polémica es una anécdota del pasado puesto que toda la comunidad científica acepta que Darwin tenía razón, pero por aquel entonces las cosas no estaban tan claras.

En 1912, un abogado y agente de la propiedad aficionado a la antropología y a la arqueología, el británico Charles Dawson (1864-1916), de Lewes, East Sussex, realizó un descubrimiento sensacional: una mandíbula enorme y simiesca que encajaba perfectamente en un cráneo humano. Curiosa coincidencia: todo ello apareció en unas terrazas fluviales cercanas a su casa.

La prensa echó las campanas al vuelo: se había descubierto, precisamente en Inglaterra, el eslabón perdido, el estadio intermedio entre el hombre y el simio que demostraba el acierto de las teorías evolucionistas. Para terminar de convencer a los posibles escépticos, poco después aparecieron en el mismo yacimiento las toscas herramientas de piedra que usaban aquellos seres. Se calculaba que el cráneo del «*Eoanthropus dawsoni*» (así llamado en honor a su descubridor) tenía una antigüedad

de, al menos, novecientos mil años. Nadie prestó atención a la débil voz de un catedrático de anatomía de Oxford al que aquella mandíbula le parecía totalmente de chimpancé aunque el resto del cráneo fuera, evidentemente, humano. Los escépticos argumentaban que a la mandíbula le faltaban los colmillos y, en esas circunstancias, no se podía asegurar que fuese humana dado que la diferencia esencial entre la mandíbula humana y la simiesca radica precisamente en los colmillos. Fue providencial que, al año siguiente, el paleontólogo y filósofo jesuita Teilhard de Chardin encontrase en Piltdown un flamante colmillo de *Eoanthropus* que «tanto práctica como teóricamente se adaptaba exactamente a la mandíbula y venía a representar una fase de transición en el paso del modo de morder del mono al modo de morder del hombre». El *Eoanthropus dawsoni* conquistó su puesto en la galería de grandes hallazgos científicos. Dawson, arqueólogo y antropólogo *amateur*, recibió distinciones honoríficas y vio su fotografía y la de su descubrimiento reproducida tanto en publicaciones científicas como en revistas mundanas. Un breve baño de gloria, cierto es, puesto que falleció a los cuatro años. Y, cosa extraña, después de su fallecimiento cesaron los hallazgos en Piltdown. Sus colaboradores siguieron excavando durante un tiempo pero sin resultado, así que, decepcionados, abandonaron la empresa. Pero ya Piltdown había conquistado un lugar en los textos científicos y en los manuales de las escuelas.

Pasó el tiempo y la tecnología avanzó lo suficiente como para confirmar plenamente las sospechas de fraude que algunos científicos albergaban. El dentista y antropólogo A. T. Marston, al que el famoso colmillo nunca había convencido, consiguió en 1949 que el cráneo de Piltdown fuese sometido a examen por radiocarbono. La superchería resplandeció como un sol de mayo: el famoso cráneo era falso, una «tergiversación irresponsable e inexplicable que no tiene parangón en la historia de la paleontología». El cráneo no tenía novecientos mil años, ni siquiera quinientos mil como creían otros, sino, como mucho, cincuenta mil, que es la edad del *Homo sapiens*. Además, la mandíbula resultó ser, en efecto, de orangután o chimpancé, aunque había sido hábilmente limada para que encajase en el conjunto y luego envejecida con bicromato potásico. Un examen exhaustivo de las pruebas involucra en la falsificación al mismísimo Teilhard de Chardin, el avisado jesuita. Resulta que los huesos de hipopótamo y elefante hallados en el mismo nivel del «hombre de Piltdown» que ayudaron a fechar el conjunto procedían de Malta y Túnez, donde Teilhard de Chardin excavó con anterioridad. El epistolario del sabio jesuita no dejaba lugar a dudas. Una carta suya anterior a 1914 relata el hallazgo del segundo hombre de Piltdown que sólo fue descubierto oficialmente en 1915. Así fue como aquel dolo salió a la luz medio siglo después de perpetrado. A estas alturas todavía se discute el número y calidad de los cómplices de Dawson. Uno de los implicados pudo ser Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes.



El mapa de Vinlandia

Hace ya mucho tiempo que se tiene por cierto y comprobado que Colón descubrió América (la anterior arribada de vikingos en el año mil cayó en el olvido). No obstante, se ha especulado con la posibilidad de que otros navegantes llegaran a las costas americanas antes que el genovés. Se ha hablado de fenicios, de monjes irlandeses, e incluso de templarios. Pero eran meras hipótesis.

Así estaban las cosas cuando en 1957 un librero anticuario ofreció a la biblioteca de la universidad de Yale un pequeño tomo en pergamino que contenía una versión de la *Historia Mongolarum* de Benito de Polonia. Al final del tomo había un mapamundi desplegable de veinticinco por cuarenta centímetros que parecía formar parte de la misma obra puesto que estaba cosido a ella. Lo habían dibujado en 1440, aunque las exploraciones a que aludía habían ocurrido siglos antes.

En aquel mapa aparecían claramente dibujadas Europa, Asia y América, esta

última denominada «*Insula Vinlandia*». Una de las notas del margen, escrita en latín, decía: «Por voluntad de Dios, después de un largo viaje hasta los confines del océano occidental entre hielos, Bjarni y Leif Ericson descubrieron una nueva tierra sumamente fértil donde encontraron vides, por lo que la llamaron Vinlandia».

La aparición de América en un mapa anterior a Colón llamó poderosamente la atención de los estudiosos. ¿No sería falso? Una comisión de expertos nombrada por la universidad, en la que figuraban incluso técnicos del Museo Británico, certificó la autenticidad del mapa. Nadie reparó en dos poderosos indicios de fraude: primero que, en tiempos de Colón, la tinta se fabricaba cociendo agallas de pescado y hollín, por lo que era rica en tanino y sales de hierro, dos elementos que aparecían en las tintas del manuscrito pero no en las del mapa. Segundo, que el mapa dibujaba claramente el contorno de Groenlandia, cuya insularidad no se había demostrado hasta 1901.

El mapa causó conmoción. ¡Por fin se confirmaba que los primeros descubridores de América habían sido los vikingos! Quedó expuesto entre las joyas cartográficas de la biblioteca de la universidad de Yale hasta que, en 1974, se analizó nuevamente en un moderno laboratorio de Chicago. El microscopio de polarización y la microdifracción de rayos X revelaron trazas de óxido de titanio en la tinta, lo que demostraba, sin lugar a dudas, que se había fabricado después de 1920. Por consiguiente el mapa de Vinlandia era falso. Los huesos de Colón se removerían en su tumba, o en sus tumbas, con íntimo regocijo.

La última cuestión planteada fue: ¿quién falsificó el mapa? Tuvo que ser una persona muy cualificada pues su trabajo es tan fino que llegó a engañar a los expertos. Se han manejado varios posibles candidatos, pero el más probable parece ser un profesor yugoslavo experto en derecho canónico, el doctor Luka Zelic, fallecido en 1922. ¿Qué motivos pudo tener para falsificar el mapa? Posiblemente, probar una peregrina teoría suya que se obstinaba en exponer en congresos internacionales sin que nadie le hiciera caso: América había sido evangelizada por vikingos católicos antes de la llegada de Colón. Este caso, unido al del cráneo de Piltdown, demuestran que algunos científicos son capaces de cualquier cosa con tal de llevar razón.

Las planchas de oro que descubrió José Smith

Un caso interesante de posible falsificación es el de las planchas de oro del llamado «Libro del Mormón». Y decimos posible porque estas planchas no se pueden analizar. Ni siquiera sabemos si realmente existieron. Para los seguidores de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, los llamados «mormones», las planchas existieron y su profeta José Smith las examinó y tradujo por especial concesión divina. Para otros, todo el asunto no pasa de ser una falsificación decimonónica que hoy sigue embaucando a algunos miles de ilusos.

La historia es compleja: José Smith, un norteamericano nacido en 1805, vivió en sus años de juventud las polémicas religiosas suscitadas entre las distintas sectas metodistas, presbiterianas y bautistas de Estados Unidos. Consumido por la duda, el joven José Smith no sabía por cuál de estas sectas decidirse. En esta zozobra se debatía cuando, en 1823, se le apareció un enviado del Señor llamado Moroni que le reveló el escondite de un libro sagrado escrito por el profeta Mormón. Este libro recogía «la historia sagrada de las antiguas Américas» y en él se contenían «varios miles de años de historia religiosa acerca de los primeros colonizadores de las Américas y cómo Dios los guió desde Tierra Santa». Para traducir el libro, José Smith encontraría, en el mismo escondrijo, «dos piedras, engastadas en aros de plata, el Urim y Tumim, que en los días antiguos otorgaron videntes a los profetas y hoy ayudarían a la traducción del libro».

En efecto, José Smith encontró el libro donde el ángel le indicara, es decir, en una colina cercana a Manchester, Ontario, Estado de Nueva York. El libro y el utilísimo artilugio traductor estaban ocultos dentro de una soterrada cista de piedra.

Ocho testigos examinaron las planchas doradas y firmaron un documento en el que podemos leer: «Hemos palpado con nuestras manos cuantas hojas el referido José Smith ha traducido; y también vimos los grabados que contenían, todo lo cual tiene la apariencia de una obra antigua y de hechura exquisita».

Según la historia oficial de los mormones, un colaborador de José Smith sometió al examen de un entendido una copia de los textos de las planchas así como su traducción: «El profesor Anthon manifestó que la traducción era correcta y más exacta que cualquier otra que hasta entonces hubiera visto del idioma egipcio. Luego le enseñé los que aún no estaban traducidos y me dijo que eran egipcios, caldeos, asirios y árabes, y que eran caracteres auténticos».

Desafortunadamente, el divino mensajero recuperó las planchas en cuanto José Smith las tradujo y hurtó con ello a la ciencia la posibilidad de examinar un documento verdaderamente celestial. Queda al arbitrio de cada cual la cuestión de si eran falsas o no. Desde nuestra perspectiva católica eran falsas o jamás existieron, por supuesto, pero desde la mormona eran verdaderas. Esto de las creencias religiosas es lo que tiene, que como tratan materias inverificables sólo se mantienen con actos de fe. Los agnósticos, por ejemplo, no creen que la Biblia contenga Revelación alguna y hasta rechazan algo tan evidente y paranormal como la transubstanciación, cuando el pan y el vino se transforman en carne y sangre de un predicador al que crucificaron hace dos mil años.

La tiara de Saitafernes

El primero de abril de 1896, el Museo del Louvre expuso a la admiración de sus visitantes su adquisición más reciente: una tiara de oro que la colonia griega de Olbia había ofrecido a un rey escita, «el gran e invencible Saitafernes», tres siglos antes de

Cristo. O, al menos, esto era lo que declaraba la inscripción de su orla. La tiara era, en verdad, el exquisito trabajo de un hábil orfebre y, salvo unas cuantas abolladuras que apenas le restaban belleza, su conservación era notablemente buena si se tiene en cuenta que habían pasado por ella más de dos mil años desde que formó parte de un tesoro con el que los atribulados habitantes de Olbia habían sobornado al rey escita para que pasara de largo sin saquear su ciudad.

Largas colas de personas se agolparon frente a la vitrina que exhibía el tesoro. El Louvre había añadido «una joya única a la diadema de su colección de antigüedades», en palabras de un gacetillero de la época.

A los pocos días comenzaron los rumores: el picajoso arqueólogo alemán Adolf Furtwängler encontraba ciertas discordancias en la tiara con el estilo de otras joyas escitas. Las sospechas aumentaron cuando un pintor de poca monta denunció que la tiara era obra de un conocido suyo, el orfebre judío ruso Israel Rouchomovsky. Él mismo la había visto cuando todavía no estaba acabada. Las investigaciones confirmaron la sospecha: Rouchomovsky la había cincelado por encargo del marchante Schapschelle Hochmann, que pagó por ella dos mil rublos y la vendió al Louvre en doscientos mil francos. Un negocio redondo.

Cuando Rouchomovsky supo que su tiara estaba expuesta en el Louvre con gran éxito de crítica y público, se presentó en París para reclamar la paternidad de su obra. Los expertos del Louvre lo tomaron por un charlatán. Entonces, para probar que les decía la verdad, les demostró su habilidad reproduciendo en un trozo de metal el dibujo más intrincado de la tiara. Una copia perfecta. Tierra tráganos, nos ha jodido el ruso, pensaría *monsieur* Herón de Villefosse, conservador de antigüedades griegas y romanas del museo.

La tiara de Saitafernes desapareció de la vitrina y se archivó en los almacenes del Louvre mientras a Rouchomovsky, súbitamente famoso, le llovían los encargos. Era la *belle époque* y todos los potentados querían regalar a sus esposas y queridas objetos cincelados por el artista ruso. Rouchomovsky se estableció en París, donde ganó la Medalla del Salón de las Artes Decorativas. Murió en 1934.

La tiara ha salido de su depósito en contadas ocasiones. En 1997 figuró en un monográfico sobre la obra de Israel Rouchomovsky en el Museo de Israel, Jerusalén.

El broche de Preneste

A las falsificaciones de obras etruscas habría que dedicarles un capítulo aparte porque seguramente ninguna otra cultura de la antigüedad se ha visto tan frecuentada por excavadores clandestinos y falsificadores. Este fenómeno se podría achacar a causas muy diversas: la temprana irrupción de lo etrusco en el panorama de la arqueología occidental, la fácil detección de las tumbas etruscas, que constituyen la gran reserva de objetos arqueológicos, e incluso la belleza y el amor a la vida que los artistas etruscos plasmaron en los objetos que producían. La misma relativa libertad con que

estos artistas creaban y la casi interminable diversidad de sus modelos, favorece, por otra parte, la labor de los falsificadores.

El famoso broche de Preneste no era etrusco sino latino. Se descubrió en 1887. A primera vista no es más que un broche antiguo de los que tanto abundan en cualquier museo de provincias, pero inspeccionado más cuidadosamente revelaba algo singular que lo hacía obra única y le otorgaba una gran importancia: a lo largo de su aguja, discurría una inscripción en la que la propia joya declaraba que: *Manios med fhefhaked Nvmasioi*, que, en latín clásico, habría sido *Manivs me fecit Nvmerio* («Manio me hizo para Numerio»). El afortunado descubridor de la fíbula, el arqueólogo alemán Wolfgang Helbig (1839-1915), la había hallado en una tumba del siglo -VI, lo que demostraba la existencia de un latín escrito en tan temprana época.

Wolfgang Helbig era un reputado especialista en arqueología romana. Ningún colega suyo dudó del descubrimiento ni sospechó del momento tan oportuno en que Helbig lo realizó, cuando se promocionaba a la dirección del Instituto Alemán en Roma, del que había sido vicedirector hasta entonces. De paso, el hallazgo disipaba las dudas del maestro Morasen sobre la antigüedad del latín escrito.

Helbig es un interesante personaje. Era ya uno de los más prestigiosos arqueólogos de Europa cuando sucumbió a la tentación de enriquecerse traficando con los venerables objetos de los museos, a pesar de lo cual los honores le llovían. Incluso se le permitió permanecer en Roma, por deseo expreso de la familia real, cuando el gobierno italiano expulsó de Italia a los súbditos alemanes al inicio de la primera guerra mundial.

En el caso de la falsificación del broche de Preneste, Helbig contó con un cómplice igualmente cualificado: el comerciante Martinetti, un antiguo restaurador enriquecido con el tráfico de obras de arte clásicas. Se cree que fue Martinetti el que facilitó el broche y Helbig el que añadió la arcaica inscripción que lo haría famoso^[4].

Helbig murió en 1915. Ha tenido que pasar más de medio siglo para que su falsificación fuese desenmascarada definitivamente gracias al exhaustivo estudio que la epigrafista Margarita Guardicci hizo de la famosa fíbula en 1980.

Los tres guerreros etruscos

En 1915 el director del Museo Metropolitano de Nueva York recibió una carta urgente que le enviaba desde Roma John Marshall, su comisionado en Italia para la adquisición de objetos con destino al museo. «He encontrado algo —informaba Marshall— que le hará estremecerse: la mayor terracota jamás vista».

Se trataba de la estatua que luego sería conocida como *El guerrero viejo*: la estilizada figura de un hombre de edad ya avanzada cuyo torso estaba protegido por una coraza en tanto que un casco de esbelto penacho le cubría la cabeza. Aunque algo deteriorada y hecha pedazos, la estatua estaba entera a falta del brazo derecho, que no

se pudo encontrar.

Marshall estaba de enhorabuena. A los dos años del hallazgo consiguió hacerse con otra pieza excepcional, la llamada *Cabeza con Casco*, otra obra de terracota que alcanzaba 1,40 metros de altura. Debía de haber pertenecido a una estatua gigantesca de la que, desgraciadamente, no quedaron otros vestigios.

Pero la obra cumbre del arte etrusco estaba por aparecer todavía. En 1912 el Museo Metropolitano pudo completar su colección con *El gran guerrero*, una monumental estatua de 2,45 metros de altura que muestra a un guerrero armado de modo parecido a *El guerrero viejo*, pero en la plenitud de su forma física. *El gran guerrero* adelanta resueltamente una pierna y se nos muestra en ademán de lanzar una jabalina o tajar con el arma que sostiene en su diestra. Una espléndida obra a la que el tiempo había maltratado como a las anteriores pero que, afortunadamente, pudo recomponerse del todo puesto que se encontraron todos los pedazos. O quizá no todos, ya que le faltaba el dedo pulgar de la mano izquierda.

El Museo Metropolitano de Nueva York había pagado una suma fabulosa, quizá cuarenta mil dólares de entonces, pero podía enorgullecerse de poseer una colección etrusca superior a la de los mejores museos de Europa.

Los restauradores del Metropolitano aderezaron primorosamente aquellas joyas excepcionales y en 1933 se expusieron al público en un lugar de honor de la sala etrusca. Fue todo un acontecimiento del que la prensa se hizo amplio eco. Miles de personas desfilaron para contemplarlas. La noticia llegó a Europa y con ella fotografías de las estatuas. En seguida se extendió el rumor de que se trataba de una falsificación. ¿Sería la reacción envidiosa de ciertos museos europeos que habían dejado escapar la oportunidad de adquirir aquellas obras maestras? Posiblemente. No obstante, los rumores arreciaron con el tiempo. En 1937 el etruscólogo Massimo Pallottino declaró abiertamente en un artículo que, a su juicio, las terracotas eran falsas. Pero todavía no era Pallottino la reputada autoridad que después sería, así que su observación no se tuvo en cuenta. En 1940 otra autoridad en la materia, Harold W. Parsons, apoyaba la tesis de la falsificación. Ya no eran sólo rumores. Había nombres y apellidos. Un tal Fioravanti se vanagloriaba de haber colocado una terracota etrusca, salida de su taller, en el museo de cierta capital europea. Había además un dato difícilmente discutible: los etruscos, maestros en el arte de cocer barro, practicaban grandes agujeros en las partes menos visibles de sus estatuas de terracota para permitir la circulación del calor por el interior, de modo que el barro se cociese uniformemente por dentro y por fuera y no se resquebrajara. Las estatuas del Metropolitano no presentaban huella de tales orificios. ¿Cómo se explicaba la anomalía?

El director del Museo Metropolitano empezó a preocuparse. Se investigó el caso y finalmente se supo que las famosas estatuas eran obra de una banda de falsificadores profesionales integrada por los ceramistas Teodoro y Virgilio Angelino, Ricardo Riccardi y el ya mencionado Alfredo Fioravanti, un antiguo aprendiz de

sastre metido en el floreciente negocio de la restauración y la falsificación. En 1961 Fioravanti, ya anciano y único superviviente de la antigua banda, recibió al director del Metropolitano y, después de dar fe de la falsificación, le explicó una serie de detalles que durante muchos años habían intrigado a los especialistas. ¿Qué postura tenía el brazo desaparecido de *El guerrero viejo*? Ninguna, porque los falsificadores no se pusieron de acuerdo sobre cómo colocárselo y al final decidieron que no tuviera brazo. ¿Cómo se explicaba que las estatuas no tuvieran agujeros de ventilación? Porque no los necesitaban, ya que los falsificadores tuvieron que romperlas para cocer los pedazos por separado. Ellos sólo disponían de un horno de modestas proporciones, no de aquellos grandes hornos en los que los etruscos cocían sus terracotas. ¿A qué se debía la desproporción observable en el cuerpo de *El gran guerrero*? A la falta de perspectiva, puesto que lo hicieron en una habitación muy pequeña y cuando lo tenían acabado hasta la altura del pecho vieron que la cabeza no les cabía.

La prueba definitiva la dio el viejo Fioravanti. Encariñado con aquella obra de juventud, había conservado en una cajita, durante toda su vida, el dedo pulgar que faltaba a la estatua. El director del museo, advertido de este hecho, llevaba consigo un molde de escayola de la mano mutilada. El dedo que le mostraba Fioravanti encajaba perfectamente: era el suyo.

El caso de la falsificación de las terracotas etruscas del Metropolitano quedó aclarado. En cualquier caso, y aun sin confesión de Fioravanti, los análisis químicos revelaban el manganeso del esmalte, un elemento propio de las falsificaciones modernas.

LOS GUERREROS ETRUSCOS



Cabeza de guerrero.



Guerrero visto de perfil.



Alfredo Fioravanti en su taller de Roma.



Mano de guerrero
sin dedo pulgar.



Mano con dedo.

Nadie escarmienta en cabeza ajena. Por la misma época en que se revelaba el asunto de la falsificación de Fioravanti, se pusieron en circulación, vía Suiza, treinta y cuatro *pinakes*, o placas de cerámica, decoradas con pinturas, que adquirieron coleccionistas y museos poco escrupulosos creyéndolas provenientes del expolio de una tumba etrusca. En 1963 algunos etruscólogos, ya muy escaldados por anteriores experiencias, sugirieron que podían ser falsas. La ausencia de restos de un trazado previo, que es una de las características de las obras auténticas, era reveladora. En efecto, sometidas a pruebas de laboratorio, se reveló que eran falsas.

La Dama de Elche

Sin ánimo de ofender incluyo a nuestra admirada Dama de Elche en el catálogo de las falsificaciones no porque crea que sea falsa, que no lo creo, Dios me libre, sino porque alguna vez se ha sugerido que pudiera serlo. Intentemos dilucidar el asunto: la escultura ibera más famosa apareció dentro de un nicho de losas el 4 de agosto de 1897 en el paraje de La Alcudia, junto a Elche, en las ruinas de la antigua Ilici. Los obreros que la encontraron comunicaron el hallazgo de «una reina mora» al propietario de la finca, el doctor Campello. El hispanista francés Pierre Paris, que casualmente llegó a Elche pocos días después para asistir a la representación del *Misteri* y se hospedó en la casa de un cuñado del doctor, vio la escultura y, comprendiendo su gran valor, se puso inmediatamente en contacto con el Louvre y con los banqueros Salomón y Bardac, que le giraron cuatro mil francos para que la adquiriera para el museo parisino.

La Dama permanecería en el Louvre durante cuarenta y tres años hasta que, en 1941, el general Pétain, jefe del Estado francés, se la devolvió a Franco como gesto de buena voluntad y hermandad entre los regímenes que representaban. Desde entonces se puede admirar en la sala ibérica del Museo Arqueológico Nacional.

En periodos de exaltación nacionalista (española) o regionalista (valenciana), la Dama de Elche se ha convertido en el tótem cultural que representa la nacionalidad española antes de Roma o la cultura autóctona. En un texto de Pemán leemos: «La misma dama de Elche aparece con la cabeza y el cuello pudorosamente cubierto de paños. Parece que las primitivas mujeres españolas estaban nada más que esperando que se levantara la primera iglesia de Cristo, preparadas ya con sus tocas para asistir a la primera misa^[5]». Poco después, el marqués de Lozoya reflexiona de este modo: «El escultor [de la Dama de Elche] copiaba, sin duda, directamente, pues las nobles facciones de su modelo se ven todavía en las huertanas de Valencia y Murcia y el adorno [...] recuerda en su traza general la peineta, los rodetes y las joyas de filigrana de las *llauradoras* actuales».

Abundando en esos testimonios ilustres, y con la debida humildad, el que suscribe también lleva quebrada alguna lanza en defensa de la españolidad de la dama: «El escéptico lector perdonará si dejándonos arrastrar por los sentimientos damos en creer que los rasgos de esta virgencita de pómulo alto, boca fina, mirada soñadora y griega y gesto serio y solemnemente hierático reproducen los de alguna princesa [...] la dama es sólo un busto, pero nada cuesta imaginar que la infanta era de buena alzada, un punto caballona y corpulenta, algo escurrida de tetas pero potente de muslos, con un trasero de doce palmos de latitud y el pubis duro como una piedra. ¡Que siga triunfando por muchos siglos en su altar de escayola del Museo Arqueológico Nacional!»^[6].

Dejémoslo en que es una escultura de influencia griega, pero con adornos inequívocamente indígenas, que representa a una gran dama, a una diosa o a una sacerdotisa ataviada con ropajes y adornos rituales. También pudiera ser una novia, no demasiado joven, a punto de pasársele el arroz, vestida con los abalorios y

perejiles del tocado nupcial. Opiniones hay para todos los gustos, pero entre ellas la que parece más en razón es la que señala que podría reproducir la imagen de una Diosa Madre tallada en madera y lujosamente enjoyada de un santuario local. Es posible que la imagen original, la de madera, estuviera sentada y así estaría también la dama, aunque se han hecho esfuerzos por imaginarla de pie, al estilo de las esculturas oferentes del Cerro de los Santos. Lo cierto es que cerca del lugar donde la Dama se encontró existen trazas de un antiguo templo al que pudo pertenecer la imagen, así como otras esculturas que decoraban el mismo conjunto.

La datación de la Dama de Elche ha sido un asunto controvertido. El prestigioso arqueólogo Antonio García Bellido la consideró un retrato romano de los tiempos de Cristo, aunque luego aceptó que debía de ser mucho más antigua. Hoy se considera que la esculpieron a mediados del siglo -IV, hacia el -475, pero no faltan opiniones discordantes. Desde su aparición, la Dama de Elche ha tenido que soportar dudas acerca de su honestidad. ¿Es auténtica o es falsa? ¿Es un hombre, es una mujer o ni lo uno ni lo otro? ¿Es un busto, es la mitad superior de una escultura de cuerpo entero, como sus primas y vecinas, las damas del Cerro de los Santos?

El profesor norteamericano John F. Moffitt^[7] apunta que la escultura fue falsificada con fines lucrativos y que las circunstancias del descubrimiento estaban preparadas para que el doctor Campillo, propietario del terreno y arqueólogo aficionado, hiciera un buen negocio al vender la pieza al hispanista francés Pierre Paris. El autor de la Dama pudo ser el escultor valenciano Pallás y Puig, que la tallaría inspirándose en dibujos de las piezas aparecidas en el Cerro de los Santos.

La oportuna aparición de la Dama, en el contexto del desastre de la pérdida de Cuba y Filipinas, en 1898, sugería una lectura política al demostrar la avanzada civilización que había alcanzado España antes de los tiempos de Roma. «De ahí lo oportuno que resultó el hallazgo de la Dama de Elche, la cual pudo verse, en fin, como la prueba palpable de ese ideal elusivo que muchos españoles finiseculares habían estado persiguiendo con tanto ahínco. [...] su aspecto era maravillosamente moderno, con un punto de exotismo a lo Moreau, y no pocas evocaciones a la Salambó de Flaubert. La estatua sugería un cierto optimismo histórico, como si anunciara una nueva grandeza para un futuro inmediato...»^[8].

Excuso decir que los historiadores españoles han reaccionado como si les hubieran mentado a la madre.

Es cierto que resulta algo sospechoso que la Dama se descubriera pocos días antes de la llegada de Pierre Paris al pueblecito donde se encontró. No obstante, no sería la primera vez que una hermosa escultura se rescata porque una persona entendida anda cerca en el momento del hallazgo. La famosa Venus de Milo, del siglo -II, se salvó por una coincidencia parecida. Un campesino de la isla griega de Melos la encontró arando en 1820. La estatua estaba partida en dos fragmentos grandes y otros cuantos más pequeños. Un erudito francés que pasaba unos días cerca del lugar se prendó de la estatua y comunicó su existencia a las autoridades galas. Cuando el campesino que

la había encontrado estaba a punto de venderla a un potentado griego, los franceses mejoraron la oferta, circunstancia que, combinada con la oportuna presencia de un buque de guerra francés en aguas de Melos, determinó que la famosa estatua fuera a parar a Francia.

Parecen confirmar la legitimidad de la Dama tanto el análisis de pigmentos por un equipo del CSIC que ha demostrado que la escultura estuvo pintada de rosa y azul, a usanza griega^[9], como el estilístico. Las nuevas esculturas ibéricas que van saliendo a la luz coinciden en ese aire arcaico de la Dama, especialmente en su nariz recta que enlaza directamente con los arcos supraciliares, los ojos entreabiertos y algo prominentes y los labios de comisuras separadas.

El relojero de Yecla que no sólo hacía relojes

El Cerro de los Santos es una suave eminencia en medio de la llanura de Yecla, término de Montealegre del Castillo, Albacete. Allí se estableció, en época ibérica, un santuario al que seguramente acudían los devotos para curarse con las aguas ricas en sales sulfatado-magnesiadas de la laguna adyacente. Además, por sus inmediaciones discurría la concurrida Vía Heraclea, ruta de las recuas que transportaban los metales de Sierra Morena a los puertos de Levante.

A mediados del siglo XIX se rozó aquel terreno para su explotación agrícola. En cuanto las primeras lluvias erosionaron el terreno deforestado comenzaron a emerger esculturas de «santos» (así les parecían a los labriegos de la comarca), por lo que llamaron al paraje Cerro de los Santos. En total se han encontrado unas cuatrocientas cincuenta esculturas o fragmentos, casi todas de varones, aunque las más vistosas representan a damas muy enojadas con altas mitras y velo en la cabeza. Algunas cabezas son retratos de los fieles, que las ofrecían como exvotos.

En 1862, cuando todavía se ignoraba la existencia de la cultura ibérica, el director del Museo Arqueológico Nacional, J. Amador de los Ríos, las consideró esculturas visigodas. En la segunda mitad del siglo XIX, el interés por la arqueología propició el expolio de diversos yacimientos y dio lugar a un activo comercio. Un chamarilero de la vecina localidad de Yecla, Vicente Juan Amat, hombre ducho en trabajos manuales (de hecho se le conoce como «el Relojero de Yecla», pero además ejerció como afinador de pianos, «sacamuelas» y curandero), compraba a los campesinos las esculturas para revenderlas a anticuarios, coleccionistas y al propio Museo Arqueológico Nacional, una actividad que ejerció entre 1871 y 1885. En una ocasión mostró su generosidad obsequiando al Museo Nacional con una estupenda escultura. Este detalle, unido a que procuraba defender los intereses del museo en sus intermediaciones entre propietarios de esculturas y la docta institución, justificaron que se le concedieran las encomiendas de Isabel la Católica y de Carlos III.

El engaño del pícaro se prolongó durante años hasta que se descubrió que las

primeras esculturas eran originales, pero después, a medida que se agotaba el yacimiento, él seguía fabricándolas por su cuenta a imitación de las antiguas. Otras veces añadía detalles o inscripciones a esculturas genuinas para acrecentar su valor de mercado. Se sospecha que su firma particular consistía en adornarlas con un collar de dos vueltas y colgantes circulares.

Vicente Juan Amat no se hizo rico con su timo. Murió pobre, recogido en la Casa de la Misericordia de Alicante, donde lo entrevistó en 1891 el arqueólogo francés Arthur Engel para intentar aclarar algunos extremos del fraude. Mientras, el arqueólogo Ramón Mélida y un equipo de colaboradores se esforzaban en estudiar los hallazgos para separar los auténticos de los falsos. Se asevera que lo consiguieron.

Las pinturas rupestres de Zubialde

En diciembre de 1990 un excursionista llamado Serafín Ruiz Selfa descubrió pinturas rupestres prehistóricas en una cueva de Zigoitia, en Álava: veinte figuras de animales, medio centenar de signos y algunas manchas de difícil interpretación. Por las trazas, las pinturas podían fecharse hacia el año -10000. Prestigiosos antropólogos vascos las declararon auténticas «a instancias del poder político», como alguno lamentaría después. Algunos entusiastas jalearon el descubrimiento como la «capilla sixtina del arte rupestre», un título antes reservado a las maltratadas cuevas de Altamira.

Lógicamente la comunidad científica internacional se interesó por la cueva. Dos expertos del Museo Británico, Jill Cook y Peter ucko, se mostraron reticentes sobre la autenticidad del hallazgo, como en su tiempo otros especialistas franceses habían dudado de la de las pinturas de Altamira. En la duda, se decidió someter las pinturas a exhaustivos análisis tipológicos, artísticos, físicos, químicos, geológicos, sedimentológicos y de pigmentos, con la colaboración de distintos equipos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del laboratorio del Louvre, de la universidad de Zaragoza y del laboratorio de la Policía Vasca. Los mejores especialistas de Europa, pertrechados con los medios más modernos, microfotografía computarizada incluida, se pusieron al servicio de la verdad.

Las pinturas de Zubialde resultaron ser tan falsas como una moneda de corcho. La falsificación se delataba por ciertos errores y arrepentimientos de las pinturas, por vestigios de esponjas sintéticas encontrados en ellas y por el uso de nueve clases de pigmentos rojos y negros. Además Serafín Ruiz, el presunto descubridor, había realizado dos series de diapositivas de las pinturas con siete meses de diferencia y en la segunda serie aparecían retoques y signos que no figuraban en la primera: fallos de principiante.

En total se habían invertido veintiún millones de pesetas en descubrir la falsificación. Con todo, el diputado de cultura responsable de la operación se mostraba satisfecho puesto que «no nos han engañado gracias a un estudio que marca un antes y un después en las investigaciones de arte rupestre».

Eso es lo bueno de los políticos, que pretenden hacerte creer que la burra es una pava y se quedan tan campantes, o, dicho de otra manera, el que no se conforma es porque no quiere.

En 2006 otros falsificadores intentaron empañar el acendrado crédito de la arqueología vasca. En Iruña-Veleia (Álava), a unos diez kilómetros de Vitoria, en unas excavaciones generosamente subvencionadas por el gobierno vasco, aparecieron una serie de interesantes grafitos en antiguo euskera sobre ostracas o tiestos cerámicos que adelantaban al siglo III la aparición histórica del vascuence y la cristianización de los vascos. Algunos entusiastas declararon que el yacimiento era «equiparable a Pompeya y Vindolanda». En las fiestas patronales de Vitoria cientos de jóvenes lucían, con patriótico orgullo, una camiseta con la inscripción: *Ian Edan Lo*, «comer, beber, dormir», toda una propuesta de hedonismo juvenil que aparecía en uno de los ostracones excavados. A nadie le resultaba sospechoso, conociendo la idiosincrasia del vasco, uno de los pueblos más laboriosos de Europa, que esas palabras no se acompañaran con *lan egin, behar egin, trabailatu* o cualquiera de las otras voces que significan «trabajar».

Otro de los fragmentos cerámicos representaba, con rasgos e intención francamente modernos, a una dama de ubérrimos pechos y opulentas caderas que se lleva una mano a la entrepierna. ¡Una escena lúbrica como para tentar al santo Job!

Examinados por un comité de expertos, los 65 grafitos que pretendían revolucionar la historia vasca resultaron ser falsos dado que contenían «numerosos errores fonéticos, morfológicos y de sintaxis y términos “inverosímiles” para el siglo III, como *arraina harrapatu*». En algún caso la falsificación era francamente burda, con anacronismos de pata de banco, como señalar un crucifijo con las iniciales latinas R. I. P. (*Requiescat in pace*), lo que atentaría gravemente contra el dogma de la Resurrección, o «la presencia del nombre propio “Descartes” junto al filósofo “Aristóteles”, o la reina “Nefertiti”. Por si fuera poco, algunas de las piezas aparecen pegadas con pegamento instantáneo. Además, los textos en latín y euskera están llenos de faltas de ortografía».

O sea, además de falsificadores, incultos, porque ¿a quién se le ocurre mencionar a Descartes, filósofo del siglo XVI en una supuesta inscripción del siglo III?, ¿y qué pensar de esa mención de Nefertiti, reina egipcia cuyo nombre no hemos conocido hasta el siglo XX? He aquí los resultados de la indigencia de un sistema educativo que fabrica alumnos logsetomizados y de una universidad que expide títulos a licenciados semianalfabetos incapaces de maquinar una falsificación mínimamente creíble. Uno de los arqueólogos implicados declaró a la prensa: «Lo que me impulsa a no ahorcarme cuando una vecina me llama falsificador es la defensa de mi honor».

Más de una hidalguía quedó francamente en entredicho. La prensa, que había saludado con prematuro entusiasmo los descubrimientos de Iruña-Veleia, se mostró inmisericorde: «Álava no tiene el calvario más antiguo del mundo, ni es la “cuna” del euskera. Casi dos años y medio después de darse a conocer una serie de hallazgos que

revolucionaron las teorías hasta ahora existentes sobre la implantación del cristianismo en el País Vasco, los expertos han concluido que no existe base científica que avale la autenticidad de los grafitos grabados en piezas cerámicas de los siglos III y V después de Cristo encontradas en el yacimiento».

Detectives arqueológicos

Los casos de falsificaciones famosas que hemos expuesto tienen algo en común: que a pesar de la pericia de los falsificadores fueron descubiertos. Pero el tema nos plantea un interrogante de difícil respuesta: ¿cuántas falsificaciones siguen figurando como obras originales en nuestros museos y colecciones?

En cualquier caso, la época dorada del falsificador ha pasado ya. Hoy resulta casi imposible estafar a un museo con una pieza de origen sospechoso. Si el Metropolitano de Nueva York hubiese dispuesto de un laboratorio equipado para pruebas de termoluminiscencia, nunca le habrían dado gato por liebre con las terracotas etruscas. El proceso para la detección de fraudes es sencillo. La arcilla pierde sus isótopos radiactivos al cocerse, pero después, con el tiempo, los va recuperando. Tengamos ahora una terracota pretendidamente etrusca. El laboratorio toma un fragmento minúsculo y lo calienta a cuatrocientos grados centígrados. Después mide su grado de radiactividad y, a partir de éste, calcula la edad en que hornearon la obra en cuestión. Sólo un falsificador que contara con los medios adecuados, carísimos, podría irradiar su obra y hacerla pasar por mucho más antigua de lo que en realidad es.

También existen los rayos X. Valiéndose de ellos se descubrió, en 1927, la falsedad de la famosa *Virgen con Niño* de Giovanni Pisano, un artista del siglo XIII. En realidad, la había tallado en 1916 un tal Alceo Dossena. Los rayos X revelaron la presencia de clavos de hierro enteramente modernos en el interior de la escultura.

Algunos museos o instituciones disponen de laboratorio equipado con toda clase de recursos técnicos. Otros recurren a laboratorios independientes. Gracias a las modernas técnicas del radiocarbono, aplicadas por tres laboratorios, los más prestigiosos del mundo, se pudo confirmar lo que de todas maneras se sospechaba: que la Sábana Santa era una falsificación medieval.

El rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda

En un lugar de Bretaña conocido como Camelot existió una vez un rey poderoso llamado Arturo, en cuya corte brillaba un grupo de caballeros que se reunían en torno a una enorme mesa: la Tabla Redonda. En aquel tiempo y en aquella tierra ocurrían prodigios y maravillas sin cuento.

Del rey Arturo y de sus caballeros de la Tabla Redonda partió una caudalosa mitología que nutriría, narrada o leída, la fantasía de muchas generaciones medievales. Esta mitología, lejos de haberse extinguido, sobrevive hoy y es capaz de inspirar creaciones tan distintas como las óperas de Wagner, los dibujos de Walt Disney y la desenfadada narrativa de Mark Twain, que imagina las peripecias que pudieron suceder a un americano moderno llegado a la corte del rey Arturo a través del túnel del tiempo.

En el siglo IX, un tal Nenius compuso una historia de los antiguos habitantes de Inglaterra. En ella aparecía un caudillo celta, Arturo, que luchaba contra los invasores sajones y los derrotaba en la batalla de Mons Badonicus. De esta batalla hablaban las crónicas tres siglos antes, aunque no mencionaban a ningún rey Arturo. Los *Anales Cambriae*, obra de fines del X, ofrecen dos fechas artúricas: la de su victoria sobre los invasores, el año 516, y la de su muerte en el combate de Camlann, en 537.

Éstos son los más antiguos documentos referidos al personaje, pero también sabemos que Arturo era, ya en el siglo X, una figura familiar del folclore galés. Ignoramos hasta dónde se remontaban las raíces de estas leyendas célticas galesas. No existen datos fiables que garanticen la existencia histórica del mítico rey. Todo lo que tenemos son conjeturas más o menos razonables.

En el siglo XII, dos culturas coexistían en Gran Bretaña: la inglesa, autóctona, y la francesa, importada por los conquistadores normandos que se habían apoderado de la isla en 1066. Los normandos tenían tema de inspiración literaria en las historias y hazañas de Carlomagno y sus famosos pares. Los ingleses reaccionaron patrióticamente potenciando la figura de Arturo y sus caballeros para llenar el vacío de su propia historia. La cuestión de si el fabuloso rey había existido o no resultaba irrelevante: los ingleses echaron mano de aquella brumosa figura que emergía del folclore y la elevaron a la categoría de héroe nacional añadiéndole los atributos necesarios para que de ella brotara el frondoso árbol de lo que se dio en llamar ciclo bretón. Con el tiempo llegaría a eclipsar al ciclo francés, a pesar de todas las formidables aventuras de Carlomagno y sus pares, que tanto gustaban a los normandos^[1].

El ciclo bretón

El principal artífice de esta irrupción artúrica en la literatura medieval fue Geoffrey de Monmouth, autor de una historia de los reyes de Britania basada en la de Nenius y en la tradición oral inglesa. Esta obra, muy influida por las figuras de Carlomagno y Alejandro Magno, hace de Arturo un poderoso rey que se cubre de gloria derrotando a un ejército romano en Francia.

Sobre estos sólidos cimientos se levantó la obra maravillosa del ciclo bretón, que agrupa poemas compuestos por autores franceses, ingleses y alemanes entre los siglos XII y XVI.

Al principio, el rey Arturo acaparaba todo el interés, pero después cedió protagonismo a algunos de sus caballeros, principalmente a Lanzarote, quien, de acuerdo con la moda del momento, encarnó el amor cortés. Un amor, por cierto, adulterino, pues su enamorada era la reina Ginebra, esposa de Arturo. Pasada la primera fiebre del amor cortés surgieron romances que recreaban temas místicos. Entonces adquirió protagonismo el casto Galahad, hijo de Lanzarote, y brilló con luz propia el más fascinante tema de las leyendas artúricas: el Santo Grial.

Como es natural, en este conjunto de historias interrelacionadas, cuya composición abarca casi cinco siglos y es obra de un dispar grupo de autores, no hay que esperar una narración trabada y coherente, sino, por el contrario, una intrincada floresta de personajes y episodios no siempre congruentes. Es posible que la concurrencia de episodios contradictorios preste encanto y valor literario al conjunto, puesto que deja al lector la posibilidad de soñar con la solución que más le plazca.

No debemos escandalizarnos, por lo tanto, si en un poema se nos presenta Gawain como caballero intachable y de atento trato y en otro aparece poco menos que como un bandido sin escrúpulos. A pesar de estas contradicciones, las historias del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda mantuvieron su atractivo durante toda la Edad Media.

Examinemos ahora los episodios más populares del ciclo bretón e intentemos reconstruir una cronología lógica en torno al rey Arturo.

El que sería rey

Arturo nació en un lugar de Cornualles llamado «Tintagel», hijo del rey Gorlois, esposo de la bella Ingerna. El fogoso rey Uther Pendragon se prendó de ella y consiguió que el mago Merlín le confiriese la exacta apariencia del rey Gorlois. Disfrazado de esta guisa pudo poseer carnalmente a la honesta Ingerna y ella quedó preñada de él y dio a luz a Arturo. A poco la reina enviudó y Uther Pendragon la desposó legitimando al niño^[2].

Siendo Arturo un mozalbete, una hazaña suya confirmó que estaba destinado a reinar: consiguió arrancar la mágica espada Excalibur de la roca donde estaba clavada, hazaña nunca antes conseguida por ningún otro caballero. Era la prueba

ideada por el mago Merlín para detectar al futuro rey. Otras versiones aseguran que una hada, la Señora del Lago, le entregó esta espada a Arturo.

Arturo instaló su corte en Camelot, modernamente identificado con el castillo de Cadbury, en Somerset. Su esposa, la inquieta reina Ginebra, que era dama apetecible, no le guardó la fidelidad debida y mantuvo amoríos con el apuesto Lanzarote. En otras versiones, Melwas, rey de Aestiva Regia, rapta a la reina y Arturo o Lanzarote la rescatan. Otras veces el que la rapta es Mordred, al que unos consideran sobrino del rey y otros su hijo. Más vale no *meneallo*. El lector se percata de que el meollo de la literatura popular es siempre el mismo, aunque sus envoltorios difieran y se acomoden a los cambiantes tiempos: cantares, folletines, novelas por entregas, seriales y telenovelas.

En cuanto a Lanzarote, conviene precisar que era hijo del rey Ban de Benoic, pero en su infancia había sido raptado por el hada Vivien, Señora del Lago. El hada lo educó convenientemente y, cuando cumplió la mayoría de edad, lo envió a la corte del rey Arturo. Lanzarote tuvo un hijo de la princesa Eliane: *sir* Galahad, el caballero místico.

Los caballeros del rey Arturo se reunían en torno a la Tabla Redonda, diseñada por el mago Merlín para que todos pudieran instalarse democráticamente, sin sitials preferentes. Esta mesa simboliza la personalidad colectiva del grupo, su cohesión y su hermandad militar. Tan famosa institución inspiró gran parte de las órdenes de caballería creadas por los monarcas europeos.

Arturo luchó contra los invasores sajones y los derrotó en Badon hacia 516. En aquella memorable batalla «llevó la cruz de Nuestro Señor Jesucristo sobre sus hombros por espacio de tres días y tres noches, y los bretones salieron victoriosos». Arturo llegó a ser tan poderoso que pudo exportar la guerra a Noruega y a Francia. Allí derrotó a un ejército romano que pretendía obligarlo a pagar tributo. Se disponía a proseguir sus conquistas cuando recibió noticias de que en Gran Bretaña se le había sublevado Mordred. Regresó entonces a su reino y se enfrentó a los rebeldes en la batalla de Camlann, en la que los dos caudillos perecieron. En su agonía, el rey llamó a su lado al fiel caballero Bedivere y le encomendó que devolviese la espada Excalibur al lago. *Sir* Bedivere titubeó antes de arrojar al abismo tan maravillosa arma, pero finalmente cumplió la orden de su señor. Cuando la espada se abatía sobre las aguas, una mano misteriosa emergió, la empuñó, la levantó tres veces y finalmente desapareció en el lago.

Otras versiones sostienen que Arturo sólo resultó herido en el combate y que los suyos lo trasladaron a la mágica isla de Avalon, morada y señorío del hada Morgana y de sus ocho hermanas, todas versadas en magia y pociones curativas. El convento hechicero devolvió la salud al rey. En Avalon permanece, convaleciente y achacoso, apartado del mundo, pero alguna vez regresará de este retiro para volver a reinar. Algunos autores consideran al hada Morgana hermana de Arturo.

Los temas del Grial afectan también a la Tabla Redonda que a veces se dice

diseñada por José de Arimatea para conmemorar la Santa Cena. El sitio de Judas quedaba libre y era el llamado «*siège perilous*» (el asiento peligroso). Sólo podía ocuparlo sin peligro un caballero intachable, el héroe del Grial, que resultó ser Galahad.

Es posible que la exaltación del tema del Grial en algunas óperas de Wagner, y la admiración que algunos jerarcas nazis sintieron por el músico y por los aspectos esotéricos de su obra se conjugaran para favorecer, en plena Alemania hitleriana, el resurgir de una nueva mitología del Grial, considerado ahora como el libro sagrado depositario de la tradición racial aria.

Hasta aquí hemos contemplado los aspectos míticos y literarios relacionados con la figura del rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda. A continuación intentaremos diferenciar al rey histórico del legendario.

Las páginas en blanco de la historia inglesa

Gran Bretaña fue fugazmente conquistada por Julio César en el año -54, aunque sólo cabe hablar de verdadera conquista romana en la época de los césares, entre los años 44 y 96. Tres siglos y medio permanecieron los romanos en la isla ocupando su parte más fértil, que dotaron de buenas calzadas y campamentos fortificados, amén de poblaciones de una cierta entidad.

A mediados del siglo IV, con el debilitamiento del imperio, los romanos, acosados por los piratas sajones y anglos, abandonan Gran Bretaña dejando un vacío de poder que ocupan algunos caudillos locales, celtas y galeses. Ellos organizan la resistencia de la población indígena frente a los piratas y a los colonos invasores.

El avance sajón sufrió un estancamiento a mediados del siglo VI. Los arturistas consideran que por entonces se produjo la batalla de Badon, en la que los celtas derrotaron a los invasores. No obstante, las noticias del periodo son tan escasas y poco fiables que el historiador Trevelyan se lamenta de que «las páginas más importantes de la historia inglesa están en blanco».

Es costumbre situar el reinado de Arturo en el siglo VI de nuestra era y datar su nacimiento hacia el año 470. La tradición oral sólo se refleja en documentos fiables unos tres siglos más tarde. Al principio, Arturo ni siquiera aparece como rey, sino como *dux bellorum*, es decir, como caudillo militar, una especie de don Pelayo inglés. Dado que Arturo no es nombre celta sino latino, algunos se preguntan si no sería un general romano que luchó valientemente contra los sajones y fue devotamente recordado por la tradición. Otros sugieren que quizá la clave de su éxito militar estribaba en que empleaba ventajosamente la caballería acorazada, una innovación tardorromana, contra los invasores anglosajones que carecían de caballería. Esta superioridad táctica habría permitido a Arturo contener el avance anglosajón por un tiempo. Pudiera ser, pero tampoco hay pruebas que abonen directamente esta

suposición. Sólo sabemos que la conquista anglosajona progresó lentamente, debido a la enconada resistencia de los nativos. Cuando los invasores alcanzaron Cornualles, en 825, detuvieron su avance. Jamás conquistaron Gales.

Se encuentra la tumba de Arturo

Hacia 1125, un tal William de Malmesbury visitó la abadía benedictina de Glastonbury y escuchó de labios de un monje la historia de Arturo. Tiempo después, un colega suyo, Geoffrey de Monmouth, historiador propenso a la fábula, divulgó las leyendas artúricas. Después de esto, la manipulación política del mito era inevitable. Enrique II, empeñado en prestigiar la monarquía después de una gran crisis de autoridad, concibió la idea de entroncar su dinastía con la del mítico rey. La idea no era muy original: también sus colegas los reyes de Francia se consideraban herederos de Carlomagno. Si el nieto de Enrique II hubiese llegado a reinar lo habría hecho con el nombre de Arturo II, pero parece que la suerte no acompañaba a los vástagos de sangre real bautizados con el augusto y legitimador nombre del legendario rey. Enrique VII Tudor bautizó como Arturo a su primogénito y heredero, precisamente en Winchester, donde se pensaba que había estado la corte legendaria de Camelot. Este Arturo contrajo matrimonio con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, pero falleció antes de subir al trono. De nuevo Inglaterra perdía la oportunidad de tener un rey Arturo II.

La corona fue a parar a Enrique VIII, al que algún poeta cortesano llamó «Arturo redivivo». Este rey, famoso por su reincidencia matrimonial, vivió una juventud atlética, pero pasada la flor de la edad, como era bastante glotón, engordó y se dejó barba para disimular la doble papada. Es posible que el rey barbudo pintado en el centro de la Tabla Redonda de Winchester no sea otro que Enrique VIII.

En 1184, la abadía de Glastonbury sufrió un devastador incendio. Durante los trabajos de reconstrucción, unos obreros encontraron, a dos metros de profundidad, una losa de piedra y una cruz de plomo con la inscripción *HIC IACET SEPULTUS INCLITUS REX ARTURIUS IN INSULA AVALONIA* («Aquí yace sepultado el famoso rey Arturo, en la isla de Avalon»). Debajo de la losa, un enorme tronco ahuecado contenía un esqueleto cuyo cráneo presentaba señales de heridas. Al lado yacían unos huesos más delicados, presumiblemente de mujer, y restos de cabello rubio. ¿La reina Ginebra? Los monjes preservaron los huesos con todos los honores entre las más preciadas reliquias de la abadía.

Al año siguiente, el rey Ricardo Corazón de León, que se encaminaba a Tierra Santa para participar en la tercera cruzada, regaló a Tancredo de Sicilia una hermosa espada asegurándole que se trataba nada menos que de la legendaria Excalibur aparecida en el sepulcro del rey Arturo.

Todo el asunto del hallazgo de las reliquias artúricas en la abadía de Glastonbury despide un tufillo de falsificación, quizá alentada, cuando no tramada, por los monjes

(ya se sabe cómo son cuando olfatean ganancia) para vincular al monasterio con la legendaria Avalon, la isla maravillosa y atraerse beneficios de la monarquía. Al poco tiempo, la identificación de Glastonbury con Avalon era universalmente aceptada y nadie discutía que José de Arimatea, el legendario portador del Grial, se hubiese afincado en aquel convento. Incluso se emprendieron nuevas excavaciones con la esperanza de encontrar su sepultura.

En 1278, el rey Eduardo visitó la abadía para contemplar los huesos de Arturo y Ginebra y los hizo sepultar frente al altar mayor de la nueva iglesia. La manipulación política de la leyenda artúrica continuaba. El rey inglés conquistó Gales, e invocando la autoridad de Geoffrey de Monmouth reclamó sus derechos sobre Escocia, como sucesor legítimo de Arturo, cuya corona ceñía. La mítica conquista de las Galias por el rey Arturo legitimó que su sucesor Eduardo III intentase conquistar Francia. Del mismo modo, la fundación de la orden de la Jarretera refleja la hermandad de los caballeros de la Tabla Redonda.

Por toda Inglaterra aparecieron falsas reliquias artúricas sobre la pauta marcada por Glastonbury. En el castillo de Dover se guardaba la calavera de Gawain; en el de Winchester, la mismísima Tabla Redonda, que todavía hoy admiran los turistas. Es un grueso tablero circular de cinco metros y medio de diámetro que data del siglo XIII, aunque las pinturas que lo adornan son muy posteriores. En la orla aparecen los nombres de los caballeros del rey Arturo, señalando el asiento de cada uno.



Torre de Glastonbury.



Supuesta tumba del rey Arturo.



Cruz de plomo con el epitafio del rey Arturo.

Las ansias de legitimación de la monarquía Tudor provocaron la más descarada manipulación de los temas artúricos por los aduladores poetas cortesanos. Este fenómeno culmina con Spenser, en cuya obra *The Faerie Queen* la dinastía Tudor aparece como un frondoso árbol nacido de la semilla artúrica. El legendario rey bretón simboliza el bien y a Cristo. España, enemiga de Inglaterra, simboliza el mal en este retablo maniqueo.

La manipulación política del mito resultó ser una arma de dos filos, como ulteriores acontecimientos demostrarían. En tiempos de los Estuardo, los parlamentarios enfrentados a la corona desprestigiaron los mitos artúricos motejándolos de fantasías monárquicas. No obstante, a pesar del descrédito, la siempre remozada imagen de Arturo continuó inspirando a versificadores y novelistas, particularmente en el siglo XIX, con la vigorosa acumulación de apasionado romanticismo e imperialismo victoriano que cristaliza en la obra de

Tennyson. Esta ininterrumpida tradición literaria inglesa continúa siendo explotada con éxito en nuestros días por novelistas y cineastas.

Los lugares artúricos: Tintagel

Desde el siglo XII se habla del nacimiento de Arturo en Tintagel. En este lugar, que comprende una pequeña península rodeada de acantilados, se levantó poco después de 1141 un castillo al que sólo se accedía a través de un angosto sendero. El estrecho istmo está limitado por un talud que, en tiempos, estuvo defendido por una muralla y un foso.

La excavación de Tintagel permite señalar tres periodos de construcción: sobre los restos de un monasterio céltico datable entre los siglos V y VI, es decir, en época artúrica, se levantó un castillo, que sería remodelado a mediados del XIII. La fortaleza fue abandonada y se arruinó a mediados del siglo XVI. Desde finales del XIX el sugerente y pintoresco lugar, escenario a propósito para soñadores artúricos, viene concitando un creciente interés que hoy lo convierte en uno de los lugares turísticos más frecuentados de Gran Bretaña.

Glastonbury

Si Tintagel comenzó a explotar el turismo artúrico a fines del siglo XIX, los monjes de Glastonbury habían descubierto tan saneada fuente de ingresos ya en el siglo XIII. La abadía desapareció en el siglo XVI, pero los turistas continúan afluyendo en bulliciosos y coloristas rebaños y se esparcen por las ruinas del monasterio que se enorgullecía de atesorar los restos de Arturo.

Como siempre, las fuentes que asocian al legendario rey con el lugar son imprecisas y tardías, en ningún caso anteriores a 1150, cuando comenzó a identificarse Glastonbury con la isla Avalon de la leyenda. En 1190 se descubrieron casualmente los pretendidos restos de Arturo y su esposa en el cementerio de la abadía con la sospechosa cruz de plomo que «certificaba» la autenticidad. Eduardo I, en 1278, examinó los presuntos restos de Arturo y Ginebra y los hizo sepultar frente al altar mayor, aunque las calaveras se dejaron en un relicario para que los peregrinos pudieran contemplarlas. Durante la Reforma, la tumba resultó profanada y sus huesos dispersos.

Desde 1908 sistemáticas excavaciones en las ruinas de Glastonbury han detectado restos de un santuario celta, que probablemente determinó el establecimiento del templo cristiano. En 1931 se encontró la huella de la tumba de los reyes frente al altar mayor, hoy señalada con un rectángulo de hierba. El agujero de la tumba primitiva, en el cementerio de la abadía, se encontró en 1962. También se ha señalado con una chapa, cuya fotografía encontrarán en las páginas en color. Otras placas prohíben a

los turistas hozar en las melancólicas ruinas del monasterio.

Cadbury: la corte del rey Arturo

Varios lugares de Inglaterra se disputan el honor de haber sido la corte del rey Arturo: Caerleon, Cornualles y Winchester, entre otros, pero el candidato más favorecido por los arturistas es Cadbury Castle, en Somerset.

Cadbury Castle es una colina coronada por los restos de uno de los numerosos fuertes prerromanos existentes en Inglaterra. En Cadbury se aprecian ruinas de cuatro sucesivos perímetros defensivos. Parece que su posible identificación con el Camelot artúrico data tan sólo de 1542. Una leyenda sostiene que en la noche de San Juan o en la de Navidad se percibe el rumor de Arturo y sus caballeros que descienden de la colina para abreviar sus cabalgaduras en una fuente vecina.

En 1956 la Honorable Sociedad de Caballeros de la Tabla Redonda allegó los fondos necesarios para excavar el castillo de Cadbury. En la colina se descubren varios niveles de ocupación. Sobre un asentamiento neolítico se estableció una comunidad celta entre el año -600 y la ocupación romana. Una muralla celta de troncos, piedra y relleno de escombros que en cualquier otro lugar se habría considerado prerromana se fechó convenientemente en tiempos artúricos a fin de que Cadbury encajara en la historia como residencia fortificada de un gran caudillo, o sea, de Arturo, ¿de quién si no?

La tozuda realidad se muestra mucho menos entusiasta que la arqueología subvencionada por asociaciones artúricas. Un elevado porcentaje de lo que consideramos rey Arturo y su reino es un producto puro y simple de la imaginación acumulativa y convincente de muchas generaciones de literatos, conocidos o anónimos, que se inspiraron en la mitología artúrica. Ciertamente la fórmula del éxito de lo artúrico sería difícil de explicar sin aludir al ingrediente histórico que indudablemente contiene, pero, en cualquier caso, éste parece cuantitativamente insignificante y está tan diluido en lo literario que difícilmente podremos depurarlo. Lo que, si bien se piensa, no deja de ser una suerte en esta y en otras mitologías. Seguramente favorece tanto al Arturo histórico, suponiendo que existiera, como al inventado por el ciclo bretón.

CAPÍTULO 6

El Santo Grial

A finales del siglo XII, en tiempo de las Cruzadas, se puso de moda coleccionar reliquias, especialmente las relacionadas con la pasión de Jesús. Una piadosa leyenda aseguraba que uno de los discípulos del Señor, José de Arimatea, había recogido, al pie de la cruz, la sangre de Jesús en el mismo cáliz que sirvió para instituir la eucaristía en la Última Cena.

Años después, José de Arimatea evangelizó Gran Bretaña, al frente de otros doce misioneros, e instituyó su diócesis en Glastonbury o Avalon.

José de Arimatea, obispo de Glastonbury, oficiaba misa con el sagrado cáliz de Cristo, el Grial. Cuando falleció, le sucedió su cuñado Bron, apodado «el Rico Pescador» porque con ayuda del Grial repitió el milagro de los panes y los peces.

Según otra versión, el Grial quedó depositado en un castillo situado en la cima del monte Muntsalvach o Monte de la Salvación, bajo la custodia del Rey Pescador.

El Rey Pescador resultó herido en el muslo con la lanza del romano Longinos, la misma que traspasó el costado de Cristo en la cruz. La supurante herida infligida con el hierro sagrado sólo podría curarse mediante un milagro, pero, mientras éste llegaba, el reino permanecería estéril^[1].

En el templo o castillo del Grial se custodiaban, además del Santo Cáliz, la Sagrada Lanza y una bandeja igualmente sagrada, la que contuvo el pan de la Santa Cena.

Uno de los temas recurrentes en las historias de los caballeros de la Tabla Redonda es la búsqueda del Grial. El milagroso cáliz se había presentado ante la asamblea de los caballeros del rey Arturo cubierto por un velo, de modo que ningún caballero pudo contemplarlo directamente. Cuando la aparición se desvaneció, todos quedaron tan prendados de aquella experiencia que prometieron consagrarse a la búsqueda del precioso talismán. Esta resolución entristeció a Arturo, que preveía la disolución de la hermandad de la Tabla Redonda si sus componentes se dispersaban en busca del Grial.

En distintos poemas se narran las aventuras de Lanzarote, Gawain, Bors, Perceval y Galahad en su búsqueda del Grial. El éxito final quedaba reservado, por la gracia divina, a sólo tres de ellos: a Galahad, porque preservó su pureza; a Perceval, porque mantuvo su inocencia; y a Bors, porque nunca dejó de ser humilde. Los otros caballeros fracasaron a causa de sus pecados: Lanzarote, porque cometió adulterio con la reina; por lo tanto, sólo alcanzó a ver el Grial en sueños; *sir* Gawain porque no se percató del aspecto místico de la empresa y siguió un camino equivocado.

El Grial, heredero de muchas tradiciones religiosas precristianas, sufrió una intensa reelaboración en manos de los poetas, principalmente de Chrétien de Troyes,

a fines del siglo XII, y de Wolfram von Eschenbach y los autores de la *Queste del Saint Graal*, a principios del siglo XIII. Enriquecido en su significado esencial, acabó simbolizando la unión mística con Dios.

A nivel filosófico, el Grial representa la armonización de la dualidad esencial, lo masculino frente a lo femenino, que se identifican con la Virgen madre, portadora del Grial, y el propio Jesucristo, rey del Grial. Otra interesante teoría establece una dicotomía entre la Iglesia pública, representada por Pedro y el papado, y la Iglesia secreta, representada por José de Arimatea y los que después de él llevaron el título de Rey Pescador. Esta Iglesia secreta representaría la gnosis cristiana, y el Grial simbolizaría el conocimiento y la plena unión con la divinidad a la que los iniciados aspiran. Esta teoría se ramifica a su vez y genera sus propios mitos.

Se ha especulado sobre la existencia de una Iglesia secreta, y sobre el legado iniciático que Cristo confió al apóstol Juan, transmitido luego a los custodios del Santo Sepulcro y a los templarios. Finalmente, ya en nuestros días, se ha pretendido identificar a María Magdalena con la mujer que porta el Grial. María Magdalena habría sido la esposa terrenal de Cristo (sabido es que los judíos ortodoxos, y Cristo fue uno de ellos, estaban obligados a casarse). Después de la muerte de Cristo, María Magdalena habría emigrado a Francia y habría transmitido la sangre de Cristo (*sang real*, es decir, el Grial) a ciertas dinastías^[2].

La leyenda del Grial inspiró al poeta Chrétien de Troyes (hacia 1215) su obra *Perceval*, que le añadió nuevos detalles de gran contenido simbólico según la moda de la época. Perceval, un joven e inexperto galés que es la inocencia personificada, porque se ha criado apartado de todo contacto con el mundo, marcha en busca de aventuras. En la ribera de un río encuentra a un pescador tullido y poco después llega a un valle maravilloso en cuyo centro se alza un castillo. Recibido en la fortaleza con todos los honores, el joven descubre con sorpresa que el señor del lugar no es otro que el Rey Pescador, aquel tullido al que había encontrado horas antes. Llegada la hora de la cena, un misterioso cortejo atraviesa el salón. «Las antorchas daban luz a la sala con tal resplandor que no podría hallarse en todo el mundo una estancia iluminada de modo semejante. Mientras estaban charlando con placer, apareció un paje que salía del aposento contiguo. Sujetaba por la mitad del astil una lanza blanca y resplandeciente. [...] una gota de sangre perlaba la punta del hierro de la lanza y se deslizaba hasta la mano del paje. [...] Aparecieron entonces otros dos pajes, robustos y bien parecidos, cada uno de los cuales portaba una lámpara de oro con incrustaciones: en cada lámpara brillaban no menos de diez cirios. Luego apareció un grial que llevaba entre sus manos una bella y gentil doncella, ricamente ataviada. La seguían dos criados. Cuando entró portando el Grial, invadió la sala tan gran claridad que la luz de los cirios palideció como ocurre con la Luna y las estrellas cuando sale el Sol. Detrás de la doncella iba otra que portaba una bandeja de plata. El Grial que iba delante era del oro más puro, adornado con una variedad de ricas piedras preciosas como no se encontrarán otras en la tierra o en el mar: ninguna gema podía

compararse con el Grial».

EL SANTO GRIAL



Aparición del Santo Grial (ilustración decimonónica).

El extraño cortejo desfila tres veces ante los asombrados ojos de Perceval, pero el muchacho reprime su curiosidad recordando que su tutor le aconsejó abstenerse de formular preguntas indiscretas. Si hubiese preguntado a quién sirve el Grial, se le hubiese desvelado el misterio y hubiese devuelto la salud al Rey Pescador y la prosperidad a su reino. El joven Perceval se acuesta con esta duda y cuando despierta encuentra el castillo deshabitado. Después de esto, tanto Perceval como otros caballeros de la corte del rey Arturo emprenderán, en diversos autores, la búsqueda del Grial.

El vaso y la piedra

La leyenda del Grial compendia un conjunto de mitos y creencias paganas heredadas de la antigüedad. El Grial o cáliz de Cristo adopta, en las versiones paganas más antiguas, muy diversas formas: bandeja, piedra, copa, caldero, mesa o piedra preciosa. Es posible que la primera representación griálica fuera el círculo, representación de la bóveda celeste interpretada como un cuenco invertido. Un sentido similar pueden tener los círculos pintados o esculpidos que aparecen en algunos monumentos prehistóricos, así como las esferas de piedra y las estelas redondeadas que suelen asociarse a las culturas megalíticas. Muchas de ellas, vestigio de una religión matriarcal, han recibido culto en tiempos cristianos.

El vaso o recipiente, como representación de matriz de la creación, se utiliza en muchos ritos. Entre los celtas es un caldero en el que se renace o que inagotablemente dispensa alimentos a los guerreros, como el cuerno de la abundancia de otras mitologías (sueño muy acariciado por los famélicos celtas); en los cultos de Dionisos se bebía de un vaso sagrado; algo parecido era el *Kernos* de los misterios de Eleusis. Otras veces la función griálica descansa en una piedra sagrada como la saturnina que los griegos adoraban en el monte Helicón o la que los musulmanes veneran en *la Kaaba*. En la mitología cristiana puede ser también una esmeralda de extraordinarias proporciones, procedente del cielo, quizá la que adornaba la frente de Lucifer antes de su caída (Lucifer significa «que lleva la luz»). Esta piedra podría ser el tercer ojo que en la tradición oriental concentra la sabiduría, el conocimiento iniciático y la perfección.

En cualquier caso, el Grial significa la unión con lo divino, el conocimiento, la ascensión a una esfera superior de conocimiento en que se comprende directamente a Dios y su creación y el hombre alcanza su máxima perfección y plenitud espiritual.

Se ha especulado mucho sobre el sentido de los mitos griálicos cristianos. Para algunos son el reflejo tardío de un antiguo ritual pagano de culto a la fecundidad. El Rey Pescador sería una especie de Adonis cuya herida acarrea la esterilidad de la tierra. El Grial, y la lanza que lo precede, serían símbolos sexuales igualmente relacionados con el culto a la fecundidad. La pregunta que el inocente caballero no se atreve a pronunciar sería la fórmula mágica requerida por esa iniciación. Es una explicación ingeniosa aunque difícil de aceptar en todos sus extremos. Lo más probable es que no exista una intención clara y consciente detrás de las leyendas del Grial. Se formaron a partir de un brumoso entramado de tradiciones y mitos irlandeses y galeses y recibieron indudables influencias orientales cuyos caminos son difíciles de precisar, eso es todo.

Los mitos del Grial no parecen haber muerto en nuestros días. Antes bien, gozan de excelente salud y menudean las obras que pretenden divulgarlos y explicarlos.

La exaltación del sagrado cáliz en algunas óperas de Wagner y la admiración por la obra de este contundente músico, profesada por los jefes nacionalsocialistas,

produjo en la Alemania hitleriana el rebrote de una remozada mitología del Grial, considerado ahora como el libro sagrado depositario de la tradición aria.

España, tierra de griales

La leyenda del Grial cristiano se divulgó en el siglo XIII al tiempo que algunas iglesias y santuarios pretendían poseer la preciada reliquia.

El más famoso Grial peninsular se encuentra en la catedral de Valencia. Sus devotos sostienen que el papa Sixto II, en el siglo III, lo confió a su diácono Lorenzo, quien lo envió a su Huesca natal. Cuando los musulmanes invadieron España, el obispo Auduberto ocultó la preciada reliquia en el monasterio de San Juan de la Peña. Está probado que en 1134 los monjes poseían, en efecto, un cáliz de piedra. Este cáliz pasó en 1399 a Martín el Humano, que lo depositó en la Aljafería de Zaragoza. Durante el reinado de Alfonso el Magnánimo fue a parar a la catedral de Valencia.

Otro supuesto Grial, el *sacro catino*, se conserva en la catedral de San Lorenzo, Génova, llevado de Tierra Santa por cruzados genoveses, según la tradición. Es un plato hexagonal de cristal verdoso que se pensaba tallado en una esmeralda gigantesca, hasta que un examen reciente demostró que sólo es un cuenco de cristal tintado, de origen islámico, datable en el siglo X.

El Grial británico, a falta de títulos históricos, los tiene arqueológicos: es una bandeja de cristal de piedra hallada en Glastonbury.

Según los poemas griálicos, la montaña donde estaba enclavado el santuario que atesoraba la prodigiosa copa se llamaba Muntsalvach o Monte de la Salvación. Se ha especulado mucho sobre su localización, particularmente después de su divulgación por la ópera de Wagner *Lohengrin*. Últimamente goza de cierta fortuna su identificación con el santuario catalán de Montserrat, pero otros hablan de San Juan de la Peña, del Mont-Saint-Michel de Francia e incluso de Montségur, el último bastión de los cátaros.

La montaña maravillosa que albergaba el Grial era de acceso difícil y lleno de obstáculos. La crítica moderna cree descubrir el origen de este castillo del Grial en un monumento que construyó el rey persa Cosroes hacia el año 600. Había en la tradición iraní una montaña sagrada en la que se decía que había nacido Zaratustra, el profeta del mazdeísmo. Cosroes edificó en esta montaña un espléndido castillo-santuario de planta circular al que llamó Trono de los Arcos (*Takt-i-Taq-dis*). En este santuario se veneraba el Fuego Sagrado de la religión irania y se celebraban diversas ceremonias que tenían por objeto estimular la fecundidad de la tierra al principio de la primavera.

Cuando Cosroes conquistó Jerusalén, el año 614, se apoderó de diversos objetos sagrados, entre ellos la pretendida cruz de Cristo. Antiguamente se pensaba que los objetos sagrados emanan una energía mágica que se transmite a su poseedor y al

lugar donde se depositan. Fiel a esta creencia, Cosroes agregó los santos objetos conquistados a las reliquias atesoradas en el Trono de los Arcos. Allí estuvieron hasta que en 629 el emperador de Bizancio, Heraclio, invadió Persia, destruyó el Trono de los Arcos y llevó la Santa Cruz a Constantinopla.

Cabe dentro de lo posible que la minuciosa descripción que el poeta Albrecht von Scharfenberg hace en su obra *Titurel*, a principios del siglo XIII, del castillo del Grial, en todo coincidente con el testimonio arqueológico que aportan las ruinas del Trono de los Arcos, proceda de alguna crónica bizantina que describiera el santuario. En cualquier caso, la mención cristiana de un monumento pagano situado en los confines del mundo y destruido en el VII es la que ha venido a inspirar el santuario del Grial.

El castillo del Grial resulta ser, por lo tanto, el histórico santuario de la religión mazdeísta, remota inspiradora de las herejías dualistas medievales. Y, sorprendentemente, el tema del cáliz sagrado reaparece en la mitología de nuestro tiempo con una vertiente cátara relacionada con el castillo de Montségur. Indiana Jones lo busca, y lo encuentra, en una mítica ciudad cinematográficamente representada por las ruinas de Petra. ¡Lástima que en la realidad, detrás de la fachada de aquel palacio-tumba, sólo encontremos la roca viva de la montaña nabatea!

Es que, después de todo, el Grial sólo pertenece al mundo de los sueños.

Las Vírgenes Negras

Entre los siglos XI y XIII se despertó en Europa un súbito fervor hacia la Virgen María, incluso en detrimento del culto de Jesucristo y de los santos. Parece que los benedictinos fomentaron esta devoción como parte de un plan para cristianizar santuarios prehistóricos en los que se rendía culto pagano a cuevas, manantiales, árboles o piedras. De este modo eliminaban una competencia que la Iglesia no había conseguido desarraigar en un milenio de ejercicio.

Las imágenes de la Virgen, halladas en aquellos santuarios, siempre en circunstancias milagrosas y por pastores o campesinos (nunca por escribanos, recaudadores ni frailes), justificaban la apropiación del lugar por la autoridad eclesiástica^[1]. Para justificar el hallazgo se alegaba que la imagen de Nuestra Señora había permanecido oculta durante siglos, después de que los cristianos la sepultaran para librarla de los moros.

Las Vírgenes Negras aparecidas en antiguos santuarios paganos solían ser diminutas y reproducían el modelo bizantino de la *Agia Theotokos* o Santa Madre de Dios, una Virgen mayestática que sostiene al Niño en el regazo o sobre la rodilla izquierda, sin comunicarse con él (como harán las Vírgenes góticas del periodo posterior), limitándose a servirle de trono, el trono de la Sabiduría Divina.

Piedras santas

En muchos santuarios europeos cristianizados mediante la oportuna aparición de una Virgen se veneraba anteriormente una piedra santa. La adoración de *betilos* o piedras sagradas es universal. En las antiguas culturas mesopotámicas y mediterráneas se denominaban «*abadir*», «*omphalos*» o «*betilos*» (del hebreo *Beth-El*: «la casa de Dios»). La piedra sagrada identifica el santuario como centro del mundo y se considera morada del alma. Era, a la vez, imagen de la Diosa Madre fecunda, el huevo primordial depositado en el interior de la caverna, la matriz de la tierra, junto a un manantial que representa su sangre vivificadora.

La Diosa Madre proyectaba su fertilidad en las cosechas, los rebaños y las parturientas. Era la diosa de la que dependía la prolongación de la vida.

La fusión de dos conceptos religiosos, el dios masculino de los pastores nómadas y el femenino de los agricultores sedentarios, relegó a la Diosa Madre a la condición de esposa del dios, subordinada a él. En este papel la encontramos transformada en Isis, Cibele, Tanit, Astarté, Artemisa, Deméter, Ceres, Hécate, Diana, Noctiluca y otras deidades^[2].

Las primeras diosas madre se representaban por piedras esféricas. En la literatura

romana se mencionan muchas piedras sagradas o *silex religiosa*^[3]. Los primeros penates, o dioses familiares, eran piedras. Una piedra negra era la imagen frigia de la Diosa Madre que llevaron de Pessinonte a Roma en tiempos del rey Atalo. Otra piedra negra y pulida, quizá un meteorito, representaba a Gea Cibeles, diosa de la tierra. Una tercera, esta vez en forma de losa, con antiguas inscripciones (la *lapis niger*), era igualmente objeto de culto^[4].

Cuando el imperio se convirtió al cristianismo, los obispos intentaron desarraigar los cultos relacionados con piedras o cuevas sagradas. Circunscribiéndonos tan sólo a España, en 681 y 682, los concilios de Toledo excomulgaron a los *veneratores lapidum* o adoradores de piedras, una medida que no surtió el menor efecto. En vista del fracaso, la Iglesia tuvo que admitir una solución de compromiso, un sincretismo cristiano-pagano. Ya que el pueblo sencillo continuaba aferrado a aquellas toscas representaciones de la Diosa Madre, lo mejor era cristianizarlas, adaptarlas a las nuevas creencias. Así fue como, a partir del siglo XII, una multitud de Vírgenes Negras se instaló en los antiguos santuarios de la Diosa Madre. Por doquier los dólmenes y cuevas sagradas se convirtieron en iglesias o ermitas consagradas a Nuestra Señora.

La cristianización de las piedras sagradas paganas mediante adición de una Virgen Negra se mantuvo vigente incluso en la época de la conquista de América, en pleno siglo XVI. La mexicana Virgen de Guadalupe no es más que la cristianización de la divinidad náhuatl de la tierra y la fertilidad, la diosa Coatlicue (en náhuatl, *cóatl-cuéitl*) que los aztecas veneraban en el monte Tepeyac en la figura de una piedra^[5]. Esta conversión no es un fenómeno exclusivo del cristianismo. Recordemos la piedra negra *Kaaba*, venerada en La Meca, un antiguo símbolo de fecundidad y de fertilidad^[6].

Las imágenes antiguas de las Vírgenes Negras suelen presentarla sobre una descomunal peana casi siempre esférica y desproporcionada respecto a la imagen misma, que suele ser minúscula^[7].

En realidad, la peana era, al principio, la gran esfera de piedra del santuario precristiano que unas veces se destruyó y otras se disimuló como peana de la imagen, a menudo, cubierta con un ostentoso manto^[8].

En cualquier caso, las piedras consagradas a la Diosa Madre sirvieron para soportar una Virgen Negra o, más raramente, una cruz o la imagen de un santo. Una oportuna leyenda justifica cualquier asociación: la Virgen del Pilar se apareció a Santiago encima de un pilar de piedra o columna que está expuesto al beso de los fieles (como la *Kaaba* de La Meca). De este modo, no había reparo en que los fieles adorasen la piedra que era sustento y peana de Nuestra Señora. La jerarquía eclesiástica confiaba en que, con el tiempo, la adoración se transmitiría a la imagen superior, humana y maternal, mucho más atractiva que la arcaica e inexpresiva piedra. Sin embargo el monolito esférico siguió constituyendo parte muy especial de

la nueva representación de la Diosa Madre, convertida ahora en Madre de Cristo. Y, como tal, más o menos disimulada, perdura hasta nuestros días, aunque a veces la esfera se ha convertido en peana de la cruz como vemos en El Salvador, antigua mezquita mayor de Sevilla.

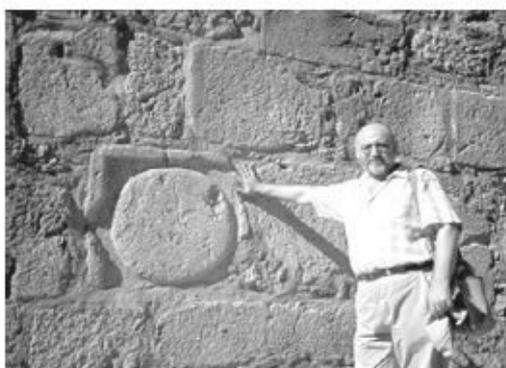
PIEDRAS SANTAS



Piedra ibérica de Cagancha (Zalamea, Badajoz).



Piedra Santa en el muro de la catedral de Cefalú (Sicilia).



Piedra votiva en el muro de la catedral de Cefalú (Sicilia).



Cueva y piedra santa romanas en la Peña de Martos (Jaén), según MS 1180 de la Biblioteca Nacional.

El origen pagano de estas advocaciones marianas se observa todavía en el rito que cumplen las personas piadosas. En la antigüedad los devotos de la deidad daban la vuelta al betilo o, al menos, lo tocaban. En el «Promontorio sacro» (*Hierón Akroterion*), identificable como el cabo San Vicente, cuenta Estrabón: «Se ven unas piedras a las que dan la vuelta los que se acercan al lugar, siguiendo la costumbre del país^[9]». Hoy, en los santuarios de la Virgen (y en los de algunos santos) los devotos ascienden por unas escaleras angostas hasta el camarín de la imagen y bajan por otro tramo en el lado opuesto después de tocar la imagen o santiguarse al pasar por el

lugar sagrado, el camarín propiamente dicho, que está fundado sobre la roca. En la ermita de San Frutos de Duratón (Segovia), el devoto entra por una puertecita abierta a un lado del altar, gatea en torno al betilo cobijado en aquella estrechura y sale por otra puertecita en el lado opuesto.

¿Por qué negras?

Bastantes Vírgenes aparecidas en santuarios tradicionales suelen ser negras. En ocasiones la advocación mariana ha mantenido la denominación pagana y la Virgen se llama, simplemente, «la Negra^[10]».

¿Por qué se representa como una mujer de piel oscura, o incluso completamente negra, a una mujer mediterránea que históricamente debió de ser blanca, o en todo caso, morena?

Algunos autores explican el predominante color negro de estas imágenes porque es el color de la alegórica esposa de Dios en el Cantar de los Cantares, el poema de amor atribuido a Salomón, que comienza: *Negra soy, pero hermosa. / Hijas de Jerusalén...*

Jean Huynen cree que simplemente reproducen el color dominante en las imágenes de los dioses precristianos que las precedieron: «Isis, Cibeles y Deméter fueron con frecuencia representadas negras mientras que la Gran Bretaña conoció una *Black Annis*^[11]».

Otros autores señalan que el color negro simbolizaba la sabiduría en ciertas sectas orientales que pudieron influir en los cruzados europeos. En árabe, las palabras *negro* y *sabio* tienen la misma raíz. De *kala*, negro en sánscrito, el idioma sagrado de la India, deriva el nombre de la diosa Kali, la Negra^[12]. Quizá este principio femenino considerado encarnación de la sabiduría favoreció la promoción de la histórica madre de Cristo, que hasta el siglo XII había pasado casi inadvertida, al primer plano de la fe como trono de la Sabiduría Divina.

Los lugares de poder

Algunos autores señalan la abundancia de la ubicación de la mayor parte de los santuarios ancestrales en lugares donde la naturaleza manifiesta su esplendor (cuevas, manantiales, bosques, cumbres, rocas...). El devoto que acude a estos lugares experimenta una sensación de alivio, o paz espiritual, como si lo invadiera una energía vivificante que emana el lugar^[13]. Ello se debe, dicen, a que la Tierra no es un soporte inerte, sino un complejo organismo dotado de vida. Aseguran, los que dicen saber de este asunto, que las vibraciones de la Tierra son especialmente intensas en los lugares afectados por corrientes electromagnéticas que recorren el terreno más o menos profundamente, dependiendo del relieve, de la conductibilidad del suelo y de

la presencia de agua. Estas corrientes se acrecientan en los lugares recorridos por corrientes subterráneas, especialmente si las fallas ponen en contacto tierras de diferente naturaleza. Suponen que la confluencia de una corriente telúrica con otra aérea produce un nódulo de energía que se manifiesta en la presencia de bosque espeso y exuberante vegetación.

El equilibrio del hombre, su salud y su bienestar dependen de su adaptación a los ritmos de la Tierra. En los lugares señalados por la confluencia de corrientes telúricas y aéreas, «el espíritu alienta», el hombre recupera su armonía con la naturaleza, libera sus tensiones, se relaja. Esos parajes, que algunos autores denominan «lugares de poder», han atraído al hombre desde la más remota prehistoria y constituyen sus más primitivos santuarios y quizá, incluso, el origen de las religiones.

Esta explicación parece acientífica a muchos racionalistas. Lo sea o no, es innegable que los santuarios marianos de origen medieval suelen enclavarse en lugares «numinosos» en los que la naturaleza se manifiesta generosa: cumbres de montañas, arboledas espesas, manantiales, grutas, acantilados batidos por el mar... A veces concurren varios elementos como en el santuario de Tíscar y Cueva del Agua, cerca de Quesada, Jaén; en el de Ojo Guareña, en Burgos; en el de La Balma, en Morella, o en los universalmente conocidos de Montserrat, Covadonga o Guadalupe.

El lugar ideal para enclavar un santuario es un manantial junto a una gruta, en un lugar alto. Si no existe una caverna natural, puede fabricarse en forma de dolmen o de ermita, un lugar oscuro para la piedra santa, que invite al recogimiento. La caverna, o su equivalente artificial, es la imagen de la Diosa Madre, la matriz generadora de la naturaleza significada en una oquedad de la tierra. El santuario reproduce el proceso procreador. Húmedos y angostos pasillos conducen a la celda uterina rematada por una cúpula.

El agua es imprescindible en el santuario, en su representación de la sangre de la tierra, el líquido que fertiliza la piedra. Agua de un manantial, de una cascada, de un pozo, de una fuente. De aquí el topónimo Fuensanta, la Fuente Santa, tan divulgado en nuestra geografía mariana.

Que me perdonen los devotos, pero estoy por decir que lo importante no es la imagen, sino el lugar donde se venera, el santuario. Esto explica que casi todas las ermitas de Vírgenes Negras estén en descampados alejados del pueblo. Nunca falta una leyenda piadosa que explique que la Virgen deseaba permanecer en el lugar donde se encontró, junto a la fuente, la cueva o la piedra del santuario pagano, y que cuando intentaban trasladarla a la iglesia más cercana o al pueblo, escapaba y reaparecía en su santuario. Era allí, y no en otro lugar, donde quería ser venerada.

La clerecía explotadora del santuario se ha esforzado por borrar los elementos paganos del antiguo culto a la piedra. Por eso han revestido de amplios mantos o han cubierto con aparatosos frontales de plata las piedras santas sobre las que habían colocado la diminuta virgen (así lucen, por ejemplo, la Virgen de la Cabeza, de Andújar, o la de la Asunción en Elche^[14]). En todos estos casos la piedra ha

desaparecido después de siglos, pero perdura su cubrimiento, que con el tiempo se había transformado en un elemento identitario de la imagen.

Una de las escasas piedras santas conservadas apareció en los años setenta, en el subsuelo de la primitiva catedral gótica de Jaén (de planta más amplia que la actual). Hoy se conserva junto a la iglesia de Santa María de Arjona. En ella se observa la entalladura que sirvió para encastrar la imagen de la Virgen, probablemente la llamada del Soterraño, hoy desaparecida, pero profusamente mencionada en textos medievales. Otra piedra santa similar ha ido a parar, con la mudanza de los tiempos, al muro de la catedral de Cefalú en Sicilia. Considerada santa en tiempos, incluso le hacían réplicas en bajorrelieve como exvotos (*véanse fotos en color*).

Por todas partes, las antiguas imágenes y cruces se yerguen sobre monolitos a veces disimulados por el tiempo o transformados en pesados pedestales cúbicos o fustes de columnas que sostienen cruces o imágenes.

En casi todos los santuarios de Nuestra Señora, y en algunos de otras advocaciones, existen pozos o manantiales sagrados, las Fuensantas, Aguas Santas o Pozos Santos, tan abundantes en España. En el caso de San Andrés de Teixido, es la fuente de los tres caños, a un paseo de la ermita, lugar de discretos rituales, como la ofrenda de hierba *namoradoira* o hierba del amor. El contenido sexual, propiciatorio de las cosechas, de los ancestrales cultos agrícolas, aún perdura, a pesar de la represión sexual impuesta por la Iglesia. «Ramerías», denominaba a las romerías el presbítero cordobés don Luis de Góngora. «Mucha misa, mucho rosario, sí, se me quejaba un cura asturiano, pero después piérdense las parejas detrás de un *setu* y *facen guajes*» (el buen cura fingía desconocer los conceptos condón o píldora del día después). Un autor del siglo XVIII se asombra de que en la romería de la Virgen de la Cabeza «la turba de devotos no repara en nombrar a la purísima madre de Dios con aquellas expresiones rústicas e insolentes que ha inventado el amor profano y la licenciosidad del vulgo [...] hay feria abierta en donde se comercia con libertinaje y palabras deshonestas [...] hay impuros movimientos y bailes desconcertados delante de las mismas sagradas imágenes que adornan con ramos, flores, luces y buenas alhajas...». Yo mismo, con estos ojos que se han de comer los gusanos para después reverdecer al día del Juicio Final, he asistido atónito, a la entrada de un devoto almonteño en el santuario de la Blanca Paloma, el cual, en el paroxismo de la devoción, le gritó a la Virgen este delicado piropo: «¡Qué guapa eres, *joía* y qué lástima que tengas el chocho de palo!».

Sí, amado lector, los piadosos y escandalizados sacerdotes no alcanzaban a comprender que precisamente aquellas imágenes y aquellas romerías eran más materia del amor profano que del amor divino tal como ellos lo entendían. Porque antes de que el cristianismo intentase amordazar a la Diosa Madre, evidentemente sin conseguirlo, el amor profano que exalta la fecundidad y el sexo había sido el atributo esencial de la Diosa Madre que el culto de la Virgen María, con todo su acento puesto en la pureza, no conseguía erradicar.

La piedra sagrada, en otros casos, mantiene su relación con la fertilidad incluso después de perder su asociación con una Virgen o Diosa Madre. Es el caso de la piedra negra del Sacromonte de Granada. En la fiesta de la Candelaria, las solteras se sientan en ella para que les salga marido. El padre Sarmiento hablaba de otra, la *Cama do Home*, al pie de la ermita de San Guillerme, en Fisterra (Coruña), sobre la que copulaban las parejas estériles (de esas piedras hay varias en Galicia). En Guimarães (Portugal) las mujeres lamen los pezones de la Pedra Leital para que les acuda la leche. En Francia, en la capilla de San Brades, las mujeres aprietan entre los muslos un marmolillo fálico, «la piedra de san Nicolás», que se supone es el pene del santo. En el país del amor, los santuarios no se andan con chiquitas y menos aún el santoral. Ahí tenemos a san Foutin, primer obispo de Lyon, probablemente fabuloso, que oculta una cristianización del dios pagano Príapo, el del falo erecto. El nombre se relaciona con el francés medieval *foutre* (follar) y de ahí que en la Edad Media fuera tan popular como protector de la coyunda, que velaba por la fertilidad de las mujeres y por la potencia sexual de los hombres. Sus devotos acudían en peregrinación al santuario, en Varages (Provenza), y le dejaban como exvoto una picha floja de cera. Se quejaban las beatas, cargadas de razón, de que cuando soplaba el viento, los cipotes cerúleos se agitaban en sus cuerdas y las distraían de sus devociones. En la iglesia de Embrun, departamento de los Altos Alpes, se veneraba un pene de gran tamaño supuesta reliquia de san Foutin. Los devotos derramaban vino sobre el bálano que, recogido en la bandeja de la base, se transformaba en «vinagre santo» remediador de la impotencia y la esterilidad. Todavía en el siglo XVII, las mujeres insatisfechas raspaban el falo de la imagen primitiva (seguramente un Príapo romano, insisto) y añadían las limaduras a la comida del marido para que despabilara en sus deberes conyugales. El falo del santo nunca menguaba porque los curas custodios del santuario lo habían sustituido por un cilindro de madera que atravesaba la imagen y se alargaba cuando era menester empujando el extremo opuesto.

Otros santos de la misma función fueron Ters, o San Ters, en Amberes; los santos Cosme y Damián venerados en Isernia (Italia); san Guignolé, primer abad de Landévennec (el nombre procede de *gignere*, preñar), cuyo santuario resultó destruido en 1793; san Guerlichon (Greluchon) en Bourg-Dieu; san Gil (o Gilles, de Aegidius) en Cotentin, y san René, en Anjou (nombre que se confunde con la palabra francesa *reins*, «riñones», en los que se creía residía la fuerza sexual). En el santuario de San Fiacre, cerca de Meaux, se veneraba una piedra que preñaba a las mujeres que se sentaban en ella sin bragas; en la iglesia de Orcival, de Auvergne (camino de Santiago francés), las mujeres abrazaban un pilar fálico para quedarse embarazadas. Cuenta Dulaure que una peregrina entró en el santuario y le preguntó al cura por el pilar que preña a las mujeres. A lo que el sacerdote respondió, obsequioso y risueño: «Delante de ti lo tienes. Yo soy el pilar».

Termino ya, que se mete uno en harina y se embala. En España sobreviven hoy unas setenta Vírgenes Negras, repartidas entre las diecisiete taifas en las que se

descompone el territorio nacional, pero antiguamente fueron muchas más^[15]. Algunas que eran negras en origen se sustituyeron por una imagen de tez clara al renovar la imagen; otras, se han blanqueado aprovechando una restauración^[16]. En algunas, finalmente, se ha descubierto el proceso contrario: eran blancas y las ennegrecieron por accidente (barnices degradados) o por el deseo de ennegrecerlas para concitar devociones, puro *marketing*.

Las Vírgenes Negras nos remiten a cultos que se pierden en la noche de los tiempos, a ritos que sobreviven teñidos de folclore o de fiesta. La memoria antigua de este pueblo viejo conoce la virtud de los antiguos santuarios, sabe que el amor a la vida puede manifestarse bajo distintas y hasta contradictorias formas, por más que los modernos usurpadores de los antiguos santuarios se esfuercen en reprimirlas.

Vikingos en España

En el año 799, bandas de saqueadores procedentes del mar sembraron el terror en Aquitania, al sudoeste de la actual Francia. Las integraban unos guerreros altos y rubios que blandían largas espadas y afiladas hachas. Aparecían inesperadamente, en sus largas y estilizadas embarcaciones de remo, con las que incluso remontaban los ríos, desembarcaban en las aldeas y en los monasterios, mataban, saqueaban, incendiaban y huían rápidamente, antes de que las ciudades pudiesen reaccionar. Aquellos piratas se harían pronto tristemente famosos en toda Europa. Los cristianos los llamaban *nordomanii* o *lordomanii* y los musulmanes *mayus* o «adoradores del fuego». Eran los vikingos.

Después de los saqueos de Aquitania, Carlomagno hizo todo lo posible por defender sus costas, pero era difícil encontrar una estrategia capaz de contrarrestar las tácticas vikingas. Los diablos rubios mostraban especial predilección por el saqueo de los ricos monasterios e iglesias de los francos, casi todos ellos presas cómodas, cerca del mar o a orillas de ríos, en lugares de fácil acceso para las veloces y ligeras embarcaciones vikingas.

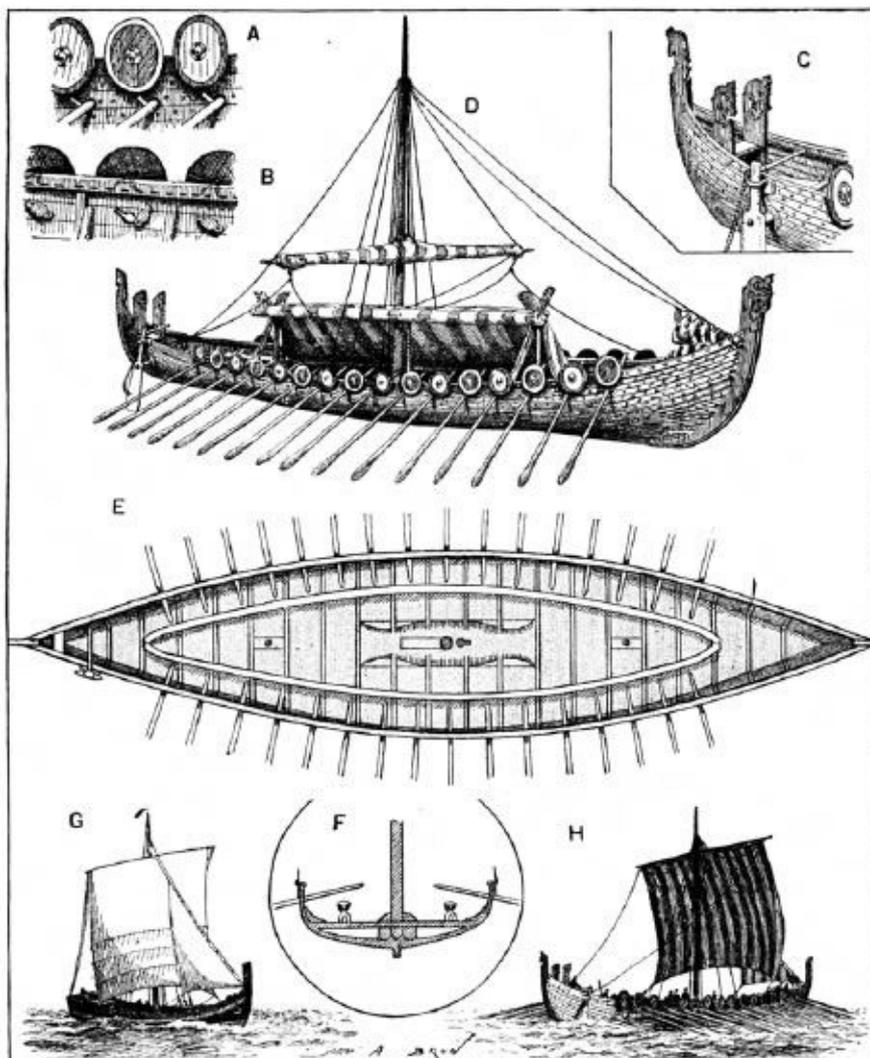
Menudearon los ataques y cundió el pánico. En los rezos de algunas iglesias se incluyó la plegaria *A furore normanorum libera nos* («Señor, líbranos del furor de los normandos»). Un cronista español los definiría como *gens pagana et nimis crudelissima*.

Los vikingos o normandos (hombres del Norte) procedían de Noruega, Dinamarca y, en menor medida, de Suecia. Hacia el siglo VII, la población de estos territorios había crecido por encima de lo que permitían sus recursos de modo que no les quedaba más remedio que emigrar o perecer de hambre.

Al propio tiempo, la incorporación de velas cuadradas abatibles a sus famosos barcos, los *drakars*, favorecía la expansión vikinga por lugares tan alejados de sus territorios (hasta el siglo VII, los barcos vikingos se habían impulsado exclusivamente a remo). Estos navíos eran, además, extraordinariamente ágiles y flexibles y, en la época a que estamos aludiendo, su técnica constructiva había evolucionado hasta conseguir un calado increíblemente bajo, hasta medio metro; y unos veinte metros de eslora por cuatro o cinco de manga. Los *drakars* podían transportar unos treinta y dos tripulantes que eran a la vez remeros, comerciantes y guerreros. La obra muerta del navío se reducía al mínimo. Ni siquiera necesitaban bancos para los remeros ya que cada hombre se sentaba sobre el cofre donde transportaba sus pertenencias y su botín. Los escudos, a falta de mejor emplazamiento, colgaban en los costados del navío, adornándolo de modo característico y elevando suplementariamente la borda. Estos navíos no precisaban de muelles ni instalaciones donde atracar: los embarrancaban en

cualquier playa. De este modo podían aprovechar mejor la sorpresa, caían de repente sobre aldeas o monasterios, mataban, saqueaban, cargaban el botín y empujaban sus navíos de nuevo al mar. Eran casi imposibles de localizar.

En lo que se ha venido a llamar «era vikinga», los hombres del Norte se atrevieron a explorar el Atlántico y colonizaron Islandia y Groenlandia. Incluso desembarcaron en América, que ellos llamaron Vinlandia, pero desistieron de establecer allí sus colonias cuando advirtieron que los indios eran pobres y belicosos. No hay que olvidar que además de guerreros fueron activos comerciantes. Hacia Oriente, fundaron ciudades en Rusia y comerciaron con Constantinopla, donde muchos se contrataron como guardia pretoriana del emperador. Por Occidente entraron en contacto con las islas Británicas, con Francia, con la península Ibérica y, después de atravesar el estrecho de Gibraltar, se internaron por el Mediterráneo, mar de ricas y pobladas riberas y cómoda navegación para marinos hechos a las rudezas del Atlántico norte.



- A y B. Disposición de los escudos y los remos en la nave.
 C. Popa del drakar con el timón y el asiento del piloto.
 D. Drakar de treinta y dos remos con un lado de la tienda levantado.
 E. Plano del drakar.
 F. Corte del navío.
 G. Barco de cabotaje moderno.
 H. Drakar con el velamen.

Vikingos en Asturias

En 841, los vikingos remontaron los cursos fluviales del valle del Sena y saquearon e incendiaron Rouen. A los pocos años le tocó el turno a París. Descendiendo por el Garona, llegaron hasta Toulouse. Probablemente fueran gentes de la misma expedición los que desembarcaron en el litoral asturiano, a la altura de Gijón. La Crónica Albeldense lo registra puntualmente: *El tempore lordomanii primi in Asturias venerunt*. Esta vez parece que los vikingos encontraron la horma de su zapato en el rey asturiano Ramiro I, aquel cuya expeditiva justicia consistía en cegar a los ladrones y quemar a los que practicaban la magia. Ramiro I rechazó a los normandos, aunque no pudo evitar que algunos destacamentos desembarcaran cerca

de La Coruña y devastaran la comarca.

En agosto del mismo año, 844, la expedición vikinga llegó a Lisboa en el estuario del Tajo, ya en tierra musulmana. El gobernador de Lisboa envió correos a Córdoba para avisar a Abderramán II de la llegada de unos piratas que presumiblemente continuarían hacia el sur. En efecto, al poco tiempo los vikingos alcanzaron la desembocadura del Guadalquivir y se dividieron en dos grupos: uno iría a saquear Cádiz, la bella ciudad víctima eterna de la piratería, y otro, compuesto de unos ochenta navíos, remontaría el río. En septiembre alcanzaron la Isla Menor, no lejos de Sevilla. En Coria del Río pasaron a cuchillo a la población, lo que provocó una ola de pánico en la comarca y la evacuación de Sevilla por buena parte de sus habitantes, que abandonaron la ciudad para refugiarse en Carmona, al amparo de sus excelentes murallas, y en otros lugares de la sierra. El primero de octubre los vikingos atacaron Sevilla. Las tropas del emir, muchas de ellas trasladadas precipitadamente desde sus guarniciones del norte, se enfrentaron con los normandos y les causaron las primeras bajas importantes, unos setenta muertos. Pero esta pequeña contrariedad no detuvo a los rubios saqueadores.

Abderramán II había solicitado ayuda a los Banu Muza de Tudela y a los muladíes aragoneses. Llegaron nuevas tropas para reforzar su ejército. Los vikingos, prudentemente, se fortificaron en Tejada y allí sufrieron su primera derrota, que les costó quinientos hombres y cuatro embarcaciones. Añade el cronista: «Gran número de normandos fueron colgados en Sevilla y otros fueron crucificados en el acto sobre los troncos de las palmeras».

Un historiador andalusí escribe: «Al unirse los fronterizos con los nuestros preguntaron aquéllos acerca del movimiento del enemigo, y éstos les hicieron saber que solían salir todos los días destacamentos en dirección a Firix y Lecant y hacia la parte de Córdoba y de Morón; preguntaron además si era posible preparar una celada en las inmediaciones de Sevilla y les indicaron la alquería de Quintos de Muafar, que está al sur de la ciudad. Fuéronse allá, pues, a medianoche, y se emboscaron. Apostaron a un vigía en lo alto de una iglesia, con un haz de leña. Al apuntar la aurora salió de Sevilla un grupo de vikingos en dirección a la parte de Morón. Cuando estuvieron frente a la alquería, aunque hizo el vigía señal, se abstuvieron de salir los emboscados, a fin de que se fueran alejando, y una vez alejados se interpusieron entre ellos y la ciudad y los degollaron a todos. En seguida se adelantaron los nuestros, entraron en Sevilla y encontraron al gobernador sitiado en la alcazaba. Él les salió al encuentro y los sevillanos volvieron a la ciudad. Además del destacamento pasado a cuchillo habían salido dos destacamentos de normandos, uno a la parte de Lecant y otro a la parte de Córdoba; pero después de que los normandos que estaban en Sevilla supieron de la arrogancia y avance del ejército y la aniquilación del grupo que salió camino de Morón, huyeron a sus naves y echaron río arriba hasta el castillo de Azaguac; encontraron a sus compañeros, los embarcaron y dieron la vuelta siguiendo la corriente río abajo. En esta situación se puso la gente a

insultarlos y a arrojarles piedras con las hondas. Al llegar una milla más abajo de Sevilla dijeron en alta voz a los que los apedreaban: “Si queréis que haya rescate, dejadnos”. Cesó entonces la pedrea y ellos permitieron rescatar a los cautivos. La mayoría fueron rescatados pero no tomaron oro ni plata; solamente admitieron ropa y víveres».

De este y otros episodios similares se desprende que los principales aliados de los vikingos eran el factor sorpresa y la extraordinaria movilidad de sus barcos, que les permitía recalar en cualquier punto de las costas o remontar los ríos. Las palabras del erudito anglosajón Alcuino son reveladoras: «Nunca antes había surgido tal terror en Bretaña como el que ahora hemos sufrido de esta gente pagana. Ni se pensó que tal daño pudiera hacerse desde el mar». El mar es la clave: los poderes de Occidente no estaban preparados para resistir ataques procedentes del mar.

Con todo, los vikingos mostraron un punto débil. Excelentes guerreros en combate individual, cuerpo a cuerpo, perdían gran parte de su eficacia cuando se veían obligados a enfrentarse a cuerpos de ejército organizados para la lucha en común.

En cualquier caso, como también eran mercaderes, los normandos negociaban cuando convenía. Algunos se convirtieron al islam y se establecieron en la Isla Menor del Guadalquivir, donde vivieron pacíficamente de la cría de ganado y de la fabricación de quesos. Otros grupos continuaron sus ataques y saquearon Niebla, el Algarve y Beja.

El embajador y la reina

El historiador Lévi-Provençal considera una «fantasía inventada de pies a cabeza» el relato de la visita de un enviado de Abderramán a la corte vikinga. Puede que sea fabuloso, pero no por ello deja de ser extremadamente interesante y divertido. Para sus funciones de embajador, Abderramán escogió a la persona más idónea de su corte, el poeta e historiador jiennense al-Gazal, que era famoso tanto por su belleza y apostura como por su astucia y fina inteligencia. Era, en fin, un hombre que, al decir del cronista, «sabía entrar y salir por todas las puertas».

La delegación andalusí embarcó en Silves escoltada por una nave vikinga. Después de una azarosa navegación por mares nunca vistos, llegó a la sede del rey de los vikingos, «una gran isla en el océano donde había corrientes de agua y jardines», cerca de otras islas grandes y pequeñas y de un continente. «Es aquél un gran país que exige muchos días para recorrerlo —escribe el cronista—. Sus habitantes eran entonces paganos, pero ahora son ya cristianos pues han abandonado el culto del fuego que era su religión».

El rey normando agasajó espléndidamente a al-Gazal y a su séquito, pero los recién llegados, antes de comparecer ante el rey, exigieron que no se les obligara a inclinarse en su presencia aduciendo que esto era contrario a sus costumbres. El rey

de los normandos se mostró de acuerdo. Cuando los andalusíes llegaron a la sala del trono encontraron que el dintel de la puerta de entrada era tan bajo que no había más remedio que inclinarse al entrar. El ingenioso al-Gazal supo eludir este obstáculo. Ni corto ni perezoso, se sentó en el suelo y entró de esta guisa, bien erguida la cabeza, aunque presentando el trasero, hasta que, traspasada la puerta, pudo incorporarse^[1]. El rey vikingo se percató de que al-Gazal era un hombre de recursos, y ello le agradó. «Teníamos intención de humillarlo —dijo a los suyos—, pero él se ha tomado la revancha mostrándonos la planta de sus pies: un acto que sería ofensivo si no proviniese de un embajador».

Al-Gazal leyó la carta que enviaba Abderramán y entregó al rey vikingo los regalos: telas preciosas y productos manufacturados de los talleres de al-Ándalus.

En el tiempo que se demoró la embajada en tierra de los vikingos, al-Gazal hizo muchas amistades. Tan a gusto se sentía entre los sabios, disputando con ellos sobre asuntos de conocimiento, como en la palestra, donde medía sus fuerzas con los guerreros del país. La reina de los vikingos lo recibió y se prendó de su apostura y de los piropos con los que ponderaba su belleza. «¿Era la reina de los vikingos tan hermosa como tú le asegurabas?», le preguntaron sus amigos al regreso. «¡Hombre! —contestó al-Gazal—, fea no era; pero, a decir verdad, yo la necesitaba y al halagarla de aquel modo gané su aprecio y alcancé de ella más de lo que esperaba».

En efecto, prosigue el cronista, la esposa del rey de los vikingos simpatizó de tal manera con al-Gazal que no podía pasar un día sin verlo. Si no iba él, mandaba llamarlo y pasaban algún tiempo charlando. Al-Gazal le hablaba de los musulmanes y de su historia, del país que habitaban y de los pueblos de la comarca y, por lo general, después de haberse despedido de ella para volver a su residencia, la reina le enviaba un regalo, consistente en telas, manjares, perfumes o cosas parecidas. Estas frecuentes visitas despertaron sospechas de un posible idilio. Los compañeros de nuestro embajador le aconsejaron que fuese más prudente, y él procuró espaciar sus visitas a la reina. Cuando ella inquirió por la razón de tal mudanza, él no se la ocultó. Su respuesta le hizo sonreír: «Los celos no existen en nuestras costumbres. Entre nosotros, las mujeres no están con sus maridos sino mientras ellas lo tienen a bien, y una vez que sus maridos han dejado de agradarles los abandonan».

El relato de la embajada de al-Gazal constituye el más remoto precedente de la tópica aventura veraniega entre la hermosa y liberada nórdica de rubios cabellos y el tan zalamero como apasionado *latin lover* de las playas mediterráneas.

Artillería naval

La memorable incursión de los normandos contra Sevilla sirvió para que el emir de Córdoba se percatase de la indefensión en que se hallaban sus fronteras marítimas. Como buen gobernante, puso los medios para que el descalabro no volviera a repetirse: hizo amurallar Sevilla y construyó las atarazanas reales, que habrían de

dotar a al-Ándalus con una flota de guerra capaz de evitar futuros ataques por mar. Esta flota estaba equipada con artillería de fuego, probablemente el famoso «fuego griego» de los bizantinos. Conviene recordar que Abderramán mantenía cordiales relaciones con el emperador de Bizancio —¿será necesario aclarar que el embajador de Córdoba en Bizancio fue nuestro buen amigo al-Gazal?—. El emir, dice la crónica, «reclutó marinos de las costas del país y les dio buenos sueldos y proveyó de máquinas para arrojar betún ardiendo. De este modo, cuando los normandos hicieron su segunda incursión, en el año 244 de la Hégira (866 de nuestro cómputo), en tiempos del emir Mohammad, la escuadra musulmana les salió al encuentro en la desembocadura del río de Sevilla y los pusieron en fuga: les quemaron algunas naves y se marcharon».

A medida que se extendían las noticias sobre las ricas e indefensas tierras de Europa, crecían en número y poder las expediciones vikingas. El día de Pascua de 845, unas ciento veinte naves asaltaron París y la saquearon tan concienzudamente que incluso arrancaron las vigas de los artesonados de la iglesia de Saint-Germain-des-Prés para adornar los mascarones de sus naves.

En 858, o al año siguiente, vikingos capitaneados por el jefe noruego Hasting volvieron a visitar las costas cantábricas con unas sesenta y dos naves que transportaban, según las hiperbólicas fuentes cristianas, cerca de cuatro mil hombres. El rey de Asturias, Ordoño I, acudió a rechazarlos como antaño su padre.

La expedición normanda siguió el camino de la anterior y descendió por las costas atlánticas aterrorizando a las poblaciones del litoral. Cuando se proponían remontar el Guadalquivir en busca de las fértiles llanuras béticas, se toparon con la flamante escuadra andalusí y con sus terribles máquinas de fuego. Algunas embarcaciones vikingas resultaron incendiadas; las restantes, prudentemente, se batieron en retirada y enfilaron sus proas hacia aguas menos defendidas. Poco después se registra un desembarco en Algeciras, cuya mezquita mayor incendiaron. Los saqueos prosiguieron por el norte de África y Baleares.

Algunos barcos de esta misma expedición remontaron el Ebro, y alcanzaron Pamplona, donde apresaron a Sancho García, por cuyo rescate obtuvieron la respetable cifra de noventa mil dinares.

De los saqueos de distintas localidades catalanas ha quedado constancia en el testimonio de un monje que escribe: «Vinieron los paganos y saquearon la villa entera y también devastaron la tierra los piratas. Sus habitantes fueron cautivados o abandonaron sus haciendas para emigrar a otros lugares».

Aquellos normandos prosiguieron sus correrías por las costas de Provenza y alcanzaron Italia. En 861, a los tres años de iniciada la expedición, habían acumulado tanto botín que decidieron regresar. Pero ni todos los hombres ni todas las riquezas que volvían llegaron a los fiordos noruegos, pues por el camino hubieron de afrontar grandes tempestades y ataques armados de otros piratas, codiciosos de la riqueza que transportaban.

No fue esta expedición la que más profundamente se aventuró por aguas mediterráneas. Hay constancia de otra que alcanzó las islas griegas. Estas regiones no eran totalmente desconocidas para los vikingos puesto que, como vimos antes, muchos de ellos militaban en el ejército bizantino. Paralelamente, un activo comercio se desarrollaba en las rutas fluviales entre Escandinavia y Constantinopla, a través del este, por eso aparecen tantas monedas bizantinas en yacimientos arqueológicos de Suecia.

Hacia 860, Ermentario de Noirmoutier escribió: «El número de barcos aumenta, la pléthora sin fin de los vikingos no deja de crecer. Los cristianos son víctimas por doquier de la matanza, el fuego y el pillaje. Los vikingos arrasan todo lo que encuentran ante ellos y nadie puede detenerlos».

Es evidente que los contingentes normandos en liza eran cada vez más numerosos, incluso si tenemos en cuenta que las cifras transmitidas, todas por el bando que los sufría, deben de ser considerablemente exageradas. Se dice que en 885 un tal Sigfrido resultó derrotado tras asediar París con setecientas naves y cuarenta mil hombres. Aunque la cifra verdadera sólo fuera una décima parte, al historiador, acostumbrado a las sangrientas proezas de los vikingos, le asalta la sospecha de que el jefe Sigfrido debía de ser muy lerdo.

Cuando las expediciones se hicieron más prolongadas, porque apuntaban a objetivos lejanos, los vikingos tuvieron que invernar en tierras extrañas. Acabaron trasladándose con sus familias a las improvisadas bases y construyeron asentamientos fortificados más o menos permanentes. Éste fue el primer paso para establecerse definitivamente y colonizar nuevas tierras. Lo que aquella expedición al Guadalquivir logró por concesión de Abderramán, lo consiguió otra mucho más numerosa del rey inglés, creando la llamada Danelaw, o «tierra de los daneses» en la Gran Bretaña y otra, en 911, en Normandía (que de ellos tomó su nombre actual). El noruego Rollo, jefe de esta última, se comprometió ante Carlos el Simple a defender el litoral del país franco contra las expediciones de sus primos, los otros vikingos. El típico caso del bandolero que se hace policía.

En 968, o poco después, una expedición partida de Normandía atacó el litoral cantábrico y saqueó Santiago de Compostela. No pasaría mucho tiempo antes de que el contacto con la cultura francesa, por una parte, y su inevitable conversión al cristianismo, por otra, atemperaran la fiereza de estos vikingos meridionales.

En 1016 se registra un ataque a las costas gallegas durante el cual el obispo de Tuy fue capturado con todos sus rebaños.

La última expedición pirática de importancia contra las costas españolas acaeció mediado el siglo pero topó con las aguerridas tropas de Crescenio, obispo de Santiago, y no alcanzó las ganancias que esperaba. Por este tiempo, el caudillo normando Roger de Toeni, al servicio de Ermesinda, condesa regente de Barcelona, combatió contra los musulmanes en Levante y las Baleares. Otro contingente vikingo participó en la conquista de Barbastro (1064).

Todavía hoy, los arqueólogos nórdicos descubren, en los poblados que excavan, tesoros de monedas bizantinas o andalusíes, éstas en menor cantidad. Las llevaron allí, desde miles de kilómetros de distancia, hace mil años, sus inquietos, audaces y emprendedores antepasados, los vikingos.

La tragedia de los cátaros

Hacia 1150, unos extraños misioneros barbudos aparecieron por los caminos del Languedoc, en el sur de Francia. Solían viajar en parejas, vestían un humilde sayo negro o azul marino, ceñido con una cuerda, y, en contraste con los curas y monjes católicos, que tenían fama de glotones y rijosos, eran castos y frugales. Pronto fueron conocidos como *bons hommes* («buenos hombres»).

Los misioneros predicaban en cualquier lugar a todo el que quisiera escucharlos, lo mismo a los humildes en plazas y mercados, en aldeas y ciudades, que a nobles y pudientes en castillos o mansiones. Muchos magnates los invitaban a predicar para sus familias y criados.

Los «buenos hombres» difundían un mensaje de amor, de tolerancia y de libertad.

—Os han enseñado que un Dios infinitamente bueno creó el mundo y cuanto contiene. Ahora bien, ¿de dónde procede el mal y la corrupción y el pecado? Estas lacras no pueden proceder de Dios. Entonces, ¿de dónde?

La gente se miraba, sin conocer la respuesta.

—Eso, eso, ¿de dónde?

—¡Ah!, queridísimos hermanos, el mundo no es la creación de Dios: el mundo material, corrupto y perecedero, y el pecado también, no pueden proceder de un Dios eterno e incorruptible sino, más bien, de un Dios perverso. ¿Qué es nuestra vida sino una perpetua lucha entre el bien al que tienden nuestras almas y el mal al que nos arrastran nuestros cuerpos?

—¿Y Jesucristo? —replicaba algún curioso—. Él se encarnó en el vientre de su madre, la Virgen.

—No, amadísimo hermano: no se encarnó. Meras apariencias. Siendo los cuerpos creación satánica, el Hijo de Dios nunca pudo encarnarse. Aquel Cristo que vieron los apóstoles, y que crucificaron los romanos, era una engañosa apariencia angelical. En realidad, Cristo nunca fue crucificado ni sepultado. En consecuencia, no habrá resurrección de la carne al final de los tiempos, aunque sí Juicio Final cuando cada uno de nosotros muere y su alma comparece ante el buen Dios.

Cualquier predicador en desacuerdo con las doctrinas oficiales de la Iglesia romana encontraba un terreno abonado en el sur de Francia, donde el sentimiento anticlerical había penetrado profundamente todas las capas sociales. Se entiende esta antipatía por la Iglesia: la mayoría de los sacerdotes llevaba una vida poco edificante, descuidaban sus obligaciones pastorales y abrumaban al pueblo con sus continuas exigencias de diezmos e impuestos eclesiásticos.

La gente seguía a los *bons hommes* y se apartaba de los curas y de la Iglesia. Y, lo que es peor, dejaban de pagar sus diezmos al clero regular.

Los seguidores de la religión dualista que predicaban los *bons hommes* recibieron

diversas denominaciones: «albigenses», por la ciudad de Albi; «tejedores», porque muchos de ellos ejercían este oficio (quizá, por imitar a san Pablo, que fue fabricante de tiendas de campaña), y «cátaros^[1]». Ellos se hacían llamar cristianos y denominaban a su iglesia «la de los Amigos de Dios».

Casi todo lo que sabemos de las doctrinas cátaras procede de fuentes sospechosas, la Inquisición y la jerarquía católica. Aun así, resulta posible reconstruir su corpus doctrinal a través de varios documentos^[2].

Los cátaros no tenían una Iglesia oficial que impusiera a sus seguidores una doctrina uniforme. No obstante, todos aceptaban que el mundo está sometido al drama cósmico de la lucha entre el Bien y el Mal. Al principio de los tiempos coexistían dos divinidades: un Dios bueno, creador del universo y del amor, y un dios malo, Satán, responsable del mal. Satán penetró en el cielo y sedujo a los ángeles dotándolos de apariencia material. De estos ángeles, unos fueron capturados y otros seducidos. Los que fueron seducidos se transformaron en demonios; los capturados, en hombres. Cuando se engendra una nueva criatura, Satán introduce en ella una de estas almas prisioneras.

Las dos creaciones contradictorias, el bien y el mal, coexisten en el hombre, que se libra de la parte mala a través de sus sucesivas reencarnaciones. En su última reencarnación, el creyente alcanza el estado de perfección necesario para integrarse en el Dios bueno, liberándose para siempre de las trabas de la materia y del mal. Algunos incluso sostenían que la mujer se hacía hombre para la última reencarnación, pero otros estaban convencidos de que es indiferente que el perfecto sea hombre o mujer, puesto que el alma no tiene sexo. En cualquier caso, el final es feliz. Todas las almas se salvan y el dios del Bien derrota al dios del Mal.

La doctrina cátara resultaba mucho más atractiva que la católica. La Iglesia romana amenazaba continuamente con las penas del infierno por las más insignificantes faltas; la cátara, por el contrario, se mostraba optimista y sorprendentemente tolerante con las debilidades humanas. Puesto que estamos hechos de deleznable materia, argumentaban, no podemos evitar ser presa de las tentaciones que el Maligno inspira en su obra. Para los cátaros, el infierno está en la tierra, donde el diablo tienta y esclaviza a los hombres.

Algunos cátaros pensaban que Dios no condena a los pecadores puesto que, en último término, la justicia no es más que una venganza y Dios, infinitamente bueno, no puede albergar un sentimiento tan negativo. Por otra parte, Dios, en su trascendencia, no puede incurrir en la mezquindad de tasar los pecados de sus criaturas. Él sabe que el hombre no peca voluntariamente sino inducido por Satán, el dueño de la materia.

Entre los cátaros existían los simples creyentes y los perfectos, equiparables al pueblo y a los sacerdotes de la jerarquía cristiana. Un creyente se convertía en perfecto mediante una ceremonia de consagración llamada «*consolamentum*», el único sacramento de la Iglesia cátara.

El simple creyente debe hacer lo posible por llevar una vida reglada y por favorecer al prójimo; no está obligado a más. Pero si quiere convertirse en perfecto debe alcanzar el estado de gracia cercano a la perfección, lo que implica observar una moral mucho más estricta, abstenerse de los placeres de la carne y vivir ascéticamente. Incluso debía rechazar los productos de la carne en su dieta: carne, leche o huevos.

No es que los pecados fueran distintos para creyentes y perfectos, es que el pecado, gravísimo en el perfecto, se toleraba en el simple creyente, todavía esclavo de sus pasiones. A este propósito los *bons hommes* citaban las palabras de Jesucristo: «Antes de mi venida os eran perdonados vuestros pecados; después, nada os será perdonado».

El catarismo no era una doctrina original. En realidad, era una versión medieval del antiguo maniqueísmo persa, derivado, a su vez, del zoroastrismo. Manes, en el siglo III, había predicado la metempsicosis, es decir, la transmigración de las almas de cuerpo en cuerpo, ligándose cada vez menos a la materia, hasta alcanzar la perfección. El maniqueísmo se extendió por todo el orbe mediterráneo y fue perseguido igualmente por la Roma imperial, por la papal y por árabes y mongoles. En contacto con las sectas gnósticas judías y cristianas, su contenido inicial se enriqueció con aportaciones esotéricas y derivó hacia una religión iniciática. En el siglo XI se extendió entre los búlgaros y dálmatas bajo el nombre de bogomilismo. Los cátaros, que aparecen en el sur de Francia y en Italia a partir del siglo XII, mantenían contactos misionales con los bogomilos^[3].

En 1167 el obispo bogomilo Nicetas, papa cátaro de Constantinopla, convocó un concilio en San Félix de Caramán, cerca de Tolosa. El objeto del cónclave era organizar la Iglesia cátara occidental dotándola de cuerpo doctrinal uniforme y jerarquía similar a la católica. Se decidió que la nueva Iglesia se dividiría en once obispados: cinco en Francia y seis en Italia. Durante las jornadas del concilio, Nicetas confirió el *consolamentum* a una serie de creyentes, entre ellos Sicard Cellier, recién consagrado obispo de Albi.

El consolamentum

El *consolamentum*, mezcla de bautismo espiritual y unción sacerdotal, se reservaba al creyente que había alcanzado el estado de gracia necesario para convertirse en perfecto. También se ofrecía el *consolamentum* a los moribundos para asegurarles el perdón de los pecados, aunque no necesariamente la salvación. Pero si el moribundo lograba sobrevivir y sanaba, la ceremonia perdía todo su valor y el perfecto en cuestión volvía a considerarse un creyente como los demás. En este y en otros detalles se manifiesta el admirable pragmatismo de los cátaros. En tiempos de guerra se instituyó la *convenenza* o pacto entre el creyente y la Iglesia en virtud del cual

podría recibir el *consolamentum* en el lecho de muerte aunque no estuviese en condiciones de recitar el padrenuestro a causa de las heridas recibidas.

El *consolamentum* implicaba la transmisión del padrenuestro, oración que el nuevo perfecto debía conocer con anterioridad. El aspirante comparecía en la iglesia vestido de negro y en estado de abstinencia para recibir la bendición del perfecto más anciano de la asamblea. Luego el diácono u obispo pronunciaba un sermón en el que glosaba el padrenuestro: «Os entregamos esta oración —le decía— para que la recibáis de Dios y de Nos y de la Iglesia y podáis decirla en todos los momentos de vuestra vida». A lo que el ordenado contestaba: «La recibo de Dios y de Vos y de la Iglesia».

Nuevamente recibía la bendición y se le imponían las manos para transmitirle el Espíritu Santo. El ordenado recitaba el padrenuestro, se confesaba y recibía solemnemente el Evangelio de Juan mientras la comunidad oraba por él.

Los perfectos se confesaban mensualmente ante su obispo o diácono y actuaban aproximadamente como los sacerdotes católicos, aunque sin barraganas ni atracones.

El otro gran rito cátaro era el *melioramentum*, la bendición que el creyente solicitaba del perfecto como portador del Espíritu Santo. El creyente se arrodillaba ante el perfecto y se inclinaba tres veces diciendo: «Benedicidnos, Señor, y rogad por nos». «Dios te bendiga», pronunciaba el perfecto. A lo que el postrado respondía: «Que alcance un buen fin». El otro replicaba: «Recemos para que te haga un buen cristiano y te conduzca a buen fin».

El padrenuestro era, como hemos visto, una oración esencial dotada de gran contenido iniciático y, por lo tanto, estaba reservada a los perfectos. Los simples fieles tendrían otras jaculatorias más sencillas. En una ocasión uno de ellos inquirió:

—¿Qué oración puedo decir si no me está permitido el padrenuestro?

El perfecto le respondió:

—Di ésta: «Que el Señor que condujo a los reyes Melchor, Gaspar y Baltasar cuando vinieron a adorarlo en Oriente te guíe como los guió a ellos».

Cruzada contra cristianos

Preocupado por la extensión de la herejía cátara y por el brusco descenso de las recaudaciones en las regiones afectadas, el papa decidió reconducir a las ovejas díscolas al redil de la Iglesia. Primero envió predicadores a las regiones donde la herejía parecía más activa y permitió que teólogos católicos y cátaros se enzarzaran en disputas doctrinales. Los católicos aducían la teoría agustiniana del Mal como *amissio boni* o privación del Bien, es decir, el Mal no tiene existencia en sí mismo, es la ausencia de Bien. Denunciaban también ciertos puntos débiles en la doctrina cátara. Si el mundo es intrínsecamente malo, es evidente que debemos cambiarlo, pero ¿cómo podemos cambiarlo si Satán es todopoderoso? Por otra parte, si el infierno está en la tierra, ¿cómo explicar la bondad que también habita en ella?

Participaron en la controversia primero san Bernardo, en 1145, y después santo Domingo de Guzmán. Un célebre cuadro de Fra Angélico retrata a santo Domingo en Fanjeaux, donde sometió a juicio de Dios las doctrinas en pugna por el procedimiento de lanzar al fuego dos libros, uno católico y otro cátaro. El católico se elevó milagrosamente en el aire a salvo de las llamas mientras que el cátaro ardía y se convertía en cenizas. Como propaganda religiosa resulta eficiente (y una presumible corroboración del delicado refrán castellano que reza: «El que a sí mismo se capa, buenos cojones se deja»), pero la verdad histórica es que las predicaciones de santo Domingo fracasaron estrepitosamente. «Donde no vale la predicación —dicen que murmuró el santo antes de darse por vencido— prevalecerá la estaca».

Proféticas palabras.

La estaca se había usado anteriormente, pero no logró quebrantar el espíritu de la Iglesia cátara. Ya se habían quemado cátares en Orleans, en 1002, y en Tours, en 1017.

En 1198 ascendió al trono de san Pedro Inocencio III, un papa enérgico y emprendedor. El creciente número de apostasías de católicos en el Languedoc era preocupante.

En un principio, el papa recurrió a la diplomacia: envió a dos legados con plenos poderes para que comprometiesen a las autoridades en la represión de la herejía. A uno de los embajadores, el monje Pierre de Castelnau, lo asesinaron cuando intentaba cruzar el Ródano después de entrevistarse infructuosamente con Raimundo VI, conde de Tolosa. Como es natural cargaron el muerto sobre el conde de Tolosa. ¿Qué mejor pretexto podía esperar el papa para emprender una acción militar contra los cátares?

Inocencio III convocó una cruzada contra los herejes. Las últimas líneas de la convocatoria no dejaban lugar a dudas sobre el carácter y alcances de la calamidad que se avecinaba:

Que los obispos declaren eximidos de obligaciones feudales a los vasallos del conde de Tolosa. Que todo católico quede facultado de perseguir su persona y de arrebatarle y apropiarse de sus tierras y posesiones. De este modo se purgará la herejía del territorio que hasta hoy ha sido dañado y mancillado por la maldad del conde... ¡Adelante, soldados de Cristo! ¡Esforzaos en pacificar esas poblaciones en nombre del Dios de paz y amor! ¡Aplicaos a destruir la herejía por todos los medios que Dios os inspire!

En junio de 1209 se concentraron en Lyon unos veinte mil jinetes y doble número de peones procedentes del norte de Francia, un ejército cruzado contra el que los barones y señores del Languedoc sólo podían oponer unos pocos cientos de caballeros.

Espantado por lo que se le venía encima, Raimundo IV solicitó el perdón pontificio y juró acatar en lo sucesivo las órdenes del papa. Albergaba la esperanza de que los cruzados se dirigieran contra su sobrino, el vizconde de Carcasona, Raimon Roger Trencavel.

Al margen de las motivaciones religiosas, la cruzada contra los cátares encubrió una empresa de conquista. Los barones del norte de Francia codiciaban las riquezas

del sur y su rey ansiaba extender su zona de influencia hasta los Pirineos y recelaba de las relaciones, cada vez más amistosas, del rey de Aragón con el Languedoc. Fue también una cruzada social, pues los fundamentos ideológicos del sistema feudal, establecido sobre la presunta superioridad de la aristocracia, se veían amenazados por la creciente pujanza de la burguesía ciudadana.

El ejército cruzado descendió por el río Ródano, en cómodas jornadas, engrosado continuamente con señores y mercenarios que se le unían por la codicia del botín. En cuanto pisaron el Languedoc comenzaron a devastar la tierra. En estas operaciones destacó Simón de Montfort, un barón del norte que se convirtió en caudillo de los cruzados. El 22 de julio acamparon frente a Béziers. Las autoridades de la ciudad se negaron a entregar a sus conciudadanos herejes: «Preferimos perecer ahogados en el mar antes que entregar a nuestros vecinos y renunciar a nuestras libertades». Los cruzados sitiaron la ciudad. Historiadores tardíos cuentan que la víspera del asalto, uno de los barones preguntó al legado pontificio, el arzobispo Arnaldo Amalarico:

—Cuando entremos en la ciudad, ¿cómo distinguimos a los buenos católicos de los herejes?

A lo que el legado del papa, después de breve reflexión, respondió:

—Matadlos a todos, que Dios reconocerá a los suyos.

Y así lo hicieron. Los conquistadores pasaron a cuchillo a la mayor parte de la población, quizá unas siete u ocho mil personas.

El primero de agosto, el grueso del ejército cruzado cercó Carcasona, la bella ciudad amurallada. El joven vizconde intentó parlamentar pero Simón de Montfort lo apresó sin miramientos y lo metió en un calabozo, donde moriría al poco tiempo, según sus captores, de muerte natural, aunque sus fieles vasallos sospecharon que envenenado.

Simón de Montfort tardó dos años en conquistar el vizcondado. En Lavaur ahorcó al noble occitano Aimeric de Montréal e hizo arrojar a un pozo a la bella Guiraud de Laurac, señora del lugar. El conde de Tolosa, espantado de la suerte de los que resistían a los cruzados, se sometió a la autoridad papal y ofreció entregar su ciudad.

El rey de Aragón seguía con preocupada atención los progresos militares de los barones franceses en tierras del Languedoc, sus tierras feudatarias que estaba obligado a proteger. Como señor del vizcondado de Carcasona, la conquista de aquel territorio se podía considerar una directa agresión a sus estados. No obstante, procedió cautelosamente. Al principio se contentó con protestar ante el papa para que respetaran sus derechos, pero después, viendo que no había más respuesta que la fuerza, reunió su ejército y pasó los Pirineos para reforzar a los languedocianos en una batalla campal contra los cruzados. Los dos ejércitos se enfrentaron en Muret. En un principio pareció que se alzaba con la victoria el rey de Aragón, experto militar que ya tenía en su haber una destacada intervención en la batalla de las Navas de Tolosa, librada el año anterior. Pero cuando la batalla parecía decidida a favor de los aragoneses, la muerte del rey alteró el resultado final y posiblemente el de la historia

de Francia.

Según la versión más aceptada, algunos caballeros franceses se habían juramentado para acabar con el rey de Aragón, del que sólo conocían su elevada estatura. Por lo tanto se dirigieron contra un corpulento caballero que combatía en la vanguardia de la hueste real y dando con él en tierra lo alancearon.

—¡Pedro ha muerto! —proclamó uno de los franceses—. ¡Hemos matado al rey de Aragón!

El verdadero Pedro de Aragón, que combatía cerca, no pudo reprimirse y replicó:

—¡Os equivocáis, porque el rey de Aragón soy yo!

Entonces, los cruzados lo acometieron con renovados bríos y consiguieron acabar con él. En cuanto se divulgó la muerte del rey, el bando languedociano flaqueó y la lucha se decidió en favor de los cruzados. Allí se esfumaba la última oportunidad de independencia del Languedoc y de supervivencia del catarismo. Quedaría durante muchos años la vaga esperanza de que las cosas volvieran un día a ser como antaño, alimentada por el mesianismo de un pueblo que daba crédito a sus propias invenciones. Se consolaban divulgando una profecía: algún día un rey del linaje de Aragón quebrantaría el poder de la odiada Iglesia e instalaría el pesebre de su caballo sobre el altar mayor del Vaticano.

El papa proclamó conde de Tolosa a Simón de Montfort, pero la guerra estaba lejos de acabar y el bando languedociano no se daba por vencido. La conquista prosiguió a un ritmo más lento, entre intermitentes periodos de paz. Simón de Montfort consolidaba su posición como caudillo de los cruzados, pero su carrera se vio bruscamente interrumpida el 25 de junio de 1218, durante el sitio de Tolosa, cuando una piedra lanzada por una catapulta «le machacó los ojos, los sesos, las muelas, la frente y las mandíbulas».

Entre 1216 y 1224, los languedocianos consiguieron recobrar gran parte de su territorio aprovechando las rencillas internas de los cruzados, pero los barones contraatacaron en 1226 y sometieron, ya definitivamente, el país cátaros que Francia se apropió por el Tratado de París. A partir de entonces la represión de los cátaros fue un asunto meramente religioso y se dejó en manos de la Inquisición.

Al aniquilamiento físico de los cátaros siguió la decadencia de sus doctrinas. Faltos del apoyo de sus más sabios rectores y diezmados por la Inquisición, los creyentes fueron corrompiendo las doctrinas originales en un esfuerzo inconsciente por aproximarlas a las tesis de sus perseguidores. Algunos perfectos, no tan cultos como sus predecesores, simplificaron sus predicaciones hasta reducirlas a un puñado de principios mal entendidos y mezclados con burdas supersticiones. A pesar de ello, ya se sabe lo que es el fanatismo religioso, muchos creyentes seguían muriendo en la hoguera por defender que el mal no puede proceder de Dios y que el hombre no goza de libre albedrío, por lo que no pueden imputársele los pecados que comete.

Montségur, castillo occitano

Durante muchos años, los cátaros que huían de la Inquisición se refugiaron en fortalezas. Entre ellas se hizo especialmente famosa la de Montségur, en el departamento de Ariège, un pequeño castillo construido sobre la escarpada montaña de Tabo, a 1272 metros de altura, en una posición aparentemente inexpugnable, rodeada de precipicios. Este castillo, reconstruido entre 1205 y 1211 por Raimundo de Blasco, se convirtió en un centro espiritual cátaro y, en tiempos de guerra, en base militar de la que partieron acciones tan sonadas como el asesinato de los inquisidores de Tolosa en Avignonet (mayo de 1242). Ésta fue la gota que colmó el vaso: el senescal de Carcasona, Hugues de Arcis, recibió el encargo de acabar con «la cabeza del dragón».

MONTSEGUR



Monumento conmemorativo a los mártires cátaros en el campo de los quemados, al pie de Montségur.



Muralla del castillo.



Interior del castillo.



Interior de la torre del homenaje.

En 1243, un numeroso contingente cruzado acampó al pie de Montségur. El asedio prometía ser largo y difícil, dado que era prácticamente imposible asaltar la fortaleza situada en una cumbre tan escarpada. Rendirla por hambre tampoco parecía fácil porque los sitiados recibían continuos refuerzos de víveres y hombres. Al cabo de unos meses, los cruzados cambiaron de táctica, estrecharon el cerco hasta impedir que los sitiados recibieran refuerzos, y atacaron directamente el castillo con ayuda de un trebuchete que consiguieron instalar en una pequeña meseta cercana a la cumbre con ayuda de escaladores vascos.

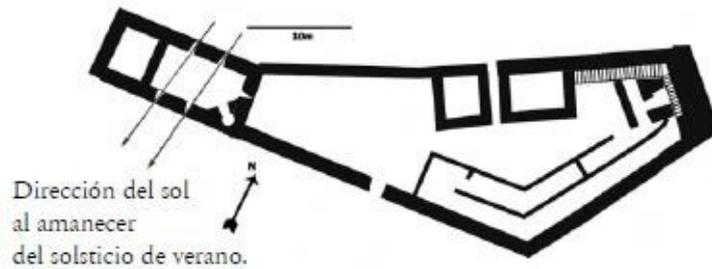
El trebuchete comenzó a bombardear la fortaleza con grandes piedras. La rendición era inevitable porque dentro del exiguo recinto la concentración humana era muy alta.

Después se supo que Pierre Roger de Mirepoix y un grupo de dignatarios cátaros habían abandonado la fortaleza y atravesado las líneas enemigas para poner a salvo el tesoro cátaro, «una gran cantidad de monedas y piedras preciosas», según los interrogatorios de la Inquisición. Se ha especulado mucho acerca de este tesoro. Para algunos eran las reservas dinerarias de los cátaros, necesarias para prolongar la resistencia en otros lugares. Para otros, se trataba de un tesoro espiritual, un objeto sagrado que los cátaros valoraban por encima de todas las cosas, el Santo Grial.

Los términos de la rendición fueron razonables. Los sitiados se entregaban y a cambio se les perdonaba con leves penitencias. En cuanto a los herejes, también podían beneficiarse del indulto si abjuraban de su error en acto público. Cumplido el plazo, el senescal del rey ocupó la fortaleza. Doscientos quince cátaros de uno y otro sexo que se negaron a abandonar su religión perecieron en una hoguera al pie de la montaña, en el llano que desde entonces se conoce como *camp des cremats* («campo de los quemados»), donde hoy se levanta un sencillo monumento con el epitafio: *Als catars, als martirs del pur amor crestian. 16 mars 1244.*

La caída de Montségur no significó la cancelación de la herejía cátara. Aún quedaron comunidades esparcidas por todo el país e incluso castillos y cuevas fortificadas donde se proseguía la lucha armada contra los invasores franceses. Pero los perfectos escaseaban. La persecución inquisitorial había acabado con muchos incluso en lugares alejados del Languedoc, como Florencia, donde algunos cátaros perecieron en la pira en 1244. Otros habían emigrado a Lombardía, o al otro lado de los Pirineos, a Aragón o Navarra, a Castellbó, Morella y otros lugares. Pero quedaban pocos misioneros dispuestos a recorrer los caminos del Languedoc predicando en poblados y alquerías como antiguamente. Los que habían salvado la piel se ocultaban. El movimiento se extinguió antes de que acabara el siglo.

PLANTA DEL CASTILLO DE MONTSÉGUR



La herejía que fascinó a los nazis

El castillo de Montségur se ha convertido, desde hace casi un siglo, en símbolo de la resistencia, pasión y muerte de los cátaros. Hoy constituye «una de las hipótesis más queridas del pensamiento esotérico europeo» y se relaciona con las corrientes pseudoreligiosas que surgieron en Europa al albur del romanticismo nacionalista y folclorista a finales del siglo XIX. Estas corrientes continúan existiendo hoy, más o menos evolucionadas.

En el periodo de entreguerras, tras la humillación del Tratado de Versalles, muchos alemanes, entre ellos Hitler, Himmler y otros jefes nazis, profesaron cierta mística nacionalista, patriótica y neopagana que exaltaba la raza aria y la mitología germánica. De la mano de estas ideas floreció en la sesuda Alemania un robusto brote de pseudociencia que pretendía probar científicamente la existencia de una raza aria superior a la que pertenecían, como no podía ser de otro modo, los humillados (pero orgullosos como don Rodrigo en la horca) alemanes. Algunos jefes nazis simpatizaron o formaron parte de la Sociedad Thule, la secta esotérica fundada por Rudolf von Sebottendorff, que predicaba la superioridad del ario entre otras peregrinas teorías pseudocientíficas, amén de odio a los judíos, a los comunistas y a los cristianos.

La pseudociencia alemana creía en la existencia de la Atlántida (aria, por supuesto) y en las grandes migraciones que condujeron a los arios desde su hogar primigenio en la zona indo-iraniana hasta el norte de Europa. Sesudos académicos investigaron vestigios arqueológicos, lingüísticos y folclóricos de diversa índole en busca de indicios que probaran sus peregrinas teorías. Uno de los campos de investigación que siguieron fue el del folclore europeo que originó la llamada «materia de Bretaña», el rey Arturo, los caballeros de la Tabla Redonda, Parsifal y el Santo Grial. Estas historias pertenecían al imaginario alemán tras su divulgación en las populares óperas de Richard Wagner *Lohengrin* (1850) y *Parsifal* (1882). En manos de ocultistas alemanes de diverso pelaje (Lanz von Liebenfels y Józseph Péladan) el Grial se transformó en «el misterio de la religión ariocristiana primigenia» y depositario sagrado de la herencia racial aria que se mostraba en la superioridad de esa raza, la de los rubios, altos y con ojos azules, o sea los alemanes y

los nórdicos, sobre el resto de las razas humanas. Hitler y los ideólogos del nazismo, todos ellos entusiastas wagnerianos, se sintieron fascinados por estas ideas y se propusieron construir sobre ellas una religión estatal.

Después de conquistar el poder, en 1933, los nazis financiaron diversas investigaciones tendentes a confirmar, por métodos científicos, estas peregrinas ideas. Sirviéndose de académicos dóciles dispuestos a confirmar lo que el amo desea que confirmen, organizaron expediciones a las Canarias (en busca de la Atlántida), al Tíbet (en busca del hogar primigenio de los arios) y otras incongruencias.

Las admiradas óperas de Wagner denominaban al castillo del Grial «Montsalvat^[4]». El filólogo alemán Karl Rosenkranz lo había identificado, en 1847, con la montaña-santuario catalana de Montserrat. Posteriormente algunos autores catalanes de los años treinta (Manuel Muntadas Rovira o Marius André) abundaron en la misma idea. Eso explica que Himmler visitara Montserrat el 23 de octubre de 1940 y se interesara por el mítico cáliz, sin que los monjes supieran darle razón de su paradero.



Himmler contempla la Dama de Elche en su visita guiada (por el servil Santa Olalla) al Museo Arqueológico Nacional.

El otro posible castillo del Grial, reivindicado esta vez por los nacionalistas occitanos, era Montségur. El movimiento esotérico en torno al último bastión de los cátaros lo inició una asociación cultural, activa entre 1934 y 1939, los «Amigos de Montségur y del Santo Grial», que agrupaba a artistas, folcloristas e historiadores de la región. En estos años, que coinciden con la llegada de los nazis al poder, el joven romanista alemán Otto Rahn (1904-1939) se instaló en 1929 en la vecina localidad de Lavelanet y se dedicó a explorar Montségur y las *splougas* (cuevas fortificadas) donde suponía que los cátaros habían ocultado el Santo Grial, para él una esmeralda del tamaño de un galápago desprendida de la frente de Lucifer (de acuerdo con la tradición germánica). El joven Rahn, autor de una tesis doctoral sobre la herejía albigense, sospechaba que la atribución de Montserrat como castillo del Grial era una astucia de san Ignacio de Loyola para desviar la atención del verdadero castillo del Grial, el Montségur cátaro^[5]. Fruto de las investigaciones del joven Rahn fue el libro *Cruzada contra el Grial* (1932^[6]), que llamó la atención de Himmler, quien integró al joven Rahn en sus SS y le encargó la redacción de otro, *La corte de Lucifer* (1938^[7]).

Indagando en las supuestas raíces ocultistas del catarismo, los nazis intentaron vincular a los cátaros en sus teorías antisemitas, basándose en que ellos, aún titulándose cristianos, rechazaban el Antiguo Testamento. Los nazis, más dotados para la acción expeditiva que para la especulación filosófica, no se percataron de que este rechazo fue meramente doctrinal. Los cátaros nunca se mostraron enemigos de los judíos, sino todo lo contrario, puesto que convivieron pacíficamente con ellos. Porque el catarismo fue, en la sorprendente modernidad de muchos de sus planteamientos, absolutamente tolerante.

Himmler, el antiguo criador de pollos, usuario de gafas de culo de vaso, que se creía reencarnación del emperador Enrique el Pajarero, aspiraba a conseguir el Santo Grial e incluso le había reservado un lugar de honor en la capilla subterránea de su castillo-monasterio SS de Wevelsburg en Westfalia, donde intentaba reproducir el ambiente del castillo del rey Arturo. Ya sé lo que estará pensando el lector: ¿y en manos de esta gente estuvo durante unos años el destino del mundo? Pues sí. Eso. Himmler, Hitler, Hess, el propio Rahn, todos morenos y tirando a bajitos y escuchimizados empeñados en demostrar su superioridad racial como pertenecientes a la raza aria.

Rahn tenía problemas con el alcohol, quizá porque no aceptaba su latente homosexualidad. En 1939, expulsado de las SS por su conducta irregular y su escaso entusiasmo ario, se suicidó ingiriendo una sobredosis de barbitúricos o, según otras versiones, dejándose morir de frío en la cumbre del Wilden Kaiser, en los Alpes tiroleses.

El Grial nunca apareció. Hizo bien.

Regreso a Montségur

A Montségur peregrina cada año una muchedumbre de turistas atraídos por los temas esotéricos. Extrañas asociaciones religiosas, filosóficas, místicas e incluso paramilitares de toda Europa fletan autobuses el día del solsticio de primavera para asistir en su cumbre, entre codazos, al nacimiento del sol cuando los primeros rayos del astro rey penetran por una saetera y salen por la del lado opuesto atravesando la torre del homenaje. ¿Es simple casualidad o medió la arcana intención del constructor que la trazó desviada de su posición simétrica respecto al eje de la construcción? ¿Es el castillo un formulario secreto, inscrito en piedra, que transmite los misterios de sus constructores? Según Fernand Niel, los cátaros reconstruyeron Montségur como templo solar o calendario y a ello se debe esa peculiar disposición de sus muros y saeteras, «para que el edificio actúe como condensador de las energías telúricas que confluyen en aquella montaña, que ya era sagrada antes del cristianismo».

Cada año aumenta el número de turistas atraídos por la fascinación del lugar, por la trágica historia de los cátaros y por las teorías que se divulgan acerca de su significado como grimorio de una arquitectura iniciática.

En el pueblo, al pie de la montaña, hay un restaurante, el Hotel Costes, donde sirven el azinat, un puchero local cojonudo, con coles y pato confitado.

El Palacio Encantado, la violación de Florinda y la pérdida de España

Vayamos primero a los desnudos hechos históricos hasta donde podemos interpretarlos: en el año 710 fallece Witiza, rey visigodo de Hispania. La familia, un clan de muchos tíos y primos arrimados al poder, pretende que herede el trono su hijo Aquila, todavía niño, pero otra facción nobiliaria (compuesta de otras familias con abundantes tíos y primos) impone a su propio candidato, el duque y general Rodrigo. Recordemos que, entre los godos, la monarquía solía ser electiva, no hereditaria.

Los witizianos no se conforman y se alzan en armas. Una guerra entre clanes político-familiares es lo único que le faltaba a la apesadumbrada Hispania, sumida en una gran crisis económica y debilitada por recientes hambrunas y epidemias.

El pueblo, mayoritariamente de origen hispanorromano, breado a impuestos, está descontento y firmaría lo que le pusieran por delante con tal de quitarse de encima a los godos.

Los witizianos han solicitado tropas a Muza, el mandamás de los moros al otro lado del estrecho de Gibraltar. Muza codicia secretamente Hispania. Mercaderes que van y vienen le han contado que la tierra es rica, con muchos ríos y huertas, bosques y caza, y que en Toledo guardan los godos un tesoro impresionante con piezas de tanto precio e historia como la Mesa de Salomón.

La ocasión parece perfecta. Los propios godos lo invitan a trasladar tropas al otro lado del Estrecho. La apetitosa fruta está en su punto. Basta alargar la mano y tomarla.

Muza ha expuesto el caso al califa de Damasco, su jefe. Como era de esperar, Damasco le concede permiso para conquistar Hispania.

Julio de 710. Muza envía al jefe beréber Tarif ibn Malluk, con cuatro navíos y unos cuatrocientos guerreros, a tantear el terreno. Desembarcan en Tarifa. Exploran el territorio y lo encuentran despejado. Unas pocas alquerías con gente asustada que cría inmundos marranos y algunas ovejas. La cosa parece hacedera. Poco después, Muza envía una segunda expedición al mando de Tariq ibn Ziyad, gobernador de Tánger, esta vez con unos nueve mil beréberes (tribus apenas islamizadas del norte de África).

Los africanos desembarcan en Tarifa o en Gibraltar (*Yebel Tariq*, «el peñón de Tariq») y unidos a las milicias witizianas derrotan al rey Rodrigo, que les sale al encuentro con las tropas que apresuradamente ha podido reunir. La batalla de Guadalete o de la Janda, una jornada tan sangrienta «que parecía que se acababa el mundo».

Vencido Rodrigo, Muza muestra sus cartas a los witizianos: ya que hemos llegado

hasta aquí, nos quedamos. Damasco me ha ordenado que incorpore Hispania al Imperio islámico. Vosotros veréis, ¿lo hacemos por las buenas o por las malas? Los godos no disponen de fuerzas suficientes para resistirse. La mayoría opta por pactar con los invasores para salvar sus propiedades y privilegios; otros, por el contrario, deciden resistir en las montañas, con un par.

Para que la historia (y sus propios contemporáneos) no los juzguen severamente, los witizianos que han acarreado la ruina al reino godo divulgan la especie de que fue el conde don Julián, gobernador de Ceuta, el que facilitó el paso de los moros a través del Estrecho^[1] y que lo hizo en venganza porque el rey don Rodrigo había seducido o violado a su hija Florinda.

Los moros islamizados invaden la Península y la ocupan en poco más de dos años. Los cristianos emplearán ocho siglos en recuperar el terreno perdido^[2].

Vayamos ahora a las leyendas relacionadas con la pérdida de España.

La casa de los Cerrojos en Toledo

Cuentan diversas crónicas que había en Toledo una casa o una cueva que permanecía cerrada desde tiempo inmemorial^[3]. Era tradicional que cada nuevo rey añadiera un cerrojo y un candado a la puerta, por lo que la casa se conocía como la de los cerrojos. Nadie se atrevía a abrir aquella puerta y ver lo que encerraba la casa porque, según la leyenda, cuando eso ocurriera fatalmente se perdería la monarquía goda.

Cuando don Rodrigo subió al trono sucumbió a la curiosidad, rompió los candados de la puerta, descorrió los cerrojos y exploró la casa. Recorrió diversas estancias vacías y polvorientas y encontró en la más profunda y oscura un vetusto arcón de madera con la ferretería ya oxidada. Rodrigo lo abrió pensando que contendría un tesoro pero sólo encontró un pergamino en el que estaban representados unos guerreros a caballo con turbantes en la cabeza, armados de espadas, lanzas y arcos. Una inscripción avisaba de que hombres como los representados estaban a punto de conquistar el reino.

Rodrigo cerró el arcón de un portazo en el mismo preciso instante en que la primera patera embarrancaba en la soleada playa de Tarifa.

La violación de Florinda

Cuentan las crónicas que en la corte del rey Rodrigo había una muchacha llamada «Florinda» o «la Cava» que se distinguía por su singular belleza: pechos valentones, amplias caderas, potentes muslos y todo lo que un aficionado al género puede exigir combinado con un rostro perfecto, en el que destacaban unos labios gordezuelos y bermejotes y unos ojos inmensos, color esmeralda, orlados de sedosas pestañas. Lo tenía todo la hija del conde don Julián, gobernador de Ceuta y uno de los hombres

más poderosos del reino godo.

Tuvo Florinda la desgracia de que el rey Rodrigo se prendara de ella un aciago día en que la vio salir del baño en cueros. Algunos romances más inclinados a lo romántico sugieren que no hubo violación sino seducción, ya que la muchacha había intimado con el rey y hasta le sacaba aradores con un alfilerito de oro. Oigamos: «Ella hincada de rodillas, / él está la enamorando; / sacándole está aradores / de las sus jarifas manos».

El arador es el ácaro que produce la sarna, padecimiento muy extendido en aquellos tiempos, poco proclives a la higiene.

Fuera de un modo o de otro, lo cierto es que la contemplación de la bella despertó las más bajas pasiones en el joven y fogoso monarca, cuya virtud no fue ciertamente la continencia. Es un hecho probado, incluso en casos recientes, que cuanto menos inteligentes son los reyes, más rijosos salen.

Prosigamos con la versión más extendida, la de la violación. Después que el rey abrió su corazón a la Cava —continúa la crónica— (es decir, después que le hubo declarado su amor o deshonesto intención), no había día que no la requiriese una vez o dos, pero ella se defendía con discretas razones. Tanto se obsesionó Rodrigo con la chica que un día, en la siesta, la hizo venir a la alcoba real e intentó vencer su honesta resistencia con dádivas y promesas. En vano gastaba su prosa el taimado monarca. La muchacha era de virtud berroqueña y no cedía. Entonces, el cuitado la violó. Oído al romance: «Fuese el rey dormir la siesta, / por la Cava había enviado; / cumplió el rey su voluntad / más por fuerza que por grado, / por lo cual se perdió España / por aquel tan gran pecado».

Lo más chocante de este romance repugnantemente machista es que, al final, la culpa resulta ser de la muchacha: «La malvada de la Cava / a su padre lo ha contado. / Don Julián, que es traidor, / con moros se ha concertado / que destruyesen a España / por le haber así injuriado».

El romancero se adelanta a su tiempo y concuerda plenamente con la Constitución española hoy vigente, que, en su artículo 56, punto tercero, declara que «la persona del Rey es inviolable y no está sujeta a responsabilidad».

Informado don Julián del desfloramiento de su hija, traza su venganza: conchabado con los hijos de Witiza, el anterior rey godo destronado por Rodrigo, invita a los moros de Marruecos a conquistar Hispania. Cruzan los moros el Estrecho en tropecientas pateras y el alarmado Rodrigo sale a atajarlos en el río Guadalete o en la laguna de la Janda. Apenas comenzada la batalla, los hijos de Witiza y el conde don Julián se pasan al moro con sus tropas, como tenían previsto, dejándolo en la estacada. Don Rodrigo resulta derrotado y los moros conquistan el reino.

Esta conveniente leyenda, en otro tiempo casi unánimemente aceptada tanto por los historiadores árabes como por los cristianos, se tiene hoy por fabulosa y completamente ajena a los hechos. En realidad, procede de un relato de las *Eddas* escandinavas, según el cual el rey sigurdo Aleva fue traicionado por su ministro

Thork en venganza porque le había violado a la santa esposa. Ya hemos indicado que, en el caso español, es posible que el partido witiziano divulgara la leyenda para disculpar su implicación en la ruina del reino godo de Hispania.

La existencia histórica del conde don Julián queda fuera de toda duda, pero la de su hija Florinda parece más problemática. Ni siquiera en su nombre concuerdan las fuentes. La *Crónica General* y algunas crónicas árabes la llaman la Caba o Cava. Algunos autores han querido ver en esta denominación la palabra árabe *qahba* («prostituta fina»), lo que no concuerda del todo, más bien discuerda, con el fondo de la leyenda en la que la Cava resulta ser recatada doncella. En otros textos se la llama Alacaba, la Taba, Frandina, Oliba y Florinda.

Las fuentes tampoco se ponen de acuerdo sobre las circunstancias y el lugar donde ocurrió la violación. En la versión más extendida parece que fue en el palacio real, es decir, en Toledo, pero otros opinan que fue en Sevilla, probablemente en primavera, tan propicia a las efusiones amorosas, y añaden que el rey, que sólo conocía la hermosura de la Cava de oídas, había convocado al conde don Julián y a su familia con el pretexto de una fiesta. Efectivamente ofreció una fiesta en la que algunos nobles de su confianza entretuvieron al conde don Julián mientras el taimado Rodrigo se beneficiaba a su hija. En algunas versiones, la Cava no es hija sino esposa del conde don Julián, y en otras no es don Rodrigo el malvado rey que la estupra, sino Witiza, su antecesor.

La figura del conde don Julián es, si cabe, más compleja. En 682, cuando la oleada islámica alcanza el Magreb, era señor de la Jebala, una amplia región montañosa con capital en Tánger. Algunas fuentes nos lo presentan como un rico mercader, dueño de cuatro barcos, que disfrutaba del monopolio de los intercambios comerciales entre las dos orillas del Estrecho, y socio de la lejana Bizancio, que mantenía ciertas posesiones en el norte de África, entre ellas Ceuta y el territorio circundante. A los bizantinos les interesaba controlar la navegación por el estrecho de Gibraltar, uno de los objetivos de su política exterior desde Justiniano.

La habilidad de don Julián para mantener relaciones cordiales con godos, árabes y bizantinos concuerda muy bien con el carácter y destreza de un buen comerciante. El avisado conde prefirió pactar con los caudillos islámicos en lugar de oponerse a ellos y, a cambio, lo mantuvieron en su puesto. Por el contrario, los bizantinos, cada vez más débiles, prefirieron ceder sus posesiones al conde don Julián al tiempo que lo nombraban su cónsul en la Jebala. Se ha sugerido que quizá don Julián era bizantino. No lo parece. Más bien hispanorromano o afrorromano o, incluso, godo. El caso es que mantenía amistosas relaciones con los reyes visigodos de Hispania y conocía Toledo y otras ciudades del reino visigodo. Sus valiosos informes facilitarían mucho la labor a los invasores islámicos de 711.

DON RODRIGO Y LA CAVA



Toledo. Lugar llamado «Baño de la Cava», a finales del siglo XIX.



Don Rodrigo y la Cava.

La traición de don Julián

Y ahora llegamos al punto más debatido de la cuestión. El asunto de la violación de Florinda y la traición de su padre. Si nos ceñimos a los datos históricos, la versión tradicional de los hechos resulta inadmisibles, puesto que el pacto de don Julián con el árabe Muza ocurrió en 709, cuando el rey Rodrigo aún no había ascendido al trono. Por lo tanto es forzoso considerar la traición de don Julián como un episodio de la rivalidad entre grupos políticos.

La historia de la violación de Florinda y la venganza de su padre pudieron ser una versión exculpatoria divulgada por el propio partido witiziano, abrumado por las nefastas consecuencias de su alianza con los moros.

El asunto es, como puede verse, bastante complejo, pero puede complicarse todavía más. Este mismo conde don Julián es identificable con otro personaje africano, un noble católico llamado urbano o quizá Olbán, que se menciona en 754 como consejero de los árabes que invadieron España.

A pesar de estas precisiones, que acrecientan nuestras dudas, persiste la leyenda de la Cava. En Toledo, orilla rumorosa del Tajo, existe un torreón llamado «Baño de la Cava», que la tradición señala como la atalaya desde la cual el rijoso don Rodrigo espío la suculencia de Florinda. En Málaga, una puerta del recinto murado lleva también el nombre de la Cava porque por ella quiere la tradición que saliera la joven cuando se embarcó para comunicar a su padre que el rey la había desgraciado. Otras puertas y torreones en diversos recintos españoles llevan el mismo nombre, quizá porque antiguamente se llamaba «cava» al foso que los precedía. Cava viene a ser «lugar donde se ha excavado».

En el bello pueblecito de Pedroche, en la Sierra Morena cordobesa, hito del antiguo camino califal que unía Córdoba y Toledo, se ha conservado una tradición según la cual la hermosa Florinda se refugió allí, en el convento de la Concepción, para penar su culpa de por vida. La cuitada estaba convencida de que su belleza había causado la ruina de España. El convento sólo data de 1524, pero antes fue beaterio, o sea un establecimiento donde se encerraban voluntariamente las viudas devotas para observar una vida contemplativa y virtuosa y, de paso, librarse de hijos, parientes y demás obligaciones o incordios sociales.

En cuanto a la suerte de Rodrigo, circulan versiones muy distintas, todas ellas tardías y poco fiables. Tras la batalla sólo se encontraron su caballo, su manto y su corona, semienterrada en las arenas fluviales. Para unos, pereció en la batalla, ahogado por el peso de su lorica al caer al agua. Otros piensan que salvó la vida y se refugió en el convento de Viseu, en Portugal, donde, siglos después, aparecería una lápida con la inscripción: *Hic requiescit Ruduricus, ultimus rex gothorum* («Aquí yace Rodrigo, último rey de los godos^[4]»).

Una tercera versión, más truculenta, cuenta que anduvo vagando por los montes hasta que un ermitaño se apiadó de él y lo acogió en su humilde cenobio. Allí le inspiró la Providencia una penitencia proporcional a la magnitud de su falta. Vayamos de nuevo al romance: «Fuele luego revelado, / de parte de Dios un día, / que se meta en una tumba / con una culebra viva, / y esto tome en penitencia / por el mal que hecho había».

Ya se ve lo a mal que se tomó Dios que la torpeza de Rodrigo le enajenara el dominio de la católica Hispania para entregarla a la secta de Mahoma. Rodrigo, disciplinado, obedeció: «Métese como Dios manda, / para allí acabar su vida; / el ermitaño, muy santo, / mírale el tercero día. / Dice: “¿Cómo os va, buen rey? / ¿Vaos bien con la compañía?” / “Hasta ahora no me ha tocado, / porque Dios no lo quería».

Un par de días pasados, el ermitaño regresa a ver si la sierpe sigue igual de inapetente.

«Después vuelve el ermitaño / a ver ya si muerto había. / Rogaba a Dios a su lado / todas las horas del día. / “¿Cómo te va, penitente, / con tu fuerte compañía?” / “ya me come, ya me come, / por do más pecado había”».

«Por do más pecado había» está claro que se refiere al órgano de la lujuria, pero el romance, pacato, manipulado por el dengue mester de clerecía para recitado en conventos de novicias, se sale por la tangente y especifica.

«Ya me come, ya me come, / por do más pecado había, / en derecho al corazón, / fuente de mi gran desdicha».

¡Y una mierda! En realidad, el romance original dice:

«Ya me come, ya me come, / por do más pecado había, / a tres cuartas del pescuezo / y a una de la barriga».

El cuento termina bien, con la salvación del alma de Rodrigo:

«Las campanas del cielo / sonen hacen de alegría; / las campanas de la tierra / ellas solas se tañían; / el alma del penitente / para los cielos subía».

En fin. Los moros se instalaron en Hispania por las bravas entre la indiferencia o mínima resistencia de los hispanorromanos y después costó sangre, sudor y esfuerzo echarlos: los ocho siglos de la Reconquista.

Hoy, superados aquellos rancios odios y suspicacias gracias a la alianza de civilizaciones propuesta por el presidente Zapatero, el islam regresa a España con el ímpetu de antaño, sin propósito ninguno de colonización ni conquista, animado de los mejores deseos, tolerante y participativo, con su impresionante riqueza cultural. Es como un injerto joven que a la vuelta de un par de generaciones habrá revitalizado y renovado, con savia nueva, nuevas leyes y nuevos usos sociales, el tronco decrepito y achacoso de Europa. ¡Qué mejor herencia para nuestros nietos!

El enigma de la Mesa de Salomón

Mesa o espejo, ese objeto maravilloso, cincelado por genios o ángeles para el rey Salomón, ha poblado los sueños de muchos hombres. Quizá nunca existió, quizá sólo sea el arquetipo de la eterna búsqueda del saber, de la riqueza o del poder.

Salomón, el rey de Israel, del que la Biblia asegura que alcanzó el conocimiento absoluto^[1], diseñó una mesa de oro y pedrería, de valor incalculable, y la encerró en el Templo de Jerusalén, residencia de Dios.

El verdadero valor de la Mesa de Salomón era espiritual: un jeroglífico dibujado en su tapa cifraba el nombre secreto de Dios, el *Shem Shemaforash*, la palabra secreta y santa que, una vez al año, en fecha señalada, el Sumo Sacerdote de Israel susurraba ante el Arca de la Alianza para renovar la Alianza entre Dios y la humanidad.

El Arca de la Alianza y la Mesa de Salomón estaban confinadas en el *Devir*, *Kodesh HaKodashim* o *sancta sanctorum* del templo, una estancia sin ventanas, de techo bajo, a la que sólo el Sumo Sacerdote accedía, tras revestirse con el pectoral de las doce piedras (las tribus de Israel), untarse con la sangre de un cordero sacrificial y envolverse en una nube de incienso, precauciones necesarias para que la mera presencia de Dios no lo aniquilara.

Además del Sumo Sacerdote, una segunda persona conocía el *Shem Shemaforash*: el Maestro del Nombre o *Baal Shem* que el Sumo Sacerdote hubiera designado para sucederlo. De este modo se evitaba que la palabra se perdiera si el Sumo Sacerdote perecía. No obstante, como se vivían tiempos azarosos, y el pequeño Israel estaba constantemente amenazado por vecinos poderosos, el precavido Salomón comprendió que alguna vez podían morir simultáneamente los dos portadores del Nombre divino, llevándose al otro mundo la palabra secreta de su pacto con Dios. Para que no se perdiera el Nombre, del que dependía la alianza de su pueblo, el sabio rey ideó un complejo entramado geométrico que contenía las claves del *Shem Shemaforash*, aunque descifrarlo requería una entrega tal a la contemplación de Dios que sólo estaría al alcance de un místico capaz de meditar sobre el misterio divino hasta el punto de merecer ese último secreto. Ése sería el origen y la meta última de la cábala, la ciencia de Dios.

La mesa, portadora del *Shem Shemaforash*, era el único objeto santo que, debido a su carácter, compartía con el Arca de la Alianza la *shekiná* o presencia de Dios.

Salomón murió hacia el año -922. Después se inició una rápida decadencia de Israel y no faltaron ocasiones para que los atribulados judíos tuvieran que disponer del tesoro del templo: el expolio comienza durante el reinado de Roboam, hijo de Salomón, que tuvo que aplacar a los egipcios (1 Reyes 14,26) y prosiguió en años posteriores (1 Reyes 15,18; 2 Reyes 16,8, etc.). A ello hay que sumar las desviaciones paganas (2 Reyes 16,17; 21,4; 23,1-12), flaquezas de los propios judíos en el

mantenimiento de su alianza sagrada. En resumen, que en cuatrocientos años hay amplio espacio para dudar de que una mesa de oro y pedrería se conservara intacta.

En el -586, el rey Nabucodonosor II conquistó Israel y destruyó el templo, después de saquearlo de todo lo saqueable. Cabe dentro de lo posible que los sacerdotes pusieran a salvo los objetos confinados en el *sancta sanctorum* antes de la llegada de los caldeos (aunque nadie nos asegura que fueran los originales que hizo forjar Salomón).

A partir de la destrucción del templo, la Biblia no vuelve a mencionar el Arca de la Alianza, la sede de Dios, aunque una fuente tardía, el Libro II de los Macabeos (2,4-10), asegura que el profeta Jeremías la puso a salvo en una cueva del monte Nebo.

En el -535 los judíos repatriados del exilio babilónico levantaron el denominado «Segundo Templo» en las ruinas del primero. Sobre esta construcción, seguramente modesta, Herodes el Grande remodeló un templo magnífico con amplios edificios auxiliares en el año -19. A este segundo templo, que fue destruido, junto con el resto de Jerusalén, por las legiones de Tito el año 70, pertenece el Muro de las Lamentaciones^[2].

El historiador Flavio Josefo, testigo presencial y cronista de la conquista romana de Jerusalén, escribe: «Entre la gran cantidad de despojos, los más notables eran los del Templo de Jerusalén, la mesa de oro, que pesaba varios talentos, y el candelabro de oro^[3]».

¿Se refería a la Mesa de Salomón? Es posible, pero también podría tratarse de otra, la llamada «mesa de los panes» que a veces se menciona entre el mobiliario del templo.

Cuando el general vencedor, Tito, regresó a Roma, exhibió este tesoro en su procesión triunfal inmortalizada en el arco que la ciudad erigió para honrarlo. Entre los relieves que decoran el monumento distinguimos la *ménorah* o candelabro de los siete brazos y una mesa de la que sólo podemos apreciar las largas patas y el perfil del tablero, cuadrado y de unos cuatro palmos de lado.

Después del desfile triunfal, los objetos del templo se depositaron en el Templo de Júpiter capitolino y, posteriormente, en los palacios imperiales o en el Templo de la Paz, donde se sumaron a otros muchos objetos sagrados expoliados a diferentes pueblos. Los romanos, en su condición de politeístas, creían que el poder de los objetos sagrados de los pueblos sometidos se transmitía al conquistador. Depositando esos objetos en el Templo de Júpiter capitolino, su templo máximo, acrecentaban la protección mágica de Roma y, por consiguiente, su poder.

En el siglo V, ya en plena decadencia de su imperio, Roma sufrió dos saqueos, el primero a manos de los godos de Alarico I el año 410, y el segundo por los vándalos en 455^[4].

Los godos depositaron el tesoro romano en Toulouse, la capital de su reino, que abarcaba desde el sur de la península Ibérica hasta el norte de la actual Francia^[5].

Éste sería el llamado «tesoro antiguo» integrado por objetos sagrados cuya virtud supuestamente fortalecía al poseedor. Era, por lo tanto, un legado inalienable, sagrado, estatal, distinto del tesoro real, la reserva monetaria del monarca reinante.

La fama del tesoro godo, acrecentada por la de los objetos del Templo de Jerusalén, se divulgó entre los pueblos del entorno e incluso alcanzó a otros bastante lejanos^[6]. El historiador bizantino Procopio de Cesarea (siglo VI), comenta: «y los ostrogodos ganaron la batalla, matando a la mayor parte de los visigodos y a su jefe Alarico (el Joven). Entonces tomaron posesión de la Galia, la dominaron y asediaron Carcasona con gran entusiasmo, porque sabían que estaba allí el tesoro real que había tomado Alarico (el Viejo) en los primeros tiempos, como botín cuando asaltó Roma. En este tesoro estaban los tesoros de Salomón, el rey hebreo que tenía el más extraordinario aspecto: la mayor parte estaba adornado con esmeraldas y había sido tomado en Jerusalén por los romanos en tiempos antiguos^[7]». Esta fama estimuló la codicia de los francos, que invadieron el reino visigodo y se enfrentaron a su ejército en Vouillé (507). El combate se saldó con la derrota de los visigodos y la muerte de su rey, Alarico II, al que sucedió su hijo bastardo Gesaleico, elegido por los nobles en el mismo campo de batalla. San Isidoro lo considera «de origen plebeyo, torpe y desacertado en sus actos». Con esas credenciales y con las malas vecindades que tenía, no es de extrañar que el suyo fuera un reinado fugaz. Como francos y borgoñones prosiguieran su avance, Gesaleico abandonó Toulouse y se replegó, con los tesoros, a Carcasona. Tras dos años de reinado calamitoso, lo depuso (y ejecutó) en 511 el rey de los ostrogodos Teodorico, que entregó el trono vacante a su nieto Amalarico (hijo de Alarico II y de su hija Tindigota) y desempeñó la regencia en su nombre. Una de las primeras disposiciones que tomó fue trasladar el tesoro de los godos de Carcasona a Rávena, la capital de su reino.

El joven Amalarico accedió al gobierno de los visigodos el año 526, tras la muerte de su abuelo. Su primer acto de gobierno fue trasladar el tesoro godo a Toledo, aunque él no pasó de Barcelona, donde fue asesinado. Quizá convenga advertir al lector de que era costumbre entre los reyes godos morir asesinados. Como la monarquía era electiva, no hereditaria, la impaciencia por alcanzar la corona consumía a muchos nobles godos y los inclinaba a eliminar al monarca.

En el siglo y medio que se extiende entre la obra de Procopio de Cesarea y la de los cronistas árabes de la conquista de España, la Mesa de Salomón no vuelve a mencionarse, pero es presumible que permaneciera en Toledo con el resto de los tesoros. Es a partir del año 711 cuando adquiere una súbita notoriedad que se refleja en las crónicas árabes de la conquista.

Existe otro posible itinerario de la Mesa de Salomón hasta Toledo, esta vez a lo largo del norte de África. «El rey de los rumíes (o sea, de los romanos ya convertidos al cristianismo) entregó la mesa a la gente de Egipto. Los obispos la llevaron a Alejandría, pero cuando ‘Amr ben al-As atacó Egipto huyeron con ella hacia la ciudad de Trípoli. Cuando se les acercó, huyeron con ella a la ciudad de Cartago. Al

entrar los musulmanes en Tánger, se trasladaron con ella a la ciudad de Toledo, sin que tuvieran un lugar inaccesible donde huir con ella después de Toledo^[8]».

El año 711, los moros desembarcaron en las playas de Tarifa, derrotaron al ejército godo del rey Rodrigo y conquistaron España. Entre las piezas más preciosas del botín capturado en Toledo, la capital del reino, figuraba la Mesa de Salomón, de oro cincelado con adornos de perlas y pedrería. Era tan valiosa que «no se encontró un hombre en todo el ejército que pudiera tasarla».

Las noticias sobre la Mesa de Salomón proceden de dos fuentes, una egipcia y otra andalusí, que postulan tres posibles edificios toledanos donde la mesa se encontró: en la Casa de los Reyes, en la casa de los Cerrojos, o en una iglesia. Otros creen que estaba en el castillo de Firas, a dos días de Toledo (lo que equivale a unos sesenta kilómetros), donde quizá la interceptaron los conquistadores cuando los godos intentaban ponerla a salvo, y otros, finalmente hablan de la «Ciudad de la Mesa» (*madinat alma'ida*). Cabe dentro de lo posible que las fuentes confundan dos objetos distintos situados en dos emplazamientos. Algunos godos desmentían que hubiera pertenecido a Salomón y aseguraban que era el producto de la fundición de una serie de objetos de oro donados por devotos a la Iglesia (lo consigna al-Himyari). Quizá intentaban restar importancia a la mesa para protegerla o preservar su secreto^[9].

No hay unanimidad entre los cronistas árabes que mencionan el objeto sagrado forjado por Salomón: para la mayoría es una mesa, o sea, un tablero horizontal con patas, pero para otros es una arca (*tabut*), un espejo o el *missorium aureum*, una bandeja de oro votiva, donada por el patricio Aecio^[10]. Mesa, espejo y *missorium* nos remiten, en cualquier caso, a una superficie pulida, presumiblemente metálica.

El historiador Aben Al Hakam escribe: «Cuando Muza conquistó España, se apoderó de la Mesa de Salomón, hijo de David, y de la corona. Le dijeron a Muza que la mesa estaba en un castillo llamado “Faras”, a dos leguas de Toledo. La mesa tenía tanto oro y aljófar como jamás se vio nada igual. Tariq le arrancó un pie con el oro y perlas que tenía y le mandó poner otro semejante. Estaba valorada en doscientos mil dinares, por las muchas perlas que tenía^[11]».

Otro historiador, al-Maqqari, escribe: «La mesa estaba hecha de oro puro, incrustado de perlas, rubíes y esmeraldas, de tal suerte que no se había visto otra semejante [...] estaba colocada sobre el altar de la iglesia de Toledo, donde la encontraron los musulmanes, volando la fama de su magnificencia. Ya sospechaba Tariq lo que después sucedió de la envidia de Muza, por las ventajas que había conseguido, y que le había de ordenar la entrega de todo lo que tenía, por lo cual discurrió arrancarle uno de los pies y esconderlo en su casa, y ésta fue, como es sabido, una de las causas de que Tariq y Muza disputasen ante el califa sobre sus respectivas conquistas, disputa en la que Tariq quedó vencedor^[12]».

El estímulo principal de los moros en la conquista de España fueron los dos tesoros de la monarquía visigoda, el tesoro real y el tesoro sagrado. ¿Dónde se

guardaban estos tesoros? El tesoro real, del que la corona podía disponer, acompañaba al monarca en sus desplazamientos. El tesoro sagrado era intocable y se guardaba, según la persistente leyenda, en una casa cerrada con muchos cerrojos, o sea, el Palacio Encantado. Algunos historiadores suponen que estaría en Toledo, ya que era la capital del reino, pero otras fuentes no se muestran tan seguras. En *Las Mil y una noches*, colección de cuentos que transmite diversas noticias históricas, se habla de «un país al que llamaba Lepta que pertenecía al reino de los cristianos». Otras fuentes especifican que aquella casa, palacio o cueva del tesoro era una construcción antigua, obra de Hércules. Casi todos los autores suponen que la famosa cueva de Hércules estaría en Toledo, pero existe una arraigada tradición que la sitúa cerca de Jaén, en la peña de Martos, donde, como escribe Francisco Delicado en 1524, «puso Hércules la tercera piedra o columna que al presente es puesta en el templo^[13]». Jorge Luis Borges, en *La cámara de las estatuas*, escribe: «En los primeros días había en el reino de los andaluces una ciudad en la que residían sus reyes y que tenía por nombre Lebit, o Ceuta, o Jaén^[14]».

A la historia, muchas veces nutrida de leyendas que acaban siendo respetables en razón de la antigüedad de los textos que las sustentan, se añaden los mitos creados en torno al maravilloso objeto de Salomón. Es evidente que muchos componentes de la religión y de los ritos hebreos proceden de Egipto, donde los judíos habían recibido la influencia de una cultura superior durante varias generaciones. El monoteísmo hebreo (tan parecido al de Akenatón, el faraón hereje) es de inspiración egipcia^[15]. El Arca de la Alianza, las Tablas de la Ley y otros objetos sagrados del templo reproducen objetos rituales egipcios en los que Moisés se había iniciado cuando era un príncipe a orillas del Nilo.

Dijimos más arriba que el previsor Salomón intuyó que adversos avatares políticos de su reino amenazarían la transmisión oral del secreto y esa incertidumbre le aconsejó reducir el Nombre Secreto de Dios a un ideograma geométrico y transmitirlo en el objeto que llamamos Mesa de Salomón.

La formulación geométrica de ese sonido sagrado, el Nombre Oculto de Dios, no es un secreto privativo de los hebreos. También pertenecía a los iniciados de otras culturas, entre ellos a Pitágoras. El sabio griego considera que el cosmos es un único y mismo ser cuya armonía se expresa en la aritmética sagrada del *tetractis* o cuaternario. En el campo cristiano medieval, Bernardo de Claraval escribe en *De Consideratione*: «Dios es longitud, anchura, altura y profundidad». Es decir, Dios es Geometría.

¿Conocía el secreto de la Mesa de Salomón Alarico, el caudillo godo que la capturó junto con los otros tesoros sagrados de Roma? Algunos autores lo creen posible.

Los dos caudillos de la conquista, Tariq y Muza, se disputaron la mesa, pero el califa de Oriente, la máxima autoridad musulmana, zanjó la cuestión reclamándola. Según la tradición, la Mesa de Salomón se extravió en el trayecto entre Toledo y los

puertos andalusíes donde tenía que embarcar. Desde entonces diversos personajes, en épocas distintas, han buscado el famoso talismán en varios lugares, especialmente en Toledo y Jaén^[16]. Para acabar de enredar el asunto, la realidad se empeña en respaldar la leyenda: en 1858 se encontró un tesoro visigodo cerca de Toledo, en Guarrazar; y en 1924 se encontró otro en Jaén, en la finca los Majanos de Garañón, término de Torredonjimeno, a pocos kilómetros de la cueva de Hércules que la tradición sitúa en la Peña de Martos.

El tesoro de Guarrazar, constituido por una serie de coronas votivas, puede admirarse en el Museo Arqueológico Nacional. El de Torredonjimeno, también formado por coronas y otros objetos, no tuvo tanta suerte. El labriego que lo halló pensó que era hojalata dorada y que las gemas eran cristalitos de colores y lo entregó a sus hijos como juguete. Años después, unos anticuarios cordobeses adquirieron lo que restaba a precio irrisorio. Cuando la noticia llegó a las autoridades, sólo se pudieron rescatar unas pocas piezas menores, en algunas de las cuales aparecían los nombres germanizados de Trutila (Totila) y Rovine (Rufinus).

La Mesa de Salomón en Toledo

La leyenda de la cueva de Hércules arraigó profundamente en Toledo. Con el tiempo, la mítica cueva se consideró un espacio sagrado dedicado a prácticas de magia. Los toledanos creían que la cueva estaba bajo la iglesia de San Ginés, hoy desaparecida, y que sus galerías se prolongaban fuera de la ciudad hasta una distancia de tres leguas. En 1546, el cardenal Silíceo hizo explorar la cueva: «A cosa de media legua — leemos en Lozano— toparon una mesa de piedra con una estatua de bronce [...] después pasaron adelante hasta dar con un gran golpe de agua». No se atrevieron a proseguir y regresaron^[17].

En 1839, nuevos exploradores se descolgaron con cuerdas hasta un osario cuya entrada cerraba una pesada losa y encontraron vestigios de construcciones antiguas, pero la probable entrada de la cueva estaba taponada de escombros. Doce años después, unos oficiales de zapadores descubrieron una sala subterránea, de quince por nueve metros, sostenida por tres arcos de buena sillería que sostenían fuertes bóvedas. La construcción les pareció romana. Hacia 1929, un sacerdote toledano, Ventura López, dedujo que la cueva había albergado ¡un templo asirio fenicio! Una exploración más reciente, de 1974, señala la existencia de diversas galerías, algunas quizá inexploradas, que podrían ser sótanos de viviendas o el depósito terminal del acueducto romano o incluso el aljibe de una mezquita desaparecida.

La Mesa de Salomón en Jaén

En 1937, Joaquín Morales, un joven funcionario encargado de inventariar los tesoros

artísticos de la catedral de Jaén por cuenta de la Dirección General de Bellas Artes, descubrió casualmente, en el archivo del templo, unos documentos pertenecientes a una sociedad secreta denominada «*Los Doce Apóstoles*», a la cual habían pertenecido destacados miembros del clero y la burguesía local de fines del siglo XIX y principios del XX. El objetivo de esta sociedad era la búsqueda de la Mesa de Salomón, supuestamente oculta en la ciudad o en sus alrededores. Joaquín Morales, cuyas actividades fueron meramente burocráticas, fue fusilado en 1940, pero parte de sus apuntes, que recogían el resultado de sus pesquisas, quedaron traspapelados entre montones de documentos que permanecieron apilados en un rincón del polvoriento archivo catedralicio hasta 1968, año en que los descubrió otro investigador.

Según los documentos de *Los Doce Apóstoles*, cuando se produjo la invasión árabe, la Mesa de Salomón estaba depositada en Ossaria, una diócesis de la Iglesia visigoda correspondiente a la demarcación de la Colonia Augusta Gemela romana. Esta diócesis, formada por Torredonjimeno y Martos, perduró nominalmente hasta 1558. En Ossaria existía una iglesia consagrada a san Nicolás en cuya cripta estaba depositada supuestamente la Mesa de Salomón. Quizá resulte casual que san Nicolás sea, en el cristianismo antiguo, el custodio de los tesoros. La diócesis de Ossaria estaba, según los papeles de la logia mencionada, al cuidado de dos obispos: Totila y Rufinus, los dos custodios de la Mesa de Salomón y concedores del Nombre Secreto que la mesa representa, el *Shem Shemaforash*. El 711, cuando los árabes capturaron la Mesa de Salomón y destruyeron el santuario, la comunidad se dispersó. Totila se recluyó en el convento de La Negra, cerca de Martos, y Rufinus marchó al santuario de San Nicolás en Urgavo, la actual Arjona. Poco después, los musulmanes expulsaron de nuevo a los monjes y Rufinus se estableció en algún lugar denominado «Monte Sión». Totila, por su parte, emprendió una peregrinación a los Santos Lugares, pero enfermó y falleció antes de alcanzarlos. El fraile que lo acompañaba regresó a España y se recluyó en el cenobio mozárabe de Nájera.

El otro obispo de Ossaria, Rufinus, vivió el resto de su vida en su nuevo monasterio de Monte Sión, en Sierra Morena, uno de los muchos cenobios cristianos que los musulmanes toleraban a cambio de un impuesto. Los lugares sagrados han abundado en Sierra Morena desde la prehistoria. Monte Sión, equidistante entre los santuarios ibéricos del Collado de los Jardines y Castellar de Santisteban, estaba muy cerca de la Venta de los Santos, donde hubo otro santuario ibérico, y de Giribaile, donde los santuarios se prolongan por espacio de más de mil años, desde época ibérica hasta bien entrada la Edad Media.

La titular de la ermita que sucedió al santuario de la Venta de los Santos era una Virgen Negra aparecida en el hueco de la encina, el ancestral árbol santo.

Hacia 1302, o poco después —seguimos citando el relato de Joaquín Morales—, un fraile llamado Pedro o Juan Vergino se afincó en el monasterio de Monte Sión y dejó esculpida, en los alrededores, la llamada «Piedra del Letrero», el diagrama de la Mesa de Salomón con la formulación geométrica del Nombre de Dios, el *Shem*

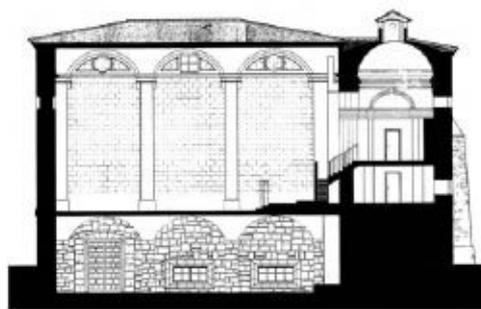
Shemaforash.

El legendario monasterio de Monte Si3n, situado en los t3rminos de la localidad jiennense de Chiclana de Segura, no existe ya, pero se ha dejado su huella en el top3nimo Montiz3n, el monte de la Luz. Esta comarca perteneci3 a los caballeros de la Orden de Santiago, pero extra3namente, estaba vinculada a la Orden de Calatrava^[18].

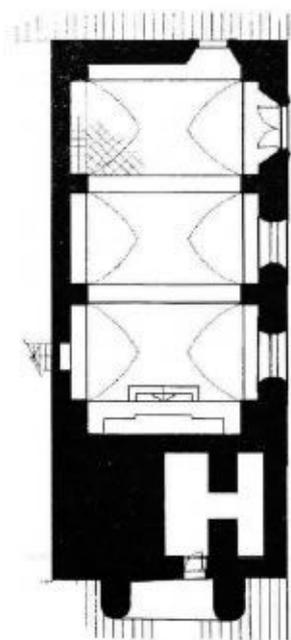
LA ERMITA DE LOS SANTOS DE ARJONA



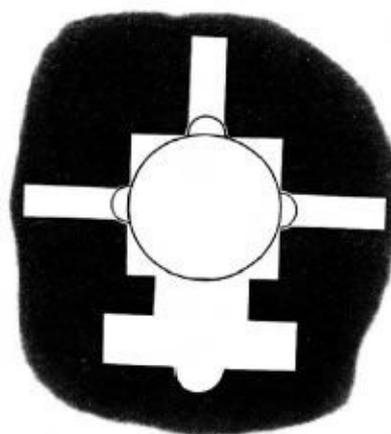
El impulsor de las excavaciones de Arjona, obispo-cardenal Moscoso Sandoval.



La ermita de los Santos con la presunta sala secreta bajo el camar3n.



Plano de la ermita de los Santos.



Plano de la cripta del bar3n de Velasco.

La Piedra del Letrero, tambi3n conocida por los campesinos como Piedra del Miedo, era un podio de roca sil3cea de considerables proporciones marcada con una cruz patriarcal y las letras PBS, posibles iniciales latinas de Signo de Pedro Vergino (con la graf3a Bergino). Fue destruida en los a3os cuarenta.

Según los documentos de *Los Doce Apóstoles*, en los siglos XVI y XVII, diversos papas se interesaron por el diagrama de la Mesa de Salomón obtenido por Vergino, pero no consta que lo consiguieran. Quizá otros buscadores más cercanos tuvieron más suerte. Desde principios del siglo XVI, notorios personajes relacionados con la catedral de Jaén se han consagrado a la búsqueda del famoso talismán. Lo más sorprendente es que algunos allegaron grandes riquezas de origen cuanto menos misterioso. Entre éstos destaca el obispo don Alonso Suárez de la Fuente del Sauce, quien, entre 1500 y 1520, realizó en la diócesis una ingente cantidad de obras tanto eclesiásticas como civiles. Incluso calculando modestamente el montante de estos trabajos, es evidente que el gasto excedió cumplidamente los ingresos del obispado. Don Alonso Suárez inició en Jaén la construcción de una ambiciosa catedral gótica y dispuso en sus mandas testamentarias que lo sepultaran en su capilla mayor, frente al relicario del Santo Rostro, el presunto velo de la Verónica que reproduce las facciones de Cristo. No obstante, años después, a raíz de la remodelación del templo, el cabildo decidió que no hubiese sepulturas en la capilla del Santo Rostro, por respeto a la insigne reliquia, lo que provocó un pleito secular con los herederos del obispo Suárez. En los cuatro siglos que ha durado el pleito, la momia de don Alonso Suárez de la Fuente del Sauce ha permanecido «provisionalmente» instalada en una cajonera de la capilla Mayor. La única fotografía que tenemos de ella se hizo en 1968, cuando doña Carmen Polo, esposa del dictador Francisco Franco, manifestó su deseo de contemplar la momia del famoso «obispo insepulto». Finalmente, en 2001, el cabildo cedió a los deseos del obispo constructor y sepultó sus restos en el lugar que había elegido.

Un sucesor del obispo Alonso Suárez al frente de la diócesis de Jaén, que también figura en la lista de «los que buscaron la Cava», es el obispo Moscoso Sandoval (1589-1665). Quizá no sea casual que en 1628 emprendiera extensas excavaciones en Arjona, en el antiguo santuario de San Nicolás y sus alrededores, el lugar donde se refugió el visigodo Rufinus. El pretexto fue desenterrar reliquias de mártires cristianos ejecutados en aquel lugar en tiempos de Diocleciano.

Otro posible buscador de la Mesa de Salomón, también dotado, como el anterior, de inagotables recursos financieros, fue el canónigo Manuel Muñoz Garnica, que vivió entre 1821 y 1876. En víspera de la revolución de 1868, Muñoz Garnica ocultó bajo la sillería del coro de la catedral un tesoro cifrado en unos once mil duros de plata. Posteriormente invirtió verdaderas fortunas en el sostenimiento de la facción neocatólica del partido conservador y en la financiación de revistas religiosas y otras publicaciones consagradas a defender a la Iglesia de los ataques de los masones y de los liberales. Es posible que los documentos hallados por Joaquín Morales en 1937 fueran los mismos que Muñoz Garnica ocultó en 1868, adelantándose a la Ley de Incautación de los Archivos Eclesiásticos que el gobierno decretaría poco después.

El interés por la Mesa de Salomón fuera de nuestras fronteras tampoco decayó. En 1871 una logia masónica de Ginebra, la Sociéte de l'Orient Latin, comisionó al

erudito y arqueólogo Antoine Bigou para que copiase los signos contenidos en la Piedra del Letrero. Por la misma época debió de fundarse en España la sociedad de *Los Doce Apóstoles*. Uno de sus miembros más destacados, el arquitecto gallego Justo Florián Ardes, se trasladó a Jaén y adquirió unas minas en Fuensanta de Martos, el santuario de la Negra que interesó a los calatravos incluso desde antes de su conquista (por eso hicieron una incursión contra él en 1224, mientras Fernando III atacaba Quesada).

En 1888, Justo Florián exploró una antigua iglesia calatrava medio arruinada en Porcuna y la reconstruyó en estilo bizantino.

Por los mismos años, se advierte una intensa actividad de los componentes de *Los Doce Apóstoles*, algunos de ellos notorios masones, que construyeron en sus mansiones capillas particulares presuntamente destinadas a la Mesa de Salomón. En 1989, durante la demolición de un edificio de la calle Mesa de Jaén, apareció una de estas capillas, de planta cuadrada, con una bóveda de media naranja. Su única comunicación con el exterior consistía en una alta ventana disimulada en el tejado. En el interior sólo había una pequeña repisa de yeso, a modo de altar, y cuatro pedestales que pudieron sostener otras tantas esculturas de ángeles en disposición de adorar un objeto central.

En 1906 *Los Doce Apóstoles* acuerdan costear dos contrafuertes monumentales para la ermita-santuario de las reliquias de Arjona con el propósito de mimetizar este santuario con el Templo de Jerusalén, flanqueado por las dos columnas Jakim y Boaz, tan importantes en los rituales masónicos.

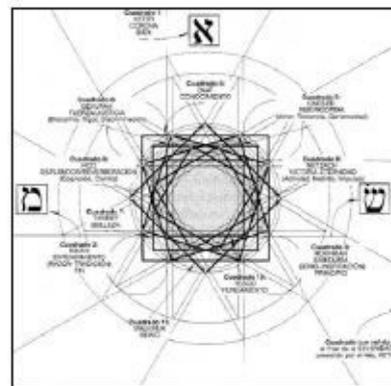
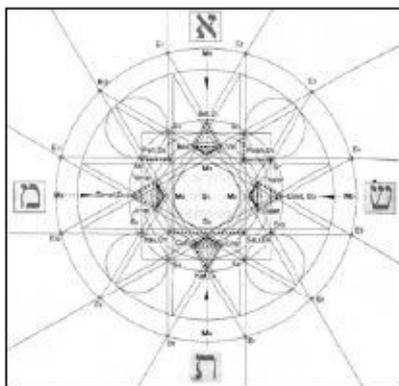
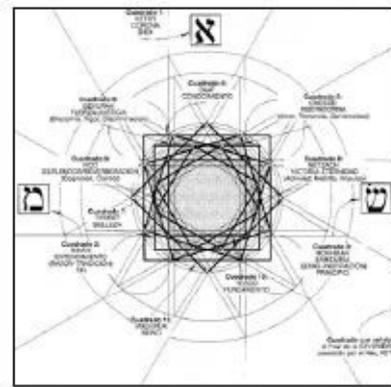
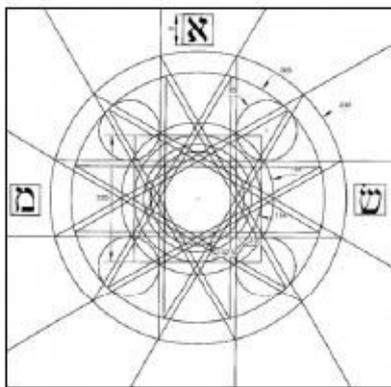
En estos años primeros del siglo xx, Antonio Florián, hijo del arquitecto gallego y sucesor de su padre en *Los Doce Apóstoles*, estudiaba arquitectura en Venecia y en Viena, junto al arquitecto Otto Wagner. Es posible que entrara en contacto con círculos ocultistas estudiosos de la arquitectura iniciática antigua. A su regreso a España siguió una brillante carrera profesional que se interrumpió durante la guerra civil, cuando Antonio Florián fue destituido de sus cargos por los dos bandos. El arquitecto falleció en 1941. En el testamento dispuso que su epitafio fuera una sola palabra: artista.

La obra más enigmática de Antonio Florián, evidentemente relacionada con la búsqueda de la Mesa de Salomón, fue la cripta funeraria bizantina excavada en 1914 en el subsuelo de la iglesia de San Juan, en Arjona, por encargo de uno de sus consocios, el barón de Velasco. La cripta fue saqueada y destruida en 1936, pero aún se pueden admirar consistentes restos de su belleza original. Durante las obras de reconstrucción de la iglesia, realizadas en 1956, apareció una enigmática lápida de mármol entre los escombros de la cripta. Lo que la lápida representa es un complejo mandala formado por círculos concéntricos y una estrella de doce puntas circundada por tres letras hebreas, un laberinto de trazos ordenados en torno a un dedacógono. Posiblemente se trate de una esquemática representación, la única conocida, de la Mesa de Salomón. La lápida, que está empotrada en un muro del patio del

Ayuntamiento de Arjona, ha resultado ser un libro cabalístico mudo, en el que las formulaciones de la antigua ciencia mística hebrea se formulan por medio de trazados geométricos complementados solamente con tres letras hebreas, las que los cabalistas llaman «madres».

No parece admisible que los componentes de Los Doce Apóstoles, todos ellos personas mundanas y algunas hasta frívolas, dedicaran sus vigiliias al estudio y la comprensión de una disciplina tan ardua como la Cábala. Hemos de pensar que tomaron la presunta Mesa de Salomón de algún manuscrito antiguo, obra de un cabalista auténtico y que nunca intentaron descifrar el verdadero significado del talismán.

INTERPRETACIÓN CABALÍSTICA DE LA LÁPIDA TEMPLARIA DE ARJONA (según Álvaro Rendón)



DIVERSAS INTERPRETACIONES DEL SELLO DE SALOMÓN



El secreto de Cristóbal Colón

Los historiadores se enfrentan con grandes dificultades cuando intentan esclarecer los muchos misterios y enigmas que rodean la vida del almirante. Cristóbal Colón era un redomado embustero que iba dejando tras de sí una estela de humo para ocultar sus orígenes, sus empresas, sus conocimientos, sus proyectos... Incluso su origen continúa siendo motivo de discusión.

¿De dónde era? Se han escrito decenas de libros para probar que era griego, que era inglés, que era portugués, que era francés, que era suizo, que era bizantino... Los que creen que era español no se ponen de acuerdo sobre cuál de las diecisiete autonomías debe contarle entre sus grandes hombres. ¿Era castellano, era gallego, era catalán, era mallorquín, era extremeño, era andaluz...? No faltan los que opinan que, en realidad, el misterio de su origen estriba en que tenía razones importantes para ocultar ese origen. ¿Pertenece Colón a una minoría étnica o social perseguida? De este razonamiento nacen nuevos posibles colones. ¿Era homosexual, en un tiempo en que tal condición se consideraba nefanda y se castigaba con la hoguera? ¿Era, quizá, una mujer travestida que ocultaba su sexo para triunfar en un mundo regido por los hombres? ¿Era, por ventura, judío, perteneciente a una raza y cultura marginada y, en el caso de España, expulsada por los Reyes Católicos?

Cualquier hipótesis, por descabellada que sea, sirve para explicar los enigmas del escurridizo personaje.

Hay aspectos de Colón que todavía pertenecen al terreno de la especulación, pero su origen y nacimiento han quedado definitivamente aclarados desde que, en los años treinta, Mussolini, deseoso de establecer la italianidad de Colón, empleó a una legión de historiadores en escudriñar en los archivos notariales de Génova. El resultado fue la exhumación de documentos que prueban, sin lugar a dudas, que Colón era genovés y que había nacido en el seno de una familia muy humilde, hijo de un tejedor que a veces se pluriempleaba de tabernero. Fue precisamente su deseo de escalar un puesto entre la aristocracia lo que le llevó a ocultar estos orígenes. En la sociedad clasista en que se movía Colón, la posición de las personas venía predeterminada por la cuna.

Su origen genovés resuelve el enigma de su nacimiento, pero plantea otros: ¿cómo es que desconocía el italiano? ¿Por qué prefería escribir en castellano? Quizá porque el idioma que Colón había aprendido en su infancia era el dialecto genovés, muy distinto del idioma italiano y desprovisto de expresión escrita. Esto explica que prefiriera escribir en castellano, que se le daba mejor que el italiano, pero entonces ¿por qué al escribir en castellano utiliza grafía portuguesa?, ¿y por qué hablaba un castellano ceceante, pronunciado a la manera andaluza?, ¿y por qué estofaba su habla con tantas palabras portuguesas y catalanas?

La sorprendente realidad es que Cristóbal Colón no hablaba correctamente ningún

idioma; aunque chapurreaba varios, una limitación bastante extendida entre los marinos de su tiempo.

En lo que se refiere al vocabulario, el almirante era ecléctico y casi esperantista. Usaba indistintamente palabras que se entendieran en el mayor número de idiomas posibles.

¿Era Colón judío?

Se ha especulado que su misterio consistía en que ocultaba ese origen, que lo hubiera convertido inmediatamente en sospechoso, especialmente en España, donde sus valedores, los Reyes Católicos, acababan de expulsar a los judíos.

No, Colón era católico practicante. Puede que la madre descendiera de judíos, como tanta otra gente en la Italia de su tiempo, pero él era hijo y nieto de cristianos. La ocultación que hace de su vida es simplemente cuestión de prestigio: no quiere que los nobles, entre los que se está abriendo paso, sepan que procede de una familia humilísima.

Colón, antes de descubrir América, era un don nadie, pero era también un sujeto inteligente y ambicioso, que se había propuesto ser alguien, que ambicionaba riquezas, poder y títulos de nobleza.

Colón era un típico hombre de su tiempo. En el siglo xv, en la bisagra entre la mentalidad medieval y la renacentista, menudeaban los tipos contradictorios. En Colón detectamos una patológica mitomanía sujeta a ideas preconcebidas y a menudo disparatadas, bagaje propio de un hombre medieval, junto al hombre abierto a lo nuevo, a las ideas revolucionarias del renacentista. Colón incesantemente aprende de la experiencia. Está decidido a transgredir añejas normas y leyes sociales heredadas de un tiempo viejo que caduca. Ha nacido en lo más bajo y quiere colocarse en lo más alto. En este sentido, es un hombre plenamente moderno.

¿Cómo escogió Colón su vocación marinera?

Génova era una ciudad de marinos, mercaderes y prestamistas en la que los pobres tenían más posibilidades de progresar si se hacían a la mar. Colón se enroló de grumete. Como él mismo cuenta, «de muy pequeña edad entré navegando y lo he continuado hasta hoy». ¿Dónde navegó Colón? Si creemos lo que cuenta, surcó todos los mares conocidos: el Mediterráneo y el Atlántico desde Islandia a Guinea, todo el Levante y el Poniente. Lo malo es que Colón mentía a menudo. Es posible que imaginara algún viaje, incluso que se apropiara de experiencias ajenas, como hacen tantos viajeros y la casi totalidad de los cazadores.

El piloto desconocido

Colón se casó con la hija de un marino portugués. El nuevo matrimonio se estableció, durante un tiempo, en Porto Santo, una islita atlántica de cuarenta y dos kilómetros cuadrados que el suegro de Colón había descubierto y colonizado.

Colón había llevado, hasta entonces, una existencia muy ajetreada, de barco en

barco, de puerto en puerto, de mar en mar. De él se ha dicho que sólo se sentía bien en otra parte, que estaba poseído de esa inquietud enfermiza que lleva a muchas personas a mudar continuamente de lugar, una condición propia de marinos y de desarraigados. Pero Colón, de pronto, parece que quiere echar raíces. Se casa y establece su residencia en la isleta de Porto Santo, donde hay poco que hacer y no mucho que ver.

Y, sin embargo, esta isla, y el poco tiempo que Colón permaneció en ella, fueron la decisiva bisagra de su vida, que se divide en dos partes: antes y después de la estancia en Porto Santo.

En Porto Santo, Colón encontró su gran secreto, que determinó el resto de su vida y también alteró el rumbo de la historia, un secreto aparentemente muy simple: supo que a 750 leguas justas de la isla canaria de Hierro, en el grado 28 del paralelo norte, cruzando el océano, existían islas y tierra firme.

¿Un secreto geográfico? Sí, pero también un secreto marinero que lo complementaba: las rutas idóneas para ir y para regresar de aquellas tierras desconocidas, las rutas que aprovechaban los vientos y corrientes favorables.

¿Quién le confió a Colón este secreto?

Los historiadores barajan dos posibilidades: los papeles de su suegro o el llamado «piloto desconocido».

En la casa familiar de Porto Santo, la suegra de Colón conservaba intacta la arqueta donde su marido, el viejo marino y explorador, guardaba sus papeles. «Porque vio que daba mucho gusto a Colón saber semejantes navegaciones y las historias dellas, su suegra le dio las escrituras y cartas de marear que habían quedado de su marido». ¿Encontró Colón entre aquellos papeles el secreto de las islas y tierras que había de descubrir? ¿Tuvo el suegro de Colón noticia de América antes que ningún otro europeo?

Podría ser.

No obstante el secreto pudo llegar a Colón por un conducto diferente. El futuro almirante paseaba a diario por las playas y acantilados de Porto Santo, rumiando sus proyectos. Un buen día encontró a un hombre tendido en la arena, moribundo, el único superviviente de un barco naufragado. Colón lo instaló en su casa y lo cuidó personalmente hasta su muerte, que ocurrió a los pocos días. Antes de fallecer, el marino confió un importante secreto a su benefactor: la existencia de tierras al otro lado del océano, a poniente.

Unos creen que el piloto desconocido era andaluz; otros, que vizcaíno o portugués. Los que lo creen andaluz lo identifican como Alonso Sánchez de Huelva e incluso precisan que era tuerto y que se llevaba bien con los franciscanos de La Rábida. Siendo así, Colón oiría de sus labios, por vez primera, el nombre de aquel convento y quizá también el de algunos de sus frailes, doctos en los asuntos de la mar.

Dueño del secreto de la existencia de las tierras que todavía no se llamaban

América, Colón maduró un ambicioso plan. A veces es posible que lo asaltara una duda: ¿será verdad que existen esas tierras y que se puede llegar a ellas?

El caso es que, tras el descubrimiento, los indios antillanos corroborarían que algunos europeos habían visitado sus islas antes que Colón. Un cuñado de Colón mencionaba un madero tallado que el mar había depositado en la playa tiempo atrás; un viejo marino hablaba de una enorme caña que el mar arrastró hasta las Azores, tan grande que entre dos nudos le cupieron nueve botellas de vino. Los marinos que hacían la ruta de Guinea aseguraban haberse topado con balsas que sostenían chozas, con palos labrados flotando, con troncos de árboles desconocidos... El piloto Martín Vicente había encontrado un madero muy labrado a cuatrocientas leguas del cabo San Vicente, que conoció venir de islas que estaban al poniente.

¿Islas al poniente?

¿Por qué no? ¿Acaso no existía la leyenda de la Isla *Non Troubada*, la no encontrada, a pesar de que muchos la buscaron? Algunos marinos osados habían zarpado en su busca y no habían regresado.

Colón tuvo la certeza de que había tierras a poniente, tierras accesibles para el que se atreviera a buscarlas. Trazó sus planes. Allá delante, a muchos días de navegación, se extendían las costas de islas y tierras firmes de un gran continente que no podía ser otro que Asia.

Navegando hacia poniente alcanzaría Japón, China y la India antes que otro barco que hiciera el mismo viaje circunnavegando África, la empresa que habían iniciado los portugueses.

De un modo u otro, Colón supo, con absoluta precisión, la distancia de la tierra y el camino para llegar a ella. Y concibió su idea: ir a Oriente navegando por Occidente. Lo que todos los reyes de la cristiandad estaban buscando.

¿Ir a Oriente? ¿Qué importancia tenía Oriente?

Las especias. Europa prosperaba, aumentaba el nivel de vida y demandaba especias para sus cocinas. La pimienta, el clavo, la nuez moscada y otros productos de lujo procedían de la India. Desde los tiempos de Roma, habían llegado a Occidente con las caravanas que atravesaban el desierto y por los difíciles caminos de Oriente Medio. Pero en el siglo xv, justo cuando la demanda crecía en el mercado europeo, Constantinopla cayó en manos de los turcos, lo que dificultó el aprovisionamiento de especias y disparó los precios.

Los monarcas y los mercaderes de Europa eran conscientes de que el país que consiguiera abrir un nuevo camino para llegar a la India y a la especiería dominaría el mercado y se haría inmensamente rico.

Los conocimientos geográficos de la época sólo permitían entrever dos rutas alternativas a la terrestre para acceder a la India: la africana, navegando alrededor del continente negro, y la de poniente, cruzando el océano Atlántico y accediendo a Asia por la puerta falsa.

Esta presunción se debía a un gigantesco error: creían que enfrente de las costas

de Europa, al otro lado del Atlántico, estaban China y Japón (o sea, Cipango y Catay, conocidas a través de las memorias de Marco Polo). Desconocían, por lo tanto, la existencia de América y del océano Pacífico.

El problema era que nadie había atravesado jamás el Atlántico debido a una suposición inamovible: era tan ancho que un barco agotaría su provisión de agua antes de alcanzar las costas opuestas. La tripulación que intentara esa loca aventura estaba condenada a morir de sed en medio del inmenso mar.

Pero Colón, en Porto Santo, averiguó que el océano era menos ancho de lo que se calculaba. El proyecto colombino estaba plagado de errores, pero se fundaba en un par de datos ciertos: la distancia exacta a que se hallaban las dos orillas del Atlántico y la ruta precisa que había que seguir hasta alcanzar las Antillas. Esto implica algún conocimiento previo del lugar. Colón sabía que encontraría tierra exactamente a 750 leguas de la isla canaria de Hierro (las Antillas Menores y Haití).

El futuro almirante perfiló su plan: primero encontraría financiación; después armaría una flotilla de barcos muy marineros, preferentemente carabelas, alistaría una tripulación experta, navegaría a poniente y abriría una nueva ruta. Se haría inmensamente rico y noble.

Colón en Huelva

Colón tuvo noticias de un predescubrimiento. Éste era el secreto que confió a fray Antonio de Marchena, su gran aliado en España, y quizá también a los Reyes Católicos, para convencerlos de la viabilidad del proyecto. Por eso obtuvo el apoyo real a pesar del informe desfavorable de la comisión científica de la universidad de Salamanca. Esto explica también la extraña redacción de las capitulaciones, en las que se menciona «lo que se ha descubierto en las mares oceánicas».

Isabel Álvarez de Toledo, la duquesa de Medina Sidonia, dueña del archivo particular más valioso de Europa, donde se guardan muchos papeles relacionados con la navegación portuguesa y española a finales de la Edad Media, con la que el autor de estas líneas mantuvo cierto trato en su etapa sanluqueña, defendía ardorosamente el predescubrimiento de América^[1]. Desde 1436, portugueses y españoles visitaban América, a la que llamaban «África del Poniente» o «de allende» para diferenciarla de la verdadera, que era la de «aquende» o «Levante».

Si la tesis de la duquesa de Medina Sidonia se probara cierta habría que aceptar que en este caso Colón sólo habría tomado simbólica posesión de América en virtud de una componenda en la que fueron cómplices los juristas y el papa.

Colón, después de enviudar, regresó a Lisboa, sede de la corte portuguesa, con un niño de la mano, su hijo Diego. Poco después consiguió que el rey Juan II de Portugal lo recibiera para explicarle su proyecto de buscar el camino de la India, navegando en dirección contraria. El designio parecía hacedero, pero, a cambio, el genovés pedía una recompensa que le pareció excesiva al rey. No obstante, Juan II requirió la

opinión de unos expertos, que emitieron un informe desfavorable a Colón. Puerta en las narices. Caso cerrado.

Hacía tiempo que los geógrafos se interrogaban sobre el tamaño de la Tierra. El médico y astrónomo florentino Toscanelli también se había preguntado si sería posible alcanzar la India atravesando el Atlántico. Todos sabían que la Tierra es redonda, pero ¿cómo es de grande?, ¿cómo se calcula el diámetro de esa esfera?

Los prestigiosos clásicos abundaban en la idea. El sabio griego Aristóteles, la gran autoridad de la época, había señalado que las costas de África y la India estaban bañadas por un mismo océano. Para ello se basaba en la existencia en los dos puntos de ciertas especies comunes, como el elefante.

Otro sabio antiguo, Eratóstenes, creía posible navegar de Iberia a la India. Séneca era de la misma opinión.

El único problema era: ¿se puede realizar esa travesía con las reservas de agua y alimentos que una nave pueda embarcar? ¿Se alcanzará tierra antes de que se agote el agua? Séneca creía que era posible; pero Eratóstenes lo tenía por imposible.

¿A quién creer? ¿Qué anchura tiene el océano?

Aristóteles calculaba la circunferencia de la Tierra en cuarenta miríadas de estadios.

Un portugués lo consultó a Toscanelli, gran autoridad en el asunto, y recibió del sabio un mapa en el que demostraba que el camino oceánico de Poniente era más corto que el que los portugueses intentaban bordeando África. Toscanelli dividía el océano en veintiséis espacios de doscientas cincuenta millas, o sea, en 130 grados terrestres. En realidad incurría en errores: no advertía que la milla árabe sobre la que efectuaba sus cálculos es quinientos metros más larga que la italiana. De este modo, suponía que Japón se encontraba a tres mil millas de Cabo Verde, cuando la distancia real es de diez mil seiscientas millas.

Los portugueses calculaban el grado de longitud en ochenta y tres kilómetros, cuando en realidad mide más de ciento diez.

Con los datos de Toscanelli, Juan II de Portugal intentó realizar el viaje que le proponía Colón. En 1487 envió una expedición que zarpó de las islas Azores y después de enfrentarse a vientos contrarios, tuvo que regresar. Juan II archivó el proyecto.

¿Era el viaje inviable? No. Lo que ocurrió es que el astuto Colón había silenciado la ruta exacta que pensaba seguir. Él sabía por dónde ir para evitar los vientos contrarios. Él zarparía al sur de las Canarias, con los vientos alisios a favor (el llamado «callejón de los alisios»).

En vista de que la corona portuguesa rechazaba su proyecto, Colón decidió probar fortuna en Castilla, la competidora de Portugal en el comercio africano.

¿Por qué se dirigió primero al pueblecito onubense de Palos?

Los más hábiles marinos atlánticos estaban en Palos. Los paleños llevaban muchos años recorriendo las costas de África en competencia con los portugueses.

Además, en aquel pueblo vivía Violante Moniz, la cuñada de Colón, casada con el paleño Miguel Moliarte.

Cerca de Palos, entre los franciscanos de La Rábida, había un fraile, Antonio Marchena, experto en cosmografía. Colón le expuso su proyecto. A Marchena le pareció viable. Entre los dos hombres nació una gran amistad, un sentimiento raro en Colón, que era de carácter reservado.

A algunos les parece demasiada coincidencia que Colón y Marchena se encontraran en La Rábida por mero azar del destino. ¿No se conocerían de antes?

Pudiera ser. Marchena procedía del convento franciscano de Setúbal. Quizá fue Marchena el que atrajo a Colón hacia los Reyes Católicos después del fracaso en Portugal.

El caso es que aquel fraile se convirtió en el más firme valedor de Colón. Era un hombre prestigioso, y los franciscanos contaban con buenas aldabas en la corte. Le dieron a Colón las cartas de presentación necesarias para que se le abrieran las principales puertas.

Quizá Marchena, hombre de ciencia, se dejó fascinar por Colón, hombre de acción, pero también pudo ocurrir que el genovés confiara al fraile su gran secreto, el conocimiento de la existencia de tierras a setecientas cincuenta leguas de las Canarias. El futuro almirante habló al fraile, en *poridad*, es decir, le abrió el corazón, probablemente bajo secreto de confesión.

Fray Antonio de Marchena recomendó a Colón a su amigo el fraile jerónimo Hernando de Talavera, confesor de la reina. El 20 enero de 1486, los Reyes Católicos concedieron audiencia a Colón. La idea de buscar un camino a las Indias navegando hacia poniente les pareció prometedora. Encomendaron su examen a una comisión de expertos nombrada por fray Hernando de Talavera.

A finales de 1486, la comisión examinadora, compuesta por sabios y astrónomos de la universidad de Salamanca, rechazó el proyecto de Colón por los mismos motivos que adujeron los sabios portugueses años antes. A unos y otros les parecía que Colón calculaba la circunferencia de la Tierra mucho menor de lo que era en realidad. El genovés sostenía que el océano tiene 1125 leguas de ancho, pero ellos, basándose en Tolomeo, lo calculaban en más del doble, 2495 leguas. Una carabela no puede recorrer tanta distancia sin escalas intermedias.

Hoy sabemos que los cálculos de los expertos eran más exactos que los de Colón. Si el proyecto del genovés tuvo éxito se debió, simplemente, a que en medio del océano estaba América, algo que nadie podía prever. De no mediar esta circunstancia, las reservas de agua de la expedición colombina se hubieran agotado antes de alcanzar las costas de Asia y los expedicionarios habrían perecido de sed, pero Colón jugaba con ventaja ya que conocía de antemano la existencia de tierras a 750 leguas marinas, aunque creyera que formaban parte de Asia.

Cuando los Reyes Católicos conocieron el adverso dictamen de los sabios de Salamanca, le comunicaron a Colón que aplazaban su proyecto. En plena guerra con

Granada, escaseaban los fondos. No obstante, le dieron a entender que simpatizaban con la idea y que intentarían realizarla cuando estuviesen más desocupados. Al calor de esta esperanza, Colón permaneció en Castilla mantenido por pequeñas subvenciones reales que le permitían vivir modestamente. En este tiempo muerto, Colón perfilaba sus ambiciosos proyectos. Dedicaría parte de las fabulosas ganancias, de oro y especiería, a financiar una nueva cruzada para rescatar los Santos Lugares de manos de los moros. Aparece nuevamente la utopía caballeresca en este hombre desconcertante, que vive la transición entre dos mentalidades, la medieval y la moderna.

En 1489, Colón compareció nuevamente ante la reina, en Jaén. La guerra de Granada se prolongaba cuatro años más de lo previsto y nuestro genovés, desesperado, había decidido marchar a Francia para ofrecer su proyecto al rey galo.

Fray Juan Pérez tuvo que convencerlo para que insistiera ante los Reyes Católicos una última vez. Colón llega al campamento de Santa Fe, a las afueras de Granada, a finales de 1491, justo a punto para asistir a la rendición de la capital nazarí.

Una nueva comisión de expertos examinó el proyecto del navegante, pero esta vez dejaron a un lado las cuestiones técnicas para hablar de porcentajes y ganancias. Ante las desorbitadas pretensiones económicas del genovés, las negociaciones se estancaron. Como Colón no cedía, los Reyes dieron por terminado el trato. Adiós.

Pero Colón tenía valedores en la corte. Sus amigos intercedieron por él y los Reyes lo enviaron a buscar, cuando ya había marchado con intención de pasar a Francia. El mensajero real lo alcanzó cuando atravesaba el antiguo puente califal de Pinos Puente, donde un sencillo monumento recuerda el hecho. Colón regresó al campamento de Santa Fe y firmó las capitulaciones.

Unas capitulaciones en las que, una vez más, el secreto de Colón queda al descubierto porque en ellas se habla de las tierras que «ha descubierto en las mares oceánicas», concediendo como hecho un descubrimiento que supuestamente está todavía por hacer. Es evidente que Colón había revelado su secreto a los Reyes Católicos y les había hecho creer que ya había estado allí, aunque siempre guardándose en la manga la última carta: la ruta exacta que había que seguir para no fracasar como habían fracasado, años antes, los portugueses.

El genovés conocía con exactitud el régimen de vientos del océano. En los cuatro viajes que hizo a América demostró un nivel de conocimientos que sólo alcanzaron los navegantes del siglo XIX, cuando Maury y Brault publicaron sus mapas de vientos. Incluso si aceptamos que Colón recibió el secreto de su suegro o del denominado «piloto desconocido», no deja de constituir un enigma cómo éstos llegaron a poseer tales conocimientos.

Colón regresó a Palos, consiguió las naves y enroló las tripulaciones gracias al prestigio de sus dos segundos, los hermanos Pinzones. Luego se hizo a la mar pero, en lugar de navegar desde la península Ibérica, entre los paralelos 35 y 45, como parecía lo más sensato, descendió hasta las islas Canarias aun a sabiendas de que,

dado que la Tierra es esférica, la circunferencia y la distancia aumentan a medida que nos alejamos de los polos y nos acercamos al ecuador.

Colón lo sabía, pero a pesar de ello descendió hasta el paralelo 28, al sur de la isla de la Gomera, en el límite de las aguas portuguesas, y una vez allí puso rumbo al oeste y se internó en el Atlántico. ¿Por qué en el paralelo 28 precisamente? Porque allí es donde coinciden los vientos alisios y la corriente ecuatorial que discurren juntos hacia las Antillas. Con vientos de popa, con una corriente marina favorable impulsando el casco, las tres carabelas se dejaron llevar, como en volandas, hacia América.

El almirante enfiló sin vacilar la línea de los vientos alisios y regresó por la de los vientos contrarios y la corriente del golfo, a la altura de Virginia.

Colón conocía un dato que sus tripulaciones ignoraban: que encontraría tierra a cierta distancia. Después de muchos días de navegación, con las reservas de agua peligrosamente mermadas, comenzaron a murmurar que aquel loco extranjero los conducía a la muerte y se amotinaron. Probablemente Colón se vio obligado a comunicar a su segundo en el mando, Martín Alonso Pinzón, el secreto de las tierras descubiertas por el piloto desconocido. Entonces Pinzón aplacó a sus hombres y consintieron en seguir navegando unos días más. Colón sabía que serían suficientes. Tal como había calculado, el 11 de octubre de 1492 avistaron las islas Antillas. El primero en divisar tierra fue un sevillano de la *Pinta*, Juan Rodríguez Bermejo (en otras relaciones, Rodrigo de Triana): «¡Tierra!».

«Las islas son todas verdes y las yerbas como en abril en Andalucía —escribe Colón— y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca quería marchar de aquí y árboles y frutos de mil especies, todos huelen que es maravilla».

Colón era un obseso. Descartaba todo dato que no coincidiera con sus ideas preconcebidas, incluso cuando la experiencia le demostraba su error. Toda la vida creyó que las tierras descubiertas eran China y Japón. Cuando, en un viaje posterior, alcanzó las bocas del Orinoco, pensó que allí había estado el Paraíso Terrenal y fue identificando cada isla, cada valle, cada colina, con los lugares bíblicos.

En el viaje de regreso, Colón ascendió hasta el paralelo treinta y ocho, allá donde las aguas de la mar llevan su curso de oriente al occidente, frente a las costas de Virginia, y se dejó arrastrar por los vientos y corrientes del golfo que soplan hacia las Azores y Europa.

América estaba descubierta, aunque aún tardaría en recibir ese nombre en memoria de uno de sus exploradores posteriores, Américo Vesputio. Pero los misterios de Colón no habían terminado.

Cuando regresó triunfante, lo primero que hizo el genovés fue abandonar su antigua firma y adoptar otra nueva, una especie de jeroglífico que nadie ha conseguido descifrar. El almirante concedía tanta importancia a esta nueva firma que insistió en que sus descendientes la preservaran como una preciosa herencia vinculada a los cargos y honores del descubrimiento.

El otro misterio colombino es el de sus restos.

Dos tumbas, dos catedrales, dos países se disputan el honor de custodiar los restos de Colón. Hay una tumba en la catedral de Sevilla y otra en la de Santo Domingo, la primera isla colonizada. ¿Dónde reposan, en realidad, los cansados huesos del almirante?

Colón falleció en Valladolid y recibió sepultura en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad. Tres años después, su hijo Diego trasladó los restos a la cartuja de las Cuevas, en Sevilla. Colón, en su testamento, había dispuesto que lo sepultaran en la isla de Santo Domingo, «en la vega que se dice de la Concepción —leemos— donde yo invoqué a Dios».

La viuda de Diego Colón obtuvo permiso de Carlos V para instalar el panteón familiar en la catedral de Santo Domingo. Los restos de Colón, los de su hijo Diego y, más adelante, los de tres hijos de éste recibieron sepultura en el presbiterio de Santo Domingo. El conjunto de tumbas quedó oculto por sucesivas obras y reformas hasta que en 1664 otras obras las sacaron a la luz. En 1795 España cedió a Francia su parte de la isla por el Tratado de Basilea. Al abandonar Santo Domingo, los españoles exhumaron la caja de plomo con los restos de Colón y la trasladaron a la catedral de La Habana, de donde, en 1898, los baqueteados restos colombinos fueron trasladados a Sevilla y sepultados en el soberbio mausoleo que hoy vemos en su catedral.

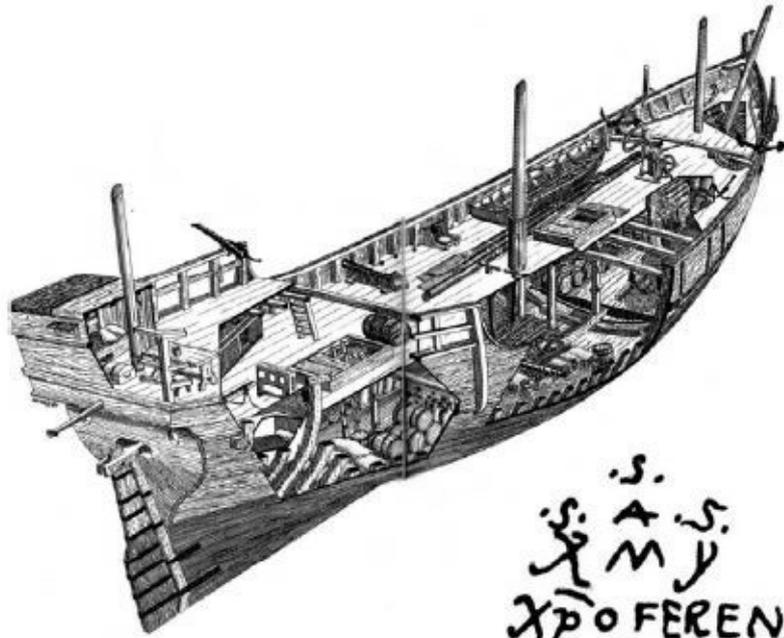
Pero ¿eran realmente los restos de Colón?

En 1877, durante unas reparaciones en la capilla mayor de la catedral de Santo Domingo, apareció una caja de huesos orlada con la inscripción: «Ilustre y esclarecido varón don Cristóbal Colón, descubridor de América, primer almirante».

¿A quién pertenecían entonces los restos trasladados a La Habana primero y a Sevilla después? Muchos dominicanos creen que eran los del hijo de Colón. Otros creen que los verdaderos restos de Colón son los que se guardan en el imponente mausoleo sevillano. En la caja que vemos cabría un buey, pero los restos sepultados no ocupan mayor espacio que una caja de zapatos: un puñado de polvo, varios huesos completos y algunos fragmentos.

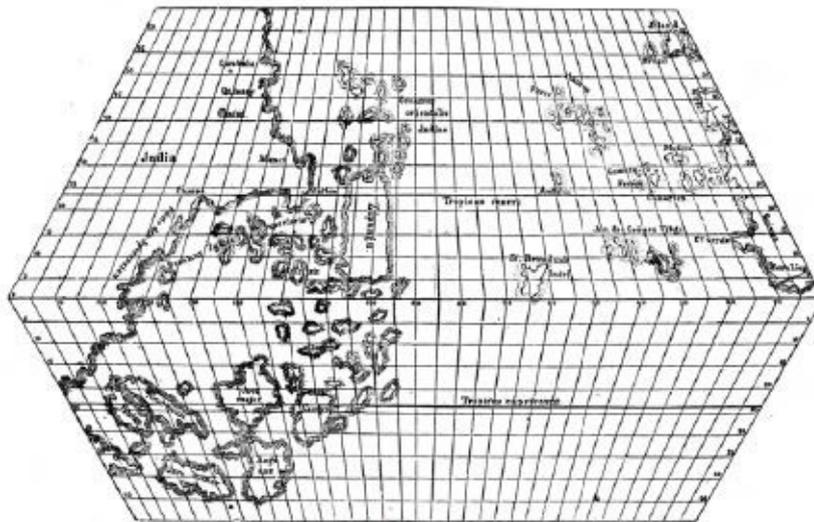
Eso es lo que queda de Colón. Y por encima de eso, la incontestable realidad del Nuevo Mundo que él descubrió, probablemente con datos ajenos, un misterio que se llevó a la tumba... donde quiera que ésta se encuentre.

EL SECRETO DE COLÓN



La carabela.

Firma de Colón.



Mapa de Toscanelli (1474).

Los misterios de Felipe II

Felipe II y el Templo de Salomón

Uno de los títulos de Felipe II (1527-1598) era rey de Jerusalén. Para él era algo más que una mera distinción honorífica. Aspiraba a ser un segundo Salomón. De hecho, los artistas representaban a veces el Salomón bíblico con los rasgos de Felipe II.

La gran obra de Salomón había sido el Templo de Jerusalén. Este edificio diseñado por el propio Dios (las medidas precisas aparecen en la Biblia, palabra revelada) equivalía a un tratado cabalístico en piedra, un ámbito necesariamente único y perfecto. Es comprensible que el nuevo Salomón, Felipe II, se propusiera reproducirlo en el templo de El Escorial. Pero había un problema: si lo reproducían en las proporciones exactas consignadas en la Biblia, resultaba un edificio más bien modesto, una especie de nave cuadrangular, de 55 metros de largo, 28 de ancho y 15 de alto, con una puerta principal flanqueada por dos columnas, Jakim y Boaz, de 12 metros de altura. Al lado de las grandes catedrales góticas que ya existían en Europa iba a resultar un edificio sin mayor mérito, un pajar.

Los arquitectos recurrieron al llamado «Segundo Templo», el construido por Herodes el Grande ya en tiempos de Cristo que, a su vez, había tenido en cuenta el templo de la visión del profeta Ezequiel, un edificio cuadrado, de quinientos codos de lado, nunca construido.

No era el único problema que planteaba la reproducción exacta de aquella arquitectura arcaica. Los intelectuales renacentistas habían acatado como canónicos los cinco órdenes del estilo clásico griego y romano, estilos posteriores al Templo de Salomón en unos quinientos años.

Los estudiosos del Templo de Salomón, el teólogo y arquitecto jesuita Juan Bautista Villalpando (1552-1608) y su ayudante, el también jesuita Jerónimo de Prado, idearon una explicación satisfactoria: Dios había creado el estilo clásico precisamente para su Templo de Jerusalén. Desde allí, el estilo divino irradió a los pueblos vecinos de Israel hasta llegar a Grecia y a Roma, que los consideraron creación autóctona. Villalpando, basándose en la visión bíblica de Ezequiel, diseñó un templo tan desmesurado que no podía realizarse^[1]. Inevitablemente surgió una polémica entre los puristas, que se atenían estrictamente a las dimensiones del Templo de Salomón ofrecidas por la Biblia, y los que, con Villalpando, propugnaban un edificio gigantesco a partir de la visión onírica del profeta Ezequiel. En el bando de los puristas militaban el padre Sigüenza y Arias Montano^[2].

Al margen del papel, El Escorial se edificó según la «traza universal» de Juan Bautista de Toledo (¿1515?-1567), que dirigió los primeros trabajos, y las remodelaciones de su discípulo y sucesor Juan de Herrera (1530-1597), que dio

forma definitiva al proyecto.

Dios y El Escorial

El Escorial, palacio, monasterio y panteón en un solo edificio, se inscribe dentro de una larga tradición española que sólo tiene paralelos en las ciudades palaciegas de los monarcas del Antiguo Oriente, Mesopotamia o Egipto.

El Escorial es un edificio contradictorio: por una parte encierra elementos de modernidad racionalista pero, por otra, es una construcción mágica que refleja las creencias espiritualistas de sus constructores. Los dos arquitectos colaboradores del diseño y construcción de El Escorial, Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, eran adeptos a las doctrinas de Raimundo Lulio y creían en la arquitectura mágica.

El ocultismo cristiano reconocía dos vías para acceder al conocimiento absoluto (que es también el poder absoluto). El primer camino era la Biblia. Si Dios mismo los había inspirado, era evidente que en sus textos se contenían las claves del conocimiento secreto del universo. La búsqueda de tales claves era materia de Cábala, por medio de la cual el adepto podía acceder al conocimiento absoluto, al conocimiento del Nombre Secreto de Dios, el *Shem Shemaforash*. Otra vía para el conocimiento era la arquitectura divina del Templo de Salomón, diseñado por el propio Dios, que da instrucciones precisas y detalladas para su correcta construcción. Lo que los arquitectos de El Escorial intentaron fue una especie de Cábala geométrica o arquitectónica.

Si tomamos un plano de El Escorial y suprimimos patios y edificios adyacentes, comprobaremos que el núcleo central de todo el edificio, su iglesia, su tabernáculo y el patio que le sirve de antesala, reproducen los mismos diseños rectangulares del Templo de Salomón. El conjunto escorialense responde a proyecciones geométricas herméticas, con las tres figuras básicas, el cuadrado, el círculo y el triángulo equilátero. De hecho, sus constructores dejaron las claves de este singular mensaje en la tabla que sostiene el Euclides pintado por Tebaldi en el techo de la biblioteca escorialense. Allí apreciamos las tres figuras herméticas superpuestas.

La voz de los textos

En la sala vicarial de El Escorial, existen dos inscripciones redactadas por el bibliotecario y ocultista Arias Montano: «*Hic Lapis offensus ferient, feretque ruinam; Hic es inoffensus petra salvtis erat*» («Ofendida está la piedra o despreciada, / mortal ruina o irremediable herida, / hará su ofensor; mas, si es temida, / será refugio de salud cumplida»); «*Hanc haec mirandam tibi protulit unio gemman auctori cara est vtraque petra deo*» («¿Ves esta unión, ves estas piedras bellas? / De aquí salió la piedra tan preciosa / que te enriquece, y de su autor amadas / son

sumamente piedras tan apreciadas /...»).

Estas inscripciones aluden a la legitimidad dinástica de la bíblica casa de David, que se asocia a Felipe II, rey también de la ciudad de Jerusalén, y remite al ansiado imperio universal.

El cubo de El Escorial

La arquitectura renacentista de El Escorial intenta armonizar con el orden cósmico, convirtiendo todo el edificio en un acumulador y dispensador de energía. El arquitecto Juan de Herrera trabajaba según la noción pitagórica de la música de las esferas que establece la armonía existente entre los cuerpos celestiales. En El Escorial descubrimos dos elementos omnipresentes, la esfera y el cubo. La esfera, símbolo de la propia Tierra o del Huevo Primordial de la Creación, es un *obosón* u objeto sagrado adorado desde la prehistoria dentro de la cueva o matriz de la tierra. La esfera es visible, móvil y femenina, «la unidad, esencia infinita, uniformidad y justicia de Dios», según Palladio. El cubo o hexaedro presenta a la Tierra como un elemento y el *supremum numen*, concepto fundamental del pensamiento pitagórico-platónico y de la arquitectura de origen divino, viene a ser la esencia invisible de esa esfera, inscrita en ella. De hecho, la piedra fundacional o *primarius lapis* de El Escorial fue precisamente una piedra cúbica sobre la que varios obispos desarrollaron una compleja ceremonia propiciatoria.



La piedra cúbica de El Escorial en el fresco de Luca Cambiaso (bóveda del coro del monasterio).

Juan de Herrera compuso un libro, *Discurso de la figura cúbica*, según los principios y opiniones del Arte del místico y cabalista Raimundo Lulio (¿1232? -1315) que encierra «grandes i subidos misterios i secretos difíciles de calar» y que, armonizando ortodoxia cristiana y tradición hermética, se propone demostrar que la figura cúbica es en esencia «raíz i fundamento de la dicha arte lulliana^[3]». En los frescos de Tibaldi, en la biblioteca, Euclides sostiene una tabla en la que se

superponen las tres formas básicas, el círculo, el cuadrado y el triángulo. Trasladado al plano de El Escorial, el vértice de ese triángulo señala el tabernáculo, un «lugar de mucha devoción» (según el propio Herrera) que el rey Felipe II no se atrevió a pisar, el lugar del *Shem Shemaforash*. ¿Convirtió Herrera a Felipe II al lulismo? En el fresco de Luca Cambiaso que decora la bóveda del coro alto encontramos una escenificación del Paraíso descrito por Raimundo Lulio: en la cúspide de «la asamblea de los justos y los ángeles», está la Trinidad Divina, los pies de la Primera y la Segunda Persona descansan sobre un bloque de piedra cúbico. La gran influencia de Lulio en el pensamiento occidental tiene aquí un buen ejemplo.

La piedra de la Iglesia

En el altar de la Sala de Poniente de El Escorial, debajo de la cabeza del Salvador, leemos: «*Jesucristo, Divini Templi Lapidis preciosissimo*» («Dedicado a Jesucristo, preciosísima piedra del templo divino»). Sobre la puerta, bajo la virgen: «*Arahanicoe Lapidicinoe specimini duplici incomparabili, S.*» («Consagrada a los dos maestros incomparables de la cantera de Abraham»). El símbolo de la piedra asociado a la Iglesia es tan antiguo como los propios Evangelios. El apóstol Pedro era Simón Cefas; *kephâ* significa roca o aguja de piedra, y *kipahâ* es rama de palmera, la rama del tronco de Jessé. En Mateo 16-18, la interpretación correcta es: «Tú eres *kephâ* (roca) y de ti haré *kipahâ* (rama de la palmera, símbolo de la victoria)». Este sentido esotérico se pierde en la traducción del texto arameo al griego y luego al latín. Una de las dificultades de los cabalistas cristianos radicaba en captar los términos primitivos de los textos bíblicos.

Alquimistas reales

Felipe II se interesó por la alquimia tanto en la faceta más espiritual y filosófica, como en la material y crematística, es decir, en la transmutación de un metal innoble, plomo, en otro noble, oro o plata. También en la posibilidad de sanar enfermedades incurables mediante ingestión de sustancias alquímicas. Este interés del rey por el arte explica la abundancia de textos herméticos entre los códices que atesora la Real Biblioteca de El Escorial. Felipe II siempre anduvo escaso de dinero. A lo largo de su reinado conoció tres bancarrotas y se endeudó con usureros italianos y alemanes (los Fúcares). Al menos en tres ocasiones (1557, 1559 y 1560) el Rey Prudente contrató los servicios de alquimistas para que le fabricaran plata. Cuando se encontraba en Malinas (Flandes), contrató al alquimista Tiberio da Rocca. El embajador de Venecia, Marcantonio da Mula, informaba a su República de que los españoles pagaban a sus tropas con una plata alquímica que colaba por buena en algunas pruebas pero se delataba como metal ilegítimo en otras.

De los experimentos alquímicos desarrollados a lo largo de 1567 tenemos noticia cierta por las ocho cartas intercambiadas entre el rey y su secretario Pedro del Hoyo, supervisor de los alquimistas. Felipe II les había acondicionado una casa con los hornillos y trebejos propios de un laboratorio. En una carta, el rey había expresado su esperanza de que «con buena diligencia» le fabricaran siete y ocho millones al año. Apremiado por Pedro del Hoyo, el alquimista da más crecidas esperanzas: «Respondiome muy en sana paz que y aún veinte». Poco después la correspondencia se interrumpe y vemos al rey más pobre que nunca.

A pesar de estas adversas experiencias, Felipe II nunca dejó de creer en la verdad última del magisterio filosofal. Como algunos ilustrados de la época, diferenciaba la alquimia como filosofía integradora del universo, de la que predicaban los «sopladores», o sea, los alquimistas prácticos, los que se ponían a los fogones para obtener oro.

Hacia 1584, el llamado «Círculo de El Escorial», un grupo de estudiosos que trabajaba bajo protección real, estudiaba textos herméticos atribuidos a Raimundo Lulio y otros sabios, creando obras relevantes. El boticario Diego de Santiago escribió *Dos libros de Arte separatoria* (Sevilla, 1593); Lorenzo Gozar escribió *De medicine Fonte* y Jerónimo Gracián, *Diálogo de Alquimia*.

La piedra filosofal

El manuscrito 2058 de la Biblioteca Nacional contiene el interesante opúsculo *Toque de alquimia*, un trabajo que Felipe II encargó al alquimista Ricardo Estanihurst, componente del Círculo de El Escorial. Se trata de un informe técnico en el que se expone el estado de la cuestión en un lenguaje sorprendentemente moderno, directo, preciso y claro.

Para el alquimista, todos los metales proceden de una sustancia primigenia común y sus diferencias dependen de las impurezas que contienen. Sometiéndolos a procedimientos químicos, pueden refinarse en estadios sucesivos hasta conseguir plata u oro. La Piedra Filosofal o Elixir es la sustancia salutífera capaz de devolver la pureza al metal impuro. A ella tienen acceso sólo unos escogidos seguidores de Hermes a los que hay que distinguir de la turba de embaucadores que pueden engañar a la gente con crisoles de doble fondo o varitas de remover huecas donde ocultan polvo de oro para fingir su transmutación^[4].

Los iluminados

Entre 1530 y 1570 la Inquisición española se empleó a fondo contra la secta de los alumbrados o iluminados, un movimiento espiritual típicamente urbano que arraigó principalmente en Sevilla y Toledo, en Valladolid y Salamanca, ciudades estofadas de

conventos, o en aquellos pueblos donde abundaban los descendientes de conversos, como Llerena o Baeza.

Los iluminados preconizaban una religión intimista y personal, de relación directa con Dios, al margen de los formalismos y ceremonias de la Iglesia oficial. Como toda doctrina basada en las experiencias personales, despedía un sospechoso tufillo protestante y resultó inaceptable para una Iglesia cada vez más burocratizada y dogmática.

Los iluministas se emparentan con otras corrientes espiritualistas desviadas de la ortodoxia romana: el erasmismo y la mística de los franciscanos reformados. A un nivel más amplio, se encuadran en los movimientos espiritualistas que arrancan de la Antigüedad (neoplatónicos, Plotino, gnósticos), se prolongan en la Edad Media (cábalas judía y cristiana, espiritualismo musulmán), florecen en el Renacimiento europeo (misticismo de Valentin Weigel y Jakob Böhme) y alcanzan el siglo XVIII con ramificaciones esotéricas y ocultistas (martinismo, teosofía, mesianismo y otros ideales románticos).

En el mismo grupo de los iluminados, aunque con otros matices, cabe integrar a los *dexados*, que aconsejaban abandonarse a la voluntad de Dios y dejarse llevar pasivamente por los impulsos. El *dexado*, como un budista occidental, aniquila sus sentidos para integrarse en el resplandor de la luz divina, donde el deseo desaparece y el pecado carece de importancia porque el infractor no es responsable de sus actos. Una versión culta del *dexamiento* fue el quietismo, predicado por el jesuita Miguel de Molinos (1628-1696), autor de una influyente *Guía espiritual que desembaraza el alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la interior paz* (1675^[5]). Fue procesado por la Inquisición sospechoso de predicar que, para el adepto instalado en la perfección, los movimientos de la carne se hacen irresponsables porque son estériles venganzas del demonio. Además, no contento con teorizar, como hacen tantos curas, predicaba con el ejemplo. El obispo de Téano, Giuseppe Maria Giberti, escribe: «No observaba el ayuno ni viernes ni sábado ni día de vigilia ni de cuaresma, sino que siempre comía carne, y el pescado era sólo para aguzarse el apetito, juntamente con la carne. Confesó haber tenido durante dieciocho años continuos comercio con una mujer (ésta también del Santo Oficio, con lo que cada mañana se comunicaba). Para conseguir la libido, se hacía servir en la mesa y desnudarse a más mujeres desnudas, y otras veces estaba presente para ver mujeres y hombres desnudos entrelazarse juntos y relacionarse. De haber sido más veces sodomizado (acto que él decía que no era pecado porque no estaba escrito en el Decálogo, lo mismo que decía del bestialismo^[6])».

Cuerda de pícaros

Al socaire del iluminismo y de la mística bullían muchos embaucadores que fingían visiones celestiales y arrobos, desmayos y éxtasis, llagas y dones divinos. Así se granjeaban la admiración de personas simples obsesionadas con la salvación del alma. Como acaece con los gurús de las sectas actuales, estos predicadores buscaban en aquellos adeptos dinero o satisfacción sexual. El asunto venía de antiguo. Ya en tiempos del cardenal Cisneros, un franciscano iluminado de Ocaña había concebido una doctrina que consistía en copular con todas sus seguidoras para engendrar profetas. Muchos adeptos a grupos iluministas eran meras víctimas de lo que la psicología denomina «contagio psíquico», es decir, los débiles mentales son inducidos por psicópatas fanáticos. En una relación de la época leemos: «Anda uno ahora corriendo por las calles de Sevilla, que dice que ha estado en el Infierno y ha visto a muchos conocidos [...] hombres con barba y mujercillas a docenas lo buscan en secreto y le piden, con lágrimas en los ojos, que les diga si los ha visto en el Infierno». Engaños que siguen ocurriendo. Hoy sale en la tele una rubiasca belga que convoca a difuntos de famosos y famosillos. Lo más notable es que cuando el programa se interrumpe para dar paso a la publicidad, a la vuelta, el difunto sigue ahí, disciplinado, deseoso de dar a la médium pelos y detalles de intimidades que demuestren que en efecto es él. Ya se ve que en el otro mundo lo que sobra es tiempo, del mismo modo que en éste sobra tontería y memez.

La Cábala

El empeño de Felipe II por reproducir en El Escorial la arquitectura divina del Templo de Salomón prueba que creía firmemente en las posibilidades mágicas de la Escritura revelada. Tanto para los cristianos, como para los judíos, los textos de la Biblia son redactados por Dios, inspirándolos a profetas o evangelistas que los escriben automáticamente, como al dictado, sin intervención personal alguna. Así, un texto emanado directamente de la divinidad tiene necesariamente que participar de la perfección divina; no puede haber en él nada casual. Por lo tanto, la Biblia suministra un fiel mecanismo a través del cual el estudioso puede desvelar los secretos de la Creación. Ese texto es un formidable instrumento de conocimiento y de poder que Dios pone en las manos de los hombres.

La Cábala desarrolla una especie de geometría matemática sagrada, ya que las letras hebreas funcionan también como números.

Felipe II acumuló en la biblioteca de El Escorial la mayor colección de textos cabalísticos de Europa, todo lo que se había producido desde que el rabino galileo Simeón Bar yojai compuso el *Zohar* o *Libro del Esplendor*, en el siglo II. Pero en el siglo XVI se planteaba la necesidad de depurar los textos antiguos de una infinidad de errores y omisiones introducidos de forma involuntaria o dolosamente por los copistas que los transmitieron. La necesidad de operar sobre la edición crítica del

original hebreo restaurado colisionaba con la Iglesia, cuyo magisterio se basaba en la *Vulgata*, la traducción de la Biblia al latín realizada por san Jerónimo, una versión plagada de errores y, por supuesto, inutilizable desde el punto de vista cabalístico.

Los humanistas y reformadores rechazaban la desprestigiada *Vulgata*, pero la Iglesia y la Inquisición la defendían con su enorme poder. En la delicada disyuntiva, Felipe II observó una conducta acomodaticia. Como monarca católico, apoyó a la Iglesia, pero como humanista y ocultista sabía que sus pretensiones de conocimiento y poder tenían que estar basadas en el texto hebreo depurado de antiguos errores, porque sólo en esas condiciones podría interpretar correctamente el mensaje cifrado de la deidad.

El nombre del poder

En España ya se había intentado realizar una edición crítica de los textos sagrados en tiempos del cardenal Cisneros (la *Biblia Políglota de Alcalá*, en la que colaboraron judíos, muchos conversos, que utilizaron códices procedentes de sinagogas). La crítica textual y la arqueología bíblica habían avanzado mucho en pocos años. El renovado interés por las lenguas clásicas potenció, además, los estudios filológicos. Por lo tanto, Felipe II encargó al prestigioso hebraísta y humanista Benito Arias Montano la preparación de una nueva edición mejorada, la *Biblia Regia de Amberes* (1560-1573). Algunos creen que lo que el Rey Prudente buscaba era el Nombre Secreto de Dios, el *Shem Shemaforash*, ya mencionado páginas atrás, el concentrado de la energía de la creación y el poder absoluto.

La obra de Montano es un vivo monumento de sutilezas filológicas y editoriales. Felipe II animó de buen grado este proyecto así como otros muchos comentarios bíblicos.

John Dee y Felipe II

Felipe II, iniciado por el famoso arquitecto Herrera en las doctrinas místicas de Raimundo Lulio, sintió gran interés por la obra del alquimista, astrólogo, matemático y mago inglés John Dee (1527-1608), que era también un apasionado lulista. En su juventud, Dee viajó enseñando y aprendiendo por diversos lugares de la vieja Europa. Su prestigio creció hasta el punto de que, a su regreso, en 1551, el gobierno inglés le concedió una pensión y la reina María Tudor lo nombró su astrólogo. En 1554 Felipe II contrajo matrimonio con María Tudor y residió en Inglaterra durante unos meses. Fue entonces cuando conoció a John Dee, ya famoso por sus horóscopos.

El rey de España adquirió numerosas copias de los escritos del mago (que pasaron a engrosar su notable biblioteca ocultista) y le encargó su horóscopo personal.

A pesar de su privanza con la reina, Dee fue encarcelado bajo la acusación de

practicar la magia. Cuando consiguió la libertad, se vio favorecido por la enemiga y sucesora de María Tudor, Isabel I, a la que instruyó en las doctrinas místicas del lulismo y aconsejó sobre el día óptimo para la ceremonia de la coronación. Además, puso sus artes y sus conocimientos al servicio de los intrépidos marinos que la reina enviaba a explorar el Nuevo Mundo. Esta circunstancia, unida a la pensión que tiempo atrás le concediera el gobierno, ha alentado especulaciones sobre la posible condición de John Dee como espía de los Tudor en las cortes europeas.

No parece casual que John Dee sea autor de la primera traducción inglesa de los trabajos de Euclides. Este interés por la obra del griego nos remite nuevamente al círculo, señalado el jeroglífico de la triple figura —círculo, triángulo, cuadrado— en el fresco del pintor y arquitecto manierista italiano Pelegrino Tibaldi, que, como vimos, decora la biblioteca del claustro de El Escorial.

Entre 1583 y 1589, Dee viajó a Polonia y Bohemia. Durante su estancia en Praga, en 1584, volvió a contactar con el rey Felipe II por mediación del prestigioso embajador español ante la corte imperial don Guillén de San Clemente.

El Necronomicón

A finales del siglo xx circularon en los ambientes ocultistas dos presuntos manuscritos criptográficos de John Dee, el *Libro de Enoc* y el *Liber Logaeth*, compuesto, al parecer, por su discípulo Edward Kelly hacia 1584. Este vetusto códice lo forman ciento una tablillas cuadrículadas en 49 X 49. Cada uno de los cuadrados contiene una letra latina o una cifra numérica árabe. Dos investigadores ingleses aseguran haber descubierto las claves de la compleja escritura cifrada de Dee con ayuda de un ordenador. Según ellos, el *Liber Logaeth* contiene muchos fragmentos del *Necronomicón*, la terrible obra del escritor árabe Abdul al-Hazred cuya sola lectura acarrea la muerte. Lástima que dicha obra nunca haya existido y no sea más que una invención del escritor Howard Philip Lovecraft y su círculo, en 1922, lo que induce a dudar de la autenticidad de los presuntos manuscritos de Dee.

Arias Montano, el gigante ignorado

En 1576, Felipe II nombró bibliotecario de El Escorial al humanista Benito Arias Montano, un hebraísta versado en los arcanos de la Biblia, no sólo en su vertiente teológica sino en la cabalística y secreta que tanto interesaba al rey. Sus conocimientos abarcaban muchas áreas del saber, algunas de ellas perseguidas por el fundamentalismo tridentino. Cuando la España ferozmente católica se cerró al pensamiento europeo, hasta llegar a ser el «Tíbet de Europa» (en palabras de Ortega y Gasset), Arias Montano continuó difundiendo la luz del conocimiento.

Felipe II, que prohíbe la importación de libros en España, pero al propio tiempo

atesora libros prohibidos en El Escorial, le dispensa a Arias Montano su protección y aprecio hasta ponerlo fuera del alcance de la Inquisición. Montano, lector de Erasmo desde su juventud, se había licenciado por Alcalá, universidad notablemente progresista y europea, y había ampliado estudios en Italia y en Sevilla (cuna de un movimiento revisionista erradicado por la Inquisición).

Cuando Arias Montano recibe el encargo real de la *Biblia Regia*, las traducciones de los textos bíblicos están bajo sospecha por considerarse favorecedoras del protestantismo. La Biblia, además de convertirse en el campo de batalla en el que contiende la Iglesia de Roma contra los disidentes (luteranos y calvinistas), escinde también bandos dentro de la propia Iglesia. En España, las excluyentes concepciones teológicas de dominicos y agustinos, escolástica una y escrituraria la otra, se enfrentan en el espeso ambiente universitario de Salamanca. El campeón de los agustinos, Fray Luis de León, gana la partida a sus mediocres oponentes, los dominicos León de Castro y Bartolomé de Medina, y se alza con la cátedra que ambicionaban. Entonces los dominicos, que son también los inquisidores, se vengan procesando a Fray Luis, descendiente de judíos y traductor, sin el preceptivo permiso de la Inquisición, del Cantar de los Cantares de Salomón, uno de los libros más arcanos de la Biblia.

Arias Montano, a menudo en el ojo del huracán, sobrenada estas tormentas gracias al favor del rey. Sus libros *De Arcano sermone* y *De Ponderibus et Mensuris* son de inspiración claramente cabalística y no se recatan de citar la autoridad de Sebastián Münster y del Talmud, igualmente condenados por la Iglesia.

El honor de Dios

A veces se acusa a Felipe II de haber sacrificado los intereses de España a los del catolicismo. Esta imputación, que es cierta, debiera matizarse. En su tiempo, muchos teólogos y pensadores llegaron a la conclusión de que España era el paladín elegido por Dios para defender su honor, el honor de Dios. En este sentido, el pueblo español venía a sustituir al hebreo en las promesas divinas del Antiguo Testamento que los judíos habían perdido por su obstinación en negar la divinidad de Jesús. De ahí que Felipe II se identificara con el rey Salomón.

La prueba de que Dios protegía a España era que le había otorgado las riquezas del mundo (las Américas). A cambio, España debía corresponder defendiendo el catolicismo contra el acoso de protestantes y turcos. Sentado esto, el honor de Dios exigía que los rectores de la sociedad española, los paladines de esa lucha, estuviesen limpios de sangre maldita. Por lo tanto, todo cargo o empleo oficial quedó vedado para los descendientes de judíos. Cualquier aspirante a ingresar en orden religiosa, cofradía o hermandad, o a un cargo en la administración o en la Iglesia, debía acreditar la limpieza de su linaje mediante un certificado o estatuto de limpieza de sangre en el que constara que ninguno de sus antepasados había sido moro o judío.

De nada sirvió que voces sensatas clamaran contra este desatino, ni que algunos intelectuales denunciasen los sórdidos motivos que se disimulaban detrás de aquellas medidas: el retoño incompetente o tarado de una familia de cristianos viejos obtenía prioridad sobre el individuo inteligente y capaz, pero descendiente de judíos o moros. De esta manera se dilapidaron valiosos recursos humanos en un país ya bastante castigado demográficamente.

El pueblo llano acató con entusiasmo las exigencias de la limpieza de sangre. Al fin y al cabo, los conversos no se habían mezclado con el pueblo sino con la aristocracia y la burguesía. El ganapán, acostumbrado a ser considerado socialmente inferior a los cerdos que cuidaba para el amo, supo, de repente, que tenía un motivo para sentirse importante: su sangre era limpia. Podía mirar por encima del hombro a muchos poderosos o ricos vecinos que tenían una bisabuela judía o un primo morisco.

Los desheredados de la fortuna descubrieron que tenían pedigrí y se aferraron a él. Los nobles llevaban siglos exhibiendo su honra, excelencia o virtud heredadas por el linaje; ahora, los pobres tenían algo más precioso: el *honor*, es decir, la pureza de sangre.

La Inmaculada arma la gresca

Hacía siglos que los alumnos de la Sorbona aceptaban rutinariamente el compromiso de defender la Inmaculada Concepción de María, aunque dentro de la Iglesia las opiniones estaban divididas: franciscanos, a favor; dominicos, en contra.

De pronto, en los primeros años del siglo xvii, la obsesión española por la pureza de sangre cristalizó en un frenesí popular por la Inmaculada Concepción de la Virgen. A todo trance se quería proclamar a la Virgen «concebida sin pecado original». Incluso el pueblo más sencillo exigía que esa pureza se considerara dogma de fe que todo cristiano debe admitir sin réplica: «Que María fue preservada de pecado en el vientre de su madre desde el momento mismo de ser concebida», es decir, cuando el espermatozoide del padre se unió al óvulo de la madre.

España se movilizó para apoyar esa verdad y elevarla a la categoría de dogma. Diego Xarava del Castillo, argumentando la pureza de María, señalaba la importancia racial de esa pureza. Es cosa muy necesaria que cuando se busque nodrizas para los hijos «se críen a los pechos de mujeres limpias en calidad, aunque sea a mayor costa». El inquisidor Luis del Páramo señala: «La Virgen María fue fecundada sin conocer el rocío del esperma ni los deseos de la carne, sin fractura de su integridad. Hasta su útero, virgen por castidad, siguió tan blanco como el marfil. Concibió sin maniobra humana... puerta cerrada sólo abierta para el Señor».

A pesar de estos esfuerzos, el papa sólo reconoció el dogma de la Inmaculada Concepción en 1854.

El demonio del mediodía

A Felipe II lo consideraron un monstruo muchos contemporáneos suyos. Todavía hoy lo sigue siendo para algunos europeos no necesariamente incultos, especialmente ingleses y flamencos, a pesar de los estimables estudios que nos lo presentan como un hombre abrumado por las circunstancias y menos cruel que otros monarcas de su tiempo. Este prejuicio es fruto de una leyenda negra basada en calumnias o en hechos juzgados fuera de contexto.

La visión negativa de Felipe II y los suyos debe su difusión y permanencia a la gran cantidad de libelos antiespañoles que produjeron las primeras imprentas, propiedad, muchas de ellas, de protestantes flamencos, de calvinistas y de enemigos de Felipe que habían presenciado cómo los tercios españoles, una chusma casi siempre exasperada y hambrienta por falta de paga, saqueaba las poblaciones sometidas y cometía terribles desmanes. La durísima represión del Duque de Alba y la ejecución de los condes de Egmont y Horn, hoy héroes nacionales, terminó por cimentar el odio de los flamencos sometidos.

La literatura panfletaria acusó, y acusa, a Felipe II de asesinar a su hijo Carlos, a su esposa Isabel de Valois y a su secretario Escobedo. Las fuentes antifelipistas más notables, en las que se alimentaban estos libelos, eran la *Apología* de Guillermo de Orange (1580) y las *Relaciones* de Antonio Pérez (1598). Posteriormente el drama *Don Carlos* de Schiller y la homónima ópera de Verdi contribuyeron a la extensión y afianzamiento de la calumnia.

Felipe II compendia, también, la presunta codicia de los españoles. Los españoles, asentados sobre un imperio en el que no se ponía el sol, monopolizaban las fabulosas riquezas de las tierras allende los mares. Dueños del oro de Moctezuma y de las minas de plata de Potosí, perseguían a los marinos extranjeros que intentaban recoger las migajas del festín comerciando con el nuevo mundo. Además, los españoles eran inhumanos y crueles con los indios (la denuncia del padre Bartolomé de las Casas), una acusación que hoy encontramos razonable aunque en su tiempo cualquier país europeo hubiese aplicado los mismos crueles procedimientos. De hecho, los ingleses en el siglo XVIII y los americanos en el XIX, no fueron más tolerantes con el indio, y no digamos los belgas con el negro o los holandeses con el indonesio.

La controversia sobre la ciencia española

Masson de Morvilliers, en la *Encyclopédie Méthodique* (1782), se preguntó: «¿Qué se debe a España? Desde hace dos, cuatro, diez siglos, ¿qué ha hecho por Europa?». Este ataque ocasionó en su día las réplicas del abate Denina en Prusia, y las del botánico Cavanilles y de Forner pero recientemente se ha reproducido, curiosamente en casi idénticos términos, en la obra de Kenneth Clark *Civilization*, lo que prueba que la polémica no está extinguida^[7].

Ya en tiempos de Felipe II, Saavedra Fajardo había escrito a propósito de nuestro aislamiento intelectual: «Los españoles que con más comodidad pudieran practicar el mundo están retirados en sus patrias». En el ánimo de los intelectuales españoles comenzaban a configurarse las dos Españas: la que se repliega en ella misma dando la espalda a Europa y la ilustrada, que pretende incorporarse a Europa con sus ventajas e inconvenientes.

A lo largo del siglo XIX, Europa experimentó un gran avance científico y técnico que dejó a España todavía más a la zaga. Entonces se reavivó la polémica sobre la ciencia española entre los progresistas (krausistas y positivistas) que achacaban nuestro retraso secular a la acción inhibitoria de la Inquisición, y los tradicionalistas, capitaneados por Menéndez Pelayo, que se esforzaban en demostrar la participación de España en el progreso de Europa. La polémica colearía en Unamuno (¡Que inventen ellos!), en Ortega y Gasset, en Marañón y en otros.

LOS MISTERIOS DE FELIPE II



Felipe II.



Juan de Herrera.



Benito Arias Montano.



John Dee.

El caso del cura que encontró un tesoro

Rennes-le-Château es un pintoresco pueblecito francés de cien habitantes, en el departamento de Aude, cerca del Pirineo. Situado sobre un cerrete, disfruta de estupendas vistas sobre un atrayente paisaje rural.

En Francia hay miles de aldehuelas como Rennes-le-Château que viven de la agricultura y de la ganadería. Rennes-le-Château vive, además, del turismo. Dispone de un museo, un hotelito, algunas pensiones, un restaurante (L'Amarante), varias cafeterías, puestos de helados y una singular librería, L'atelier Empreinte, en la que el visitante puede adquirir postales y libros relacionados con el pueblo. Y un amplio aparcamiento asfaltado para comodidad de los visitantes.

¿Qué tiene Rennes-le-Château, alejado de las rutas habituales del turismo, para atraer a unos cien mil visitantes al año?

Tiene un misterio. Una teoría conspirativa, una verdadera joya de la pseudohistoria, que comenzó con vagos rumores acerca de un tesoro oculto, creció con la incorporación de un secreto concerniente a la monarquía francesa y ha desembocado en una revelación que amenaza los mismos cimientos del cristianismo, con la inevitable implicación de los templarios, los cátaros y el Vaticano. ¡Casi nada...!

Los hosteleros de Rennes-le-Château les ponen velas a dos santos laicos cuyas devociones alimentan sus cuentas corrientes: Pierre Plantard (1920-2000), un embaucador con delirios de grandeza, y Gérard de Sède (1921-2004) autor del libro de historia-ficción *El oro de Rennes* (1967^[1]). un tercer santo, Henry Lincoln (nacido en 1930), no ha fallecido todavía, pero en cuanto pase a mejor vida (es dudoso que sea mejor que la que se está dando ahora) sin duda lo canonizarán.

Empecemos por *monsieur* Pierre Plantard. Aunque nacido pobre en la Francia republicana y laica, el joven Plantard se sintió atraído, desde su más tierna infancia, por la pudiente aristocracia católica y monárquica a la que servían su padre, mayordomo, y su madre, portera de un edificio señorial y cocinera eventual en casas nobles.

En 1940, con media Francia ocupada por los alemanes y la otra media administrada por el gobierno colaboracionista, el joven Plantard escribió una carta al general Pétain, jefe del gobierno de Vichy, para denunciar una conspiración judeogaullista, mero producto de su fantasía y de su incipiente manía persecutoria. Aquella misiva, trasladada por la secretaria de Pétain a la policía, motivó un informe rutinario^[2] por el que sabemos que el joven Plantard había completado sus estudios primarios, pero no tenía oficio conocido, aunque a veces se hacía pasar por periodista y alardeaba de amistades influyentes. Sin ingresos regulares, vivía al arrimo de su

madre, una viuda pensionada, en un modesto apartamento de dos habitaciones, de los destinados a porteros de fincas urbanas. «En suma —termina el informe policial—, se trata de uno de esos jóvenes pretenciosos que fundan grupos más o menos ficticios con el deseo de parecer importantes para llamar la atención del gobierno».

En la época dorada de los fascismos europeos, cuya versión gala era L'Action Française de Charles Maurras, el joven Plantard militaba en una minúscula organización católica, antisemita y antimasónica, el Front de la Jeunesse, que aspiraba a «la purificación y renovación de Francia». También fingió pertenecer a La Cagoule, la efímera rama terrorista de Action Française, que se atribuía cualquier accidente industrial que ocurriera en Francia e intentaba hacerlo pasar por atentado.

Sueños aparte, Plantard intentaba labrarse un porvenir como periodista político. Tras algunos intentos fallidos, en 1938 consiguió editar una modesta revista semanal y gratuita, *La Rénovation Française*, con la que aspiraba a divulgar la ideología del Front de la Jeunesse. Paralelamente aprovechó que era sacristán a tiempo parcial de la iglesia de Saint Louis d'Antin para fundar una asociación, Groupement Catholique de la Jeunesse, para orientación recreativa y cultural de la juventud. Es posible que esta actividad tuviera alguna relación con sus tendencias pederastas.

En 1942, Plantard, ocupado en cualquier actividad que no entrañara la búsqueda de un trabajo, fundó una orden de caballería moderna, Alpha Galates, «orientada a restaurar en la patria la fuerza de vivir un ideal basado en el espíritu caballeresco y el sacrificio». Sus actividades serían variadas, pero principalmente basadas en ofrecer a la juventud «gimnasia, excursiones, arte y cultura». En el artículo séptimo de sus estatutos, falsamente fechados en 1937, señala que «la orden está rigurosamente cerrada a los judíos y a cualquier miembro reconocido como perteneciente a la orden judeomasónica». Con cuatro afiliados, incluido él mismo, se lanzó a publicar una revista, *Vaincre* (1943), de la que sólo aparecieron unos pocos números. Esta manía de fundar grupos patrióticos al margen de la legislación vigente (que obligaba a registrar cualquier asociación en el ministerio del Interior) le costó una leve pena de prisión, cuatro meses en 1944, que, años después, le vendría de perlas para forjarse un pasado como militante de la resistencia, apresado, torturado y encarcelado por los alemanes.

Terminó la guerra mundial con la derrota de los fascismos y el triunfo de las democracias (y de la URSS, me temo) y el joven Plantard, presumiblemente contrariado por el desarrollo de la historia, se replegó en su mesianismo, aceptó a regañadientes la realidad y pensó en fundar una familia. En 1951, se casó con la incauta joven Anne Léa Hisler (1930-1970) y fijó su residencia en Annemasse, en la Alta Saboya, cerca de la frontera suiza, donde intentó ganarse la vida honradamente como delineante y no tan honradamente como vendedor de títulos de una inexistente orden esotérica (en 1953 lo acusaron de estafa por este motivo y pasó seis meses en la cárcel). Recuerde el lector el florecimiento de falsas órdenes templarias en Francia al que aludimos páginas atrás. Los franceses son republicanos de corazón, pero algunos

se pirran por un título y una medalla, aunque sean falsos.

Un informe de la policía, fechado en 1954, describe a Plantard como «un sujeto sin oficio ni gran preparación intelectual que, desde que empezó la ocupación alemana, ha tratado de fundar asociaciones ficticias con el fin de obtener ayudas del gobierno^[3]».

En 1956 el animoso Plantard, sobreponiéndose a sus obligaciones familiares (era ya padre de una chica) y a los golpes y flechazos de la fortuna adversa (esto es de Hamlet) regresó a la palestra política y, deseoso de redimir a Francia de los peligros del laicismo socialista, inscribió en el registro de sociedades una nueva orden de caballería, el Priorato de Sión, de orientación católica^[4] y encaminada, en un principio, a reclamar a la autoridad la construcción de viviendas baratas para la clase desfavorecida. No obstante, los estatutos resultan mucho más ambiciosos, pues aspiran «al crecimiento espiritual de sus miembros, la mutua ayuda, la realización de buenas acciones, la ayuda a la Iglesia católica, la enseñanza de la verdad y la defensa del débil y del oprimido».

Unos meses después de la fundación del Priorato, en diciembre de 1956, el animoso caballero católico vuelve a dar con sus huesos en la cárcel, esta vez por un año, condenado por delitos de pederastia. Tragedia familiar. Su hasta ahora paciente esposa, Anne Léa, solicita y obtiene el divorcio.

Cumplido su débito con la sociedad, Plantard sale de la cárcel con treinta y siete años y sin oficio ni beneficio. En el pueblo no tienen buena opinión de él. Mejor emigrar a donde no lo conozcan, a París, su ciudad natal. Allí espera encontrar nuevas oportunidades profesionales y aportar a la dislocada sociedad moderna su espiritualidad caballeresca. Al principio intenta ganarse la vida como vidente y echador de cartas, para lo cual imprime tarjetas de visita en las que se presenta como «el vidente Chyren».

Dejemos por un momento a Plantard y presentemos a un nuevo personaje de esta historia, Noël Corbu (1912-1968), propietario de un pequeño restaurante, el Hotel de la Tour, en Rennes-le-Château.

Noël Corbu había instalado su negocio en una finca que perteneció a Bérenger Saunière, antiguo párroco del pueblo, fallecido en 1917. El conjunto comprendía un chalecito de estilo algo provinciano, Villa Bethania, su amplio jardín y un mirador en forma de torre medieval, la Tour Magdala. El párroco se lo había dejado en herencia a su sirvienta Marie Dénarnaud, pero la pobre mujer, agobiada por las deudas, se lo vendió a Corbu.

Como era de esperar, el restaurante estaba siempre vacío. ¿A quién que no sea Ferran Adrià se le ocurre montar un restaurante en el quinto pino? Decidido a promocionar su negocio, el atribulado Corbu publicó en el periódico regional *La Dépêche du Midi* una serie de artículos en los que revelaba que el cura Saunière había encontrado un tesoro escondido en aquel remoto pueblo por la reina Blanca de Castilla, esposa de Luis VIII y madre de San Luis^[5].



Bérenger Saunière.



Marie Dénarnaud.



Plantard, el merovingio.



Gérard de Sède.

Introduzcamos ahora al involuntario iniciador del fraude, al reverendo François Bérenger Saunière (1852-1917), un cura atlético, corpulento, de anchas espaldas, enérgica mandíbula, cuadrado mentón, firme mirada (especialmente la de un ojo, que tenía de cristal) y fuerte carácter a juego con su aspecto. Un don Fermín de Pas francés, si se me permite la comparación.

Saunière podía haber aspirado a una meritoria carrera eclesiástica, como el magistral de la imaginaria Vetusta. Facha, inteligencia y ambición no le faltaban, pero su carácter rebelde e indisciplinado frustraron su ascenso. Asustado por su feroz militancia antirrepublicana y monárquica, que dejaba traslucir en incendiarios sermones, el obispo lo relegó al curato de Rennes-le-Château, un remoto villorrio, cuya iglesia, que databa del tiempo de las Cruzadas, se caía a pedazos.

Aparentemente conformado a su destierro, con un salario tan exiguo que apenas

le daba para mantener aquel corpachón y lo obligaba a cazar y pescar para complementar su dieta, el cura afrontó su destino con entereza y, lejos de deprimirse, decidió plantar cara a la vida. Para empezar se buscó un ama bien parecida y de firmes caderas, amén de dispuesta y hacendosa, la señora Marie Dénarnaud, con la que mantuvo, hasta que la muerte los separó, la honesta relación natural de un cura con su ama^[6].

Hasta aquí la normalidad. Ahora empieza el misterio. La suerte del cura Saunière cambió de la noche a la mañana. De pronto empezó a gastar dinero con sorprendente liberalidad, como si dispusiera de recursos ilimitados: no sólo alhajó su modesto templo parroquial revistiéndolo de toda clase de esculturas y pinturas hasta dejarlo más bonito que un san Luis y un punto horterilla, sino que adquirió la finca paredaña y se construyó en ella una buena casa, Villa Bethania, un espacioso jardín y una torre neomedieval con su escaraguita y todo, la Tour Magdala, en la que instaló su estudio-biblioteca. Se calcula que, al precio actual, esos gastos superarían el medio millón de euros.

Presentemos ahora a un nuevo personaje: el periodista y escritor de historia-ficción o alternativa Gérard de Sède (1921-2004). Había probado fortuna escribiendo sobre los templarios y los cátaros, pero no le fue bien y decidió cambiar de oficio, como Cervantes cuando intentó pasar a las Indias. De Sède no picó tan alto y se conformó con Normandía, donde se hizo criador de cerdos con una lucida pira a cargo de la cual puso al nada lúcido Roger Lhomoy, antiguo guarda del castillo de Gisors que había perdido el empleo porque le daba el coñazo a los turistas con historias del tesoro que había descubierto en los subterráneos secretos del castillo y, no contento con ello, excavaba, en sus horas libres, unas galerías que estaban minando los cimientos de la fortaleza.

Gérard de Sède pensó: aquí hay un libro. Y adornando un poco la historia de su porquero escribió *Los templarios entre nosotros o el enigma de Gisors* (1962^[7]), que alcanzó cierto éxito y lo reconcilió con la pluma.

Regresemos ahora a Plantard, el flamante Maestre del Priorato de Sión instalado en París donde echa las cartas y trampea lo que puede como vidente.

Alguien le cuenta el cuento de los tesoros que un cura descubrió en Rennes-le-Château y decide incorporarlo a la historia heroica que está tramando para corregir su pedestre vida. Plantard añade sabrosos detalles de su cosecha: unos pergaminos que el cura había encontrado en el hueco de un pilar visigodo demostraban que él, el propio Plantard, descendía por línea directa del rey merovingio Dagoberto II (652-679). En las enciclopedias consultadas por el vidente constaba que al pobre Dagoberto lo asesinaron a los veintisiete años, y que murió sin descendencia, pero Plantard le inventa un hijo secreto, Sigeberto IV, por cuya descendencia continuó la estirpe, una criptodinastía merovingia de reyes perdidos, hasta desembocar en el propio Plantard. En resumen: que el humilde estafador se revela como el heredero legítimo del trono de Francia, más legítimo que el hijo de Carmen Martínez Bordiú y

el duque de Cádiz puesto que los merovingios preceden a los borbones. ¡Imagine el lector la bomba histórica que ello encerraba! Es como si de pronto se demostrara que Chiquito de la Calzada puede reclamar el trono de España alegando que descende del rey don Rodrigo y que en su poder obran papeles que lo sustentan.

¡Los sueños de nobleza de Plantard, aquel niño delgado y apocado, hijo de un mayordomo y de una portera, se cumplían por fin!

Plantard debió de pensar, con Machado: «El hoy es malo, pero el mañana es mío». El ensueño de púrpuras y honores lo compensaba de las estrecheces de la vida.

La historia parecía bien trabada, pero convenía darle cierta apoyatura documental. Para ello, Plantard recurrió a su amigo y compinche Philippe de Chérisey (1923-1985), zascandil y consumado sablista que vivía a salto de mata de múltiples ocupaciones, entre las que destacaban las de actor, locutor y humorista. De Chérisey, que tenía cierta habilidad como falsificador, pasó a pergamino los documentos que probaban la ascendencia real de Plantard (los *Dossiers secrets d'Henri Lobineau*), que, convenientemente depositados en la Biblioteca Nacional de Francia, confirmarían la licitud de las reclamaciones de Plantard. Ignoraban los estafadores que la rutinaria catalogación de un documento entregado a la Biblioteca Nacional no significa, necesariamente, que sea legítimo. También catalogan, en la sección correspondiente, los prospectos de los circos y los anuncios de las putas.

Los *Dossiers secrets* revelan la existencia de una orden caballeresca secreta, el Priorato de Sión, cuyo maestrazgo, unido al trono de Francia, corresponde a Pierre Plantard de Saint Clair, descendiente de los reyes merovingios. ¡Coño con el vidente, y parecía una mosquita muerta!

Entusiasmado con su ascendencia real, Plantard escribió un libro en el que justificaba su derecho al trono de Francia, pero no encontró editor que apadrinara el engendro. Entonces se lo hizo llegar a Gérard de Sède, que estaba triunfando con *Los templarios entre nosotros*. Gérard de Sède leyó el mazo de folios y comprendió que aquella historia, convenientemente adobada, podría rendir más que los cerdos normandos. Llegaron a un acuerdo: la reescribía, la editaba con su propio nombre y se repartían las ganancias. «Hecho, choca esos cinco», dijo el descendiente de la sangre real merovingia. El producto fue el libro *El oro de Rennes*, que obtuvo tanto éxito que Gérard de Sède prefirió no repartir ganancia alguna, lo que lo enemistó con su socio^[8].

En la obra de De Sède, la figura del cura Saunière se agiganta con inéditos matices. Después de encontrar su tesoro, el cura no repara en gastos. Viste sotanas de buen paño y viaja con frecuencia a París, la pecaminosa ciudad en plena *belle époque*, cuajada de restaurantes, *cabarets* y mil lugares donde un hombre soltero, bien plantado y sobrado de recursos puede acceder a toda clase de placeres, incluso a los más inconfesables.

—¿Y la tonsura? En aquel tiempo a los curas les rapaban la coronilla.

—¡Hombre de Dios! Cuando se iban de picos pardos se la disimulaban

frotándosela con un corcho quemado.

Incluso es posible que fuera amante de una famosa cantante de ópera, Emma Calvé.

El negocio marchaba viento en popa. En Francia se hablaba del Priorato de Sión. Plantard soñaba con que, algún día, su orden caballeresca interesara a personalidades relevantes de la cultura, de la economía y de la política francesa y las animara a defender la causa de la restauración, en su merovingia persona, de una monarquía católica al estilo medieval. Una tercera vía, ya que los capetos y los borbones no habían dejado buen recuerdo en la republicana Francia. En sus sueños se veía vestido como rey, por eso escogió el nombre «Chyren Selin» (anagrama de Gran Rey profetizado por Nostradamus). En años sucesivos, fue enriqueciendo su historia con nuevos detalles: el Priorato de Sión era, en realidad, una rama de la Abadía de Sión fundada por los cruzados en el reino de Jerusalén en 1099 y englobada en la Compañía de Jesús en 1617. De este modo, la alusión al modesto monte Sión del pueblecito francés donde vivía se transformaba en el monte Sión de Jerusalén, la Tierra Santa conquistada por los cruzados.



Anuncio del restaurante de monsieur Corbu.

Los artículos de monsieur Noël Corbu sobre el tesoro del cura Saunière.

La fabuleuse découverte
DU CURÉ AUX
MILLIARDS
de Rennes-le-Château
D'UN COUP
DE PIOCHE
DANS UN PILIER DU MAÎTRE-AUTEL
l'abbé SAUNIÈRE
met à jour
LE TRÉSOR DE BLANCHE DE CASTILLE

DE LA TOUR DE SA BIBLIOTHÈQUE L'ABBÉ POMPAÏT ADMIRE CE PANDORA

Nuevas invenciones de Plantard, o de su socio Philippe de Chérisey, cuya imaginación desbordante se estimulaba con la habitual ingesta de bebidas destiladas, ampliaban incesantemente los presuntos misterios de Rennes-le-Château. Un buen día, reparó en que el perfil de uno de los montes de la cadena de Les Pontils, próxima a Rennes-le-Château, se parecía remotamente al paisaje reproducido en el cuadro de Poussin *Les Bergers d'Arcadie* («Los pastores de la Arcadia»), pintado hacia 1630.

En el cuadro, unos pastores curiosean la inscripción de una tumba campestre: *Et in Arcadia ego* («y yo en la Arcadia»). A esta coincidencia se le puede sacar punta, pensaron nuestros falsificadores, y adoptaron la inscripción como lema de la familia Plantard y del propio Priorato, un lema cargado de arcanos significados.

La Arcadia es una mítica región de Grecia en la que Virgilio, que jamás había estado en ella, ambientó a los idealizados pastores de sus *Bucólicas*. Desde entonces se elevó a símbolo literario de la felicidad en la tierra a la que todos aspiramos. La expresión latina *Et in Arcadia ego* no tiene nada de misterioso. Es un conocido

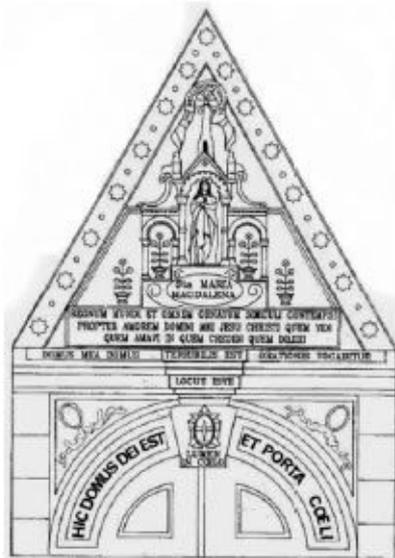
memento mori, o sea, un recuerdo de la fugacidad de la vida. La expresión completa, con el verbo expreso, rezaría: *Et in Arcadia ego (sum)* («yo también estoy en la Arcadia»), en la que la propia muerte nos advierte de que nadie escapa a ese cruel destino, palmarla, ya que ella reina incluso en la feliz Arcadia. Los pseudohistoriadores le han buscado tres pies al gato y han descubierto en el dicho latino el anagrama de un mensaje secreto: *I tego arcana dei* («Aléjate, yo oculto los secretos de Dios»).

No pasó mucho tiempo sin que se descubriera la tumba pintada por Poussin en términos de Les Pontils, cerca de Rennes-le-Château^[9]. En realidad la tumba data de 1932 y ciertamente se parece bastante a la del cuadro de Poussin... como cientos de tumbas en Francia, pues se trata de un modelo de mausoleo muy tradicional (el propio cuadro de Poussin lo prueba).

Otros detalles de la remodelación de la iglesia de Rennes-le-Château por Saunière sugerían sorprendentes interpretaciones ocultistas. En el porche de la iglesia campea una inscripción latina preñada de connotaciones esotéricas: *Terribilis est locus iste* (Gen 28:17), o sea, «Este lugar es terrible», que así, a primera vista, no parece lo más adecuado para acoger al creyente, pero, examinado con más discernimiento, remite a los gorigoris de consagración de los nuevos templos en que *terribilis* significa «admirable» o «formidable». Prueba de ello es que la inscripción se encuentra en otras iglesias que no reivindicaban misterio alguno. Por ejemplo, en la de Villanueva de la Reina, Jaén.

Penetremos ahora en el Templo de Saunière. Es una iglesia pequeña, una única nave cubierta de bóveda de medio cañón, sin relevancia arquitectónica. Lo único que la singulariza es que el cura la pintó como una puerta, incluso con techos celestes salpicados de estrellas blancas, y la atiborró de imágenes decimonónicas, auténticos cromos en relieve, demasiado aparatosos para tan poca iglesia. Es evidente que estaban calculados para un templo más espacioso, no para éste, que más parece una ermita.

Lo primero que encuentra el visitante, en cuanto atraviesa el vano de la puerta, es un demonio, casi del tamaño de una persona, que sostiene la pila del agua bendita. Es costumbre identificarlo con Asmodeo, el diablo cojuelo de nuestra literatura, un demonio enamorado y celoso que en el Libro de Tobías asesinaba a los pretendientes de Sara, la hija de Raquel, lo que condenaba a la pobre muchacha a vestir santos: «Si no es *pa* mí, *pa* nadie». En el Talmud hebreo, Salomón se las ingenia para capturarlo y lo obliga a construir el Templo de Salomón.



Inscripciones en la fachada de la iglesia de Rennes-le-Château.



El cura Saunière asomado a la Tour Magdale en construcción.



Saunière a la puerta de su iglesia.



Saunière junto a la Virgen de Lourdes y el pilar de los pergaminos.

Que un demonio con nociones de albañilería (lo de Salomón) aguante la pila del agua bendita ha dado pie a los buscadores de misterios para formular las más peregrinas teorías. En realidad, no hay misterio alguno. En Francia, y aún fuera de ella, existen otras iglesias en las que un demonio sostiene con doloroso esfuerzo la pila de agua bendita. Así queda claro, desde el principio, que la Iglesia vence al demonio en esta lucha que mantienen desde la eternidad y que tantos beneficios reporta a las partes implicadas. En España tenemos a un diablo incluso más fastidiado que el Asmodeo de Saunière, el que aguanta el peso de un púlpito portátil en la catedral de Orense. Imagínense la faena de soportar sin desmayo las arrobas de un canónigo orondo que no despacha a las devotas de su feligresía con menos de tres cuartos de hora de sermón.

Sobre la pila del agua bendita de Rennes-le-Château se yerguen cuatro ángeles, se diría que hembras, o quizá sólo andróginos, lánguidos, prerrafaelistas, que reproducen con las manos las cuatro sucesivas posiciones que el devoto ejecuta al santiguarse. Hay que reconocer que el escultor de Saunière, un tal *monsieur* François Giscard, con taller en Toulouse, puso mucho empeño en esta obra. Quizá andaba un poco harto de tallar imágenes monjiles, y le plugo plasmar cierta morbidez sensual en los cuerpos de las cuatro doncellas o lo que sean^[10].

Más misterios: en la basa de un crucifijo campea la críptica inscripción *Christus A. O. M. P. S. defendit*, que los esotéricos descifran como abreviación de *Christus Antiquus Ordo Mysticusque Prioratus Sionis Defendit* («Cristo defiende a la antigua orden mística del Priorato de Sión»). Es una pena que no cuele: en realidad significa *Christus Ab Omni Malo Plebem Suam Defendat* («Cristo defiende a su pueblo de toda maldad») y se repite hasta la saciedad en otras obras religiosas, tanto completa como abreviada.

Crecía el mito con nuevos documentos y noticias del pasado, pero no por ello descuidaba Plantard el presente. Aunque sus magros ingresos sólo permitían un apartamento de una sola habitación, en 1972 contrajo matrimonio con una treintañera, Anne-Marie Cavalle, de la que pronto tuvo un hijo, Thomas.

Nuevos gastos lo llevan a enemistarse con Gérard de Sède, al que acusa de hacer negocio a su costa sin que él vea los beneficios. En el intercambio de querellas, los implicados reconocen que los documentos que usa De Sède son falsos, meras invenciones.

En 1969, el actor británico Henry Lincoln^[11] leyó el libro de Gérard de Sède y el de Robert Charroux sobre tesoros del mundo^[12] y quedó profesionalmente sorprendido de lo bien que funcionaba aquella disparatada ficción. Viajó a Rennes-le-Château y le encantó el lugar.

Lincoln fue a París y se entrevistó con Plantard, que se mostró encantado de que alguien lo tomara en serio, y, atento al negocio que barruntaba, hasta dejó que el fantasmón lo «iniciara» en los misterios del Priorato de Sión. Con el material recopilado, y otro poco de su cosecha, realizó tres documentales para la BBC sobre los misterios del cura Saunière, cargando la mano en los templarios, que es lo que vende^[13]. Después dejó a Plantard tirado y se asoció con el novelista americano Richard Leigh y el fotógrafo neozelandés Michael Baigent, dos aficionados a los misterios templarios y a la pseudohistoria, para forjar una teoría conspirativa lejanamente basada en las de Plantard y De Sède, pero de mucho mayor alcance.



El cura Saunière posa ufano ante la fachada de Villa Bethania.
Al fondo, el castillo del pueblo.



El cura Saunière y Marie Dénarnaud en el jardín frente a Villa Bethania.

Hasta el desembarco de los anglosajones, el asunto del cura Saunière y las revelaciones de Rennes-le-Château se habían circunscrito a Francia. Los nuevos fabuladores añadieron los elementos necesarios para que la patraña afectara a todo el mundo occidental, a la comunidad de países cristianos en los que pensaban vender su libro y los subproductos mediáticos que de él se derivaran.

El resultado fue un memorable *bestseller*, *El enigma sagrado*^[14], en el que se demuestra, con ingeniosos razonamientos enteramente falsos, que el tesoro descubierto por el cura Saunière era, más que oro, un secreto capaz de subvertir la historia de la humanidad: Jesús no murió en la cruz, estaba casado o arrejuntado con la Magdalena, y terminó sus días en Francia.

Puedo imaginar la perplejidad del lector: pero Jesús ¿no había resucitado al tercer día de su muerte para ascender a los cielos, como pregona nuestra fe, difunden los

púlpitos y representan hasta la saciedad todas las ramas de las Bellas Artes, teatro incluido (la Semana Santa)?

Me temo que no. Según la teoría conspirativa revelada en *El enigma sagrado*, escapó por los pelos de la muerte en la cruz, bien jodido pero vivo, convaleció en casa de algún fiel seguidor (quizá el José de Arimatea del Grial, ¿por qué no?) y en cuanto se restituyó en sus fuerzas le hizo dos higas a su vida anterior y al mensaje salvífico que había predicado, con razonable éxito de público, por los pegujales galileos. «Que os zurzan a todos», dijo antes de abandonar el pedregal otorgado por yahvé al Pueblo Escogido, y emigrar, con su amada Magdalena, a la dulce Francia, una tierra afable y nada fanática, donde fundó una familia y encabezó el linaje dinástico de los merovingios.

Los motivos de esta deserción de Jesús no están claros. Lincoln y los suyos creen que estaba desengañado de san Pedro y los apóstoles, quienes lo consideraban una amenaza para el negocio, pero parece más sensato postular que las heridas y sufrimientos padecidos a lo largo de la Pasión lo devolvieran a la realidad. Recordemos que, en cierto modo, había anunciado su dimisión al Padre Eterno, cuando le gritó, todavía en la cruz, bien alto, para que el evangelista tomara buena nota: «Padre, padre, ¿por qué me has abandonado?»^[15].

El trío encabezado por Lincoln remató bien su trabajo metiendo por medio a los inevitables templarios. Los monjes guerreros serían la rama militar del Priorato de Sión, destinada a proteger el secreto de la estirpe merovingia, la sangre real, o, dicho en francés más o menos antiguo, la *sang real*, el *sangrial*, que da el Grial. O sea: para los que estamos en el secreto, la palabra Grial no se refiere a esa elusiva copa de las leyendas artúricas en la que José de Arimatea recogió presuntamente la sangre del Salvador. Grial significa la estirpe de Cristo y, más concretamente, el recipiente vivo que la contuvo, el útero de la Magdalena.

Aquellas sensacionales revelaciones, de insospechados alcances, impulsaron internacionalmente el timo histórico de Rennes-le-Château. «Que se fastidien esos historiadores serios que producen tochos indigestos estofados de aparato científico y escritos en un lenguaje tan presuntuoso que no lo entiende ni Dios —parecen decirnos los autores de *El enigma sagrado* mientras se retratan para la solapa de las nuevas ediciones de su libro y firman nuevos contratos que engordan sus cuentas corrientes—. Nosotros ideamos la patraña de Cristo y la Magdalena, el merovingio y el cura del tesoro y nos forramos. Si el académico quiere ganar lectores, fama y dinero, que no aburra a las ovejas».

Los libros y series sobre Saunière y su tropa ocuparon las listas de superventas en varios países. Henry Lincoln invirtió parte de sus beneficios en la adquisición de una finca rústica cerca de Rennes-le-Château, donde hoy vive un apacible retiro en compañía de su musa, la escritora, arpista, cantatriz, compositora y terapeuta musical Ani Williams. Lo que demuestra que el tesoro de Rennes-le-Château existía: él lo ha encontrado en los derechos de autor que percibe por sus creaciones.

Recapitulemos el aspecto doctrinal de este asunto: el Priorato de Si3n y su rama militar, los caballeros templarios, se habían creado para proteger la estirpe de Jes3s y asegurarse de que alg3n día recuperaran el trono de Francia. Ése sería el primer paso para, más adelante, reinar sobre el mundo, el reinado de Cristo-Rey tan en boga entre los cat3licos monárquicos franceses cuya ideología carca, reaccionaria y fundamentalista tanto influy3 en el joven Plantard. Lo que postula el Priorato de Si3n es, en 3ltima instancia, un mundo arm3nicamente sometido a la autoridad de un rey cristiano que se deja aconsejar por sabios ancianos, la ansiada sinarquía.

En los papeles de Plantard y su tropa, el cura Bérenger Saunière había descubierto un tesoro material; en los de Lincoln y los suyos el tesoro era un valiosísimo secreto, que Cristo no muri3 en la cruz, que se reprodujo y dej3 una estirpe terrenal. Esta pasmosa revelaci3n amenazaba la estabilidad de unas cuantas casas reinantes europeas y no digamos al Vaticano, que vive de la presunta resurrecci3n de Jes3s («Si no resucit3, vana es nuestra fe», que dice san Pablo). Ése sería el origen de la cuantiosa fortuna del cura: el muy taimado chantajeaba a los perjudicados, curia Vaticana incluida, y los obligaba a comprar su silencio. Por eso era tan rico. Por eso, seg3n la leyenda, el colega que lo confes3 en el lecho de muerte le neg3 la absoluci3n y escap3, mortalmente pálido, de la habitaci3n.

El marginado Plantard transigi3 con el giro que los anglosajones le daban a su negocio familiar, probablemente porque lo socorrieron con alguna propinilla para que colaborara.



Portada de la revista *Circuit*.

El pedestal visigodo que ocultaba los pergaminos.

Unos años después, en 1986, el trío de tenores templarios reincidió con un nuevo libro, *El legado mesiánico (The Messianic Legacy)*, que reescribía toda la historia para adecuarla a sus nuevas «investigaciones» y descubrimientos: dejan en la cuneta al ya sobradamente desprestigiado Plantard, alegando que había trabucado unos documentos y falsificado otros, y mantienen el mito del Priorato de Sión, la secretísima organización que está tras las bambalinas de todos los misterios del mundo moderno: Marcinkus, el Banco Ambrosiano, la muerte del financiero Calvi, la logia P2 y hasta el cisma de Lefebvre.

Feneciendo el siglo xx, el filón de Rennes-le-Château parecía agotado tras alimentar tanto a Lincoln y compañía como a las docenas de menudos autores que se incorporaban al negocio y producían libros de corta tirada intentando sorprender a los lectores con nuevas engañifas.

A pesar de la abusiva explotación, el filón estaba lejos de agotarse: todavía faltaba la obra principal: *El código Da Vinci* (2003), del novelista Dan Brown.

El código Da Vinci, la novela denostada por la crítica pitiminí, pero devorada, con fruición, en la tundra siberiana, en las playas de California, en los desiertos de Gobi, en el compactado metro de Tokio, en Nueva York, en Calcuta, en Buenos Aires, en Ciudad del Cabo, en Madrigal de las Altas Torres, en Hamburgo, en Zimbabue, en Tegucigalpa, en Pekín, en las Casillas del Abad y en Madrid (sin excluir las tumbonas de la Zarzuela ni las muelles poltronas de la conferencia episcopal), terminó por lanzar a la fama mundial la patraña iniciada por el señor Plantard^[16]. Para remate, llegó la película *El código Da Vinci*, de Ron Howard, protagonizada por Tom Hanks, investigador atribulado, y Audrey Tautou, criptógrafa asustadiza, ojazos, boquita de piñón, figura menuda pero apetitosa como un balde de fresas con nata.

Así es la vida. Como bola de nieve que desciende vertiginosa por la ladera nevada, la patraña de Rennes-le-Château, que empezó, recordemos, como una conseja de tesoros urdida por un mesonero para atraer clientes, se ha transformado en un tema de apasionante interés primero en Francia, luego en Europa y finalmente en el mundo mundial. Desde entonces no escampa la lluvia de ensayos, novelas y seriales televisivos sobre el presunto matrimonio o, en el peor de los casos, simple apaño, de Jesús el redentor con la redimida Magdalena.

La popularidad del enredo atrajo, finalmente, a una jauría de desmitificadores y aguafiestas de la rama escéptica que pacientemente han desmarañado la maraña y han desenmascarado el fraude^[17]. En el mantenimiento del mito no ayudó para nada que Plantard anduviera a la gresca con todo el que se lucraba de aquella historia que él consideraba de su propiedad. Hay que comprenderlo, el pobre delineante era el titular reconocido de la finca en la que todo el mundo cosechaba menos él. «Sí, tú mucha notoriedad, pero ningún ingreso», le reprochaba acremente su mujer.

En 1986, Plantard arremetió contra las revelaciones de Lincoln y compañía y, en un esfuerzo por recuperar protagonismo, relegó a un segundo plano la genealogía merovingia y el asunto del matrimonio Jesús-Magdalena y dio en relacionar los misterios de Rennes-le-Château con las «líneas ley» (otra superchería pseudocientífica de nuestro tiempo)^[18] y el monte Rocco Negro, no lejos del castillo de Blanchefort, un lugar de «intensa energía», aunque perfectamente improductivo, en el que se había comprado una parcela.

Pierre Plantard dejó de prodigarse en los medios durante un tiempo, a raíz de que el investigador Jean-Luc Chaumeil revelara su oscuro pasado: el presunto heredero de los merovingios y descendiente de Cristo había sufrido persecución por la justicia acusado de fraude, malversación y corrupción de menores. Durante su prudente retiro, Plantard corrigió y amplió la fantástica historia del Priorato de Sión con nuevas ficciones recién acuñadas que reemplazaran a las antiguas. El resultado de esta labor abnegada y silenciosa lo expuso en 1989 cuando regresó a la palestra con novedades que vinculaban el Priorato con el caudillo de los cruzados Godofredo de

Bouillon, con la Compañía del Santo Sacramento y con los Hijos de San Vicente, amén de una flamante lista de Grandes Maestros del Priorato en la que figuraba una serie de celebridades difuntas como el científico Newton, el escritor Victor Hugo, el músico Debussy y el artista Jean Cocteau. Lo malo es que también tuvo la osadía de incluir al millonario y prestigioso hombre de negocios Roger-Patrice Pelat (1919-1989), un millonario amigo del presidente François Mitterrand, fallecido tras protagonizar un considerable escándalo financiero.

Esta vez la manía de alardear de amistades en las altas esferas le jugó una mala pasada al incauto Plantard. El juez que investigaba el caso, al conocer que su acusado figuraba como cabeza visible de una oscura orden caballeresca, ordenó el registro de la sede social de aquella misteriosa institución, ¡que no era otra que la modesta vivienda del señor Plantard! La policía judicial no encontró documento alguno relacionado con el caso, pero sí media tonelada de papeles de complicada interpretación en los que reiteradamente se aludía al Priorato de Sión, a reyes merovingios y a enredos históricos. Curándose en salud, los agentes trasladaron los papeles a la mesa del juez, quien invirtió en su estudio algunas jornadas de arduo trabajo hasta comprobar que aquel galimatías no contenía nada relacionado con la causa de Pelat. ¿No estaría siendo víctima de una tomadura de pelo o de una intoxicación tramada para desprestigiarlo o hacerle perder su precioso tiempo? Severamente, interrogó a Plantard: «¿Todo esto qué significa?» y Plantard, asustado ante la perspectiva de verse implicado en un turbio asunto político cuyos alcances se le escapaban, admitió, bajo juramento, que el Priorato era un producto de su imaginación, o sea, un fraude. El juez dejó en paz al pobre diablo, pero la familia del financiero Pelat manifestó a la prensa su intención de querrellarse contra el estafador que usaba el nombre del extinto en vano. Preocupado, Plantard cambió de domicilio y no volvió a saberse de él hasta su muerte, en el año 2000, a los setenta y cuatro años de edad. El maestrazgo del Priorato se lo dejó en herencia a su hijo Thomas, que lo detentó, al parecer, sólo por espacio de un mes.



La tumba de François-Bérenger Saunière (1852-1917).



El libro de Lincoln.



Henry Lincoln y su musa, la arpista Ani Williams, en Rennes-le-Château.

El tiempo y la paciente labor de algunos investigadores aguafiestas han demostrado lo que cualquier persona en su sano juicio podía sospechar: que los documentos en los que se basa la historia del cura Saunière eran falsos. Incluso se ha publicado una nutrida correspondencia cruzada entre Plantard y sus compinches en la que maquinaban nuevos embustes para contrarrestar las críticas recibidas^[19].

Quedaba, sin embargo, el rabo por desollar. Si Saunière no encontró tesoros templarios o merovingios o capetos, ¿de dónde sacaba el dinero para sus obras y para vivir como un cura (dicho sea con perdón por la redundancia)? La explicación es bastante pedestre: confinado en una parroquia de tercera regional, sin más horizonte que los montes Les Pontils y sin ingresos que le permitieran vivir con holgura compatible con sus gustos y ambiciones, el buen párroco solicitaba donativos para la construcción de una hipotética residencia de sacerdotes ancianos y, al propio tiempo, traficaba con misas.

¿Tráfico de misas?

Veamos. Saunière ofrecía sus servicios en múltiples revistas religiosas leídas por cientos de miles de beatas francesas e incluso de otros países (España, Italia, Alemania) en las que se presentaba como un «cura pobre». ¿Quiere usted que le cante una misa de difuntos por el zascandil de su difunto marido cuya alma la agradecerá? Sus estipendios, supuestamente destinados a la construcción de una residencia de ancianos sacerdotes, oscilaban entre uno y cinco francos, donativos aparte^[20]. Saunière había encontrado una mina en la credulidad de las devotas: miles de transferencias por misas, que obviamente no tenía tiempo material de celebrar, le reportaban pingües beneficios que él invirtió en darse a la buena vida y en las obras descritas.

El timo sacro se mantuvo durante unos cuantos años, pero fatalmente llegó a conocimiento de las autoridades religiosas, que amonestaron severamente al timador y le recordaron que un sacerdote sólo puede decir tres misas diarias^[21]. No les hizo el menor caso e insistió, contumaz, en las malas prácticas. Finalmente, en 1909, el tribunal eclesiástico de Carcasona lo destituyó de su cargo parroquial y le envió a un sustituto.

Bérenger no se arredró. Convocó a toque de campana a su fiel feligresía (con tantas obras daba trabajo a muchos aldeanos) y le explicó que el obispo lo expulsaba de aquella iglesia que les había puesto como los chorros del oro, pero que, como se debía a ellos, proseguiría su sagrado ministerio en la capilla privada de Villa Bethania. La feligresía se trasladó masivamente al nuevo templo y le hizo el vacío al párroco enviado por el obispado.

Hoy está completamente demostrado el fraude. Incluso Arnaud de Sède, hijo del difunto autor de *El oro de Rennes*, ha declarado en televisión que todo fue una invención de su padre y del delineante megalómano. Sin embargo, a pesar de todo, cada año siguen apareciendo nuevos libros que renuevan los viejos embustes. Muchedumbres de turistas siguen visitando el pueblecito con alguno de esos libros bajo el brazo.

¿Por qué, si todo es mentira?

Elemental, querido Watson: porque la gente necesita creer en algo, aunque sea mentira. Ahí tenemos, sin ir más lejos, las mil y una religiones que embaucan a la humanidad. Cada cual cree que la suya es la buena, sin mirar el determinismo geográfico. A ver quién los saca de su error. A ver quién los persuade de que la única verdadera es la nuestra, la Católica Apostólica Romana.

A Rennes-le-Château continúan acudiendo hordas de turistas embelesados por la falsa historia del cura Saunière y sus tesoros, la tumba de Jesús, el vientre de la Magdalena, el Santo Grial y demás folclore ocultista. Existe una agencia de viajes, Exclusive Tours, que transporta al lugar de los hechos a rebaños de fans de *El código Da Vinci*, libro y película, por la módica cantidad de 1890 dólares, todo incluido, «salvo vuelos y alcohol».

Lincoln, el de *El enigma sagrado*, vive un plácido retiro en una casa de campo de las inmediaciones. En una de las paredes luce el título de caballero honorario de la Orden del Temple, rama escocesa, «en reconocimiento a su trabajo en el campo de la geometría sagrada y de la historia templaria», junto con algunas fotos de su investidura, una ceremonia celebrada en la abadía de Newbattle, Escocia, con capas blancas, cruces rojas y espadas «made in Taiwan». De vez en cuando se da una vuelta por los viejos dominios del cura Saunière, charla con los turistas que acuden a beber de su magisterio y les muestra los lugares del misterio, «incluidos los que no figuran en las guías al uso».

Por lo pronto, en 2004, el alcalde del pueblito hizo exhumar los restos de Bérenger Saunière, que reposaban en una sencilla tumba, y los alojó en otra más digna, revestida de cemento, a prueba de profanaciones, no sea que los fans le roben el cadáver.

Bibliografía

1. LOS ENIGMAS TEMPLARIOS

- BORDONOVE, G., *La vida cotidiana de los templarios en el siglo XIII*, Temas de Hoy, Madrid, 1989.
- DEMURGER, A., *Auge y caída de los templarios*, Martínez Roca, Barcelona, 1986.
- FOREY, A., *Templars in the Corona de Aragon*, Oxford University Press, Londres, 1973. (Edición digital gratuita, en inglés).
- FUGUET, J., y C. PLAZA, *Los templarios en la península Ibérica*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2005.
- LOMAX, D. W., *Las órdenes militares en la península Ibérica durante la Edad Media*, Instituto de Historia de la Teología Española, Salamanca, 1976.
- MARTÍNEZ DÍEZ, G., *Los templarios en los reinos de España*, Planeta, Barcelona, 2006.
- MASTRO, M., *Dossier templari (1118-1990)*, Edizioni Templari, Roma, 1991.
- PARTNER, P., *El asesinato de los magos. Los templarios y su mito*, Martínez Roca, Barcelona, 1987.

2. EL MISTERIO DE LA ATLÁNTIDA

- ASHE, G., *Camelot and The Vision of Albion*, Heinemann, Londres, 1971.
- BERLITZ, C., *The Mystery of Atlantis*, Avon Books, Nueva York, 1976. (Trad. cast.: *El misterio de la Atlántida*, Planeta, Barcelona, 1984).
- CARNAC, P., *La historia empieza en Bimini*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.
- CHARLIER, R. F., y A. M. GESMAN, «Perennial Atlantis», *Sea Frontiers*, enero de 1972.
- COHEN, D., *Mysterious Places*, Dodd, Mead and Company, Nueva York, 1969.
- CONTU, ercole, *L'altare preistorico di Monte d'Accoddi en Sardegna Digital Library*.
- CORLISS, W. R., *Mysteries beneath the sea*, Thomas Y. Crowell Company, Nueva York, 1970.
- DOUMAS, C. G., *Thera: Pompei of the Ancient Aegean*, Thames and Hudson, Londres, 1983.
- ESLAVA GALÁN, J., *El enigma de Colón y los descubrimientos de América*, Planeta, Barcelona, 1992.
- FROST, K. T., «The Critias and Minoan Crete», *Journal of Hellenic Studies*, n.º 33, Londres, 1913, pp. 189-206.
- FURNEAUX, R., *Los grandes enigmas del Universo*, Javier Vergara editor, Buenos

Aires, 1977.

GARCÍA ATIENZA, J., *Los supervivientes de la Atlántida*, Martínez Roca, Barcelona, 1996.

GUERRA SANTOS, A., «Thera», *Revista de Arqueología*, n.º 15, pp. 24-33.

GÓMEZ TABANERA, J. M., «Thera y el enigma de la Atlántida», *Historia* 16, n.º 36, abril de 1979, pp. 123-132.

LAVILLA, R., «Objetivo: localizar la Atlántida. Cuando el mito se convierte en ciencia», *Año Cero*, n.º 19, pp. 4-20.

LEÓN CANO, J., «Tenerife, antesala de la Atlántida», *Año Cero*, n.º 11, junio de 1991, pp. 14-21.

LUCE, J. V., *The end of Atlantis*, Thames and Hudson, Londres, 1969.

—, *Lost Atlantis*, McGraw-Hill, Nueva York, 1969.

MANUSCHEVICH, J., *La investigación sobre la Atlántida*, texto en internet.

MILLWARD, G. E., y otros, «Atlantis modern theories and ancient tales», *History Today*, julio de 1973.

PLATÓN, N., *Zakros*, 1971.

RAMAGE, E. S., y otros, *Atlantis: fact or fiction?*, Indiana University Press, Bloomington, Indiana, 1979.

SCRUTTON, R., *La otra Atlántida*, Editorial Edaf, Madrid, 1985.

SPRAGUE DE CAMP-WILLY LEY, L., *De la Atlántida a El Dorado*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1967, pp. 13-47.

SUREDA CARRIÓN, N., «La Atlántida, mito y realidad», *Historia y Vida*, n.º 261, Barcelona, diciembre de 1989, pp. 36-50.

TOMAS, A., *Los secretos de la Atlántida*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979.

ZAGGER, E., *The Flood. Deciphering the Legend of Atlantis*, Londres, 1992.

3. CNOSOS, ¿TUMBA O PALACIO?

ARCHER, R., y S. ARCHER, «Palace of Knossos, in Crete», <http://www.ssqq.com/travel/greece2008x06crete.htm>.

COPPENS, P., «Crete, the egyptian island of the dead?», *Frontier Magazine* 6.1, enero-febrero de 2000.

ESLAVA GALÁN, J., «Cnosos, ¿tumba o palacio?», *Historia y Vida*, n.º 155, Barcelona, febrero de 1981.

HARRINGTON, S. P. M., «Saving Knossos», *Archaeology*, enero-febrero de 1999, vol. 52.

PETTY, G., «The legacy of Sir Arthur Evans», <file:///C:/Documents%20and%20Settings/Genevieve/My%20Documents/Danae's%20Portfolio/academic/under/ev>

WUNDERLICH, H. G., *The secret of Crete*, McMillan, Londres, 1974.

4. LOS FRAUDES ARQUEOLÓGICOS

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., «Cuatro razones por las que es indefendible la tesis de J. F. Moffitt sobre la modernidad de la Dama de Elche», *Historia y Arqueología de las Civilizaciones* (Web), Madrid, 1996.

GÓMEZ TABANERA, J. M., «Ante la llamada Dama de Elche: realidades e interrogantes de un hispanista», *Actas del I Congreso Internacional de Hispanistas*, Melilla, 1995. <http://www.uned.es/ca-melilla/We bmel1/biblo/Aldaba.htm>.

JONES, J., *Fake? The Art of Deception*, British Museum, Londres, 1990.

LÓPEZ AZORÍN, F., *Yecla y el padre Lasalde*, Ayuntamiento de Yecla y Universidad de Murcia, Murcia, 1994.

MOFFITT, John F., *El caso de la Dama de Elche, Historia de una leyenda*, Destino, Barcelona, 1997. En la segunda edición cambia la *leyenda* del título por *falsificación*.

—, «La Dama de Elche y el Guerrero Ibérico, polémica sobre las falsificaciones de la Alcudia», *Historia* 16, XXI, n.º 244, agosto de 1996, pp. 86-98.

—, «La Dama de Elche tras diez años polémicos», *Empiria, Revista de Metodología y ciencias sociales*, n.º 10, julio-diciembre de 2005, pp. 185-209.

MONTES BERNÁRDEZ, R., *Falsificaciones arqueológicas en España*, Algazara, Málaga, 1993.

OLMOS, R., y T. TORTOSA, «El caso de la Dama de Elche, más que una divergencia», *Archivo Español de Arqueología*, n.º 69, Madrid, 1996.

—, *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, Madrid, 1997.

SKELTON, R. A., T. MARSTON y G. PAINTER, *The Vinland Map and the Tartar Relation*, Yale University Press, New Haven, 1995.

SPENCER, F., *Pitldown: A Scientific Forgery*, Oxford University Press, Nueva York, 1990.

VAYSON DE PRADENNE, A., *Les fraudes en archéologie préhistorique*, 1932. La obra del arqueólogo que desenmascaró las falsificaciones de Glozel.

5. EL REY ARTURO Y LOS CABALLEROS DE LA TABLA REDONDA

ALVAR, C., *Breve diccionario artúrico*, Biblioteca Artúrica, Alianza, Madrid, 1997.

CHRISTIAN, C., *The Pendragon*, Warner, Nueva York, 1980.

DOVER, C. (ed.), *A Companion to the Lancelot-Grail Cycle*, Boydell & Brewer, 2005.

ESLAVA GALÁN, J., «El rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda», *Historia y Vida*, n.º 148, Barcelona, julio de 1980.

- FRITH, H., *King Arthur and His Knights*, Junior Deluxe Editions, Garden City, Nueva York, 1955.
- GARCÍA GUAL, C., *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda*, Alianza, Madrid, 1989.
- , *Los orígenes de la novela*, Istmo, Madrid, 1972.
- GREEN, D. H., *The Beginnings of Medieval Romance: Fact and fiction, 1150-1220*, CUP, Cambridge, 2005.
- GROSS, G., *Knights of the Round Table*, Random House, Nueva York, 1985.
- JOHNSTON, J., *King Arthur: His Knights & Their Ladies*, Scholastic, Nueva York, 1979.
- LAWHEAD, S. R., *Arthur*, Pendragon, Nueva York, 1989.
- NEWMAN, R., *Merlin's Mistake*, Hutchinson, Londres, 1970.
- PEARSALL, D., *Arthurian Romance: a short introduction*, Oxford University Press, Blackwell, 2005.
- ROUSE, R. A., C. J. RUSHTON, *The Medieval Quest for Arthur*, Stroud, 2005.
- VINAVER, E. (editor), *Malory: Works*, Oxford University Press, Blackwell, 1971.
- WHITE, T. H., *The Book of Merlin*, Berkeley Medallion, Nueva York, 1977.
- , *The Once and Future King*, Ace, Nueva York, 1987.
- , *The Sword in the Stone*, Dell, Nueva York, 1963.

6. EL SANTO GRIMAL

- ALFONSO Y HERNÁN, E., *El Santo Grial en el Monasterio de San Juan de la Peña*, Eyras, Madrid, 1989.
- ALMAZÁN DE GRACIA, Á., *Los custodios del Grial*, Sotabur, Soria, 1997.
- ANÓNIMO, *Tristán e Iseo*, Alianza, Madrid, 1991.
- , *La búsqueda del Santo Grial*, Edición de Carlos Alvar, Alianza, Madrid, 1987.
- , *La muerte del Rey Arturo*, Edición de Carlos Alvar, Alianza, Madrid, 1991.
- , *Lanzarote del Lago*, Edición de Carlos Alvar, Alianza, Madrid, 1988.
- , *El Caballero de la Espada, La Doncella de la Mula*, Edición de Isabel de Riquer, Siruela, Madrid, 1988.
- , *Historia de Merlín*, Siruela, vols. I y II, Madrid, 1991.
- , *Mabinogion*, Siruela, Madrid, 1988.
- , *Perlesvaus o El Alto Libro del Graal*, Edición de Victoria Cirlot, Siruela, Madrid, 1985.
- BOHIGAS BALAGUER, P., *Los textos españoles y gallegoportugueses de la demanda del Santo Grial*, RFE, VII, Madrid, 1925.
- CIRLOT, J. E., *Diccionario de símbolos*, Labor, Barcelona, 1988.
- COLLINS, A., *El Santo Grial en busca de una leyenda*, Minotauro, Barcelona, 2005.

- CRESPI, E., *Personajes y temas del Graal*, Península, Barcelona, 2002.
- DE RIQUER, M., *La leyenda del Graal y temas épicos medievales*, Prensa Española, Madrid, 1968.
- DE TROYES, C., *Cligés*, Alianza, Madrid, 1993.
- , *El Caballero del León*, Alianza, Madrid, 1991.
- , *Lancelot, El Caballero de la Carreta*, Alianza, Madrid, 1988.
- DE TROYES, C., y otros, *El Cuento del Grial y sus continuadores*, Siruela, Madrid, 1989.
- , *Perceval o el Cuento del Grial*, Gredos, Madrid, 2000.
- MATTHENS, J., *El santo Grial*, Debate, Madrid, 1988.
- VON ESCHENBACH, W., *Parzival*, Siruela, Madrid, 1999.

7. LAS VÍRGENES NEGRAS

- ALARCÓN HERRERA, R., *La otra España del Temple*, Martínez Roca, Barcelona, 1988.
- ANGERHAUSEN, J., *Die schwarze Muttergottes - Legenden und die Schmerzhaften von Telgte*, Verlag J. Schnellsche Buchhandlung, 1952.
- ATIENZA, J. G., *Nuestra Señora de Lucifer*, Martínez Roca, Barcelona, 1991.
- BEGG, E., *The Cult of the Black Virgin*, Penguin Books, Londres, 1996.
- BENKO, S., *The Virgin Goddess - Studies in the Pagan & Christian Roots of Mariology*, E. J. Brill, Leiden, Nueva York, Koln, 1993.
- BIRNBAUM, L. C., *Black Madonnas - feminism, religion, and politics in Italy*, Northeastern University Press, Boston, 1993.
- CASSAGNES-BROUQUET, S., *Vierges Noires, regard et fascination*, Editions du Rouergue, Rodez, 1990.
- CHARPENTIER, L., *El enigma de la catedral de Chartres*, Martínez Roca, Madrid, 2002.
- CRUZ, J. C., *Miraculous Images of Our Lady*, Tan Books and Publishers, Rockford (Illinois), 1993.
- DE BASCHER, D. J., *La Vierge Noire de Paris*, Tequi, París, 1979.
- DELAPORTE, Y., *Les trois Notre-Dame de la Cathedrale de Chartres*, E. Houvet, Chartres, 1955.
- DURAND-LEFEBVRE, M., *Etude sur L'Origine des Vierges Noires*, G. Durassie & Cie, París, 1937.
- EXPERT, C. L., *La Vierge Noire de Paris - Notre-Dame de Bonne Delivrance*, Desclée de Brouwer, París, 1933.
- FASSLER, M. E., *The Virgin of Chartres: Making History Through Liturgy and the Arts*, Yale University Press, 2010.
- HUYNEN, J., *El enigma de las Vírgenes Negras*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.

- MARKALE, J., *La grande deesse, Mythes et sanctuaires*, Albin Michel, París, 1997.
- MOSS, L. W., y S. C. CAPPANNAR, «In Quest of the Black Virgin: She Is Black Because She Is Black», en *Mother Worship - Themes & Variations*, James J. Preston, U. of N. C. Press, Chapel Hill, 1982.

8. VIKINGOS EN ESPAÑA

- ESLAVA GALÁN, J., «Vikingos en la península Ibérica», *Historia y Vida*, n.º 202, Barcelona, enero de 1985.
- GARCÍA CORRALES, E., «Los vikingos invaden Sevilla», *Historia* 16, n.º 235, Madrid, 1995.
- GONZÁLEZ CAMPO, M., *Al-Ghazal y la embajada hispanomusulmana a los vikingos en el siglo IX*, Miraguano, Madrid, 2002.
- HERREN, R., «Una capilla para la princesa nórdica», *La aventura de la Historia*, n.º 54, Arlanza Ediciones, Madrid, abril de 2003.
- MORALES MORENO, E., «Los vikingos en España», *Historia de Iberia Vieja*, n.º 12, HRH Editores, Madrid, 2006.
- VV. AA., *Los vikingos en la península Ibérica*, Fundación Reina Isabel de Dinamarca, Madrid, 2004.

9. LA TRAGEDIA DE LOS CÁTAROS

- BORST, *Les cathares*, Payot, París, 1978.
- BRENNON, A., *Los cátaros. Hacia una pureza absoluta*, Ediciones B, Barcelona, 1998.
- , *Cahiers de Fanjeaux, Cathares en Languedoc*, Privat Éditeur, París, 1978.
- LABAL, P., *Los cátaros: herejía y crisis social*, Crítica, Barcelona, 2000.
- LE ROY LADURIE, E., *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Taurus, Madrid, 1981.
- MESTRE I GODES, J., *Los cátaros*, Península, Madrid, 1997.
- MITRE FERNÁNDEZ, E., *Las herejías medievales de Oriente y Occidente*, Arco libros, Madrid, 2000.
- , *Iglesia, herejía y vida política en la Edad Media*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2007.
- NELLI, R., *Écritures cathares*, Planète, París, 1978.
- NIEL, F., *Les cathares de Montségur*, Robert Laffont, París, 1973.
- RAHN, O., *Croisade contre le Graal*, Stock, París, 1974.
- ROQUEBERT, M., *Cathar religion*, Loubatières, Toulouse, 1989.

10. EL PALACIO ENCANTADO, LA VIOLACIÓN DE FLORINDA Y LA PÉRDIDA DE ESPAÑA

ESLAVA GALÁN, J., «Don Julián, Rodrigo, la Cava y la pérdida de España», *Historia y Vida*, n.º 223, Barcelona, octubre de 1986.

HERNÁNDEZ JUBERÍAS, J., *La península imaginaria. Mitos y leyendas sobre al-Ándalus*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1996. Es un libro exhaustivo que probablemente agota el tema en lo referente al Palacio Encantado, don Rodrigo y Florinda, la Mesa de Salomón, la Ciudad del Cobre, los Siete Durmientes y otras leyendas de la conquista.

11. EL ENIGMA DE LA MESA DE SALOMÓN

ARROYO DURÁN, F., «Zulema y la leyenda de la Mesa del rey Salomón», *Hispania incógnita*, Editorial Aguilar, Madrid, 2006.

ESLAVA GALÁN, J., *El enigma de la Mesa de Salomón*, Martínez Roca, Barcelona, 1988.

RENDÓN, A., y J. ESLAVA GALÁN, *La lápida templaria descifrada*, Planeta, 2008.

RUBIERA MATA, M. J., «El enigma de la Mesa de Salomón», *Awraq, Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, n.º 3, 1980.

RUIZ DE LA PUERTA, F., *La cueva de Hércules y el palacio encantado de Toledo*, Editora Nacional, Madrid, 1977.

WILCOX, N. (seudónimo de Juan Eslava Galán), novela *La lápida templaria*, Planeta, Barcelona, 1996.

12. EL SECRETO DE CRISTÓBAL COLÓN

ARRANZ MÁRQUEZ, L., *Cristóbal Colón: misterio y grandeza*, Marcial Pons, Madrid, 2006.

COLÓN, H., *Historia del almirante Don Cristóbal Colón*, Imprenta Tomás Minuesa, Madrid, 1892.

COMELLAS, J. L., *El éxito del error. Los viajes de Colón*, Ariel, Barcelona, 2005.

ESLAVA GALÁN, J., *El enigma de Colón y los descubrimientos de América*, Planeta, Barcelona, 1992.

MANZANO Y MANZANO, J. Y A. M. MANZANO FERNÁNDEZ-HEREDIA, *Los Pinzones y el Descubrimiento de América*, 3 vols., Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1988.

ORTEGA, A., *La Rábida. Historia documental crítica*, 4 vols., Facsímil de la Diputación Provincial de Huelva, 1925.

VARELA BRUNO, C., *Cristóbal Colón: de corsario a almirante*, Lunwerg, Barcelona,

2005.

- , *La caída de Cristóbal Colón. El juicio de Bobadilla*, Marcial Pons, Madrid, 2006.
- VARELA MARCOS, J., *Colón y Pinzón: descubridores de América*, Universidad de Valladolid, 2005.

13. LOS MISTERIOS DE FELIPE II

- CUADRA BLANCO, J. R., «El Escorial y el Templo de Salomón», *Anales de Arquitectura*, n.º 7, ETSAUV, Valladolid, 1996, pp. 5-15.
- , «El Escorial y la recreación de los modelos históricos», *Arquitectura*, n.º 311, COAM, Madrid, 1.er sem. 1997, pp. 47-52.
- , *El Escorial y el Templo de Salomón*, Tesis doctoral (resumen en internet).
- DE REY BUENO, M., *Magos y reyes: el ocultismo y lo sobrenatural en las monarquías*, EDAF, Madrid, 2004.
- KUBLER, G. A., *La obra del Escorial*, Alianza, Madrid, 1983.
- MOYA BLANCO, L., «Caracteres peculiares de la composición arquitectónica de El Escorial», *El Escorial*, tomo I, Patrimonio Nacional, Madrid, 1963, pp. 155-180.
- RAMÍREZ, J. A., editor, *Dios, Arquitecto*, Siruela, Madrid, 1991.
- RINCÓN ÁLVAREZ, M., *Claves para comprender el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial*, Universidad de Salamanca, 2007.
- SIGÜENZA, J., *Historia de la Orden de San Jerónimo*, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Ciencia, 2000.
- TAYLOR, R., *Arquitectura y magia: algunas consideraciones sobre la idea de El Escorial*, Siruela, Madrid, 1992.
- YATES, F. A., *La Filosofía oculta en época isabelina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

14. EL CASO DEL CURA QUE ENCONTRÓ UN TESORO

- BEDU, J. J., *Rennes-le-Château: Autopsie d'un mythe*, Loubatières, 1990.
- CHARROUX, R., *Treasures of the World*, Frederick Muller Limited, 1966.
- CHAUMEIL, J. L., *Rennes-le-Château - Gisors - Le Testament du Prieuré de Sion, Le Crépuscule d'une Ténébreuse Affaire*, Editions Pégase, 2006.
- CORBU CLAIRE, A. C., *L'Heritage de l'abbé Saunière*, Editions Belisane, 1985.
- DESCADEILLAS, R., «Mythologie du Trésor de Rennes: Histoire Veritable de L'Abbé Saunière, Curé de Rennes-le-Château», *Mémoires de la Société des Arts et des Sciences de Carcassonne*, años 1971-1972, 4.ª serie, tomo VII, 2.ª parte, 1974.
- INTROVIGNE, M., *Los illuminati y el Priorato de Sión. La verdad en Ángeles y*

- Demonios y el Código da Vinci*, Rialp, Madrid, 2005.
- JARNAC, P., *Histoire du Trésor de Rennes-le-Château*, Éditions Bélisane, 1985.
- MARKALE, J., *Rennes-le-Château et l'enigme de l'or maudit*, Pygmalion, París, 1989.
- MARTÍNEZ OTERO, L. M., *El Priorato de Sión. Los que están detrás*, Obelisco, Barcelona, 2007.
- PUTNAM, B., J. E. WOOD, *The Mystery of Rennes-le-Château, A Mystery Solved*, Suttons Publishers, 2003.
- , *The Treasure of Rennes-le-Château, A Mystery Solved*, Sutton Publishing Limited, 2005.
- RIVIÈRE, J., *Le Fabuleux trésor de Rennes-le-Château*, Editions Belisane, 1983.
- SAUL, J., y J. GLAHOLM, *Rennes-le-Château, A Bibliography*, Mercurius Press, Londres, 1985.

Presuntos lugares templarios



Caballeros templarios, iglesia de Villalcázar de Sirga, Palencia.



Gruta y ermita de San Bartolomé de Ucero (Soria).



Santa María de Eunate (Navarra).



Iglesia de la Veracruz (Segovia).

Supuestos Bafomets



Iglesia de Santa María, Fregenal de la Sierra (Badajoz).



Iglesia de Santa María, Arjona (Jaén).



Catedral Gótica de Jaén.



Iglesia de la Veracruz (Segovia).



Capilla de Rosslyn (Escocia).



Tumba de caballero cruzado (abadía de Dorchester, Inglaterra).

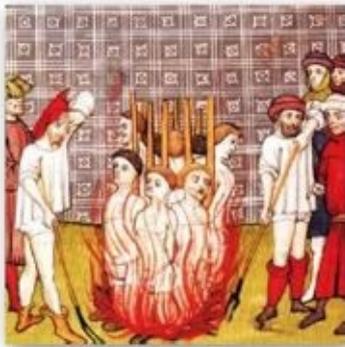
La caída de los templarios



Felipe el Hermoso de Francia.



El papa Clemente V.



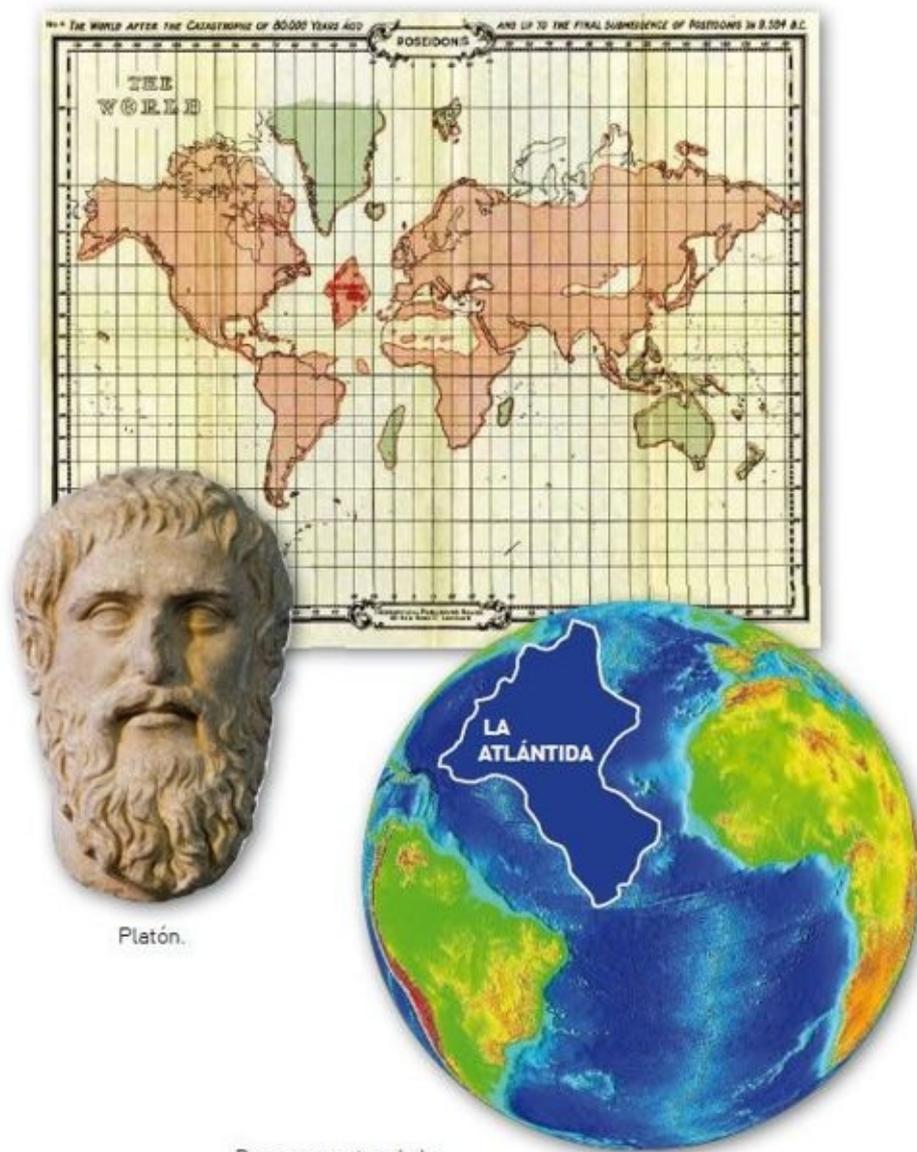
Los templarios en la hoguera.



Jacques de Molay (litografía siglo XIX).



Frailes practicando el beso negro (manuscrito del siglo XVI).



Dos propuestas de la Atlántida en medio del océano.



La Atlántida, según Stefan Hulbe (revista *Muy especial*, n.º 19).



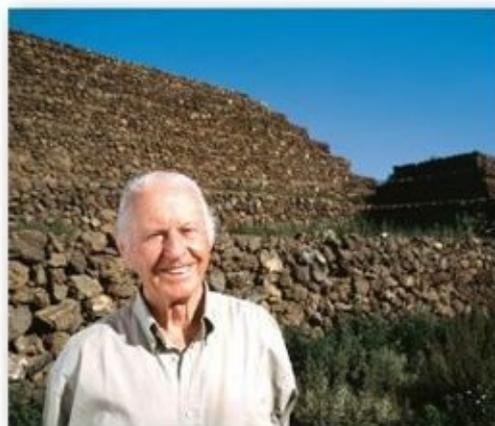
Reconstrucción de la ciudad concéntrica de Marroquies Bajos de Jaén, por Ana Miralles.



La caldera de Santorini vista desde Akrotiri.



Santorini desde el aire.



Thor Heyerdahl, ante las presuntas pirámides de Gümür.

Cnosos, ¿tumba o palacio?



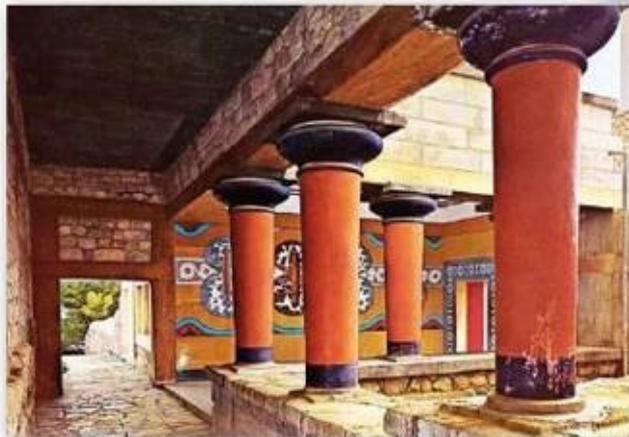
La sala del trono de Cnosos antes y después de su restauración.



Cnosos, ¿tumba o palacio?



Reconstrucción ideal del palacio de Cnosos.



Sala del palacio reconstruida.



Sacerdotisa de las serpientes.



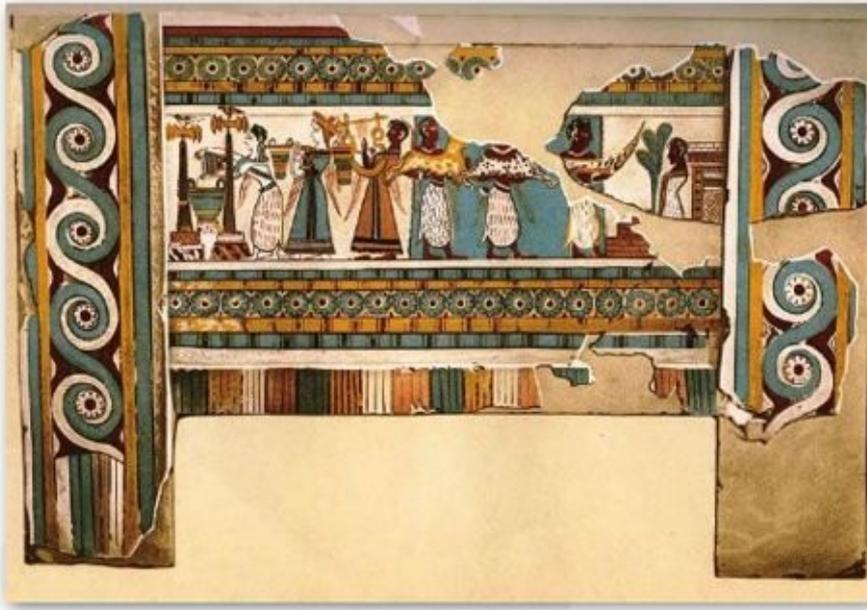
Palacio de Cnosos.



Los pithoi.



Almacenes del palacio de Cnosos.



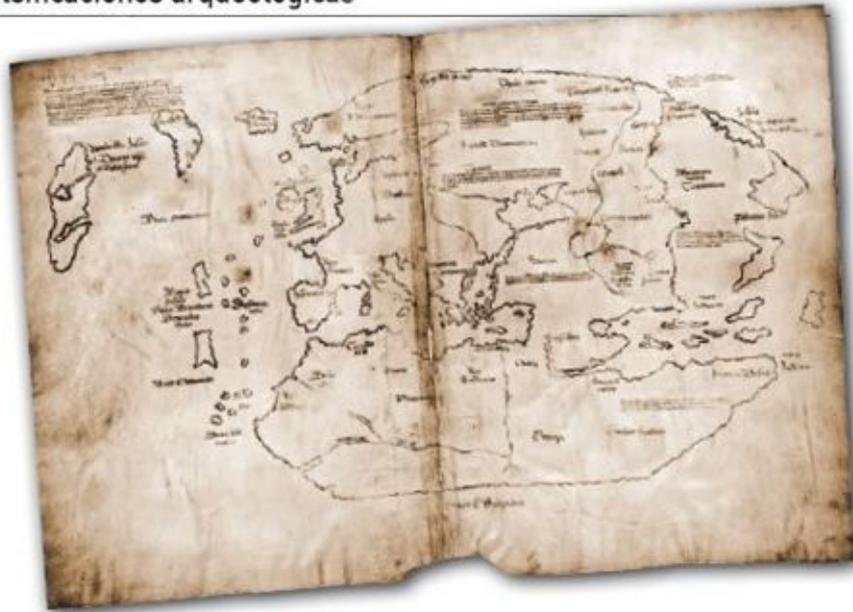
El sarcófago de Hagia Triada.



Frescos de Cnosos.



Falsificaciones arqueológicas



Mapa de Vinlandia.



José Smith desentierro los libros sagrados.



Broche de Preneste.



Tiara de Saitafernes.



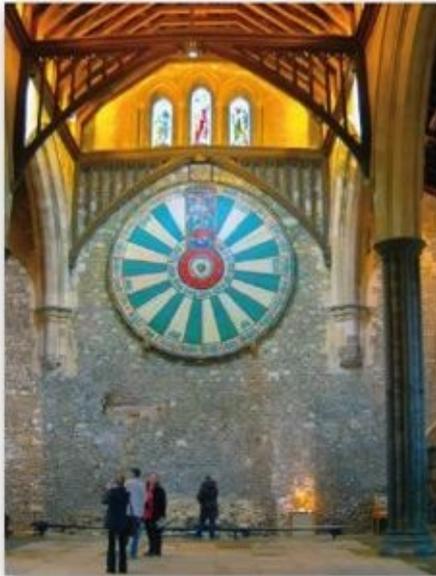
Ostracones de Iruña-Veleia.



El rey Arturo y la Mesa Redonda



Los caballeros de la Mesa Redonda en una ilustración medieval.



El tablero de la mesa redonda en la cabecera de la nave del castillo de Winchester.



Retrato idealizado del rey Arturo en Innsbruck.



Ruinas de la abadía de Glastonbury.

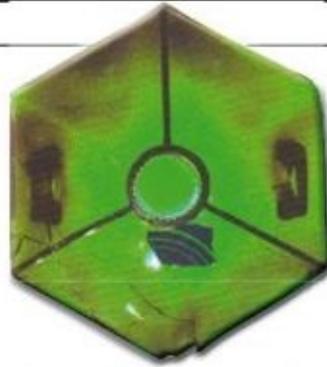


El castillo de Tintagel en una reconstrucción moderna.

El Santo Grial



Santo Grial (catedral de Valencia).



Sacro catino (Génova).

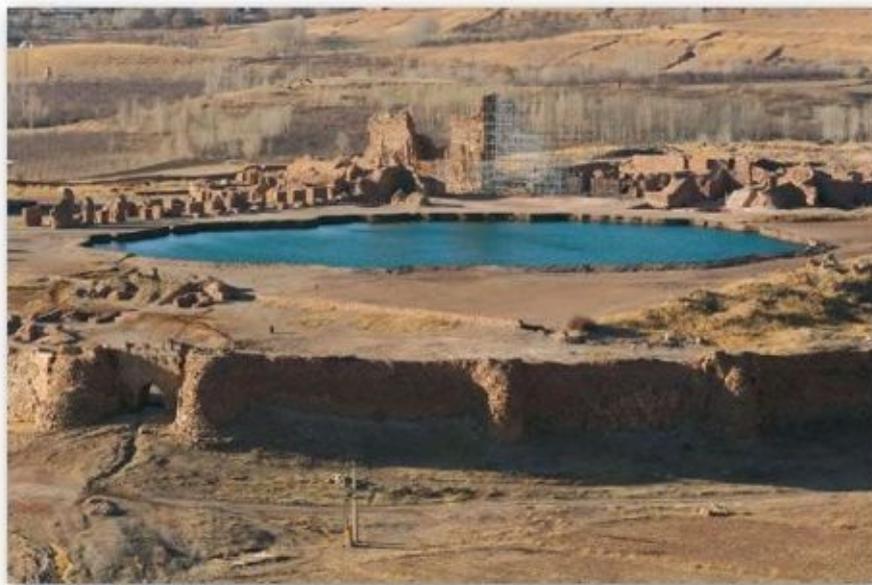


Visión del Grial (Burne Jones, 1890).

El Santo Grial



El Trono de los Arcos (Irán), probable inspirador del castillo del Grial.



Piedras santas



Piedra santa de San Frutos de Duratón (Segovia).



Piedra santa de la catedral de Toledo.



Piedra santa de Petra (Jordania).



Piedra santa de la iglesia del Salvador (Sevilla).



Piedra santa del monasterio de Guadalupe (Cáceres).



Pilar de la Virgen (Zaragoza).

Piedras santas



Piedra santa representada en el coro de la catedral de Jaén.

Piedra negra de la Kaaba (La Meca, Arabia Saudita).



Betilo en una moneda romana.



Piedra santa llamada de los Deseos de Arjona (Jaén).



Piedra santa de la catedral de Saint Julien (Le Mans, Francia).



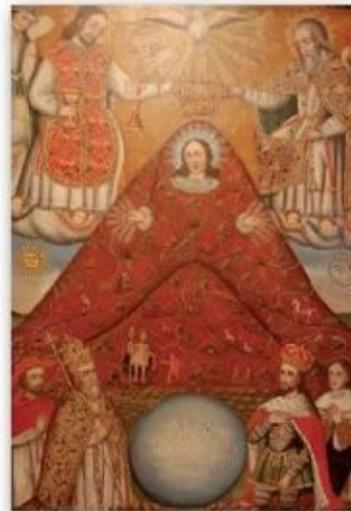
Virgen de la Cabeza (Andújar, Jaén).



Diana efesina,
antigua Diosa
Madre (museo
capitolino, Roma).



Virgen de la Antigua (Almuñécar, Granada).



Virgen de Potosí (Bolivia).



Drakar en el museo marítimo de Oslo.



Cabeza de dragón que adornó la proa de un *drakar*.

Castillo de Montségur (Ariège, Francia)



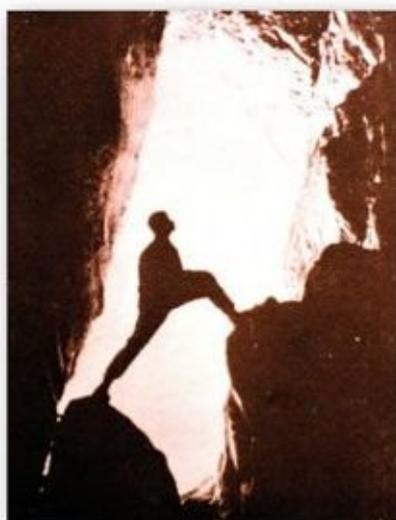
Tres vistas del castillo de Montségur.

Otto Rahn y Himmler buscan el Grial

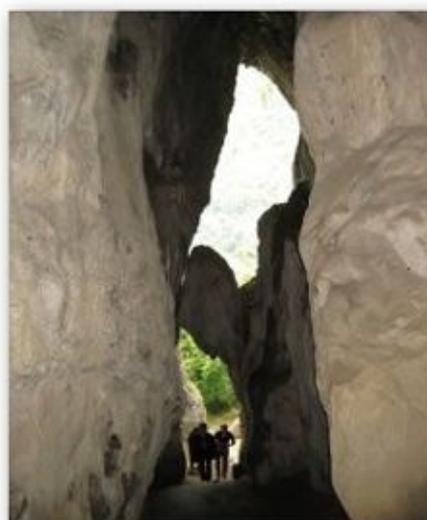
Otto Rahn, en 1933.



Himmler saluda al abad Antoni Maria Marcet en su visita a Montserrat el día 23 de octubre de 1940.

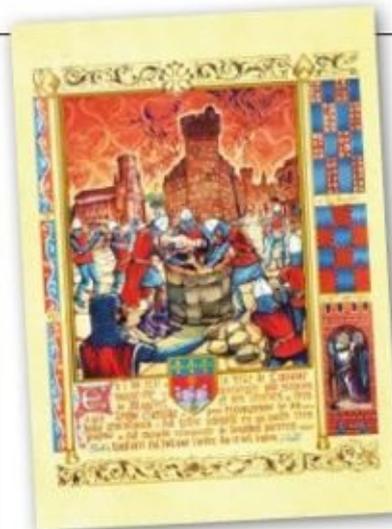
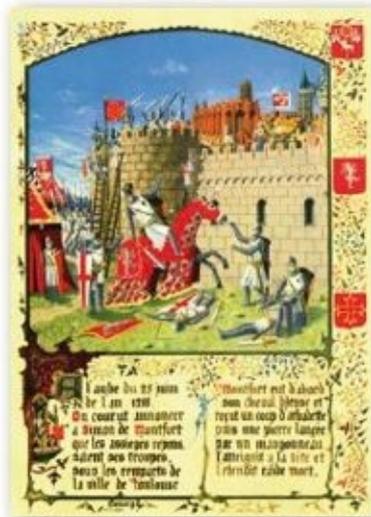


Otto Rahn busca inscripciones cáticas en la cueva de Le Hermit (1929).

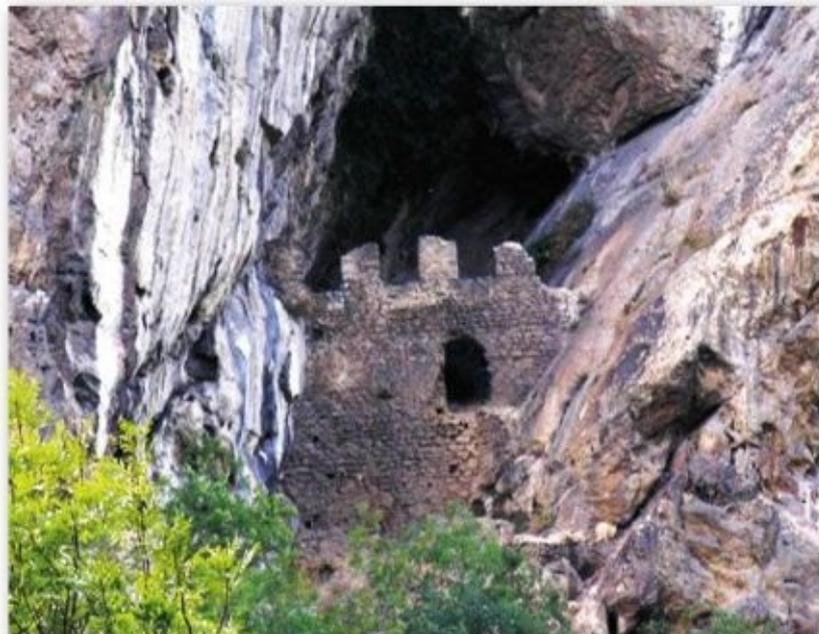


La cueva de Le Hermit en la actualidad.

La cruzada contra los Cátaros



Muerte de Simón de Montfort en una interpretación moderna.

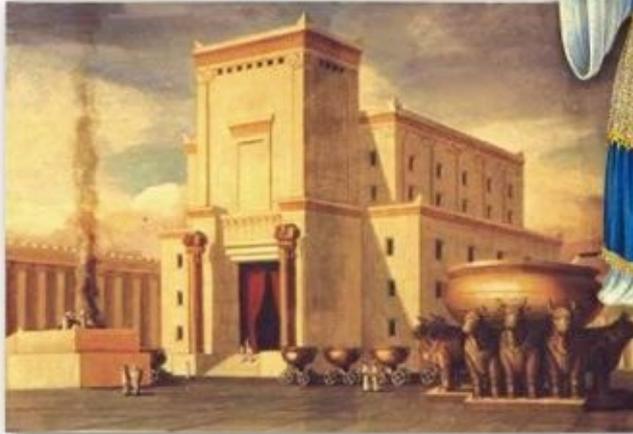


Cueva fortificada de Bouan.

Templo de Salomón



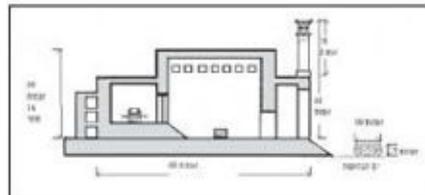
El sumo sacerdote de Israel.



Reconstrucción ideal del Templo de Salomón.



La Mesa de Salomón en el arco de Tito (Roma).



Corte del Templo de Salomón. La estancia pequeña corresponde al *sancta sanctorum*.



La Cronica del Rey don Rodrigo
con la destruccion de España / y como los moros
robaron a España. Por el autor de ella. A
fines de mas de la historia / muchos años
y otros y otros que se han escrito.
En Toledo en casa de Juan Ferrer 1545.

El rey don Rodrigo
abre los candados del
Palacio Encantado.



Saqueo de Roma por los bárbaros en el año 455
(óleo de Karl Briullov).



Subterráneo de San Ginés, presunto Palacio Encantado de Toledo.

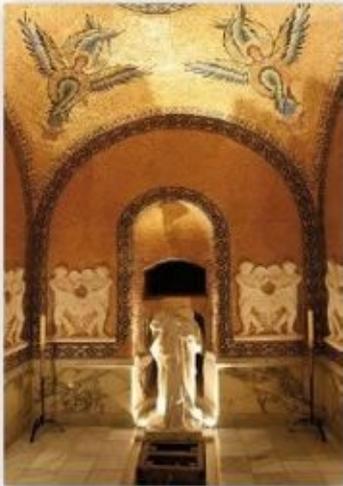
El enigma de la Mesa de Salomón



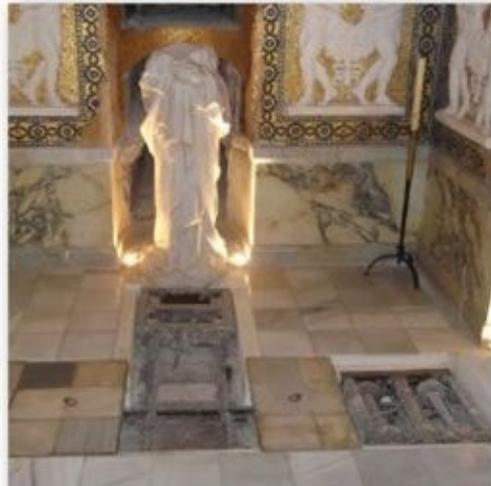
El rey Salomón y la Mesa (óleo de Francisco Cerezol).



La lápida templaria de Arjona.



Cripta del barón de Velasco.



Detalle del mecanismo que movía las esculturas (cripta del barón de Velasco, Arjona, Jaén).

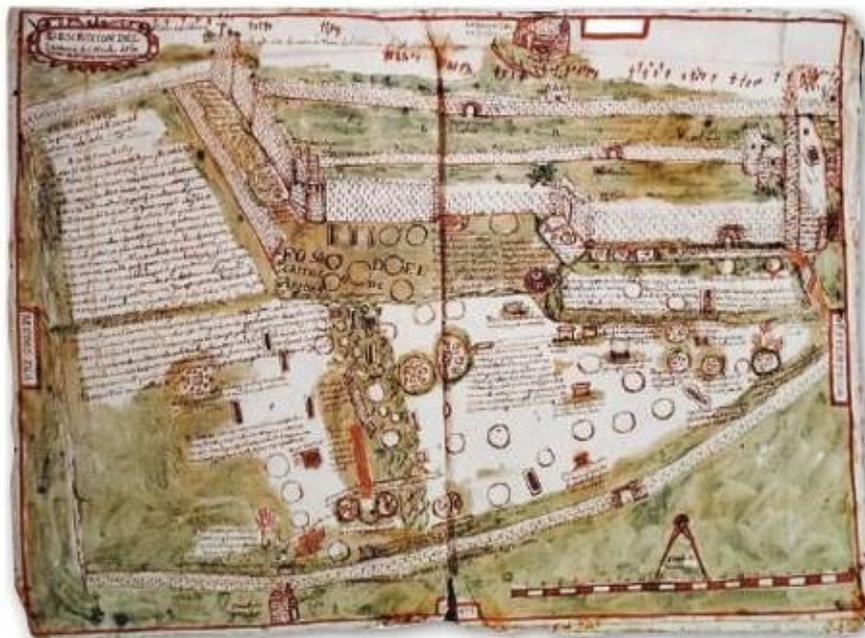


Ermita santuario de los Santos, Arjona (Jaén).



El santuario de Arjona en 1906, antes de que se le añadieran las columnas del templo, y en la actualidad.

El enigma de la Mesa de Salomón



Planos de las excavaciones del alcázar de Arjona, por Jimena Jurado, 1628 [biblioteca del Instituto de Estudios Jiennenses].

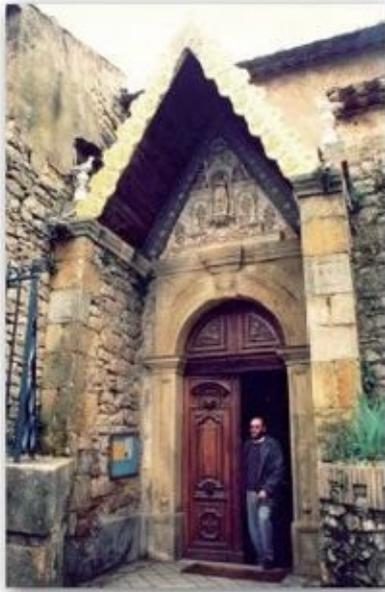


Vista aérea de Rennes-le-Château.

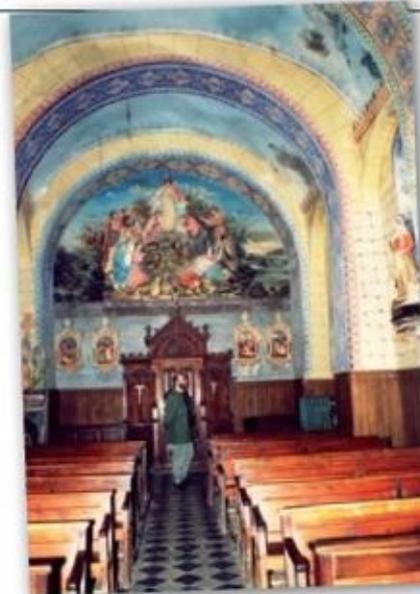


Villa Betania.

El caso del cura que encontró un tesoro



Fachada de la iglesia.



Interior de la iglesia.



Los cuatro ángeles del bénitier.



Torre Magdale.



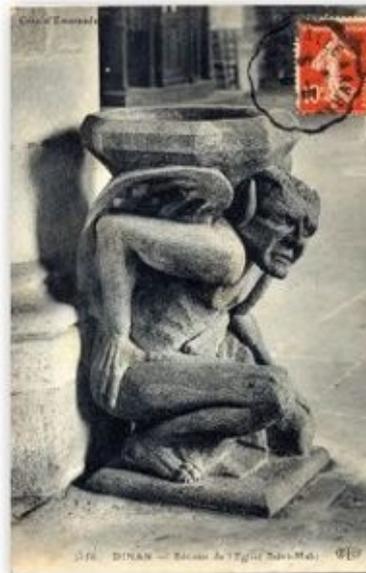
El Asmodeo de Rennes-le-Château.



Demonio (catedral de Orense).



Diablo (Montreal).



Demonio (iglesia de Saint Malo,
Dinan, Francia).



Los pastores de la Arcadia de Nicolas Poussin (1630).



La tumba del cuadro de Poussin en Les Pontils, hoy desaparecida.



JUAN ESLAVA GALÁN (Arjona [Jaén], España, 1948-). Juan Eslava Galán se licenció en Filología Inglesa por la Universidad de Granada y se doctoró en Letras con una tesis sobre historia medieval. Amplió estudios en el Reino Unido, donde residió en Bristol y Lichfield, y fue alumno y profesor asistente de la Universidad de Ashton (Birmingham). A su regreso a España ganó las oposiciones a Cátedra de Inglés de Educación Secundaria y fue profesor de bachillerato durante treinta años, una labor que simultaneó con la escritura de novelas y ensayos de tema histórico. Ha ganado los premios Planeta (1987), Ateneo de Sevilla (1991), Fernando Lara (1998) y Premio de la Crítica Andaluza (1998). Sus obras se han traducido a varios idiomas europeos. Es Medalla de Plata de Andalucía y Consejero del Instituto de Estudios Giennenses.

Notas

[1] La primera misión de los hospitalarios consistió en cuidar de los peregrinos enfermos en el hospital amalfitano de Jerusalén. Fiel a sus orígenes, la orden se esforzó en mantener numerosos lazaretos y albergues, incluso en la época en que sus labores militares prevalecían sobre las asistenciales. <<

[2] Todo esto lo justifica en su obra *Laudibus Novae Militiae*. <<

[3] Por cierto, este Beaufort de tan evocador nombre volvió a vivir un episodio bélico en junio de 1982 cuando los comandos israelíes lo arrebataron a los milicianos palestinos. <<

[4] Especialmente los libros de Peter Partner *The Murdered magicians* (traducido en español como *El asesinato de los magos. Los templarios y su mito*, Martínez Roca, Barcelona, 1987) y *The Knights Templar and Their Myth*. También los de Sharan Newman (*The Real History Behind the Templars*) y Sean Martin (*The Knights Templar: The History and Myths of the Legendary Military Order*). <<

[5] No se puede tener en cuenta que la obra *De occulta philosophia* (1531) de Agrippa de Nettesheim mencionara a los templarios entre los brujos y magos de la Edad Media pues resulta evidente que tal asociación no tiene más base que la acusación de adorar a un ídolo diabólico. <<

[6] Este reformador religioso musulmán, muerto en 1124, inspiró la secta de los nizaríes, o *hashshashiyyín*, «fumadores de ḥašīš», marihuana o *cannabis sativa*, con la que se drogaban antes de cometer sus asesinatos selectivos. De la palabra *hashshashiyyín* procede la moderna «asesino». <<

[7] Pensemos que en Sevilla han tenido que esperar a 2010 para admitir nazarenas en las hermandades de Semana Santa, y aun así refunfuñando porque lo manda el arzobispo. <<

[8] Tras la sugerencia del prestigioso arquitecto, menudearon los estudios en los que se atribuían a los edificios templarios mensajes ocultos y trascendentes relacionados con la proporción sagrada, el número áureo y esquemas geométricos místicos. Se atribuía a los templarios cualquier iglesia o capilla de planta central, especialmente si era octogonal, sobre el modelo de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén que aparece en un sello templario. La creencia se mantuvo hasta que el historiador Élie Lambert demostró su falsedad. <<

[9] Don Fernando Ruano Prieto era doctor en Derecho y Filosofía y Letras. De ideas liberales dentro de un orden, ya que era inmensamente rico, consiguió que lo eligieran diputado por la circunscripción de Calamocha-Albarracín en seis ocasiones entre 1900 y 1923. Escribió varios libros de historia, entre los que destacan *Don Juan II de Aragón y el Príncipe de Viana* (Bilbao, 1897), *La anexión del Reino de Navarra en tiempo del Rey Católico* (Madrid, 1899), y *Don Martín de Acuña, capitán de arcabuceros, caballero del hábito de Santiago y espía mayor del rey de las Españas don Felipe II (1544-1558)* (Madrid, 1899). <<

[10] Gérard Encausse (1865-1916), nacido en La Coruña de madre española y padre francés (aunque desde los cuatro años vivió en París), fue alumno de Eliphas Lévi y fundó a lo largo de su vida varias sociedades secretas: los Martinistas u Orden de los Superiores Desconocidos, y los Rosacruces u Orden Cabalística de la Rosacruz, también conocida como Golden Dawn. <<

[11] Aleister Crowley no tenía problemas económicos porque era heredero de una gran fortuna, y, por tanto, pudo dar rienda suelta a las inclinaciones y caprichos que en cada momento le dictaba su fuerte personalidad: fue deportista (alpinista, ciclista, cazador, piragüista), practicó yoga y viajó por todo el mundo, España incluida. En su faceta de ocultista, mago y místico fundó la orden filosófica y mística de Thelema en una casa de campo que adquirió en Cefalú (Sicilia) y remodeló y decoró con frescos de complejo simbolismo. Allí residió con un grupo escogido de adeptos, en lo que podríamos denominar un antecedente de las comunas *hippies*, hasta que Mussolini los expulsó tras un sonado escándalo de sexo y drogas. Crowley participó también en el Golden Dawn, lideró la Ordo Templi Orientis y escribió una serie de obras que han merecido aprecio entre las gentes del ramo. También compuso novelas y poesías entre eróticas y pornográficas. Todavía cuenta con seguidores. <<

[12] Entre las invenciones templarias recientes destaca el llamado Priorato de Sión, cuyo brazo secular sería la Orden del Temple. Esta imaginaria orden (que estudiamos en otra parte de este libro) se proclama depositaria del cristianismo esotérico de san Juan y aboga por la reinstauración de la dinastía merovingia surgida del matrimonio de un descendiente de Jesucristo y María Magdalena con el vástago de una noble estirpe de las Galias. Según la tradición, la santa pecadora habría fijado su residencia en Francia. <<

[13] Edición original: *Les Mystères Templiers* (Ed. Robert Laffont, París, 1967). En la misma línea de historia-ficción, publicó *Los misterios de la catedral de Chartres*, 1976; *El misterio vasco*, 1975; *El misterio de Compostela y Los gigantes y el misterio de los orígenes* (Plaza y Janés, 1976), en el que explora la geometría sagrada y la inmensa espiral de megalitos que señalan «lugares de poder» en Francia. <<

[14] Jacques de Mathieu ha consagrado un voluminoso ensayo al tema de la actuación de los templarios en América. En él rastrea la huella de la orden en la metalurgia precolombina, en las leyendas del hombre blanco de México y en la enrevesada simbología de la cerámica indígena de varias culturas, donde cree ver profusión de cruces patés y otros símbolos herméticos. <<

[15] En este apartado cabe mencionar los libros de Juan G. Atienza *La meta secreta de los templarios*; *El misterio de los templarios: origen, esplendor y caída de una orden mítica y enigmática* (2000); *El legado templario*; *La mística solar de los templarios*; *Los enclaves templarios* (2002); *Guía de la España templaria*. Otros autores son Rafael Alarcón, *A la sombra de los templarios: los enigmas de la España mágica* (2001); Josep Guijarro Triado, *El tesoro oculto de los templarios* (2001); Antonio de la Riva, *La cara oculta del Temple*; Jesús Ávila Granados, *La mitología templaria: los conceptos esotéricos de la Orden del Temple* (2003); Xavier Musquera, *La espada y la cruz: tras las huellas de los templarios en España* (2002); Mariano Fernández Urresti, *Los templarios y la palabra perdida* (2003), y Nicholas Wilcox (seudónimo de Juan Eslava Galán), *Los templarios y la Mesa de Salomón* (2004). <<

[1] Los principales escritores antiguos que creen en la Atlántida son Macrobio (-400), Teopompo de Quíos (-380), Crantor de Soli (-340), Plutarco (-50) y Amiano Marcelino (350). <<

[2] En nuestros días lo siguen, aunque sin citarlo, los alemanes Rainer Kühne (físico nacido en 1970) y Werner Wickboldt (profesor nacido en 1943). Kühne sitúa la acrópolis de Atlantis en las llamadas marismas de Hinojos, y Wickboldt cree haberlas localizado por la misma zona en unas fotos realizadas por un satélite indio. <<

[3] Lo sigue el geógrafo y arqueólogo Étienne-Félix Berlioux, quien, en su obra *Les Atlantes: Histoire de l'Atlantis et de l'Atlas primitif* (1874), identifica la cordillera del Atlas marroquí y Gibraltar como partes de la mítica Atlántida. Esta opinión influyó en el presbítero y poeta catalán Jacinto Verdaguer, que, en su poema *La Atlántida* (1877), sitúa el continente platónico a caballo de España y Marruecos. <<

[4] Los protagonistas de la novela de Julio Verne *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869) localizan las ruinas de la Atlántida en el fondo del mar. <<

[5] Entre ellos cabe citar al botánico Pitton de Tournefort (1658-1708); al etnólogo De Brosse (1694-1778); al historiador Guillaume Raynal (1713-1796); al teólogo Cottin (1721) y al cartógrafo Buache (1752). <<

[6] Desde entonces otros investigadores más serios han conseguido descifrar parcialmente los ideogramas mayas y han establecido una lectura más fiable del *Códice Troano*. En realidad se trata de un tratado de astrología y no tiene nada que ver con catástrofes naturales ni, por supuesto, menciona ningún continente perdido que se llame Mu o de cualquier otra forma. <<

[7] *The Lost Continent of Mu: Motherland of Man* (1926), reeditado después como *The Lost Continent Mu* (1931), *The Children of Mu* (1931), y *The Sacred Symbols of Mu* (1933). <<

[8] *Copies of Stone Tablets Found by William Niven at Santiago Ahuizoctla Near Mexico City (1927); Books of the Golden Age (1927); The Children of Mu (1931); The Lost Continent of Mu (1931); The Sacred Symbols of Mu (1933); Cosmic Forces of Mu (1934) y Second Book of Cosmic Forces of Mu (1935).* <<

[9] Inmanuel Velikovsky es admirablemente preciso en su libro *Worlds in collision* (1950) cuando sugiere que el meteorito en cuestión chocó con la Tierra hacia el -2000. Los restos del continente chafado serían las costas del sur de la India y las islas de Madagascar y Sumatra. Lamentablemente los análisis geológicos y sedimentológicos del fondo oceánico no confirman las fantasías de Velikovsky. <<

[10] Los pormenores de esta expedición se explican en el libro de Christopher Halle *La cruzada de Himmler* (Inédita ediciones, 2007). <<

[11] La erupción del Krakatoa originó una ola de treinta y seis metros de altura que arrasó aldeas costeras a cientos de kilómetros del lugar y levantó una nube de gases y cenizas tan potente que incluso en Europa, situada en la otra parte del globo terráqueo, se alteró el color de los ocasos (el sol y la luna aparecían verdiazules) y las aguas del canal de la Mancha se elevaron cinco centímetros. El estampido se percibió a cuatro mil kilómetros de distancia, en la ciudad australiana de Alice Springs. Las costras de lava arrojadas por el volcán cubrieron Sumatra y Java. Las cenizas oscurecieron vastas extensiones durante tres días ocasionando violentos cambios climáticos. La piedra pómez flotante en el océano Índico era tan abundante que dificultaba la navegación. <<

[12] Al principio Thera y Thirasia formaban un todo, pero una convulsión las separó en el año -236. Hacia el año -196 surgió el islote Hiera y, en el año 46, el de Thia, que luego volvió a hundirse y desapareció. Después de 1570 apareció en el centro del cráter una isla, la Pequeña Kameni, a la que siguió, en 1711, la Gran Kameni, que fue aumentada por el islote Aphroessa en 1866. Kameni significa «quemada». Estas dos islas centrales crecen cada año por elevación del cráter submarino empujado por nuevos materiales. En 1929 y 1956 ocurrieron sendos terremotos que dañaron algunas casas. <<

[13] *The Flood from Heaven: Deciphering the Atlantis Legend*, William Morrow & Company, Nueva York, 1992. <<

[14] Incluso cita a un autor romano del siglo IV que escribe: «Pasamos entre las Columnas de Hércules tanto en el mar Negro como en España». <<

[15] *Atlantis im Schwarzen Meer.* <<

[16] Jean Delisle de Sales había formulado esta teoría en el siglo XVIII al situar la Atlántida en el Cáucaso. <<

[17] *Atlantis: Lost Lands, Ancient Wisdom*, Thames & Hudson, Londres, 1992, publicado en España por Debate, 1996. <<

[18] En su libro *Tartessos* (1922), repetidamente publicado desde entonces. Existe una edición en Austral, Espasa-Calpe. <<

[19] Una nota personal: hace unos años me visitó, en mi casa de Sevilla, el famoso pseudoarqueólogo Graham Hancock, que había venido a España con el propósito, y la idea fija, de estudiar el legado atlante en las murallas de Niebla. Le advertí que las citadas murallas están sobradamente estudiadas y que existe abundante bibliografía fiable que las data en época almorávide con añadidos y reformas posteriores, pero él se mantuvo firme en su propósito: había venido a encontrarse con la colonia atlante de la señora Whishaw y no iba a permitir que las conclusiones de los arqueólogos nativos, cuya ciencia menospreciaba, lo apartaran de su empresa. <<

[20] *La Atlántida, en busca de un continente desaparecido*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1985. <<

[21] Entre sus hallazgos más destacados figura la profecía de Orión que anuncia el fin del mundo en 2012 (habría que preguntarle por qué sigue pagando la hipoteca). <<

[22] Es lamentable que ningún buscador de pirámides se acuerde del templo-zigurat de Monte d'Accoddi, en Cerdeña, fechado hacia el -3800 en el que algunos arqueólogos distinguen una piedra de los sacrificios. Háganme el favor de añadirlo a la lista porque dará mucho juego y permitirá asociar los zigurats mesopotámicos con los sacrificios humanos practicados en las pirámides escalonadas americanas. También podrían recurrir a la pirámide blanca china de la cordillera de Qin-ling, el pasmo definitivo. <<

[23] Incluso existen empresas comerciales dedicadas a explotar pecios de barcos naufragados, muy abundantes en aquellas aguas (una de ellas dio con los restos del galeón *Santa María de Atocha* y rescató sus tesoros). <<

[24] ¿Cómo ha podido hundirse una ciudad? La costa, como es sabido, sufre cambios y a veces el mar invade espacios que antes fueron tierra firme. En el Mediterráneo es frecuente el espectáculo de puertos e incluso pueblecitos enteros sumergidos junto a la costa. <<

[25] Estas razones no desanimaron a los atlantólogos. En 1975 y 1976 las dos expediciones Poseida exploraron el fondo submarino y buscaron en vano cierta extraña columna estriada que un submarinista había fotografiado en 1957. <<

[1] Algo parecido hicieron Le Plongeon y su mujer en los yacimientos mayas del yucatán, especialmente en Chichén Itzá, donde la reina Moo y el príncipe Coh tanto se parecen a la reina Victoria y su príncipe Alberto. El monumento que levantó Victoria, desconsolada viuda, a su esposo equivaldría al Chac Mool del príncipe maya. <<

[1] Este individuo, que aparece en las fotografías de la visita de Himmler a España acompañando al *Reichsführer* en actitud servil, impulsó, por la vía de urgencia, la excavación de la necrópolis visigoda de Castiltierra (Segovia), a la que habían invitado a Himmler «para demostrar la camaradería de falangistas y nacionalsocialistas en el terreno científico y de manera especial en el estudio de nuestros comunes problemas culturales y raciales». Al final Himmler no fue porque no paraba de llover. Algunas piezas encontradas en el yacimiento tan irregularmente excavado se enviaron a Alemania para su estudio y restauración; otras se desviaron hacia el comercio de antigüedades y acabaron en salas de subastas de Nueva York [García Alonso, Francisco, *La arqueología durante el primer franquismo* (1939-1956), Bellaterra, Barcelona, 2009]. <<

[2] La adulación falangista llegó a tal extremo que incluso se publicaron estudios pseudocientíficos para demostrar la pureza racial aria de los españoles (esos seres desnutridos y morenos que aparecen en las fotos de la época). El doctor Misael Bañuelos García, reputado eugenista y catedrático de la Facultad de Medicina de Valladolid, publicó su *Antropología actual de los españoles* (Editorial Científica y Técnica, Barcelona, 1941), en cuya página 223 leemos: «España es un pueblo de una gran uniformidad racial, formado por las razas más adelantadas y de formación más progresiva de la humanidad de nuestro tiempo». El doctor Bañuelos, una joya de científico que incluye a la «mujer araña» en sus clasificaciones e intercala en sus trabajos científicos citas del panfleto *Mi lucha* de Hitler, llega a afirmar que «el racismo es la concepción biológica más fructífera y más revolucionaria de los últimos tiempos» (*Cuestiones de mi tiempo y de mi patria*, vol. 1, *Cuestiones politicobiológicas*, Librería de Santarén, Valladolid, 1936, vol. 1, p. 69). <<

[3] El que destapó el caso fue el coleccionista barcelonés, y alcalde de la ciudad, Miguel Mateu, que había adquirido un lote de joyas visigodas del anticuario Apolinar Sánchez por la entonces considerable suma de ciento cincuenta mil pesetas. <<

[4] Martinetti moriría a los ocho años del «descubrimiento» dejando a sus herederos un extraño legado: la casa luego llamada «de los Milagros», donde, ocultos en muros, suelos y muebles, fueron apareciendo pequeños tesoros de monedas de oro y joyas, el último y más valioso de ellos en 1933, cuando se demolió el edificio. <<

[5] José María Pemán, *La historia de España contada con sencillez*, Madrid, 1939, Año de la Victoria. <<

[6] Juan Eslava Galán, *La historia de España contada para escépticos*, Planeta, Barcelona, 1995. <<

[7] John F. Moffitt, *Art Forgery: The Case of the Lady of Elche*, University Press of Florida, Gainesville, 1995. <<

[8] Juan Antonio Ramírez, «El mito de la Dama de Elche», *Historia* 16, n.º 251, febrero de 1997, pp. 74-79. <<

[9] M. P. Luxán, J. L. Prada y F. Dorrego, «Dama de Elche: pigments, surface coating and stone of the sculpture», RILEM Publications SARL, n.º 277, vol. 38, 2005, pp. 419-424. <<

[1] Aún hoy todo lo relacionado con Arturo y sus caballeros es motivo de orgullo nacional. La sociedad Camelot Research Committee persevera en sus intentos de desvelar al histórico Arturo liberándolo de las adherencias fantásticas que le prestaron el tiempo y la literatura. <<

[2] La leyenda tiene raíces clásicas evidentes; recordemos que Júpiter adoptó la apariencia del esposo de la bella Alcmena y de su unión nació Hércules. <<

[1] Este tema inspiró a T. S. Eliot el conocido poema *El Yermo (The Waste Land)*. <<

[2] Hablaremos con más detalle de este mito moderno cuando contemos la historia de Rennes-le-Château. <<

[1] Según Jean Huynen, «La leyenda del descubrimiento milagroso de nuestras estatuas asocia a él frecuentemente un toro (o un buey). Este animal es el que, arando un campo, desentierra la estatua, la hace surgir de bajo tierra, y la estatua se convierte en una fuente fecunda de beneficios para los habitantes del lugar. Lo mismo ocurre en Manosque, en Err, en Font-Romeu y en Prats de Molló, en los Pirineos Orientales, donde el toro “descubre” a Nuestra Señora del Coral en el hueco de un roble, el árbol sagrado de los druidas [...]. A veces, el toro es remplazado por otros animales, teniendo sin embargo el mismo valor simbólico viril, como el ciervo que dibuja en el suelo el plano de la iglesia del Puy o el león del milagro de Notre-Dame de l’Apport...». <<

[2] En Éfeso, en el templo de Diana, una de las siete maravillas del mundo antiguo, se veneraba una estatua negra de la Gran Diosa, hermana del Apolo solar. No parece casual que sea precisamente en Éfeso donde la tradición cristiana sitúa a la Virgen María tras la muerte de Jesucristo, y su Asunción a los cielos desde el lugar denominado, en turco, *karatchalti*, es decir, «la piedra negra». <<

[3] Sobre el significado del culto a las piedras véase Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1975, pp. 253 y ss. <<

[4] Algunos la creían losa sepulcral del mítico Rómulo o del pastor Faustulus que apadrinó a los gemelos Rómulo y Remo, criados por la loba. <<

[5] Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1576) escribe: «Cerca de los montes hay tres o cuatro lugares donde solían hacer muy solemnes sacrificios, y que venían a ellos de muy lejanas tierras. El uno de éstos es aquí en México, donde está un montecillo que se llama Tepeacac, y los españoles llaman Tepeaquilla y ahora se llama Nuestra Señora de Guadalupe; en este lugar tenían un templo dedicado a la madre de los dioses que llamaban Tonantzin, que quiere decir Nuestra Madre; allí hacían muchos sacrificios a honra de esta diosa, y venían a ellos de muy lejanas tierras [...]; y ahora que está allí edificada la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe también la llaman Tonantzin tomada ocasión de los predicadores que a Nuestra Señora la Madre de Dios la llaman Tonantzin». <<

[6] *Kaaba*, que significa, literalmente «la tetuda», la Núbil, o sea, la Diosa Madre. <<

[7] Apenas a 70 cm de altura; 30 cm de anchura y 30 cm de profundidad. <<

[8] En alguna ocasión se trata de piedras en su estado natural, como las oscilantes del santuario de Muxía, en la costa gallega, supuestos fragmentos petrificados de la barca en la que llegó la sagrada imagen a aquellas costas, a los que se atribuyen propiedades curativas y oraculares. <<

[9] Estrabón, *Geografía*, libro III, 1, 7. La noticia procede de la descripción topográfica de Artemidoro de Éfeso (*Geographoúmena*). Lo confirmó Leite de Vasconcellos, *Religiões da Lusitânia* (1897-1913; tres volúmenes), 1897, I, p. XXIV, II, 1907, pp. 10-14, 101, 207-210. El santuario existe todavía, en forma de ermita a la que se accede a través de una fortificación. <<

[10] La Virgen de Fuensanta de Martos, en Jaén. La fuente que mana junto a su santuario es también «la de la Negra». <<

[11] Huynen, Jean, *El enigma de las Vírgenes Negras*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977, p. 22. <<

[12] Y todavía existe otra palabra con idéntico origen, *caló*, que utilizan los gitanos para nombrar a su raza. No es coincidencia, puesto que los gitanos proceden de la India y se relacionan, de algún modo, con los ancestrales cultos de la Diosa Madre. La Virgen gitana por excelencia es Sara la Negra, la de Santa María del Mar, en la Camarga francesa. <<

[13] Jean Huynen en su clasificación de las Vírgenes Negras francesas distingue distintos tipos de santuario: «una cripta (Chartres, Clermont, Guincamp, Marsella, Mont-Saint-Michel)..., una iglesia negra (Manosque, Aurillac), o una capilla gruta (Rocamadour). Incluso en los casos en que la estatua no estaba directamente presente en alguno de esos lugares, siempre iría asociada a su santuario o a su leyenda uno de esos elementos oscuros, secretos, ocultos; criptas y grutas, pero también pozo sagrado, abismo, tumba o sarcófago...». *Op. cit.*, p. 156. <<

[14] Un pastor halló la imagen de esta Virgen Negra en 1227 en la concavidad formada por dos peñas, junto a una campana; es decir, en un dolmen o caverna. Como en los demás casos, los santeros han logrado deshacerse de la molesta y, en apariencia, absurda esfera de piedra, especialmente cuando llevaba ya siglos oculta de la vista de los devotos, pero, en cualquier caso, el temor reverencial aconsejó no prescindir del todo de las formas de la piedra. Las Vírgenes Negras han podido perder su negritud, pero perduran esas enormes y antiestéticas peanas esferoides que son unas veces una nube, otras veces un globo terráqueo cuajado de angelitos, otras, dos almohadones, o el barroco frontal de plata de la Virgen de la Cabeza. <<

[15] En otros países de la cristiandad fueron igualmente numerosas. Ean Begg cree que hubo unas cuatrocientas cincuenta en Europa; Marie Durand-LeFebvre señala la existencia de 272, casi todas en Francia. <<

[16] A la Virgen de Regla, patrona de Chipiona (Cádiz), le cambiaron el color negro por el actual rojo oscuro hacia 1590; más recientemente, a la Virgen de la Capilla, patrona de Jaén, que era completamente negra, la han restaurado dejándola blanca.

<<

[1] La astucia normanda de bajar la puerta para obligar a los embajadores extranjeros a inclinarse la practicaba también Hassán II de Marruecos. <<

[1] No está muy clara la etimología de la palabra cátaro. Podría proceder del griego con el significado de «puro», pero también del latín *catus*, que significa «gato», pues sus adversarios católicos divulgaron la especie de que adoraban al dios del mal en la figura de un gato cuyo trasero besaban en el transcurso de sus sacrílegas ceremonias. ¿No nos recuerda la acusación que se hará a los templarios un siglo después? <<

[2] Principalmente del Tratado cátaro, anónimo del siglo XII, y del *Libro de los dos principios*, atribuido al filósofo aristotélico Juan de Lugio. <<

[3] También es cierto que, en sus orígenes remotos, la doctrina pudo beber de otras fuentes. Desde el mundo antiguo se observa la pervivencia ininterrumpida de una serie de grupos próximos al maniqueísmo, principalmente los fundaítas, los bugres, los babunis y los kudugeros. La existencia de estas sectas discurrió paralelamente a la de la Iglesia cristiana oficial, aunque, a veces, en sus primeros tiempos, la influyeron o se dejaron influir por ella. Esto explica que en textos cristianos se puedan hallar doctrinas de fondo dualista (en el Evangelio de san Juan, en ciertos pasajes del Antiguo Testamento y en san Pablo). También existieron discípulos de Manes, entre ellos los cátaros de Gragoivitsa, persuadidos de que el propio Manes fundó su iglesia.

<<

[4] Siguiendo los textos del poeta medieval Wolfram von Eschenbach (¿1170?-1220), según el cual el castillo del Grial se llama *Montsalvatge*, «monte de la salvación». <<

[5] Quizá obraba así inducido por su protectora, la condesa Miryanne de Pujol-Murat, que se creía descendiente de la heroína cátara Esclaramonde de Foix. <<

[6] Otto Rahn, *Cruzada contra el grial*, Hiperión, Madrid, 2002. <<

[7] Otto Rahn, *La corte de Lucifer*, Ediciones Internacionales Rigal, 1993. Otto Rahn ha encontrado continuadores o ha inspirado a novelistas amantes del esoterismo medieval como Peter Berling (*Los hijos del Grial*), Jean-Michel Angebert, y Nigel Pennick. ¿Concede el Grial poderes especiales a los que se ocupan de él? No sé, la verdad. Algo debe de haber, desde luego, porque yo he presenciado, en Cartagena, Murcia, cómo Peter Berling se embaulaba entre pecho y espalda una fuente colmada de chipirones fritos mientras yo, sentado a su lado, apenas mediaba un plato. <<

[1] El conde don Julián es una figura de contornos históricos mal definidos: parece que era el jefe de los cristianos beréberes Gumara establecidos en la región de Tánger y que había conseguido cierta independencia de los poderes dominantes en la zona del Estrecho, los visigodos a un lado y los bizantinos al otro. Otros autores creen que era godo y lo hacen gobernador de Ceuta o de Cádiz. <<

[2] El lector advertirá que usamos la palabra *moro*, en lugar de árabe o musulmán. Es más exacta y no encierra intención peyorativa. Cuando todavía no era políticamente incorrecto, el historiador Antonio García Bellido, en su esclarecedor libro *Veinticinco estampas de la España antigua*, escribió: «Árabes en sentido estricto son los semitas de Arabia, de los que muy pocos llegaron a España [...] moros son las gentes del norte de África. La voz “moro” es, pues, más exacta y más antigua para nosotros. Los griegos llamaban ya moros (*mauroi*) a los habitantes de Marruecos». En latín, *maurus* es «oscuro de piel», simplemente. El árabe auténtico no era precisamente moreno; tenía el cabello azafranado y la piel rubicunda y pecosa. Lo que ocurre es que cuando conquistó el norte de África y Mesopotamia se mezcló con otros pueblos de tez oscura, más numerosos. Éstos son los que actualmente se hacen llamar árabes debido a que profesan la religión islámica y hablan el idioma de sus antiguos conquistadores.

<<

[3] Las fuentes la denominan a veces Palacio Encantado, Casa de los Reyes o Casa de Hércules. <<

[4] En el siglo XVIII esta lápida podía verse en la iglesia de San Miguel de Fetal, según señala el abate Antonio Calvalho da Costa en su *Corografía portuguesa*. Hoy ha desaparecido. <<

[1] Era el hombre más sabio sobre la Tierra, según la Biblia: «yahvé le dijo a Salomón: “Pídeme lo que quieras”. Y Salomón respondió: “Otorga a tu siervo un corazón dócil para juzgar a tu pueblo, para discernir entre lo bueno y lo malo”» (1 Reyes 3:5,9). «Y respondió Dios: lo he hecho conforme a tus palabras: he aquí que te he dado corazón sabio y entendido» (1 Reyes 3:11,12). <<

[2] Aunque la construcción herodiana alteró por completo la fisonomía del conjunto, no se considera un templo nuevo y se sigue denominando Segundo, ya que los oficios y ceremonias no se interrumpieron durante las obras. <<

[3] Flavio Josefo, *Antigüedades judías*, libros I-IX, Akal, Madrid, 1997, p. 88. <<

[4] Casi un siglo después el general bizantino Belisario recuperó la *ménorah* del Templo, que los vándalos habían llevado a Cartago, y la llevó consigo a Constantinopla (533). ¿Era ésta la *ménorah* del Templo que los romanos de Tito depositaron en Roma? <<

[5] El tesoro sagrado era, también entre los godos, inalienable. El tesoro personal de Alarico I se sepultó con él, como ajuar funerario, en una tumba probablemente inviolable que todavía espera descubridor. Alarico I murió prematuramente en Cosenza poco después de saquear Roma. Para asegurarse de que su tumba no sería violada ni sus tesoros robados, los godos desviaron el curso del río Busento, sepultaron en el lecho al rey y sus tesoros, restituyeron el río a su curso normal y ejecutaron a los esclavos que habían trabajado en el enterramiento. <<

[6] José Orlandis, *La España visigótica*, Madrid, 1977, pp. 68 y 222. <<

[7] Procopio de Cesarea, *Historia de las Guerras*, Obra completa, Gredos, Madrid, 2007, Volumen IV, *Guerra Gótica. Libros VII-VIII*. Procopio asistió a la conquista de Rávena por Belisario en 540, cuando hacía quince años que el tesoro godo se había trasladado a Toledo, pero aún quedaba memoria de él. <<

[8] Es la versión de Ibn Idari, *Al Bayan*, Vol. 2, pp. 17-18. Su fuente parece ser la obra de al-Razi. <<

[9] Julia Hernández Juberías, *La península imaginaria*, p. 242. <<

[10] Hernández Juberías, ob. cit., p. 244. Para otros autores pudo ser unas andas, un trono portátil o una esfera de oro. <<

[11] Ben Abu al-Hakam, *Kitab Futuh Misr*, traducción de Lafuente Alcántara, pp. 211-212 (véase Claudio Sánchez Albornoz, *La España musulmana*, Espasa Calpe, Madrid, 1978, vol. 1, p. 65). <<

[12] *Ibídem*, p. 66. Procede de Al-Maqqari, *Nafh al-tib*, traducción de Lafuente Alcántara, p. 190. <<

[13] Francisco Delicado, *La lozana andaluza*, editado por Claude Allaire, Cátedra, Madrid, 1985, p. 397. <<

[14] Jorge Luis Borges, *Historia Universal de la Infamia*, Alianza Editorial, Madrid, 1971, p. 114. <<

[15] Lo estudia por extenso, entre otros, Arthur Frederick Ide, *Moses: Making of Myth & Law: The Influence of Egyptian Sex, Religion and Law on the Writing of the Torah*, Monumento Press, 1992. <<

[16] Otras tradiciones locales más o menos antiguas la sitúan en Medinaceli (Soria), por eso llamada Medina Talmeida, «Ciudad de la Mesa», y Medina al Shelim, «Ciudad de Salomón». También se ha situado en el edículo central de la ermita mozárabe de San Baudelio de Berlanga (Soria) y en Alcalá de Henares (Madrid), donde la encontraría Tariq tras pasar por el Monte Zulema o Gebelculema, es decir, el Monte de Salomón. O al nordeste de Guadalajara, adonde Tariq llegó tras pasar el desfiladero de Torija (que quizá provenga, según algunos, del nombre de este caudillo), llegando a Zafatán y a «Al-Mayda», «la mesa». <<

[17] El capellán Cristóbal Lozano (1609-1667) escribió la crónica de la exploración del cardenal Martínez Silíceo a la Cueva de Hércules, en el año 1671. Se reproduce en Lozano, Cristóbal, *Historias y Leyendas*, Espasa Calpe, Madrid, 1969. <<

[18] Una anómala situación que explica que el escudo de Chiclana reproduzca la cruz de la Orden de Calatrava y no la de Santiago, como es norma en las otras localidades de la región. <<

[1] Entre 1987 y 1991 me mostró papeles precolombinos del archivo ducal que me parecieron convincentes aunque nunca me dejó examinarlos detenidamente, ya que era muy suya y estaba preparando algunos libros sobre el tema que aparecerían en años sucesivos: *No fuimos nosotros (derrotero de Poniente)*, *Del tráfico transoceánico precolombino a la conquista y colonización de América (La Tribune des Alpes Maritimes, Niza, 1992)* y *África versus América: la fuerza del paradigma* (Edición de la autora, Córdoba, 2000). De este libro existe otra edición (Centro de Documentación y Publicaciones de la Junta Islámica, Madrid, 2000) visitable en internet, en la que el entusiasta prologuista, un español convertido al islam, acoge con profunda satisfacción la posibilidad de que el islam hubiera llegado a América en el siglo XII, casi tres siglos antes de Colón. <<

[1] La obra se publicó en tres volúmenes entre 1595 y 1606 con el título *Hieronymi Pradi et Ioannis Baptistae Villalpandi e Societate Iesv in Ezechielem Explanationes et Apparatus Urbis, ac Templi Hierosolymitani.* <<

[2] Arias Montano defendió su tesis en el Apparatus de la Biblia Regia (o Políglota de Amberes) de 1572. El padre Sigüenza, en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*.

<<

[3] Raimundo Lulio diseñó una máquina lógica basada en las figuras perfectas (triángulo, círculo, cuadrado) en la que, accionando una serie de resortes, se movían las figuras y formaban posturas perfectas o erróneas demostrativas de distintos postulados filosóficos. El religioso bautizó a su instrumento con el nombre de *Ars Generalis Ultima* («Última arte general») o *Ars Magna* («Gran arte»), aunque a veces se la denomina *Ars Magna et Ultima*. <<

[4] Cfr. Juan Eslava Galán, *Cinco tratados españoles de alquimia*, Tecnos, Madrid, 1987. <<

[5] *Guía espiritual*, ed. de J. Ignacio Tellechea Idígoras, Universidad Pontificia de Salamanca, 1976. <<

[6] Giuseppe Maria Giberti, *Ragguaglio della pessima vita di Michele Molinos* (1687). <<

[7] Traducción española en Alianza, Madrid, 2004. <<

[1] Gérard de Sède, *L'Or de Rennes, ou La Vie insolite de Bérenger Saunière, curé de Rennes-le-Château*, Editions Julliard, 1967. Posteriormente publicó revisiones del mismo texto en *Le trésor maudit de Rennes-le-Château*, Editions J'ai Lu, 1968; *Le vrai dossier de l'énigme de Rennes - Réponse à Monsieur Descadeillas*, Editions de l'Octogone, 1975 y *Signé Rose+Croix - L'énigme de Rennes-le-Château*, Editions Plon, 1977. <<

[2] Fechado el 11 de febrero de 1941. Puede consultarse en <http://www.priory-of-sion.com>. <<

[3] Informe fechado el 4 de mayo de 1954. Se reproduce en <http://www.priory-of-sion.com>. <<

[4] La inscripción en el registro de sociedades del Priorato apareció en el Boletín Oficial de la República Francesa del 20 de julio de 1956, número 167, página 6731. El Sión no se refería al monte de Jerusalén (ya hemos dicho que Plantard era furibundo antisemita), sino a una montaña cercana al pueblo en la que proyectaba instalar la casa central de su orden. Lógicamente, fundó una nueva revista para propagar sus enseñanzas, *Circuit*, acrónimo de *Chevalerie d'Institutions et Règles Catholiques d'Union Indépendante et Traditionaliste*. El primer número apareció el 27 de mayo de 1956. Sólo le siguieron otras once revistas cuyo tema principal fue denunciar el abuso de los alquileres de viviendas en la zona, que estaban altísimos. De hecho, la revista y la orden nunca pudieron disponer de locales propios. El domicilio social seguía siendo el modesto apartamento de los Plantard. <<

[5] Corbu había publicado esta fantástica historia en una serie de artículos aparecidos en el periódico *La Dépêche du Midi* entre el 12 y el 14 de enero de 1956. En 1963 Corbu vendió la finca de Saunière a Henri Buthion (1924-2002). Murió en accidente de circulación, en 1968. Su hija Claire regenta el museo Saunière de Rennes-le-Château. <<

[6] Debió de tomarle cierto apego porque testó a su favor dejándole todos sus bienes además de cuantiosas deudas que tuvo que liquidar pignorando parte de la herencia.

<<

[7] Edición original *Les Templiers sont parmi nous, ou, L'Enigme de Gisors*, Editions Julliard, 1962. <<

[8] En 1988 Gérard de Sède, cabreado por la gran cantidad de libros que aparecían, a cual más fantasioso, sobre Rennes-le-Château, publicó un libro crítico: *Rennes-le-Château: el informe, las imposturas, los fantasmas, las hipótesis*, en el que pone a caer de un burro a los seguidores del mito, pero sin admitir que también su libro se basa en falsedades y reproduce como pruebas documentos falsificados. <<

[9] Hoy ha desaparecido porque el dueño del terreno la hizo demoler en 1988 para ahuyentar a los curiosos y buscadores de tesoros que le pisoteaban los cultivos y le tenían la finca más agujereada que un colador. <<

[10] El escultor y pintor François Giscard vendía esculturas religiosas por catálogo. Algunas páginas se reproducen en el libro de Marie de Saint-Gély *Bérenger Saunière, prêtre Rennes-le-Château 1885-1917*, Bélisane, 1989 y 2005, pp. XLII, XLIV y XLV. <<

[11] Trabajó como actor de reparto en la serie de los años sesenta *Los Vengadores*, ¿recuerdan? Ya veo que no. Bueno, al menos recordarán a Diana Rigg, la chica que hacía de señora Peeler, tan succulenta. <<

[12] Charroux, Robert, *Trésors du monde enterrés, emmurés, engloutis*, Fayard, 1972.

<<

[13] Los tres documentales fueron: *Chronicle: The Lost Treasure of Jerusalem?*, 1971; *The Priest, the Painter, and the Devil*, 1974, y *The Shadow of the Templars*, 1979, este último ya asociado a Baigent y Leigh. <<

[14] Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln, *The Holy Blood and the Holy Grail*, Jonathan Cape, Londres, 1982. Edición española de Martínez Roca, Barcelona. En 1987, Lincoln y compañía publicaron un segundo libro, *The Messianic Legacy*, Henry Holt & Co, en el que ampliaban la superchería con nuevas «pruebas». Se publicó el mismo año en español por Martínez Roca como *El legado mesiánico*. <<

[15] La historia del cura que encuentra un tesoro con los añadidos de la estirpe merovingia puede colar, pensará el lector, pero esto de que Jesucristo terminara sus días en Francia parece inverosímil. ¿Y no es más inverosímil, aplique usted la lógica, por favor, que un muerto resucite, un muerto que estaba bien muerto y hasta el centurión Longinos, un buen profesional, lo había rematado de una lanzada? Con la necesaria apoyatura documental, una mentira, por gorda que sea, cuela como verdad, e incluso se convierte en dogma de fe. Es lo que ocurrió con el asunto de Rennes-le-Château. Por eso acuden tantos visitantes a la aldea. <<

[16] El asunto trajo cola, lo que son los celillos y las envidias en esta bonita, aunque jodida, profesión literaria. En marzo de 2006, Baigent y Leigh llevaron a los tribunales, por conculcación de *copyright* (una manera elegante de decir plagio) al editor de Dan Brown, Random House, pero el tribunal falló a favor del denunciado. Con elegancia británica, Lincoln prefirió no enredarse en el asunto. <<

[17] Franck Marie, *Rennes-le-Château: Etude Critique*, SRES, 1978; Pierre Jarnac, *Histoire du Trésor de Rennes-le-Château*, Editions Belisane, 1985; Massimo Introvigne, *Los Illuminati y el Priorato de Sión*, Rialp, 2005. <<

[18] Las líneas ley son supuestas alineaciones de monumentos antiguos que señalan recorridos de energía electromagnética. Los divulgó el galés, cervecero y arqueólogo aficionado Alfred Watkins (1865-1935), autor de los libros *Early British Trackways* (1922), y *The Old Straight Track* (1925). Hoy tiene seguidores que descubren líneas ley en todo el mundo. Servidor mismo ha usado la idea en alguna de sus novelas de historia-ficción. <<

[19] La publicó Jean-Luc Chaumeil, uno de los primeros publicistas que se lucraron con el tema de los misterios del cura Saunière. Tras romper con Plantard se dedicó a desenmascararlo en diversos libros y artículos. <<

[20] Estipendio o, a veces, donativo u ofrenda sacramental es el eufemismo con el que la Iglesia denomina sus tarifas por servicios. <<

[21] Les presentó las cuentas del Gran Capitán para justificar tamaños ingresos (venta de postales, venta de una valiosa colección de sellos reunida desde su infancia, premios de lotería), pero a pesar de sus esfuerzos las cuentas no cuadraban. Por otra parte, los repetidos anuncios publicados en prensa demostraban que llevaba años traficando con las misas. <<